



MINISTERIO
DE SANIDAD, SERVICIOS SOCIALES
E IGUALDAD

SECRETARÍA
DE ESTADO DE SERVICIOS SOCIALES
E IGUALDAD

DIRECCIÓN GENERAL
PARA LA IGUALDAD
DE OPORTUNIDADES

INSTITUTO DE LA MUJER

Estudios e Investigaciones

RECUPERANDO EL CONTROL DE NUESTRAS VIDAS: RECONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES Y EMPODERAMIENTO EN MUJERES VÍCTIMAS DE VIOLENCIA DE GÉNERO

Año 2007 – Año 2011

Equipo investigador dirigido por: María Jesús Cala Carrillo

- Esther Barberá Heredia. Universitat de València
- Miguel Jesús Bascón Díaz. Universidad de Sevilla.
- Carlos Candela Agulló. Universidad Miguel Hernández.
- Mercedes Cubero Pérez. Universidad de Sevilla.
- Rosario Cubero Pérez. Universidad de Sevilla.
- Manuel de la Mata Benítez. Universidad de Sevilla.
- Rafael García Pérez. Universidad de Sevilla.
- M. Salud Godoy Hurtado. COPAO.
- M. José Ignacio Carmona. Universidad de Sevilla.
- Juan Ignacio Paz Rodríguez. Instituto Andaluz de la Mujer.
- M. del Mar Prados Gallardo María. Universidad de Sevilla.
- Amparo Ramos López. Universidad Miguel Hernández.
- M. Ángeles Rebollo Catalán. Universidad de Sevilla.
- Francisco Javier Saavedra Macías. Universidad de Sevilla.
- Arianna Sala. Universidad de Sevilla.
- Andrés Santamaría Santigosa. Universidad de Sevilla.
- Luisa Vega Caro. Universidad de Sevilla.

Universidad de Sevilla

NIPO: 685-12-025-7

Exp. 58/07

**RECUPERANDO EL CONTROL DE NUESTRAS VIDAS:
RECONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES Y
EMPODERAMIENTO EN MUJERES VÍCTIMAS DE
VIOLENCIA DE GÉNERO**

MEMORIA DE INVESTIGACIÓN

(Memoria final)

Enero 2011

EQUIPO DE INVESTIGACIÓN

Investigadora principal

María Jesús Cala Carrillo. Universidad de Sevilla

Investigadoras e investigadores

Ester Barberá Heredia. Universitat de València

Miguel Jesús Bascón Díaz. Universidad de Sevilla.

Carlos Candela Agulló. Universidad Miguel Hernández.

Mercedes Cubero Pérez. Universidad de Sevilla.

Rosario Cubero Pérez. Universidad de Sevilla.

Manuel de la Mata Benítez. Universidad de Sevilla.

Rafael García Pérez. Universidad de Sevilla.

M. Salud Godoy Hurtado. COPAO.

M. José Ignacio Carmona. Universidad de Sevilla.

Juan Ignacio Paz Rodríguez. Instituto Andaluz de la Mujer.

M. del Mar Prados Gallardo María. Universidad de Sevilla.

Amparo Ramos López. Universidad Miguel Hernández.

M. Ángeles Rebollo Catalán. Universidad de Sevilla.

Francisco Javier Saavedra Macías. Universidad de Sevilla.

Arianna Sala. Universidad de Sevilla.

Andrés Santamaría Santigosa. Universidad de Sevilla.

Luisa Vega Caro. Universidad de Sevilla.



Plan Nacional de I+D+ I

(2004-2007)

ÍNDICE

Introducción.....	4
Capítulo 1 La violencia hacia las mujeres: una violencia basada en el género	12
Capítulo 2 El método.....	41
Capítulo 3 Tácticas de resistencia y acciones para la recuperación en mujeres víctimas de violencia de género: de la adherencia al empoderamiento	47
Capítulo 4 El laberinto del espejo: metáforas emocionales en la recuperación de mujeres víctimas de violencia de género	93
Capítulo 5 Posicionamientos y voces en la reconstrucción de las identidades de mujeres que han sufrido violencia de género.....	118
Capítulo 6 Re-construcciones identitarias tras salir de la violencia de género. Un análisis narrativo utilizando los indicadores del “self de Bruner”.....	177
Capítulo 7 Conclusiones	232
Capítulo 8 Bibliografía	248

INTRODUCCIÓN

Una de las más devastadoras consecuencias de las desigualdades de género es la violencia hacia las mujeres. Y esto a pesar de que en las últimas décadas se han desarrollado cambios importantes en cuanto al avance en igualdad con repercusiones muy positivas para la vida de las mujeres. Citar por ejemplo las cuatro conferencias mundiales sobre las mujeres convocadas por Naciones Unidas en el último cuarto de siglo. México D.F. en 1975 sobre la condición jurídica y social de la mujer; Copenhague en 1980, donde se aprobó la Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer; Nairobi, 1985 donde se incorpora un nuevo enfoque integral y de participación de las mujeres, y la IV Conferencia Mundial en Beijing en 1995, donde se establecen los derechos de las mujeres como derechos humanos y se adopta el concepto de género (Bosch, Ferrer, Navarro y Ferreiro, 2010). No es hasta estos años, concretamente en 1994, cuando la ONU proclama La Declaración sobre la Eliminación de la violencia contra la mujer definiéndola como:

“Todo acto de violencia basado en el género que tiene como resultado posible o real un daño físico, sexual o psicológico, incluidas las amenazas, la coerción o la privación arbitraria de la libertad, ya sea que ocurra en la vida pública o en la vida privada”.

Esta declaración, marcó un hito importante por tres razones: porque coloca a la violencia contra las mujeres en el marco de los derechos humanos, porque amplía el concepto de violencia, incluyendo tipos o formas de violencia (la psicológica) y diferentes contextos, y finalmente porque considera violencia no solo los actos, sino también las amenazas (Bosch, Ferrer, Navarro y Ferreiro, 2010).

En nuestro país, como respuesta jurídica al problema de la violencia contra la mujer en las relaciones de pareja, en el año 2004 se aprobó la Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre, de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género, una Ley cuyo objetivo fundamental es actuar contra una violencia que constituye una manifestación clara de la situación de

desigualdad en que viven mujeres y hombres. En Andalucía contamos además con la Ley 13/2007, de 26 de noviembre, de Medidas de Prevención y Protección Integral Contra la Violencia de Género. Según se recoge en su Artículo 1, esta Ley “tiene por objeto actuar contra la violencia que, como manifestación de la discriminación, la situación de desigualdad y las relaciones de poder de los hombres sobre las mujeres, se ejerce sobre éstas por el solo hecho de serlo. Asimismo será objeto de esta Ley la adopción de medidas para la erradicación de la violencia de género mediante actuaciones de prevención y de protección integral a las mujeres que se encuentren en esa situación, incluidas las acciones de detección, atención y recuperación.”

No obstante, y a pesar de todos estos esfuerzos, la discriminación de las mujeres es aún un objetivo pendiente de erradicar, y es que tantos años de educación sexista no desaparecen fácilmente, de tal forma que aún existen diferencias entre lo que se piensa y lo que se hace, lo que se establece por ley y la realidad (Hirigoyen, 2006; Martínez Ten, 2007). Como indica el dicho popular “no se cambian mentalidades por decreto”.

La violencia hacia las mujeres es una realidad antigua que de una u otra forma sigue afectando a todas las mujeres del mundo, porque tiene su razón de ser en la discriminación y subordinación social de las mujeres frente a los hombres. Invisible durante mucho tiempo, ha llegado hasta nuestros días legitimada y normalizada socialmente por habitual y frecuente. Es desde hace apenas unas décadas, concretamente a partir de los años 70, con el impulso del movimiento internacional feminista en su lucha por la igualdad (Bosch, Ferrer, Navarro, y Ferreiro, 2009; Hirigoyen, 2006), que se perciben cambios, no tanto en la manifestación de este tipo de conductas violentas, que desgraciadamente siguen ocurriendo a diario, sino en el rechazo mayoritario por parte de muchos sectores sociales. Tal es así, que podemos decir que ha pasado a considerarse problema político, social y de salud, lo que antes eran solo conflictos de la vida privada. Hoy día se admite que estamos ante una problemática que ahonda sus raíces en la forma en que se organiza la estructura social en base al sexo-género y que consecuentemente, implica a todos los sectores de la sociedad: judicial, sanitario, educativo, etc.

Dejar de considerar el problema como algo propio de la vida privada para ser considerado como problema social ha sido fundamental para poder

ubicarlo en el escenario adecuado, esto es, evaluar la situación de las mujeres a nivel mundial en relación al principio de igualdad. No olvidemos que la violencia machista hacia las mujeres es la máxima expresión de la discriminación de género. Este cambio de consideración ha promovido no solo la intervención de los poderes públicos, sino también el reconocimiento de los derechos de las víctimas (Bosch, Ferrer, Navarro, y Ferreiro, 2010).

Por tanto cabe afirmar que no podemos abordar el problema de la violencia hacia las mujeres si no es desde una perspectiva de género (Lorente, 2004; Sanz, 2007). Dicha perspectiva no sólo debe estar presente para su estudio y análisis, sino también para establecer estrategias encaminadas a producir cambios personales, sociales y comunitarios que contribuyan al desarrollo de las personas, mujeres y hombres, desde la autonomía y la independencia. Es decir, un enfoque, el de género, que permita fomentar el desarrollo de las estrategias oportunas a fin de promover los cambios necesarios que garanticen a las personas poder constituirse como seres humanos de pleno derecho y en igualdad de condiciones.

Además, la perspectiva de género permite entender esta realidad desde una visión más amplia y global. No solo aporta la posibilidad de visibilizar las causas socio-culturales que están en la base de este tipo de violencia, sino que además permite considerar vías alternativas de intervención ya que desde este enfoque se pretende ir a la raíz del problema. Su fin es la igualdad y la equidad entre hombres y mujeres, y por tanto entre sus objetivos estaría el de facilitar a las mujeres el desarrollo de la propia autonomía para recuperar el control sobre sus vidas, fomentando aquellas actitudes y tomas de decisión que las ayuden a situarse en el centro de sus intereses y necesidades. Esto implica movilizar los recursos propios desde la autoafirmación y la seguridad en sí mismas, en definitiva contribuir a restablecer el poder y los derechos que les fueron sustraídos en aras del desarrollo de la propia identidad.

Así, a la hora de abordar la problemática de la violencia hacia las mujeres dentro de la relación de pareja desde un enfoque de género, tendremos en cuenta una serie de aspectos previos. Entre ellos la construcción social de los vínculos afectivos y de pareja en base a las creencias transmitidas a través del proceso de socialización y la educación amorosa, y la construcción

de la identidad femenina en contraposición a la masculina, máximo referente del sistema patriarcal.

Y es que, como ya hemos señalado, uno de los efectos más nefastos de las desigualdades establecidas socialmente entre hombres y mujeres, es el de la violencia hacia las mujeres en el seno de la pareja. Las cifras siguen siendo espeluznantes, concretamente en lo que se refiere al número de mujeres muertas a manos de sus actuales parejas o de aquellas en las que la relación está en crisis o se ha roto. Cabe recordar que el 70% de las mujeres asesinadas en el mundo lo son por sus parejas o exparejas (Gállico, 2009). Resulta difícil digerir que sea en este ámbito donde con más probabilidad las mujeres resulten insultadas, agredidas o, en el peor de los casos, asesinadas. Baste como ejemplo los datos ofrecidos por el *Estudio multipais de la OMS sobre la salud de la mujer y violencia doméstica sobre las mujeres* (2005) o los de la *III Macroencuesta sobre la violencia contra las mujeres* (2006). Y eso a pesar de las dificultades que entraña determinar el número exacto de situaciones de maltrato (Alberdi y Matas, 2002) debido al gran número de mujeres que no reconocen como tal la violencia que padecen o, reconociéndola, no se atreven a denunciarla. Es precisamente en estas situaciones donde con mayor frecuencia el agresor puede acabar con la vida de la víctima. De las 71 mujeres que en 2010 murieron a manos de sus parejas, en el 74% de los casos, los órganos judiciales no tenían constancia de la situación de maltrato.

La experiencia de maltrato, como posteriormente veremos, genera consecuencias muy negativas, llegando incluso a poner en peligro la propia vida de las mujeres y la de sus hijos e hijas. De hecho Naciones Unidas (ONU 1993) lo define como “el crimen más frecuente del mundo”. Como nos recuerda Juan Ignacio Paz (2007), la OMS ya alertó en 2002 que la Violencia de género es la primera causa de pérdida de años de vida de las mujeres entre 15 y 44 años por encima de las guerras, los accidentes de tráfico o los distintos tipos de cáncer. Su prevención es una cuestión de salud pública. Además las incapacita para controlar sus propias vidas y desarrollarse como personas libres en cuanto a los derechos legítimamente establecidos.

A pesar de las consecuencias nefastas que la violencia genera en la salud física y mental de las mujeres, son muchas las que consiguen

recuperarse tras haber sufrido la violencia de género en la pareja. Estas mujeres no suelen aparecer en las estadísticas, como tampoco aparecen las mujeres que, gracias a la ayuda que reciben, son capaces de identificar la violencia que se ejerce contra ellas o de romper definitivamente una relación a tiempo. Esta ayuda terapéutica que muchas de ellas reciben está contribuyendo a que, a pesar de este panorama desolador, algunas de estas mujeres sean capaces de, además de conservar su vida, superar y reconstruir de manera positiva su identidad. En la mayoría de las ocasiones, en una situación de aislamiento han sido objeto de descalificaciones, insultos, etc. que han hecho que acaben haciendo suya, estas ideas negativas que el agresor ha dicho de ellas, y que acaban deteriorando su autoestima. Sin embargo y a pesar de lo complejo que resulta, muchas son auténticas supervivientes puesto que consiguen sobrevivir, algunas expuestas a situaciones de auténtico peligro, pero a pesar de ello consiguen romper esta relación de control, salir de ella y recuperarse. Según los datos de la III Macroencuesta sobre la violencia contra las mujeres (2006) referidos a España, dos terceras partes de las mujeres que han sufrido maltrato por parte de la pareja en base al género alguna vez en la vida han superado esta situación y su número estaría en torno a las 800.000. Sin embargo poco se conoce de estas mujeres y de cómo lo hacen. Sabemos de las llamadas al 016, del número de denuncias, de las renunciadas al proceso judicial, pero sabemos poco de qué otras acciones emprenden y cuáles son sus motivos.

Nuestra visión de estas mujeres, corroborada por los datos que hemos encontrado, porque son mujeres que han conseguido sobrevivir, va a ser la de agentes activos (ni tan resignadas ni sumisas) que intentarán, a lo largo del proceso, poner en juego toda una serie de acciones para que su situación mejore. Hay distintas formas de resistirse a la situación de dominación en la que se encuentran. Esta resistencia puede ser más abierta y visible, o más encubierta. Abandonar la relación supone una forma abierta de resistirte a los mandatos de género, pero no la única. Hay otras formas que, a veces, pueden incluso pasar desapercibidas y ser consideradas como muestra de sumisión pero que, sin embargo, suponen un modo de resistencia más sutil.

Queremos también resaltar una idea que nos parece fundamental: desde los estudios de la violencia contra las mujeres debe contribuirse a construir otra

imagen diferente a la que ha imperado de las mujeres en las ciencias sociales en general y en la psicología en particular de mujeres como déficit. Se sabe de lo que no hacen, por qué no abandonan la relación, por ejemplo, pero no tanto de lo que hacen las que se recuperan. Queremos con este trabajo hacerlas visibles, conocer sus logros y cómo lo viven partiendo de su experiencia, contribuyendo así a crear modelos positivos que puedan ayudar a otras mujeres en su proceso de recuperación.

El objetivo general de este trabajo por lo tanto, es el de realizar un acercamiento analítico a las narraciones de las experiencias vividas por estas mujeres, para dejar emerger desde abajo una visión que complemente y enriquezca la teorización sobre el fenómeno de la violencia de género. Para propiciar una pluralización de la conceptualización sobre mujeres supervivientes a la violencia de género, hemos utilizado diferentes métodos de análisis que nos han permitido reflexionar sobre el fenómeno de la violencia y el proceso de recuperación de las mujeres que la han padecido, desde distintos puntos de vista y utilizando diferentes primas.

Vamos a estructurar esta memoria de investigación de la siguiente manera:

En el primer capítulo se ofrecerá una visión general de la violencia de género: empezaremos por describir el marco teórico del que hemos partido para analizar el fenómeno, concretamente nos referiremos a los distintos niveles (sociocultural, interpersonal, individual) a lo largo de los cuales se va construyendo y “actuando” el género (Crawford, 1995). Seguiremos hablando de la educación sentimental de varones y mujeres, de cómo se nos enseña a amar y de la importancia del ideal del amor romántico como idea que una vez interiorizada se convierte en un mandato interno que guía nuestras percepciones de las relaciones y nuestras acciones. En el siguiente apartado nos centraremos en la violencia de género en la relación de pareja: se analizarán los mecanismos de instauración y mantenimiento de la violencia, el ciclo de la violencia y el proceso perverso que lleva a las mujeres a adentrarse en lo que Bosch, Ferrer y Alzamora (2006) definen como el laberinto patriarcal, una relación en la que es fácil entrar y de la que es muy difícil salir. Finalmente describiremos las consecuencias físicas, psicológicas y sociales de la violencia de género.

Una vez descrito el marco teórico del que partimos y encuadrado el fenómeno de la violencia de género, en el segundo capítulo describiremos el método que se ha seguido para recoger la información que se ha utilizado para realizar los distintos análisis que se han llevado a cabo. Se ofrece una descripción de las participantes en la investigación (ocho mujeres que han sobrevivido a la violencia de género). Al mismo tiempo se detallan los temas que se han investigado (fundamentalmente, relación con la pareja agresora, proceso de abandono de la relación, recuperación y situación actual, infancia y juventud).

Con el tercer capítulo: *“Tácticas de resistencia y acciones para la recuperación en mujeres víctimas de violencia de género: de la adherencia al desprendimiento”*, presentaremos el primer análisis que se ha realizado sobre el material recogido. Este análisis pone de manifiesto cómo las mujeres entrevistadas, lejos de quedarse como víctimas pasivas del agresor, ponen en marcha toda una serie de acciones que van preparando la salida de la relación. Al mismo tiempo se evidencia que estas acciones están condicionadas por las posibilidades reales de movimiento y de autonomía de las mujeres, siendo muy importante los recursos tanto sociales como individuales con los que cuenta. Siguiendo la terminología de De Certau (1974), se presenta un recorrido que describe las tácticas que ponen en marcha cuando todavía siguen bajo el control del agresor y de las estrategias que pueden desarrollar a medida que se van liberando del control ejercido por el maltratador.

En el cuarto capítulo: *“El laberinto del espejo: metáforas emocionales en la recuperación de mujeres víctimas de violencia de género”*, se focaliza la atención en la dimensión afectiva y el papel de las emociones en el proceso de recuperación. Para realizar este análisis se ha puesto la atención en las metáforas y su evolución a lo largo de la narración del proceso de recuperación (Edwards, 1999) analizando qué tipo de metáforas actúan como bloqueadoras o como facilitadoras de la recuperación. Este estudio nos permite ver como se pasa de unas metáforas que vehiculan un cuestionamiento de sí mismas en base a los mandatos de género, a otras en las que estos preceptos se van cuestionando.

En el quinto capítulo: *“Posicionamientos y voces en la reconstrucción de las identidades de mujeres que han sufrido violencia de género”*, partiendo del

supuesto de que cualquier enunciado se produce desde una perspectiva, desde una visión del mundo y de la vida (Bajtín, 1986; Werstch, 1991), hemos analizado el modo en el que estas mujeres “toman” posiciones en relación con el discurso en el momento en el que profieren enunciados en una situación comunicativa, en este caso la entrevista. Se analiza aquí el conflicto que surge entre los que denominamos “hetero-posicionamientos” en los que las mujeres, son posicionadas como víctimas y desvalorizadas por personas del entorno (normalmente la ex-pareja), y los que denominamos “auto-posicionamientos” a través de los que se describen como mujeres fuertes, capaces de ir sobreponiéndose a la violencia sufrida y de reconstruirse a sí mismas.

En el sexto capítulo: “*Re-construcciones identitarias tras salir de la violencia de género. Un análisis narrativo utilizando los indicadores del Self de Bruner*” se realiza un análisis de la presencia de lo que Bruner (1997) define como indicadores del Self. Estos indicadores nos han permitido detectar elementos de agencialidad, compromiso, recursos, apoyo social, reflexión, evaluación, estados emocionales y sentimientos, entre otros. Se analiza aquí la evolución de estos indicadores y la preeminencia de uno y otro en tres diferentes fases: en la primera se relatan las vivencias con la pareja agresora, en la segunda el proceso que culmina en el abandono de la relación, y, en la tercera las vivencias una vez han abandonado al agresor.

En el séptimo y último capítulo: “*Conclusiones*”, tratamos, a la luz de los posicionamientos teóricos de los que partimos, de realizar una reflexión general capaz de integrar los diferentes resultados obtenidos por los distintos análisis realizados.

Capítulo 1. LA VIOLENCIA HACIA LAS MUJERES: UNA VIOLENCIA BASADA EN EL GÉNERO

Aunque este trabajo tiene como finalidad centrarse en el proceso de recuperación de mujeres que han sufrido una relación de pareja violenta, y por tanto en analizar cómo perciben algunas de estas mujeres haber conseguido salir de estas relaciones trampa y superarlas, consideramos que para comprender este proceso de recuperación es conveniente entender previamente el proceso de victimización. Por ello en el presente capítulo se abordarán los contenidos teóricos más significativos para poder comprender el complejo proceso de instauración y mantenimiento de la violencia hacia las mujeres. Comenzaremos el capítulo abordando cuestiones que se encuentran en la base de esta violencia de género describiendo el contexto social en el que se construye la identidad de mujeres y hombres así como la manera en la que el género se actúa a distintos niveles (social, interpersonal e individual). Una vez desarrollada esta base sobre la que se sustenta la violencia de género, nos adentraremos en ella. Se incidirá de forma específica en la violencia de género en la relación de pareja, que es donde se enmarca este trabajo, donde se abordará el análisis de los mecanismos de instauración y sostenimiento de la misma. Finalmente resaltaremos las repercusiones que dicha violencia tiene, centrándonos especialmente, en las mujeres que la padecen.

1. CONTEXTO SOCIAL Y PROCESO DE CONSTRUCCIÓN DEL GÉNERO: LA PERSPECTIVA DEL *DOING GENDER*

En el capítulo 6 profundizaremos en el tema de la identidad. En él se defenderá la idea de que la identidad no se desarrolla en el vacío sino en el curso de la interacción social lo que hace más apremiante la necesidad de analizar cuáles son los valores culturales dominantes, que, desde la perspectiva de género, se concretan en el código patriarcal de dominio masculino frente a la sumisión femenina (Anderson, 2005). Por ello, en este

capítulo plantearemos el contexto social y el entorno inmediato en el que se construye la identidad de hombres y mujeres, poniendo un énfasis especial en la construcción de la identidad de las mujeres que han sufrido violencia de género en la pareja.

Efectivamente las personas además de estar determinadas biológicamente por un cuerpo sexuado, también lo estamos por la tradición socio-cultural en la que vivimos. Es decir, por los valores, creencias, normas, etc., transmitidos de generación en generación y que constituyen la filosofía de la estructura social a la que pertenecemos. Como señala Fina Sanz (1997) la sociedad occidental derivada de la tradición judeo-cristiana presenta una estructura jerárquica y patriarcal que afecta a todo el pensamiento occidental. Existe, afirma, una jerarquía económica y social desde la que se prima a los hombres sobre las mujeres. Esta jerarquía genera un sistema de relación de poder basado en la dominación-subordinación, porque la visión es androcéntrica, es decir, el modelo masculino es el referente positivamente valorado.

De acuerdo con Kate Millet, (1995, cit. por Bosch, Ferrer y Alzamora, 2006) este sistema patriarcal, parte de dos ideas claves. Por un lado se apoya en una estructura u organización social que crea y mantiene una situación de poder y privilegio para el hombre frente a la mujer. Rosa Cobo (2001) añade al respecto, que esta estructura patriarcal, es una construcción social longeva y su rasgo más característico es la universalidad a través de la sacralización y la naturalización de las realidades sociales. Pero además, afirma Millet, el sistema patriarcal se basa en un conjunto de creencias como los estereotipos de género que legitiman y mantienen esta situación de poder. De acuerdo con Ester Barberá los estereotipos son definidos como “*el conjunto de creencias y suposiciones compartidas acerca de determinados grupos humanos,*” (Barberá, 2004, p 57). Cuando estas creencias van referidas a hombres o mujeres como grupo, se hablaría de estereotipos de género. Estos estereotipos de género se consideran naturales, rígidos e inalterables (Andrés, 2007); con un eje central: la inferioridad biológica, moral e intelectual de la mujer frente al hombre, (Bosch, Ferrer y Alzamora, 2006).

Además de los estereotipos de género, en el proceso de construcción de las identidades de las personas en base al género, se establece lo que

denominamos “rol de género”, es decir, el conjunto de expectativas que la sociedad establece sobre los comportamientos que se consideran apropiados para hombres o para mujeres, complementarios y asimétricos, modelados desde edades tempranas a través de la educación (Gobierno de Canarias, I.C.M., 2001).

El proceso por el cual las personas asumen, aprenden e interiorizan, este conjunto de creencias sociales, de verdades sacralizadas y los roles de género, es lo que se conoce como el proceso de socialización que es diferente para mujeres y hombres (Bosch, Ferrer y Alzamora, 2006). Es precisamente a través de este proceso de socialización que adquirimos la identidad de género, es decir, nos construimos como hombres o mujeres, en base a los valores esperados para uno u otro sexo.

Esta identidad diferenciada es lo que se conoce como femenino o masculino, en definitiva, la identidad que el proceso de socialización en base al género construye de forma diferente para hombres y mujeres. Fina Sanz (1996) añade al respecto que existen dos subculturas, la femenina y la masculina, con estereotipos de género, roles y espacios diferentes. Como la estructura de la organización social es patriarcal, la subcultura masculina es la dominante y validada. Además, como afirma Sanz, esto genera consecuencias negativas para las mujeres, ya que les adjudica un menor reconocimiento de lo que son y de lo que hacen, relegándolas al plano de la dependencia.

Nancy Chodorow (1976), considera que parte de esta diferencia en la socialización se debe a la diferente relación que niños y niñas establecen con la figura cuidadora dado que ésta suele ser femenina. Mientras que las niñas construirían su identidad por afinidad con el modelo materno, los niños lo harían por oposición a él. En este proceso de identificación, las niñas aprenderían a definirse en base a la relación con los demás siguiendo los patrones del modelo femenino. Sin embargo, los chicos, para desarrollar su identidad masculina, se definirían desde la separación de este modelo femenino, desde la individualidad.

Así, cada cual, se va identificando profundamente con estos modelos creando un entramado emocional resistente al cambio. Es como una forma específica de estar en el mundo, de vivirse, de relacionarse, en función del sentido de pertenencia a uno u otro género. Así Paloma Andrés (2007) señala

que la identidad de género tendría que ver con la autopercepción, es decir, con la imagen que las personas tienen acerca de si mismas.

Esta socialización diferencial de niños y niñas contribuye a la reproducción de un modelo dominio-sumisión que se encuentra en la base de la violencia de género. Además, aunque la reproducción de la violencia no es algo inevitable, la exposición a modelos violentos durante la infancia o la adolescencia se convierte en un factor de riesgo para sufrirla o ejercerla posteriormente (Díaz-Aguado, 2009).

Por tanto, no son solo las diferencias bio-fisiológicas las que determinan nuestra identidad y las desigualdades de lo que significa ser hombre o mujer, sino que es el género el que da sentido a esta construcción sociocultural de las identidades, de los roles y espacios, y de la distribución desigual de oportunidades. La condición de género por tanto, forma parte de nuestra identidad.

1.1 LA PERSPECTIVA DEL DOING GENDER

Mary Crawford (Crawford, 1995; Crawford, 2006; Crawford y Chaffin, 1997; Crawford y Unger, 2000) defiende, a nuestro entender, una forma de concebir el género lejos de visiones esencialistas que siguen considerando el género, al igual que ocurría antes con el sexo, como un atributo de la persona interno y persistente a través de los distintos contextos (Bohan, 1993). Frente a esto, desde la perspectiva del *doing gender* se pone el énfasis en el proceso de construcción del mismo, a la vez que se diferencian los distintos niveles a los que éste se construye. Esta perspectiva está permitiendo importantes aportaciones (Barberá y Cala, 2008; Cala y Barberá 2009) y está contribuyendo a la integración de conocimientos generados desde distintos niveles de análisis. Dicha necesidad de integración es reconocida dentro de los estudios de género como uno de los avances más importantes de los últimos tiempos (Stewart y McDermott, 2004).

Desde esta perspectiva, el género no se concibe como una propiedad de los individuos, sino como algo que las personas hacen (West y Zimmerman, 1987). El género se conceptualiza como:

“Un sistema de significados que organiza las interacciones y gobierna el acceso al poder y a los recursos. (...) el género no es

un atributo de los individuos sino una forma de dar sentido a las transacciones. El género existe no en personas sino en transacciones; es conceptualizado como un verbo, no como un nombre” (Crawford, 1995, p. 12).

Los distintos niveles en los que este *doing gender* se lleva a cabo serían: sociocultural, interpersonal e individual (Crawford, 1995).

A nivel *sociocultural*, el género funciona como un sistema de organización social y cultural que gobierna el acceso a los recursos y al poder. Por tanto, regula las posiciones sociales y los modelos de relación entre hombres y mujeres. Abarcaría las tradiciones, los valores, las costumbres etc. Es importante recordar que aunque el género se pueda expresar con matices, de forma diferente en las distintas culturas ó épocas, la subordinación de la mujer al hombre es universal (Cobo, 2001). M^a Angeles Rebollo afirma al respecto: *“No hay ninguna cultura conocida donde las mujeres tengan más ventajas sociales y políticas que los hombres”* (Rebollo, 2007 p.4). A los hombres se les atribuye un estatus superior con funciones de autoridad y a las mujeres funciones subordinadas. Esta desigualdad se va a manifestar en todos los ámbitos sociales, en lo político, la religión, la educación, el ámbito laboral, la familia, etc. (Sanz, 1997; Instituto Canario de la Mujer, 2001).

Pero el género no sólo se hace a nivel social, también a nivel *interpersonal*. A este nivel, las claves de género nos orientan hacia un comportamiento diferenciado en nuestras interacciones sociales, según nos relacionemos con hombres o mujeres. De este tipo de tratamiento diferencial no siempre somos conscientes. Diferentes trabajos muestran, por ejemplo, los distintos modos en que niños y niñas son socializados en las interacciones paterno-filiales (Golombok y Fivush, 1994) o el diferente tratamiento que reciben en la escuela por parte de profesores o profesoras (Sadker y Sadker, 1994).

Además, la evaluación e interpretación que hacemos del comportamiento depende de si este es llevado a cabo por un hombre o una mujer. Como nos señalan Crawford y Chaffin (1997) no podemos olvidar que *“la categorización sexual no es simplemente una forma de ver diferencias, sino también una forma de crear diferencias”* (p. 92). Este tratamiento diferencial que mujeres y hombres reciben puede dar lugar a un comportamiento

diferencial actuando a modo de profecía autocumplida (Crawford y Chaffin, 1997; Deux y Major, 1987).

Por último, también hay que considerar que el género se hace o actúa a nivel *individual*. A este nivel, mujeres y hombres acaban haciendo suyo, entre otras cosas, el discurso construido socialmente, en el que el género se asume como una categoría dicotómica (las personas se clasifican como masculinas o femeninas, pero no como ambas), que reside en el interior de la persona. El desarrollo del sentido del *self* ocurriría en conexión con estos discursos, donde el discurso de género es uno de ellos (Shotter y Gergen, 1989). De acuerdo con Crawford y Chaffin (1997, p. 94) *“mujeres y hombres vienen a aceptar la distinción de género que es visible a un nivel estructural y la representan a nivel interpersonal como parte de su autoconcepto”*.

Es conveniente recordar que esta identidad de género dicotómica que se acaba construyendo a nivel individual, también ha implicado que lo femenino y lo masculino no sólo se hayan presentado con características opuestas sino también complementarias. Ellas educadas en la dependencia y para la dependencia como un destino vital y ellos para la independencia como seres protectores. A los hombres tradicionalmente se les ha orientado a un plano reproductivo y de acción en el espacio exterior, en lo público, ostentando el poder económico, social y sexual, mientras que a las mujeres se las ha desplazado a un plano reproductivo y emocional en el espacio doméstico y familiar como esposas y madres, adscritas a funciones de cuidadoras. Al mismo tiempo en el plano privado a él, además de la aportación de sostén económico, se le reconoce la máxima autoridad como cabeza de familia. Esta asimetría tanto en las funciones asignadas como en los espacios, repercute en las mujeres en una falta de reconocimiento de su esfuerzo tanto social como económico, relegándolas a vivir para los demás y en función de las necesidades ajenas (Coria, 2005).

Todo esto va llevando a que hombres y mujeres acaben incorporando también en el “adentro” las relaciones de dominio-sumisión que se dan en el “afuera” (Andrés, 2007). Las asumen y reproducen como *“la única forma de relación y vínculos entre los unos y las otras(...) estas relaciones de poder, que implican desigualdad(...) son siempre violentas porque suponen en esencia el predominio y valoración de los deseos, necesidades, creencias de una parte*

sobre los valores, deseos, necesidades, creencias de la otra parte” (Andrés, 2007, p.32).

No es difícil entender que la interiorización de estos mandatos de género pueda hacer vulnerables a las mujeres frente al maltrato, ya que el desarrollo de estas funciones, además de colocar a las mujeres en una posición desigual respecto a los hombres, puede llegar a implicar una dependencia económica, social y sexual del varón. Esto puede contribuir al aislamiento y dificultar su crecimiento personal y educativo, como el contacto con su grupo de pertenencia. En caso de ruptura de la pareja, esto puede dar lugar a barreras difícilmente superables para recuperar la autonomía. Porque, tal y como hemos descrito, no solo se trata de una relación asimétrica de poder sino de una relación basada en el dominio, lo que reduce la posibilidad de reacción (Bosch, Ferrer y Alzamora, 2006).

1.2 LAS RELACIONES AMOROSAS

Un aspecto fundamental a tener en cuenta también en este proceso de construcción del género, es la forma en que, a hombres y mujeres, se nos enseña a afrontar las relaciones amorosas. De acuerdo con Fina Sanz (1995), todas las personas necesitan amar y ser amadas, porque de ello depende en gran parte el equilibrio emocional. Lo que ocurre es que a hombres y a mujeres se nos enseña a tener expectativas diferentes en torno al amor. Según esta autora, las mujeres aprenderían a amar para la fusión, es decir, poniendo el valor de una misma en la elección del otro, como “señora de”. Los hombres sin embargo, aprenderían a amar para la separación, teniendo una identidad social con valor en sí mismo y reconocimiento por ser quien se es.

En la misma línea, Ana Távora (2008) afirma que la mayor necesidad que tienen las mujeres es “ser queridas”, lo que las convierte en objeto de deseo. Esta necesidad, dice Távora, se convierte en un organizador subjetivo tanto interno, en cuanto a la valoración propia, como externo, en cuanto al reconocimiento de los demás. Esto, defiende, actúa directamente sobre la autoestima de la mujer, de tal forma que en el caso de las relaciones violentas, ser querida se convierte en una necesidad mayor que quererse a sí mismas, es decir, la mujer se quiere en la medida que se siente querida (Távora, 2008).

Coria (2005) por su parte, parafraseando a Marcela Lagarde, añade que las mujeres educadas como seres para otros, a menudo terminan creyendo que las posibilidades de ser amadas y valoradas dependen de su disposición a aceptar como verdad que la opinión autorizada está fuera de ellas. Terminan así, en ocasiones, confundiendo la dependencia para la que han sido programadas con amor incondicional hacia el/los otros.

Así pues, la educación amorosa se convierte en una clave importante ya que en nuestra sociedad actual construimos la relación de pareja en base al amor, más concretamente en base al ideal de amor romántico. El asumir este modelo de amor romántico y los mitos que de él se derivan, aumenta la vulnerabilidad a la violencia de género en la pareja en tanto el amor es lo que da sentido a la vida y romper la pareja supone un fracaso (Bosch y cols., 2007). Para las mujeres, tradicionalmente y desde el modelo de identidad adquirido, el amor se convierte en uno de los objetivos fundamentales de sus vidas. Formar una pareja, casarse, crear una familia y tener hijos suponen objetivos vitales. Belén Nogueiras (2007) advierte que el sentimiento de estar incompletas si no se tiene pareja conlleva una serie de exigencias personales como, la renuncia a los propios intereses y la entrega total por amor. De acuerdo con ella las mujeres educadas para hacer del amor el centro de sus vidas, buscarán un príncipe azul que las salve, las proteja y cubra sus necesidades. Pero será responsabilidad de ellas el cuidado y el mantenimiento de las relaciones, generándoles sentimientos de culpa cuando se produzcan conflictos o fracasos de la relación.

Y es que el amor romántico tiene unas características específicas que una vez interiorizadas se convierten en mandatos internos, subjetivos, que pueden marcar el guión de vida a seguir (Távora, 2008). El amor romántico idealizado se considera verdadero y para toda la vida porque se supone que complementa y une dos mitades incompletas, dos medias naranjas. Su fin es el matrimonio, contexto ideal para crear una familia y tener descendencia. Por tanto también heterosexual (Altable, 1998; Sala, 2008). Este amor repetido hasta la saciedad por los modelos educativos a través de los cuentos, las canciones, las películas, etc., es el que ha sido reconocido, legitimado y bendecido por la sociedad patriarcal.

No obstante, la modernidad también ha significado cambios profundos en la feminidad, innovando su condición de género en cuanto se orienta hacia la autonomía y la independencia. Y qué duda cabe, esto tiene consecuencias en los cambios que experimentan las vidas de las mujeres (Coria, Freixas y Covas, 2005). Marcela Lagarde (2000) argumenta que la identidad de la mujer actual se caracteriza por la escisión, condición de género que ella califica como compleja, ya que por un lado están incorporados los aspectos de género tradicionales y por otro, los aspectos modernos. Ambos pueden entrar en conflicto en tanto ser para otros y al mismo tiempo ser para una. Estos conflictos de identidad tienen su repercusión en el plano social y en las relaciones interpersonales, encontrando resistencias para su resolución tanto a nivel interno como externo. Estas resistencias, internas y externas, se van a poner de manifiesto de forma evidente en la violencia de género hacia las mujeres porque en parte son las que desencadenan estas situaciones violentas encontrándose, por tanto, en el origen del conflicto.

2. LA VIOLENCIA HACIA LAS MUJERES. NIVELES DE ANÁLISIS.

La violencia hacia las mujeres no puede considerarse como una forma más de violencia, es diferente. Es una violencia que se basa en el género (Lorente, 2007), es decir, en la manera en que el contexto socio-cultural construye un sistema de significados que organiza las interacciones entre las personas y el acceso al poder y a los recursos (Crawford, 1995). Como hemos venido señalando, a lo largo de la historia de la humanidad y sustentado en una ideología patriarcal, mujeres y hombres han establecido relaciones asimétricas en las que el poder ha sido patrimonio masculino y donde el acceso a los recursos no se ha distribuido de manera equitativa entre ellos y ellas.

Uno de los logros o cambios alcanzado a lo largo de estos últimos años, como ya se ha resaltado previamente, ha sido el hecho de aceptar que la violencia de género en el ámbito familiar y de pareja es un problema social. Esto también ha contribuido a que en las últimas décadas se incremente el interés y por tanto el número de estudios acerca de la problemática, observándose una evolución en cuanto a los factores explicativos de dicha

violencia. Así hemos ido pasando de propuestas que situaban la causa de dicha violencia en características individuales bien del agresor bien de la víctima, a modelos que consideran que el origen de dicha violencia se sustenta en toda una serie de factores sociales e ideológicos.

Algunos estudios, como decimos, se centraban en resaltar las características demográficas de los agresores como la edad, el nivel sociocultural, etc. (Fernández-Montalvo y Echeburúa, 1997). En estos modelos explicativos de carácter individualista se solía también aludir a la patología del agresor, considerado en ocasiones como un enfermo mental o adicto a diferentes drogas. No obstante no parece haber consenso en aceptar un perfil de agresor y/o de víctima. Según el trabajo de investigación realizado por Esperanza Bosch y Victoria Ferrer (2002), el único rasgo común entre los maltratadores es el alto nivel de misoginia. Lorente Acosta (2003; 2004) defiende que el agresor se caracteriza por ser hombre, varón y macho, aunque pueda haber condicionantes que favorezcan la conducta violenta como el rasgo de personalidad narcisista, una autoestima elevada pero débil y la baja tolerancia a la frustración. En sus propias palabras:

“No se trata de hombres violentos, de perfiles psicopáticos ni de problemas enraizados en su personalidad; la violencia es un recurso que la sociedad y la cultura ponen a disposición de los hombres para utilizar en caso de necesidad, dejando a su criterio determinar cuándo surge la necesidad (Lorente, 2004, p.18).

En estas primeras propuestas no faltaron también quienes culpabilizaron a la propia víctima que con su conducta “distorsionada” provocaba y justificaba, por tanto, la conducta violenta del agresor como reacción al comportamiento de ella (Lorente, 2004; Sanz, 2007). Muchos de estos modelos explicativos coincidían en su reduccionismo y unicausalidad, siendo insuficientes para explicar una realidad tan compleja como es la violencia hacia las mujeres.

Por ello han ido surgiendo modelos que desde un enfoque psicosocial y multicausal responden de forma más ajustada a un problema tan complejo.

La propuesta de Fina Sanz (2007), por ejemplo, desde el enfoque del modelo psicosocial, multicausal y en base al género, defiende que no es posible entender la violencia hacia las mujeres al margen de su contexto. Es desde la interacción dinámica del sujeto con el contexto desde donde

accedemos al verdadero sentido del desarrollo de la persona, la sociedad y la cultura como un mismo proceso interdependiente entre sí. Así, afirma Sanz que *el maltrato hacia las mujeres es mucho más amplio, va más allá de las parejas y de lo que se ve* (Sanz, 2007 p.1).

Este enfoque holístico, psicosocial y de género supone un paso fundamental en la comprensión del mecanismo de la violencia hacia las mujeres. Podríamos decir que es precisamente este nuevo enfoque integral el que marca un antes y un después en el tiempo cara a la comprensión y el reconocimiento de esta realidad. Aclara Sanz (2007) al respecto, que, aunque la violencia hacia las mujeres ha existido siempre, el denominarla violencia de género es reciente, siendo esto precisamente lo que ha permitido visibilizar una problemática que era invisible en cuanto formaba parte del sistema social.

Del mismo modo que el género se construye y se actúa a distintos niveles, entendemos que para comprender y estudiar la violencia de género es necesario tener en cuenta estos tres niveles: social, relacional e individual (Sanz, 2007; Crawford y Chaffin, 1997).

A nivel *social* podríamos decir que la violencia hacia las mujeres es una violencia estructural (Lorente, 2004), basada en una ideología, una visión patriarcal de la sociedad en cuanto a los valores y normas que transmite. Esta concepción patriarcal, como hemos visto anteriormente, genera una discriminación entre las personas en función del sexo biológico clasificándolas dicotómicamente en la categoría de género femenino y masculino. Además, recordemos que la discriminación en base al género es jerárquica, es decir establece una relación de poder dominación-sumisión entre hombres y mujeres. Así este modelo socialmente construido se repite como forma de relación entre los dos sexos. Según Fina Sanz (2007), esta estructura de valores patriarcal queda incorporada a nivel inconsciente tanto en los cuerpos como en el inconsciente colectivo. Así, explica Lorente (2003), mientras otros delitos atentan contra las instituciones y sus normas, la violencia de género se establece como medio para garantizarlas y perpetuarlas. Para ello se relega al ámbito de lo privado, se invisibiliza y se naturaliza. Añade Lorente (2003) que los hábitos terminan por normalizarse por frecuentes y al final, lo que es normal no se ve.

Pero además, la violencia hacia las mujeres también se da en el plano *relacional* ya que este modelo estructuralmente jerarquizado se repite en las relaciones que hombres y mujeres establecen entre sí, especialmente como parejas. Relaciones que se caracterizan por ser móviles ya que se dan tanto en el plano de lo real como en el plano de lo simbólico. Pero en cualquier caso garantizan la autoridad del violento sobre la víctima como una forma de dominio. Por ello la violencia se convertiría más en un instrumento de control que en un fin en sí mismo. Tal es así, que Miguel Lorente (2003) llegó a afirmar que más que de una violencia doméstica, se trata de una violencia que domestica. Sanz (2007) añade que está basada en el dolor y en el sufrimiento y funciona como un sistema de acción-reacción infinito de violencia. En este plano relacional, tienen también especial relevancia los roles relacionales que se establecen y las expectativas amorosas de unos y otras en base a la educación afectivo-amorosa recibida a las que anteriormente nos hemos referido. Y consecuencia de todo ello, la reproducción de los mitos románticos asumidos (Sanchís, 2006).

El nivel *individual* haría referencia a la construcción subjetiva de la identidad y de la forma de entender los vínculos afectivos y relacionales. Los valores y normas anteriormente señalados, se interiorizan a nivel individual a través del proceso de socialización dando lugar a la construcción de la identidad personal como hombre o como mujer. En el origen de la violencia, afirma Hirigoyen (2006) se encuentran factores sociales e individuales. Sin embargo, añade, la vulnerabilidad psicológica no basta sin la facilitación que proporciona el contexto social, ya que el perfil de los individuos está influido por su educación y su entorno social. En este sentido, Sanz (2007), señala que los modelos de relación entre hombres y mujeres están cambiando más rápidamente desde el exterior que desde el interior. Y esto es así debido a que las relaciones de poder incorporadas a nivel interno o individual son más resistentes al cambio que los planteamientos ideológicos porque los cambios a nivel interno se producen a diferente ritmo, son más lentos (Lorente, 2003; Sanz, 2007).

3. LA VIOLENCIA DE GÉNERO EN LA RELACIÓN DE PAREJA

Una de las formas de maltrato más frecuente y conocida es la que se da en el contexto de las relaciones de pareja. Aunque parece ser que la familia tradicional está en crisis (Palacios y Moreno, 1994; A.C.A.N.A., 1997), aún se pueden observar las consecuencias derivadas de un sistema social, histórico y cultural que ha hecho de esta institución, la familia, el núcleo donde sustentar su estructura. Muchas de las características que definen la violencia de género por parte de la pareja tienen su razón de ser en esta forma de entender el vínculo afectivo de pareja y el concepto de familia (Ferreira, 1995; Sanchís, 2006).

Hasta no hace mucho tiempo, las relaciones de pareja se establecían tradicionalmente dentro del contexto familiar siguiéndose un proceso preestablecido: noviazgo, casamiento y procreación. Por supuesto se consideraba pareja a la unión de un hombre y una mujer. Es decir una relación heterosexual y para toda la vida. La familia, por tanto, suponía un espacio privado intocable donde el hombre, cabeza de familia, era el que mandaba. Viano (1987) explica cómo este contexto familiar se convierte en caldo de cultivo para el maltrato:

“Existe una aprobación táctica y una tolerancia de la violencia. Dentro del santuario de la familia, la víctima- la mujer o el niño- es considerada una posesión, un subordinado, un apéndice del marido-padre y un súbdito a su voluntad y control. Mucha de la aceptación tácita de abuso del cónyuge tiene hondas raíces culturales y proviene del sistema patriarcal en el cual las mujeres casadas tenían pocos o ningún derecho (...).En nuestra tradición judeo-cristiana la base es entronizar al esposo como el superior, el amo sobre su mujer e hijos. Estos valores culturales y religiosos fueron trasladados a las costumbres y a la ley” (Viano, 1987; citado por Ferreira 1995, p.41).

De hecho, una de las primeras denominaciones que adoptó este tipo de violencia hacia la mujer, fue la de “doméstica”. Este término sigue utilizándose para referirse a la violencia dirigida a cualquier miembro de la familia. La dirigida a la mujer por parte de la persona con quien mantiene o ha mantenido una relación afectiva pasa a denominarse violencia de género con la Ley Orgánica 1/2004, de 28 de diciembre, de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género.

Como venimos diciendo, uno de los avances fue dejar de considerar la violencia como algo privado, perteneciente a la vida íntima de las parejas y, por tanto, con derecho a ser silenciado e invisibilizado. Lorente (2003) señala al respecto que aparentemente no ocurría nada porque no se veía, porque la violencia estaba “parapetada dentro de los muros del hogar y atada por los lazos de la relación”. En la misma línea, diferentes autoras/es han hecho referencia al carácter privativo que se le otorgaba a todo lo que ocurría en la relación de pareja y dentro del hogar familiar y a la consecuente invisibilización de los actos de abuso de ella, algunas de estas ideas son las que siguen:

“Un cuidadoso silencio envuelve con su manto de impunidad el espíritu de violencia que anida en tantos hogares...” (Ferreira, 1995).

“Las cadenas y los muros del hogar no se ven con claridad, son casi siempre invisibles, aunque no menos reales o insuperables...” (Rojas Marcos, 2007).

Otro de los escollos significativos han sido las falsas creencias que han contribuido a perpetuar este tipo de comportamientos violentos a base de fomentar la normalización de los mismos. Entre ellas se encuentran la consideración de la violencia en la pareja como una cuestión privada, provocada por la crisis de valores y que se mantiene en base al masoquismo de las propias mujeres que la soportan en lugar de romper la relación (Sanchís, 2006). De acuerdo con la autora, la violencia lejos de ser un asunto privado supone una agresión a los derechos humanos y por tanto un delito y un problema social que pone en evidencia la resistencia del sistema patriarcal al establecimiento de la igualdad real entre hombres y mujeres. En la misma línea Lorente Acosta (2001) desmiente que el problema radique en que haya más denuncias y por ello parezca que se dan más casos. Por el contrario, afirma, las denuncias interpuestas no representan apenas la realidad ya que se estima que son solo el 10% de las agresiones, siendo además con bastante probabilidad denuncias pertenecientes a los agresores con menos recursos o habilidades para encubrir sus conductas violentas. Tampoco se trata de casos aislados o esporádicos, motivados por causas externas que la justifiquen como los celos o el consumo de alcohol, ya que, tal y como argumenta Sanchís (2006), hay muchas mujeres y hombres que beben alcohol o sienten celos y no violentan a sus parejas. Tampoco estamos hablando de un problema propio de

clases sociales bajas o de ambientes marginales, ya que ocurre en todas las clases sociales, aunque tal vez varíe la forma, la manera de producirse. Lo que sí puede ocurrir es que en las clases sociales superiores el maltrato sea más sofisticado y se cuente con más recursos psicológicos (Lorente, 2001).

Otro de los rasgos característicos de este tipo de violencia es que se inicia al comienzo de la relación, frecuentemente en el noviazgo. Suele comenzar con maltrato psicológico, previo al físico y su pronóstico es el de ir en aumento tanto en intensidad como en gravedad del riesgo a medida que pasa el tiempo hasta alcanzar un grado crónico (Gobierno de Cantabria, 2001; Lorente, 2003). Además el maltrato no acaba cuando acaba la relación sino que continúa después de que esta haya finalizado. Ocurriendo de hecho, muchos de los homicidios justo después o durante el periodo de ruptura (Lorente, 2003).

Esta violencia además no es bidireccional, sino unidireccional. Va dirigida del hombre hacia la mujer. Se basa en el sexismo, ya sea hostil o benévolo. Hostil, en cuanto se aplica como castigo y benévolo en cuanto se premia o refuerza la conducta esperada de subordinación (Jiménez García-Bóveda, 2008). Ya comentamos que Lorente Acosta (2003) defiende que no es una violencia doméstica, sino que doméstica, porque su finalidad es la de dominar y controlar apoyándose en la permisividad social.

Afecta a la mujer de forma integral en todas sus funciones: sociales, laborales, afectivas, jurídicas, etc. Pero también es extensiva al resto de la familia, especialmente a los hijos e hijas. Por tanto las secuelas derivadas del maltrato a las mujeres no suponen solo un problema de salud sino que todas las instituciones sociales se ven afectadas y comprometidas frente a esta forma de abuso que durante mucho tiempo se ha considerado exclusivamente como "conflictos de familia".

Lo que sí se percibe, afirma Lorente (2004), es que existen diferentes formas de manifestación de la violencia, pero no en cuanto al sentido ni en el significado de la conducta.

Se podría decir, por tanto, que el mayor riesgo para que se produzca violencia de género en una relación de pareja deriva de establecer una relación entre hombres y mujeres que han interiorizado y reproducido los roles y mandatos de género tradicionales. Ellos, por su parte, habrían interiorizado el

ideal masculino, aprendiendo a situarse en la relación en una posición de dominio respecto a ellas. Además habrían incorporado la violencia como una forma de relacionarse, desde esta posición de control y poder, y de resolver los conflictos de pareja y con las mujeres (Andrés, 2007). En este sentido no podemos olvidar que la violencia en una forma en la que el género se hace o actúa (Anderson, 2005). Ellas por su parte, habrían incorporado modelos de dependencia y sumisión, experimentando un verdadero conflicto entre la necesidad de expresar sus sentimientos y el temor a la reacción de la pareja, pudiendo derivar esta situación en sentimientos de indefensión e impotencia (Ferreira, 1995).

3.1 MECANISMOS DE INSTAURACIÓN Y MANTENIMIENTO DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO

Una de las preguntas más frecuentes en torno a la violencia de género en la pareja, es la que tiene que ver con el por qué las víctimas aguantan tanto tiempo esa situación y no se separan del agresor (para una revisión véase Barnett, 2000; 2001; Anderson y Saunders, 2003). Es cierto que los comportamientos de estas mujeres pueden parecer, a simple vista, poco lógicos, inestables y en cualquier caso difícil de entender. Comprender cómo se generan estas relaciones de maltrato y cómo se mantienen en el tiempo, nos puede ayudar a explicar los comportamientos, tanto de las víctimas como de los agresores.

Es conveniente recordar que no se trata de una violencia más (Lorente, 2007), ya que el maltrato viene ejercido por alguien con quien se tiene un vínculo afectivo y por tanto puede generar sentimientos complejos y ambivalentes. Al producirse mayoritariamente dentro del hogar, en un espacio íntimo, es difícilmente visible desde el exterior. Sobre todo en los comienzos, en los que tanto él como ella tienden a ocultar lo que ocurre. Ella educada para tolerar, justificar y ser comprensiva por el bien de la relación, y él porque no pretende significarse, ya que incluso suele tener una buena imagen pública. Además recordemos que el maltrato a las mujeres ha estado legitimado hasta muy recientemente por una sociedad que se resistía a aceptar las causas de base como son la forma de socializar y educar a las personas, lo que ha dado

lugar a poner en ocasiones en tela de juicio a las propias mujeres con argumentos como que están locas, de los nervios o son masoquistas (Nogueiras, 2007).

Al no tratarse de hechos aislados sino de un proceso continuo en el tiempo, este genera un debilitamiento progresivo de las víctimas. En este sentido, Paz (2007), nos recuerda que previamente a los episodios de maltrato, se establece lo que se viene a denominar un sistema de dominio y control sobre la víctima, un proceso sutil de anulación de las posibles resistencias de esta. Este proceso previo es esencial para avanzar hacia formas de maltratos, psicológicos y físicos, más evidentes. Hirigoyen (2006) explica este sistema de dominio y control asegurando que solo vemos el fenómeno en su parte visible, la agresión física, pero que realmente todo comienza mucho antes de los golpes o los empujones. En el inicio, comenta la autora, se producen comportamientos abusivos, intimidaciones, microviolencias difíciles de detectar, pero que son los que realmente van preparando el terreno y permiten en definitiva la instauración de la violencia.

Por tanto, y según hemos planteado hasta aquí, la identidad se construye y desarrolla en las interacciones sociales. Desde los valores reflejados en el código patriarcal, la identidad masculina se construye sobre la base del dominio y control. Estos discursos sociales y modos de comportarse se reproducen en las interacciones y pueden hacer que mujeres y hombres acaben haciéndolos suyos a nivel individual. De esta forma, existe una ideología a nivel social sobre la que se sustentan estas relaciones de género desiguales. Pero, además de este contexto macrosocial, estamos resaltando también cuál es el contexto más inmediato en el que se construye la identidad de estas mujeres que han sufrido violencia.

Como acabamos de ver una de las características fundamentales de la violencia de género es su continuidad, donde el agresor, partiendo de una desconsideración total de la víctima, intenta controlarla y dominarla. En este sentido es importante preguntarse cómo contribuye el agresor durante todo este tiempo de violencia emocional a la destrucción de los pilares que configuran la identidad de la mujer contra la que ejerce dicha violencia.

De acuerdo con Lorente (2006) tres son las formas en la que la identidad de la víctima es atacada: en primer lugar socialmente en cuanto que el agresor

intenta aislar a la víctima, rompiendo las relaciones con amigos, familiares, etc. En segundo lugar la identidad del pasado es atacada en cuanto que el agresor intenta evitar recuerdos y lazos del pasado. Por último, la identidad actual es atacada por las continuas recriminaciones e insultos que la víctima recibe referidas a sus comportamientos, aspiraciones o deseos. Mediante este procedimiento se anula por completo a estas mujeres dando lugar, a la “personalidad bonsái” donde la misma persona que abona y riega, impide su crecimiento (Lorente, 2006).

Veamos a continuación cómo se producen algunas de estas maniobras abusivas.

3.1.1 VINCULOS TRAUMÁTICOS O RELACIONES TRAMPA

Efectivamente, la violencia machista en la pareja no es algo puntual u ocasional. No se trata de incidentes aislados sino que es el resultado de un proceso largo en el tiempo en el que se producen diferentes tipos de maltrato, a veces de manera simultánea (Hirigoyen, 2006; Lorente, 2003; 2007). Este proceso sigue unas pautas hoy día bien conocidas. Jill Davies defiende que la violencia contra las mujeres en la pareja es “*un patrón de control por coacción, caracterizado por el uso de conductas físicas, sexuales y abusivas*” (1998, cit por Bosch, Ferrer y Alzamora, 2006 p. 96).

Afirma Hirigoyen que “*si las mujeres aceptan sufrir tales comportamientos es porque las agresiones físicas no llegan de repente, como un trueno en un cielo sereno*” (Hirigoyen, 2006, p.71). La autora explica que la violencia hacia la pareja se basa en el control y la violencia psicológica previa, maltrato este muy sutil en sus comienzos, como por ejemplo una mirada despectiva o un tono amenazador. Este tipo de conductas van a ser en cualquier caso previas e introductorias de violencias más evidentes como es el caso de la violencia física.

Por su parte Lorente Acosta aclara que “*...en la violencia contra la mujer siempre llueve sobre mojado...comienza con unas gotas que poco a poco van a más...conductas que por frecuentes se presentan como habituales y que por habituales nos las hacen ver como normales...*” (Lorente, 2003, p.23). De

hecho, a diario en la vida de estas mujeres se producen multitud de microviolencias que van minando poco a poco sus resistencias.

Belén Nogueiras (2007) asegura que ya desde los inicios de la relación se pueden observar manifestaciones de estrategias de control. Entre estas estrategias destaca el aislamiento del entorno social que deja a la mujer incomunicada de posibles afectos y recursos y centrada exclusivamente en el agresor. El aislamiento, dirá Hirigoyen (2006), es tanto causa como consecuencia del maltrato. Pero también se pueden observar otras estrategias en estos primeros momentos como son las prohibiciones y las desvalorizaciones que limitan y desacreditan a la mujer como persona. Desvalorizaciones que a través de humillaciones van deteriorando la autoestima. Demandas triviales que van focalizando toda la atención y la energía de la víctima sobre el agresor, alternadas de pequeñas concesiones que contribuyen a ir creando cada vez más la subordinación de ella hacia él. También las amenazas, los chantajes, los gritos y las vejaciones, van progresivamente intimidando y generando un estado de terror que termina bloqueando a la mujer. Además esto se minimiza, atribuyendo en muchas ocasiones a ella la culpa de todo lo que ocurre, mientras que él se presenta como víctima.

Este tipo de relación es lo que algunos autores y algunas autoras han venido a denominar “relación trampa o vínculo traumático” (Harlow, 1971; Walker, 1980; Dutton, D.G. y Painter, S. 1981;) para referirse a la situación paradójica ¹ por la cual la víctima queda atrapada al agresor sin recursos internos para rebelarse, ya que estos han sido previa y sistemáticamente anulados, creando así un sistema de dominio y control. Painter y Dutton (1998) postulan que esta relación se caracteriza porque una de las personas tiene superioridad y poder sobre la otra y porque la agresión se produce de forma

¹ **Dinamismo paradójico de los vínculos traumáticos:** el objetivo del que ejerce violencia es anular el conflicto y controlar a la mujer por la vía del maltrato devenido en técnica de dominación (Jacobson, 1993). Esto genera una situación paradójica: si la víctima no tiene recursos internos para rebelarse queda apegada al victimario, tratando de hacer méritos para no ser agredida, anhelando los momentos de calma intermitente del ciclo de la violencia (Harlow, 1971; Walker, 1980). El esfuerzo en la búsqueda de soluciones es en vano, pues la violencia del victimario no depende de lo que haga o no haga la víctima, sino de la atribución de significado, de lo que percibe el agresor del comportamiento de la víctima, de acuerdo a dinámicos internos tales como el proceso de rumiación, el monólogo interior, la cognición repetitiva, etc. (Dutton, Fehr, McEwen, 1982; Ferreira, 1992; Dutton y Yamini, 1995).

intermitente e impredecible. También añaden, que las conductas de afecto hacia la víctima son una de las claves en el mantenimiento de la relación, porque refuerzan los valores positivos que existen en ella y dan esperanza de cambio (Painter, S. y Dutton, D.G. 1998).

Graciela Ferreira al referirse a este tipo de relaciones traumáticas utiliza el símil de la tela de araña y lo define como que “*la mujer entra en un conflicto de lealtades paralizantes*” (Ferreira, 1999 p.34). Lorente Acosta (2003), por su parte, las describe como si la mujer permaneciese unida a su agresor por una especie de goma elástica gigante, que se va estirando llegando a veces a rozar la ruptura, pero que cuanto más se aleja, tanto mayor es la tensión que la hace volver.

3.1.2 EL CICLO DE LA VIOLENCIA

Una vez la mujer está atrapada en este sistema de dominio que la apega al agresor es necesario mantener el control. Leonore Walker (1980) observó y defendió a finales de la década de los ‘70 que el proceso de maltrato seguía un patrón muy parecido en la mayoría de los casos de mujeres maltratadas por sus parejas. Su propuesta de explicación sobre cómo y por qué las mujeres pueden quedar atrapadas en la relación de maltrato es lo que se conoce como “el ciclo de la violencia” según el cual los incidentes violentos se dan de forma cíclica y en tres fases.

Primera fase o de Tensión. Esta fase hace referencia a episodios conflictivos aislados, pequeños, generalmente provocados y justificados por parte de él y en los que la hace responsable a ella. El motivo suele ser cualquier nimiedad como un objeto fuera de lugar, un plato frío, etc. Estos pequeños episodios van progresivamente generando una escalada de tensión, de tal forma que terminan, en cualquier caso, dando lugar a un cambio de humor significativo en el agresor que ella suele intentar calmar adaptándose a él.

Segunda fase o de Agresión. Esta fase supone una descarga de la tensión acumulada por los episodios anteriores. Se puede manifestar con agresiones de todo tipo, no solo física, también psíquica y/o sexual.

Tercera fase o de Calma y conciliación. También conocida como “Luna de miel”. En esta fase, el agresor muestra arrepentimiento y hace acto de enmienda. Para ello suele desarrollar estrategias de manipulación afectiva, como hacer regalos, promesas, o desplegar actitudes cariñosas. Esto refuerza positivamente a la víctima generando la ilusión y la esperanza de cambios en el comportamiento de él. La finalidad de estas estrategias es la de retener y controlar a la víctima, recuperando su confianza y dependencia emocional.

Este ciclo de la violencia se caracteriza por tener un pronóstico negativo, es decir, los episodios violentos cada vez se hacen más frecuentes e intensos, llegando a perderse la fase de conciliación con el tiempo. La mujer consecuentemente se vuelve más sumisa a la vez que va perdiendo la confianza en sí misma, lo que le otorga más poder y control a él. Como la violencia funciona, se repite entrando en un proceso que a modo de espiral va aumentando en frecuencia e intensidad paulatinamente. Por eso, también se habla de una espiral más que de un ciclo (Lorente, 2004; Gállico, 2009) o de escalada de la violencia para hacer referencia a que la forma de maltrato varía durante el proceso. Los episodios de maltrato son cada vez más intensos y peligrosos a medida que pasa el tiempo (Bosch, Ferrer y Alzamora, 2006), estableciéndose la fórmula que Lorente Acosta (2004) denomina “más por menos”, es decir más violencia por menos motivos. Generalmente los primeros episodios se inician con agresiones psicológicas, luego verbales, más tarde físicas, pudiendo llegar finalmente hasta el asesinato. Pero la violencia no se suele detectar hasta que no son visibles las agresiones físicas. A estas alturas la mujer ha perdido la confianza en sí misma y se siente atrapada en la relación, sometida a los dictámenes de la pareja, porque progresivamente ha ido incorporando las conductas intimidatorias como los chantajes o las amenazas que la han ido anulando como persona. El aislamiento, las prohibiciones, el control del comportamiento y del dinero en los primeros momentos, han pasado desapercibidos, normalizados como propios y legitimados para el agresor. Incluso muchas mujeres lo justifican atribuyéndolo a rasgos de carácter propios del agresor, a su peculiar forma de ser. Esta forma de interpretar la situación va a facilitar el camino hacia el maltrato, invisibilizado en sus inicios, pero que una vez puesto en marcha no va a resultar fácil de detener. Identificar y entender este proceso como una

estrategia, como una escalada de violencia tal y como hemos expuesto, suele ser bastante difícil de percibir (Instituto de la mujer de Canarias, 2001; Labrador, 2007; Lorente, 1998).

3.1.3 EL LABERINTO PATRIARCAL Y EL CONCEPTO DE ADHERENCIA

Dentro de las propuestas realizadas para explicar por qué las mujeres quedan atrapadas en estas relaciones tóxicas se encuentra la propuesta de Esperanza Bosch, Victoria Ferrer y Aina Alzamora (2006). Estas autoras han utilizado el símil del laberinto del patriarcado para explicar cómo el acceso a estas relaciones puede ser muy fácil mientras que salir de ellas se convierte en algo muy difícil y complejo.

Aseguran que a medida que la mujer se va adentrando en la relación laberíntica en dirección al núcleo, el riesgo aumenta para ella así como la dificultad para salir del mismo. Por tanto, el tiempo transcurrido dentro del laberinto se convierte en una variable fundamental. El curso que siguen estas mujeres para quedar atrapadas en esta relación trampa y laberíntica lo describen en cuatro fases consecutivas:

Primera fase o de *Fascinación*. En esta fase juegan un papel crucial las expectativas amorosas basadas en un modelo educacional donde la vida en pareja estable se presenta como un modelo ideal y adaptativo, dando lugar a la creación de la figura amorosa. Mientras mayores sean estas expectativas, dicen las autoras, mayor es la probabilidad de errar y menor la capacidad para reconocerlo.

Segunda fase o de *Reto*. En esta fase, la mujer intenta hacer concesiones al amor, tratando de ajustarse ella misma, de adoptar cambios si es necesario para justificar o corregir los aspectos negativos de la relación.

Tercera fase o de *Confusión*. Al no lograr el bienestar con estos primeros intentos, la mujer se autocuestiona y baja la concepción que tiene de sí misma.

Cuarta fase o de *Extravío*: una vez llegado a este punto, la mujer deriva en una representación negativa de sí misma, del agresor y de la relación. Como no se siente capaz de encontrar una respuesta, se rinde.

Estas autoras consideran el tiempo como una de las variables más relevantes en este proceso. Afirman que la entrada al laberinto se realiza con rapidez por las expectativas iniciales y la fuerza con la que se vive el sentimiento amoroso. La mujer, enamorada y con una concepción del amor idealizado, se entrega permitiendo que él viva esta entrega como una posesión, desde el poder. Más tarde la percepción del tiempo se transforma, hasta que solo se vive el día a día, perdiéndose la visión del pasado y del futuro. En estos momentos, es como si el tiempo se viviese en “zig-zag”, siguiendo las pautas del ciclo de la violencia: amor, hostigamiento y reconciliación. Esta última etapa, de reconciliación, se iría reduciendo tal y como señalaba Walker (1980), hasta perderse en el tiempo dando lugar al mecanismo del miedo y la adherencia. El miedo como reacción y la adherencia como defensa. Ambos van a contribuir a perpetuar la relación y la permanencia de la mujer al lado del maltratador.

Las autoras definen la adherencia como *“el reto que para algunas mujeres representa la obtención de una relación de correspondencia con su pareja, los esfuerzos, las renunciaciones y el sufrimiento que invierten en conciliar sus expectativas con la realidad”* (Bosch, Ferrer y Alzamora, 2006, p.177). Esta actitud de adherencia está reforzada por la creencia en la fuerza del amor, capaz de superar todas las dificultades. Creencia esta, que favorece la actitud de comprensión hacia él y el despliegue de cuidados y apoyos por parte de la mujer. Es importante señalar que estas autoras, diferencian el concepto de adherencia del de dependencia. Afirman que la dependencia se viviría como algo negativo, como una necesidad o un déficit, con sentimientos de devastación frente a posibles separaciones, y miedo a la pérdida y a la soledad, sería por tanto un apego enfermizo. Por contraposición, la adherencia se entiende como algo positivo, como un intento de mejora. Tendría más que ver con las expectativas, mientras que la dependencia estaría más relacionada a un determinado déficit emocional. De hecho, desde este punto de vista, la dependencia estaría más ligada a la vivencia de los hombres que son en definitiva los que amenazan, agraden y matan cuando las mujeres rompen la relación o ante la posibilidad de que esto ocurra. La adherencia estaría más del lado de las mujeres en relación a una lucha empeñada por salvar la relación.

Pero no todas las mujeres manifiestan la adherencia al agresor de la misma manera. Por eso las autoras explican que mientras algunas lo hacen persistiendo en el empeño de aferrarse a la imagen inicial de él, por no aceptar el fracaso que supone enamorarse de la persona inadecuada, otras se adhieren para proteger a los hijos/as sobre todo en situaciones de carencias económicas. En algunas ocasiones las mujeres están convencidas de que pueden y deben cambiar al agresor, sintiéndose culpables si no lo hacen. También puede darse el caso de aquellas que no ven otra alternativa más que aguantar frente al miedo a morir o a que él se suicide. Por último no hay que olvidar la importancia de no contar con apoyo del entorno, frente al que la mujer puede sentir temor a no ser creída o vergüenza (Bosch, Ferrer y Alzamora, 2006).

En cualquier caso, el resultado de este proceso laberíntico es que ambos, hombre y mujer, quedan atrapados en una relación de la que es complicado salir, y cuya tendencia es que con el tiempo los episodios de violencia se agraven. Pero esta detección a tiempo resulta bastante difícil si no se comprende el fenómeno suficientemente.

4. CONSECUENCIAS DERIVADAS DEL MALTRATO EN LA RELACIÓN DE PAREJA

Para comprender en su justa medida el fenómeno de la violencia de género por parte de la pareja, también es necesario tener en cuenta las consecuencias derivadas de la experiencia de maltrato, y no solo para la víctima. Como ya se ha comentado anteriormente, la violencia hacia las mujeres es un problema de salud (OMS, 2002) que les genera consecuencias muy negativas tanto físicas como psíquicas, llegando a poner en peligro la propia vida de las mujeres y la de sus hijos e hijas.

Estas consecuencias negativas derivadas de la experiencia de vivir relaciones de maltrato por parte de la pareja van a estar condicionadas por la intensidad del maltrato, de tal forma que el impacto será mayor mientras más severo sea éste. Pero además hay que tener en cuenta que todas las

experiencias violentas vividas, se acumulan en base al impacto, perdurando éste más allá del cese del maltrato (Labrador, 2007).

La OMS en su informe Mundial sobre la violencia y la salud en 2002 señala las siguientes consecuencias en la salud de las mujeres:

Físicas, como pueden ser los daños abdominales o torácicos, hematomas y contusiones, síndromes de dolor crónico, discapacidades, fibromialgia, fracturas, trastornos gastrointestinales, colon irritable, laceraciones y abrasiones, daño ocular, reducción en el funcionamiento físico

Psicológicas y conductuales, como el abuso de alcohol y drogas, depresión y ansiedad, trastornos alimentarios y del sueño, sentimientos de vergüenza y culpa, fobias y trastornos de pánico, inactividad física, baja autoestima, trastorno de estrés postraumático, trastornos psicósomáticos, conducta suicida y autodestructiva, conductas sexuales inseguras.

Sexuales y reproductivas, como los trastornos ginecológicos, infertilidad, inflamación de la pelvis, complicaciones en embarazos o abortos, disfunción sexual, E.T.S. y SIDA, aborto inseguro, o embarazos no deseados.

Consecuencias fatales, mortandad relacionada con SIDA, mortalidad maternal, homicidios y suicidios.

Todo esto va a afectar a las mujeres inmersas en una relación de violencia de forma integral, repercutiendo en todos los ámbitos de sus vidas, por supuesto en el de la salud, pero también en el laboral, el económico, el social, etc. (Corsi, 2001).

Si nos centramos en las consecuencias psicológicas y conductuales podemos resaltar que estas han sido ampliamente reconocidas (Alberdi y Matas, 2002; Lorente, 2006, Naciones Unidas, 2006, OMS, 2005; Villavicencio y Sebastián, 1999). Es por ello por lo que desde los Organismos de Igualdad se presta especial cuidado a la atención y al seguimiento de las víctimas. La Ley Orgánica 1/2004, del 28 de diciembre de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género incluye, entre otros, además de aspectos preventivos, educativos, sociales, asistenciales, los referidos a la atención posterior a las víctimas. Como queda recogido en el artículo 19 de la citada Ley referido al *derecho a la asistencia social integral*, además de/junto a otros tipos de apoyos y asistencias, se encuentra la atención psicológica. Este trabajo con las víctimas debe ser un objetivo prioritario dotándose de presupuestos y recursos

suficientes (Rodríguez, 2006). Pero no sólo las mujeres que denuncian una situación de maltrato deben recibir este tipo de ayuda. Un grupo importante de ellas acuden a los Centros de atención a la Mujer para solicitar ayuda psicológica sin haber presentado previamente la correspondiente denuncia. Este grupo de mujeres no siempre aparece en las estadísticas, como tampoco aparecen las mujeres que, gracias a la ayuda que reciben, son capaces de identificar la violencia que se ejerce contra ellas o de romper definitivamente una relación a tiempo.

Esta ayuda terapéutica que muchas de ellas reciben está contribuyendo a que, a pesar de este panorama desolador y de lo complejo que puede resultar, algunas de estas mujeres sean capaces de, además de conservar su vida, de superar la experiencia de malos tratos y de reconstruir de manera positiva su identidad. En la mayoría de las ocasiones han sido objeto de descalificaciones, insultos, etc., que han hecho que acaben haciendo suya, estas ideas negativas que el agresor ha dicho de ellas, y que acaban deteriorando su autoestima. Esta violencia que se ejerce contra las mujeres afecta fuertemente a su integridad moral, originando indefensión (social y adquirida) y vulnerabilidad que puede finalizar en el síndrome de estrés postraumático. Entre las principales características del mismo se encuentran sentimientos de baja autoestima, depresión y sensación de desamparo e impotencia. No es de extrañar que, según la III Macroencuesta sobre la violencia contra las mujeres realizada por SIGMA 2 para el I. M. (2006), aparezca entre los síntomas más frecuentes “la tristeza producida por pensar que no valía nada”, siendo las conductas referidas a la violencia psíquica de desvalorización una de las que origina un mayor número de denuncias (Alberdi, 2005).

Labrador (2007) recuerda que la violencia de pareja es la principal causa de reducción en la calidad de vida, daño y muerte para la mujer, pero que también tiene serios efectos secundarios para la familia, la comunidad y la economía. Por tanto, hay que recordar que son muchas más las personas que se ven perjudicadas por estas relaciones abusivas.

Efectivamente, esta violencia no solo afecta a la víctima, sino que también se extiende a terceros. Afecta de forma significativa a hijos e hijas, a veces víctimas también de maltrato, o bien víctimas de las consecuencias

derivadas de la situación violenta, en cualquier caso espectadores, testigos directos de modelos violentos. Las consecuencias negativas también repercuten sobre el propio agresor, ya que no solo entra a formar parte de una relación que lo deteriora como persona y por tanto lo convierte en un riesgo en potencia para posibles futuras relaciones con otras mujeres, sino que en muchas ocasiones termina bien en la cárcel o bien suicidándose. Las familias de ambos, también se van a ver implicadas de alguna manera. Los costes económicos tampoco son despreciables. Según el informe anual en materia de Violencia de Género de la Consejería para la igualdad y bienestar social de la Junta de Andalucía, los gastos del año 2008 en medidas y actuaciones en materia de Violencia de Género, ascendieron a cerca de 28 millones de euros (Consejería para la Igualdad y el Bienestar Social de la Junta de Andalucía, 2009).

Por todo ello, Josefa Ruiz Fernández (2010) afirma que el maltrato a la mujer es un problema de salud pública que enferma y mata. No solo por el deterioro progresivo funcional y psicológico que ocasiona, argumenta, sino también por la propia autopercepción que la mujer tiene sobre su salud. Esto va a limitar significativamente la calidad de vida cotidiana repercutiendo en un ciclo vicioso en cuanto a su vida social. Estas mujeres, incluidas las profesionales asalariadas, aisladas por la acción del propio agresor, el deterioro de la autoestima y por los sentimientos de vergüenza, derivan en un mayor absentismo laboral y o de participación social, que a la larga las puede llevar incluso a la pérdida de empleo, incrementando esta situación aún más la situación de desigualdad, la subordinación y la dependencia.

Por tanto se trata de mujeres que se encuentran en una situación muy compleja. Aisladas estratégicamente y anuladas sus resistencias, vivirían con la ilusión de control sobre la conducta de él y con esperanzas de cambio. Pero al mismo tiempo se encontrarían sumergidas en un bloqueo emocional permanente caracterizado por sentimientos paradójicos, como es por un lado querer romper con la relación y por otro sentirse culpable por ello; o tomar conciencia de la necesidad de irse y no tener a dónde. Esto puede generar mucho desgaste, con conductas a veces contradictorias y oscilaciones emocionales alimentadas por el miedo, la culpa y la vergüenza. Miedo porque viven en un estado de inquietud constante, una situación que no controlan por

imprevisible, pero que las obliga a permanecer alertas todo el tiempo. Y no sólo existe el miedo a las posibles agresiones y a las amenazas, sino también al futuro incierto. Por otro lado, está la vergüenza. Desde el aislamiento pueden pensar que solo les pasa a ellas, sentirse distintas e incomprendidas por el resto de la gente, lo que las llevaría a ocultar lo que les ocurre. También es muy frecuente el sentimiento de culpa, por un lado por las atribuciones de él durante todo el proceso, y por otro porque su proyecto vital, cuidar del hogar y la familia, perciben que ha fracasado (Instituto de la Mujer de Canarias, 2001). Pese a todo esto, afirma Graciela Ferreira que *“la peor de las vivencias es la del resquebrajamiento de las creencias y de la confianza en la seguridad de la familia”* (Ferreira, G. 1999, pág. 35).

A todo esto hay que sumarle el maltrato que se añade desde afuera, el maltrato institucional ocasionado por parte de profesionales incompetentes o insensibles, por la falta de recursos, la lentitud de los procesos judiciales, etc.

Para describir las secuelas físicas y psicológicas a largo plazo derivadas de la situación de maltrato permanente y sus consecuencias, Leonore Walker (1989) formuló el llamado “Síndrome de la Mujer Maltratada”. En este síndrome se incluyen síntomas de estrés postraumáticos (TEP), estado de ánimo depresivo, rabia, culpa, baja autoestima, quejas somáticas, disfunciones sexuales, conductas adictivas, distorsiones de la memoria y síndrome de Estocolmo doméstico (Walker, 1989; Dutton, 1993; Lorente, 1998).

Labrador (2007) por su parte, defiende que de todos los problemas derivados de la relación violenta antes mencionados, los más relevantes son la depresión y el síndrome de Estrés Postraumático (TEP), con una prevalencia del 47% y 63% respectivamente.

Por último no hay que olvidar que una de las consecuencias menos consideradas y estudiadas, pero no por ello menos importante, es el alto porcentaje de mujeres que intentan suicidarse o terminan haciéndolo.

En cualquier caso y tal y como defiende la fiscal Soledad Cazorla (2010), no se trata tanto de considerar a estas mujeres como desvalidas, como de entender que viven en una situación de desvalimiento. Y esta forma de enfocarlo, qué duda cabe que abre puertas y aumenta las esperanzas de recuperación si estas mujeres cuentan con los medios oportunos.

Bien es cierto que de esta situación, de desamparo, indefensión y apatía en la que muchas mujeres se encuentran, difícilmente podrán salir solas. En este proceso de recuperación y reconstrucción de la identidad y empoderamiento necesario para volver a controlar y tomar decisiones sobre su vida, resultará clave contar con ciertos recursos sociales e individuales.

Por ello, creemos importante contar con la experiencia vivida y los testimonios de las propias mujeres en cuanto a su particular forma de entender el proceso y también su percepción de los obstáculos y apoyos encontrados a lo largo del mismo, considerándolas en todo momento como protagonistas activas de sus propias historias. Partimos de que es la situación, desajustada y anormal, así como las consecuencias derivadas de la misma, la que en muchas ocasiones las lleva a no encontrar el camino adecuado para recuperar el control de sus vidas. Consideramos también que la experiencia traumática vivida genera secuelas significativas en la vida de estas mujeres tal y como se ha expuesto anteriormente, y que por tanto no basta con romper la relación con el agresor para rehacerse y recuperarse, sino que hay que ir más allá en el espacio y el tiempo para poder desarrollar todo un proceso de reconstrucción de sí mismas que las ayude a recuperar la agencialidad perdida.

Capítulo 2. EL MÉTODO

Este estudio adopta una metodología cualitativa de corte narrativo. La incorporación y aceptación de esta metodología en los estudios de género es una modalidad válida y reconocida (Reihartz, 1992; Martínez y Bonilla, 2000; Cala y Trigo, 2004; Wilkinson, 1999).

Martínez y Bonilla (2000) plantean que la investigación cualitativa tiene como objeto de estudio la construcción social de la realidad que las personas elaboran en sus prácticas discursivas con el objeto de comprender cómo crean y dan significado a sus experiencias y vivencias. En este sentido, el método biográfico-narrativo permite revelar las representaciones propias que cada persona elabora para dar sentido a sus experiencias vitales, al mismo tiempo que posibilita conocer las creencias, valores y significados que asocia, construye y privilegia en relación con estas experiencias.

En este estudio, utilizamos el método biográfico-narrativo, aplicando el diseño de relatos paralelos (Pujadas, 1992; Clandinin y Conelly, 2000), el cual está especialmente indicado para coleccionar múltiples historias de vida referidas a un mismo grupo. Este tipo de diseño permite establecer categorizaciones y comparaciones entre casos, acumulando evidencias sobre coincidencias o divergencias entre diversas biografías como método de validación de las hipótesis de investigación. Estos relatos permiten profundizar y estudiar el proceso de recuperación de una relación de maltrato y de reconstrucción de la propia identidad.

En este capítulo se describirá la muestra de mujeres participantes seleccionada para este estudio y algunos datos socio-demográficos relevantes. También se incluirá la herramienta utilizada, entrevista individual, para la recogida de datos y el procedimiento seguido.

1. PARTICIPANTES

Para este estudio se ha contado con la participación de ocho mujeres con edades comprendidas entre treinta y setenta años. Todas han sufrido violencia de género, han roto la relación con el agresor y se encuentran en periodo de recuperación. Consideramos por tanto que han superado la relación de maltrato, de acuerdo con la concepción de Roca y Masíp (2011).

Para su selección y contacto hemos utilizado una técnica combinada de muestreo teórico y en bola de nieve, combinando procedimientos formales e informales. Por un lado se contactó con la dirección provincial de Sevilla del IAM (Instituto Andaluz de la Mujer) para la identificación y acceso a mujeres que habían recibido apoyo terapéutico. Por otro lado se accedió a mujeres que estaban acudiendo a sesiones de terapia grupal dentro del proyecto de intervención psicológica grupal con mujeres usuarias de los CMIMs (Centros de información a la mujer) y que desarrolla el instituto de la Mujer en colaboración con el Colegio Oficial de Psicología. También se ha accedido a mujeres a través de informantes claves procedentes de asociaciones, instituciones y medios de comunicación. Esto ha contribuido a que el grupo seleccionado esté compuesto por un perfil de mujeres diverso tanto en lo que se refiere a la edad, la procedencia cultural, formación y nivel profesional, o la disponibilidad o no de recursos, entre ellos el terapéutico.

No obstante, el aspecto común a todas las participantes es el hecho de haber hecho frente a la relación de maltrato y al agresor. Por tanto también es común a todas ellas el encontrarse en proceso de recuperación en cuanto al control de sus vidas, lo que implica que en cualquier caso han roto la relación con el maltratador y se mantienen en la decisión de ruptura. Al mismo tiempo, de alguna forma estas mujeres han realizado una elaboración personal de la experiencia. Hay una reconstrucción cognitiva, un aprendizaje a raíz de la vivencia. Aunque no todas han recibido ayuda terapéutica, ya que algunas solo han tenido acceso a una red informal de apoyo a través de familiares y amistades, todas ellas, de alguna manera están en condiciones de hacer una valoración de lo vivido y por consiguiente de emitir mensajes dirigidos a otras mujeres en situaciones similares. Las participantes de este estudio han recuperado el control sobre sus vidas o están en vías de hacerlo. En cualquier

caso han roto el aislamiento y son capaces de tomar decisiones por sí mismas. Tienen actualmente proyectos de futuro.

Los nombres que aparecen en la extracción de párrafos de las entrevistas son ficticios para garantizar su anonimato.

En la siguiente tabla aparecen recogidos algunos datos socio-demográficos y relacionados con la vivencia de maltrato.

	Edad	Nº Hijos/as	Relación agresor	Años relación (aprox.)	Formación	Actividad profesional
Alicia	66	7 (4♀/3♂)	Marido	49	Analfabeta	Ama de casa
Mónica	52	2 (1♀/1♂)	Segunda pareja	2	Básica	Ordenanza
Carolina	35	2 (1♀/1♂)	Marido	15	Básica	Venta ambulante. Empresaria Empleada de comercio
Patricia	44	3 (1♀/2♂)	Segunda pareja	3	Media	Coterapeuta
Rosa	41	2 (2♀)	Marido	25	Básica	Repartidora de pan
Lola	46	3 (2♂/1♀)	Marido	22	Básica	Ama de casa y ayuda a domicilio personas mayores
Elena	41	2 (1♂/1♀)	Marido	14	Superior	Directora Centro Educativo
María	33	1 (♀)	Segunda pareja	2	Superior	Policía Nacional

2. MATERIAL

La recogida de datos para este estudio se realizó a través de entrevistas cualitativas, en las que se indagaba sobre su historia de vida y experiencias relacionadas con la superación de la relación de maltrato. Para ello, se elaboró un guión de entrevista semiestructurada que incluía preguntas abiertas con el fin de agilizar el relato a la vez que orientaba la propia entrevista. Por tanto, este guión de entrevista era flexible y abierto, de tal forma que permitiera a las entrevistadoras improvisar todas aquellas cuestiones pertinentes que contribuyesen a aflorar y aclarar la información proporcionada por las mujeres sobre sus experiencias, profundizando en aquellos aspectos sobre los que queríamos indagar. Para ello, elaboramos una descripción detallada del objetivo de la entrevista y algunas recomendaciones para las entrevistadoras. Las cuestiones planteadas profundizaban en las dificultades u obstáculos así como en los apoyos que habían encontrado en el proceso de recuperación, y estaban organizadas de manera que permitiese a las mujeres dar sentido a sus relatos, ordenando y elaborando a su vez la experiencia vivida.

Los contenidos temáticos previamente considerados sobre los que se pretendía obtener información a través de las cuestiones planteadas han sido varios.

1.- Tras una serie de cuestiones referidas a datos socio-demográficos (Edad, estudios, trabajo, número de hijos/as, años de relación, situación actual) la primera de las cuestiones que incluía el guión tenía que ver con los momentos, experiencias o cosas que ella consideraba habían contribuido a que hubiese podido **superar** la situación de abuso, la relación de maltrato que había vivido con su pareja. Dentro de este primer bloque temático se plantearon cuestiones mediante las que se pretendía conocer aquellos aspectos relacionados con los distintos momentos vividos en la relación violenta. Fundamentalmente, nos interesaban las acciones que las mujeres habían llevado a cabo para afrontar la situación de maltrato. También se pretendía saber qué factores protectores o bloqueadores habían contribuido a lo largo de todo el proceso de afrontamiento y recuperación, facilitándoles o dificultándoles la salida.

2.- Otro de los bloques temáticos tenía que ver con el **momento actual** en el que se encontraba y cuyo interés residía en acceder a la valoración que las participantes hacían de la experiencia vivida, sobre lo aprendido así como la percepción que tenían sobre sí mismas y la experiencia, y el futuro.

3.- Un tercer bloque estaba referido a su **infancia y juventud**, indagando sobre los modos de relación en los que se había socializado en la familia así como sus primeras experiencias afectivo-amorosas.

4.- Un cuarto bloque estaba centrado en la **historia de la relación** con la pareja agresora, indagándose sobre los primeros momentos, el inicio de los malos tratos, la toma de conciencia y los sentimientos asociados así como los episodios vividos de malos tratos.

5.-Una última cuestión tenía que ver con los **consejos** que, a partir de su experiencia, darían a otras mujeres que quisiesen salir y recuperarse tras haber sufrido maltrato.

3. PROCEDIMIENTO

Una vez establecida la selección de las mujeres participantes y con el instrumento elaborado, se procedió a entrevistarlas individualmente en espacios idóneos en cuanto a condiciones físicas y que permitían preservar la privacidad y seguridad que la situación requería. Por ello todas las entrevistas se llevaron a cabo en espacios protegidos como la propia sede del Centro de la Mujer. Después de una breve presentación y primera toma de contacto, se les contó a las participantes que el propósito de la entrevista era aprender de su experiencia y conocer todo lo que habían hecho para recuperarse tras una relación de maltrato, con el fin de ayudar a otras mujeres en su misma situación. Entre otras cuestiones se les garantizaba el anonimato con el que se trataría su identidad y los datos que se obtuvieran. Las entrevistas fueron realizadas por mujeres investigadoras para facilitar un registro más detallado de sus relatos y experiencias y favorecer un clima más relajado y cercano. Todas las entrevistas se grabaron en soporte magnético (grabadora) transcribiéndose posteriormente para el análisis de los datos. Las entrevistas

tuvieron una duración flexible, ninguna de ellas por debajo de una hora ni por encima de dos.

Capítulo 3. TACTICAS DE RESISTENCIA Y ACCIONES PARA LA RECUPERACIÓN EN MUJERES VÍCTIMAS DE VIOLENCIA DE GÉNERO: DE LA ADHERENCIA AL EMPODERAMIENTO

1. INTRODUCCIÓN

A pesar del enorme interés y el gran número de investigaciones realizadas en torno a la violencia de género en la pareja y el efecto que tiene en las mujeres que pasan por esta situación, no son tantos los trabajos centrados en el proceso de recuperación de estas mujeres. Como ya hemos señalado en un capítulo anterior, las consecuencias psicológicas que la experiencia de maltrato repetido en las relaciones de pareja tiene en las mujeres que la padecen son ampliamente reconocidas (Alberdi y Matas, 2002; Lorente, 2006, Matud, et.al., 2009; Naciones Unidas, 2006; OSM, 2005; Villavicencio y Sebastián, 1999). Entre dichas consecuencias psicológicas se incluyen: depresión, ansiedad, insomnio, falta de autoestima, angustia emocional, intento de suicidio, etc. Estos síntomas dependerán de varios factores entre los que se incluye el tipo, la severidad y la cronicidad y otras características de la experiencia de victimización (Vogel & Marshall, 2001).

A pesar de ello y de lo complejo que puede resultar afrontar una experiencia de este tipo, muchas mujeres consiguen salir de esta situación y vuelven a recuperar el control de sus vidas. Ya hemos señalado anteriormente que, según los datos de la III Macroencuesta sobre la violencia contra las mujeres (2006, unas 800.000 mujeres habrían superado una situación de maltrato. Sin embargo poco se conoce de estas mujeres y de cómo lo hacen. Este es precisamente uno de los objetivos de este trabajo: hacer visibles a estas mujeres y aprender de su experiencia para ayudar a otras mujeres víctimas de relaciones abusivas. La mayoría de los trabajos que han intentado estudiar cómo las mujeres consiguen salir de esta situación han puesto el énfasis en la ruptura de la relación, analizándose los motivos que la favorecen u obstaculizan (para una revisión véase Barnett, 2000; 2001; Kim y Gray,

2008). En la mayoría de estos trabajos, como decimos, el estudio del proceso finaliza cuando la relación se rompe, en parte porque se considera que el cese de la relación equivale al fin de la violencia (Anderson y Saunders, 2003). Sin embargo este hecho es difícil que se produzca por varias razones. Por un lado, hay que tener en cuenta que la ruptura, en muchos de los casos, no es una decisión y acción puntual que se realice una única vez y que, una vez emprendida, acabe definitivamente con la relación. Aunque se considera que es uno de los momentos más difíciles y decisivos (Lerner y Kennedy, 2000) es frecuente que las mujeres vuelvan a la relación que intentan abandonar en repetidas ocasiones. Por ello, en lugar de como una decisión puntual, la ruptura es concebida en la actualidad como un proceso (Anderson y Saunders, 2003) donde las continuas idas y venidas a la relación forman parte de dicho proceso.

Por otro lado, la ruptura de la relación con el agresor no siempre significa el fin de la violencia puesto que ellos pueden seguir ejerciendo abuso y control sobre ellas en la distancia a través de hijos/as, amigos/as y familiares. Es por ello que entendemos que es necesario extender el análisis más allá de la ruptura para poder conocer cómo se produce el proceso de recuperación de estas mujeres, y para ello creemos que hay que incluir el periodo tras el abandono de la relación con el maltratador. Una vez que esta ruptura ha ocurrido, las mujeres inician una vida en solitario en la que aparecen nuevos problemas económicos, emocionales y de asunción de responsabilidades (Anderson, Saunders, Yoshihama, Bybee, and Sullivan, 2003). La investigación realizada por Lerner y Kennedy (2000) encontró que los 6 meses posteriores al abandono de la relación pueden ser el periodo más intenso psicológicamente y de mayor vulnerabilidad.

Es importante tener en cuenta que tras la ruptura, se incrementa también la probabilidad de que la violencia de su expareja aumente (Anderson y Saunders, 2003).

De hecho, diferentes trabajos han mostrado que uno de los periodos más peligrosos para las víctimas es cuando abandonan la relación (H. Johnson, 1995; Moracco et al., 1998; Wilson & Daly, 1993, 1994) o tratan de hacerlo (Campbell, 1992; Moracco et al, 1998; Wilson & Daly, 1993,1994). Moracco et al. (1998) encontraron que el 50% de las mujeres muertas a manos

de sus parejas habían amenazado con dejar, intentado dejar o se habían separado recientemente de sus parejas.

En esta nueva vida independiente tendrán que, además de protegerse, buscar y conseguir el bienestar psicológico que necesitan. En este complejo camino hacia la recuperación, estas mujeres tendrán, por tanto, que emprender toda una serie de acciones. Este, como decimos, es uno de los objetivos de este trabajo: realizar un análisis de las acciones que emplean a lo largo de todo el proceso hasta su recuperación mujeres que han sido víctimas de violencia de género en la pareja pero han conseguido volver a ser agentes de su vida. Siguiendo a Neus Roca y Julia Masip (2011) entenderemos por recuperación “la desaparición completa de la relación de violencia en la vida de la mujer, la reconstrucción de su vida personal y social con libertad, independencia y calidad.. De acuerdo con estas autoras el constructo recuperación contendría tres dimensiones: una clínica (salud física y psicológica), social (autonomía de decisión, de tiempo, laboral, económica y de vivienda, red social independiente y de apoyo); y la dimensión relacional (reacción a la violencia, conciencia de abuso, vínculo de pareja, estado emocional respecto al abusador y contacto con el maltratador).

Para que este complejo proceso de recuperación sea posible estas mujeres deberán emprender ciertas acciones que dependerán del contexto social, de la red de apoyo tanto institucional como informal así como de los propios recursos individuales. Bien es cierto que para acceder a estos recursos y redes es necesario romper el silencio y recuperar muchas de estas relaciones que casi desaparecen en la situación de aislamiento y control a la que el agresor suele someter a la víctima. Este es un aspecto que también pretendemos analizar: cuáles son los recursos tanto individuales como sociales que facilitan a estas mujeres la recuperación del control de sus vidas.

Desgraciadamente, con las estrategias que utilizan y que, como decimos, se encuentran condicionadas por el contexto social e individual en el que se desarrolla la vida de estas mujeres, no siempre consiguen una recuperación fácil. También aquí nos gustaría profundizar, conociendo cuáles son los obstáculos fundamentales que dificultan la recuperación de estas mujeres.

Aunque existen algunos trabajos al respecto, son todavía insuficientes los dedicados a conocer las acciones que las mujeres emprenden y en los que se resalte una visión de las mujeres no como personas resignadas, sino como agentes activas en el proceso de detener, prevenir o escapar de dicha relación de pareja con violencia (Gondolf y Fisher, 1988; Lempert, 1996). Uno de estos trabajos es el realizado por Goodman, Dutton, Weinfurt y Cook, (2003). En dicho trabajo se analizaron las estrategias utilizadas así como la influencia de ciertos factores como el incremento de la violencia por parte del agresor en la elección de dichas estrategias. Al igual que Lempert (1996), llegaron a la conclusión de que se evoluciona de estrategias privadas a públicas (contar a alguien, denunciar), y que son estas últimas las que las mujeres reconocen como más útiles. Otro resultado interesante de este trabajo es que conforme se incrementa el nivel de violencia, también aumenta el número de estrategias tanto privadas como públicas que las mujeres emplean.

Esta concepción de las mujeres como agentes activas se ha manejado también en un trabajo realizado por Jan Jordan (2005). Dicha autora entrevistó a 18 mujeres violadas por un violador en serie y analizó las estrategias de resistencias físicas y mentales así como de supervivencia que utilizaron estas mujeres. Frente a la idea de falta de agencialidad que se suele atribuir a las mujeres víctimas de una agresión sexual, la autora nos muestra relatos de cómo vivieron y reaccionaron estas mujeres ante esta situación. A través de ellos conocemos a unas mujeres que utilizan su fuerza y habilidad tanto física como psicológica, y que contrasta con la imagen de víctima pasiva que se nos ha ofrecido tantas veces. Se resalta en este trabajo que en situaciones de agresión sexual las mujeres eran capaces de reconocer que su resistencia podía ser un aliciente para el agresor y generar más violencia en él, por lo que “la sumisión era una parte esencial de su supervivencia y un medio de tener cierto grado de control en una situación orientada a su supresión” (Jordan, 2005, p. 552). Es decir, la no resistencia podría ser considerada como una estrategia “activa” de supervivencia.

Pero quizás, y teniendo en cuenta la propuesta que hace De Certau (1974/96) con respecto a este tipo de acciones que emprenden los grupos de personas que no ostentan poder sería más adecuado hablar de tácticas que de estrategias. En nuestro caso, el término de táctica será especialmente

adecuado para las acciones referidas a los primeros momentos del maltrato donde la víctima sigue bajo el control del agresor. De acuerdo con De Certau (1974/96) podrían distinguirse dos tipos de prácticas cotidianas: las estratégicas y las tácticas. Las estrategias sólo están disponibles para aquellas personas que tienen "voluntad y poder". "Una estrategia supone un lugar que puede restringirse como propio y así sirve de base para generar relaciones con un exterior distinto a él/ella" (1984, pág. xix).

Las tácticas son usadas por las personas que no tienen poder (en este caso mujeres maltratadas en unas relaciones desiguales) y pueden constituir una forma de resistencia. Desde esta perspectiva las mujeres serían agentes activos, pero su modo de actuar es, en algunos momentos, táctico en lugar de estratégico. En el uso individual de productos culturales, muchas mujeres hacen un uso táctico, un uso creativo de los mismos donde continuamente se resignifican y se utilizan los mismos mediadores con un fin distinto para las que en principio han sido diseñados. Las prácticas tácticas, son entendidas por De Certau (1974/1996) como "el arte de hacer jugadas en el campo del otro" (p. 46). Nuestra intención es mostrar la diversidad de acciones tácticas (en los primeros momentos) y estratégicas (conforme avanza el proceso) que estas mujeres llevan a cabo en su proceso de recuperación. En algunos casos el empleo de alguna de ellas ha sido interpretado en otras ocasiones como una muestra de sometimiento de las mujeres. En su lugar, como decimos, planteamos aquí que pueden constituir auténticas tácticas de resistencia. Estas mujeres emplean determinadas acciones haciendo un uso táctico de las mismas, con lo que consiguen ganar cierto grado de control en situaciones socialmente consideradas de sometimiento. Es en este uso creativo y resignificativo donde recae una de las principales posibilidades de las prácticas tácticas. Esto va a ocurrir, especialmente, en lo que hemos denominado tácticas de supervivencia donde, en muchos casos, la aparente pasividad/inactividad de las mujeres es un modo de acción que les permite conseguir un cierto control sobre la situación.

El propósito de este trabajo y su objetivo fundamental es hacer visibles a las mujeres que se recuperan de una relación de maltrato, analizando las acciones que las mujeres emprenden a lo largo de este proceso y dando a

conocer tanto los obstáculos que han dificultado su proceso de recuperación como los recursos que han contribuido a su empoderamiento para conseguir el difícil logro de recuperar el control de sus vidas.

Los objetivos específicos que nos marcamos son los siguientes:

- 1) Identificar las tácticas y estrategias que han desarrollado en los distintos momentos del proceso para afrontar la experiencia de maltrato.
- 2) Identificar los factores que facilitan o dificultan en los distintos momentos del proceso de recuperación.

2. MODO DE CODIFICACIÓN Y CATEGORÍAS DE ANÁLISIS

Para el tratamiento cualitativo de los datos, aplicamos un análisis interpretativo de corte inductivo procedente de la teoría fundamentada (Strauss & Corbin, 1998), apoyándonos en técnicas y procedimientos de codificación así como del establecimiento de relaciones entre categorías proporcionados por el software Atlas-ti.

Para ello cada entrevista individual fue transcrita y analizada intentando descubrir temas comunes en las distintas entrevistas. El texto se examinó en dos pasos. En el primero de ellos, los textos fueron analizados exhaustivamente para identificar todas las acciones que realizaban las mujeres a lo largo del proceso de recuperación así como los distintos momentos en su relación de pareja en que las usaban. Posteriormente, usamos el método de las comparaciones constantes para identificar conceptos importantes y asegurar una categorización rigurosa. En este paso, las acciones fueron acumuladas en categorías más amplias en función del sentido y uso que las mujeres les daban. Nuestra intención era no sólo identificar un concepto particular sino también bajo que condiciones emerge. Para ello, usamos un método de comprobación cruzada con dos categorías iniciales: acciones y momentos, anotando además las condiciones y consecuencias asociadas con una acción particular para un análisis más profundo. En el examen de las consecuencias, miramos si las acciones servían, a juicio de las mujeres, para mejorar o cambiar la situación de violencia que estaban viviendo, así como qué ocurría cuando las ponían en marcha. Esto nos permitió desglosar las acciones de las

mujeres en una amplia variedad según el sentido que adoptaban en su proceso de recuperación.

Las categorías de análisis que han emergido de las entrevistas son:

a. Momentos claves en el proceso de recuperación

Hemos establecido tres momentos claves consecutivos a lo largo del proceso. Estos momentos serían:

a.1. *Inicio de la relación de maltrato.* En este momento se relatan los primeros episodios de violencia percibidos por las mujeres. En él se incluye tanto el comportamiento violento del agresor como la actitud de la mujer y el entorno en el que se produce

a.2. *Transición o periodo de convivencia violenta o de maltrato.* En esta etapa se incluyen las separaciones transitorias, e intentos de afrontar la situación por parte de las mujeres, la relación que se mantiene con el agresor y con el entorno.

a.3. *Resolución.* Hace referencia a la fase final que incluye en todas ellas momento de ruptura, factores desencadenantes, contexto en el que se produce y proceso de recuperación hasta la actualidad.

b.- Factores que bloquean o protegen el proceso de recuperación.

b. 1. Los *factores bloqueadores* hacen referencia a aquellos elementos que actúan como desactivadores o inhibidores de la autonomía de la mujer para decidir y actuar sobre su propia vida. Son aquellos que obstaculizan e impiden la recuperación del control sobre su propia vida. Hemos diferenciado entre:

b.1.1. *Bloqueadores sociales.* Se refiere al contexto legal, económico, familiar, relacional, la actuación de ciertos profesionales, así como a las creencias sociales que dificultan/obstaculizan el que las mujeres desarrollen una acción o emprendan un proyecto que les permita controlar sus vidas. También se incluirían aquí la falta de ciertos protectores (amigas, familia, independencia económica, etc.)

b.1.2. *Bloqueadores individuales.* Se refiere a las actitudes, pensamientos, sentimientos etc. que dificultan a las mujeres en el desarrollo de una acción o en el emprendimiento de un proyecto que

esté bajo su control. Se incluye aquí la culpa, el miedo, la vergüenza, el autoconcepto.

b.2. Los *recursos protectores* aluden a los medios, bienes, poderes, amistades, cualidades /habilidades, privilegios e influencias que tienen a su disposición las mujeres para desarrollar sus acciones voluntarias en el proceso de recuperación. Aluden, por tanto, a aquellos recursos que actúan como facilitadores, activadores o protectores de la autonomía de la mujer para decidir y actuar sobre su propia vida contribuyendo a la recuperación del control. Nuevamente hemos diferenciado entre:

b.2.1. *Protectores sociales*. Se refiere al contexto legal, económico, etc. así como a las creencias sociales que contribuyen/facilitan el que las mujeres desarrollen una acción o emprendan un proyecto que les permita controlar sus vidas. También se incluyen aquí la ayuda prestada por amigas, madres, hijas, terapeuta...

b.2.2. *Protectores individuales*. Se refiere a las cualidades, actitudes, pensamientos, etc. que utilizan las mujeres para desarrollar una acción o emprender un proyecto relacionado con el control de sus vidas. Entre ellos se incluyen la fortaleza, la insistencia, la serenidad, la capacidad de sobreponerse, de planificar, el optimismo, etc.

c.- Tácticas y Estrategias utilizadas.

Hemos identificado cuatro tipos de acciones diferentes: Tácticas de adherencia, tácticas de supervivencia, estrategias de desprendimiento y estrategias de empoderamiento. Las hemos definido de la siguiente manera:

c.1. *Tácticas de adherencia*. Acciones encaminadas a mejorar la relación con el agresor y/o cambiar la conducta del agresor. Las acciones de adherencia emprendidas por estas mujeres son principalmente: minimizar y negar, justificar y/o comprender su conducta, ocultarlo, ayudarle-intentar cambiarlo.

c.2. *Tácticas de supervivencia*. Acciones necesarias para sobrevivir. Se incluyen aquí seguir el juego al agresor, estar alerta o con miedo, inventar u ocultar información, simular pasividad, esconderse de él, insensibilizarse emocionalmente, evitar ciertos momentos y situaciones.

c.3. *Estrategias de desprendimiento.* Acciones encaminadas al cambio personal, que las ayudan a desprenderse de ideas, personas (normalmente el agresor) y contextos nocivos. Gracias a las estrategias de desprendimiento las mujeres ganan poder de decisión y autonomía sobre sus vidas. Se incluyen aquí: enfrentarse al agresor/ plantarle cara, reflexionar y cuestionar lo que les está pasando, solicitar ayuda, escuchar y tener en cuenta otras perspectivas, dejar de creer al agresor, planificar la huida, separarse o distanciarse de él, iniciar acciones legales.

c.4. *Estrategias de empoderamiento.* Son acciones encaminadas a ser y vivir para ellas, a controlar y decidir por ellas mismas, así como a incrementar su autoestima y bienestar psicológico. Se llevan a cabo en la ruptura y tras ella. Se incluyen aquí: mantenerse activas, autoafirmarse por oposición a él, descubrir y llenar el vacío, recomponer redes sociales-recuperar relaciones, escucharse a sí mismas y quererse.

3. RESULTADOS Y DISCUSIÓN

La primera reflexión que puede extraerse de este trabajo es que las mujeres muestran una posición activa y proactiva, poniendo en juego una gran variedad de acciones tanto tácticas como estratégicas encaminadas a resolver y gestionar la relación de maltrato, haciéndose estas más diversas conforme avanza la relación. Es decir son activas, realizan acciones para intentar enfrentarse a la situación de violencia y recuperar el control de sus vidas. Sin duda las narrativas de estas mujeres han estado condicionadas por la pregunta que iniciaba la entrevista donde se les pedía que nos contaran relatos de supervivencia y recuperación de la violencia de género. Somos conscientes de que estas narrativas hubiesen sido muy diferentes si hubiésemos preguntado por sus historias de victimización (Oke, 2008).

Los datos muestran la utilización de acciones que hemos denominado de adherencia, de supervivencia, de desprendimiento y de empoderamiento. El uso de dichas acciones va variando a lo largo del proceso de la relación de maltrato. Es por ello por lo que distinguiremos tres momentos en este proceso y plantearemos las estrategias más utilizadas en cada uno de ellos. Estas estrategias y tácticas no ocurren en vacío. Son usadas por mujeres con unos

recursos (individuales y sociales) concretos e inmersas en un contexto (individual y social) que en algunos momentos bloquea y en otros facilita su proceso de recuperación. Por ello, aunque el énfasis de este análisis está puesto en las tácticas y estrategias utilizadas, lo haremos, teniendo en cuenta los factores que facilitan o bloquean el proceso de recuperación.

3.1 TACTICAS DE ADHERENCIA

Tras el análisis de las entrevistas de estas mujeres hemos encontrado que estas tácticas son usadas, fundamentalmente, en dos momentos del proceso: en los momentos iniciales y en el periodo de transición hacia la resolución de la experiencia de maltrato.

Antes de describir cuáles son estas acciones tácticas, nos vamos a detener en presentar el contexto social e individual en el que dichas acciones se insertan. Estas mujeres cuentan con recursos tanto sociales como personales, pero también van a encontrar factores bloqueadores tanto internos como externos, que van a dificultar y a condicionar las actuaciones que pretenden llevar a cabo. Aunque las mujeres refieren contar con ciertos recursos en estas primeras etapas, los factores protectores, especialmente los sociales, son menos relevantes para ellas en estos momentos en tanto la mujer aún no ha tomado conciencia real de la situación y no ha roto todavía el silencio. De acuerdo con lo que las mujeres entrevistadas han manifestado en sus relatos, lo que más las condiciona en estos momentos van a ser los factores bloqueadores sociales e individuales. Entre estos **factores que bloquean** y obstaculizan la acción de salida de las mujeres en el inicio del maltrato, hemos encontrado las creencias y mandatos sociales, especialmente sobre la maternidad y la relación de pareja (naturalización de la violencia, idealización de la pareja, amor con sufrimiento y para siempre, etc.). Especialmente relevante es también la creencia social de que debemos y podemos cambiar a la otra persona. El siguiente episodio se refiere a algunas de estas creencias sociales.

Elena: *"Mmm... fueron muchas mmm... se dieron muchas situaciones ¿no? estaba el peso...de la tradición, a mí..., yo he sido educada en... en una... en una línea de religiosa, mmm... yo fui además... eh... religiosa durante cuatro años, (.) no llegué a profesar, pero sí hice toda la formación para entrar en una*

congregación, y tanto en mi familia como en... en, en la congregación, la figura de... de la mujer era... pues de sumisión, de “el amor todo lo puede”, ahora lo puedes estar pasando mal pero... el amor puede hacer que las cosas que, que la otra persona cambie...”

Estas creencias sociales pueden contribuir a que a nivel individual aparezca la vergüenza y la culpa por no conseguir una buena relación de pareja, lo que impide a las mujeres tomar otra decisión que no sea la de intentar mejorar la relación con el agresor. Estos sentimientos les impiden pedir ayuda y las responsabilizan de lo ocurrido.

Mónica: “(...) me daba mucha vergüenza, no quería que nadie lo supiera. Yo pensaba que la gente me iba a rechazar si la gente sabía que yo había consentido una cosa así sin saberlo, porque yo seguí diciendo que él estaba enfermo. Yo pensaba que la gente me iba a rechazar y yo no quería el rechazo de lo poco que tenía.”

Y, como decimos, la culpa, sobre todo en los momentos iniciales.

María: “Mucho, me sentía muy culpable, es que tenía momentos de absoluta culpabilidad, derrotada, y tenía momentos de absoluta liberación, y con el tiempo va ganándole terreno la liberación a la culpabilidad.”

Un factor que actúa a modo de *bloqueador individual* viene producido por el hecho de que la violencia es ejercida por la pareja, quien supuestamente debe proporcionar amor y cariño.

Rosa: “y me puso un cuchillo en el cuello () me dijo: esto es una broma, ¿tú te crees que yo te voy a hacer algo? Si yo te quiero mucho () yo le dije () me quedé que no sabía que hacer, digo ¡sí!”.

Ya señalamos anteriormente la importancia que las relaciones tienen en las vidas de las mujeres (Freixas, 2005). No es de extrañar, por tanto, que reconocer que la relación no va a seguir adelante y que ha “fracasado” es reconocido por ellas como uno de los momentos más difíciles y dolorosos del proceso.

María: “(...) pero, reconocer, el fracaso, ante mí misma”

Entrevistadora: “el fracaso de tu relación”

María: “de mi relación, fue, lo más horroroso, que, yo creo que para mí fue lo peor ¿cómo me podía haber equivocado yo otra vez? () y volvemos a los principios “con lo que yo he dado, con lo que yo he hecho por esta relación”.

En este contexto no es difícil imaginar que las mujeres encuentren una solución al problema intentando salvar su relación de pareja. Estas acciones de adherencia que las mujeres utilizan en estos primeros momentos tendrían que ver con este intento de mejorar la situación, como una actitud positiva por contribuir a solucionar el problema (Bosch, Ferrer y Alzamora, 2006). Y, como decimos, no podemos olvidar ciertas creencias sociales interiorizadas y hechas suyas que funcionan a modo de obstáculo y que favorecen el uso de estas tácticas de adherencia. La mujer reproduce los mandatos de género: responsabilizarse de la relación y ayudarle a él. Subordinación y amor por encima de todas las cosas (Nogueiras, 2007). El amor todo lo puede, amor idealizado, la idea de que él puede volver a ser quien era al comienzo.

Por tanto, como señala Barnett (2001) ciertas creencias producidas por la socialización de género pueden contribuir a que las mujeres maltratadas no abandonen esta relación. La forma en que son socializadas y el énfasis que durante el mismo se pone en las relaciones pueden hacerles pensar que la violencia de sus parejas representa un fracaso en su habilidad para mantener las relaciones (Town & Adams, 2000, cit. por Barnett, 2001). El patriarcado contribuye también al medir el éxito personal de las mujeres a partir de la estabilidad de la pareja (Alberdi, 2005). Las acciones de adherencia encaminadas a salvar la relación mejorando la relación con el agresor y/o intentando cambiar la conducta del agresor puestas en marcha por estas mujeres son principalmente: (1) minimizar y negar el maltrato, (2) justificar y/o comprender su conducta, (3) ocultarlo, (4) ayudarle-intentar cambiarlo. Estas acciones tácticas aparecen, como decimos, sobre todo en el inicio del maltrato y en las separaciones transitorias.

3.1.1 Minimizar y negar

Las mujeres entrevistadas nos cuentan cómo en los momentos iniciales de reconocimiento de la violencia minimizan lo que está ocurriendo y acomodan su conducta a las exigencias del maltratador.

Elena: “el tema era que... que, que aquí no pasara, no pasara nada, que... que todo fuese bien entonces... yo le pedía perdón, si me había callado, pues le pedía perdón por haberme callado y... y bueno, no pasa nada, siempre

intentaba, esto no... no es significativo, no es importante, no... no ha pasado nada, borrón y cuenta nueva y yo voy a olvidar lo que ha pasado y... y los insultos y los gritos y..."

Patricia: *"Estaba mi hijo recién nacido. Entonces ya me dejo llevar, eso es como claudicar, el volver como claudicar, ya me daba igual ciento que 80, ya me dejo llevar totalmente"*

3.1.2 Justificar y/o comprender la conducta del agresor

Otra de las acciones que emprenden en estos primeros momentos en los que todavía pretenden salvar su relación es la de intentar justificar o comprender la conducta del maltratador. El siguiente ejemplo nos narra cómo una mujer justifica la conducta de su pareja cuando le recrimina por la forma en que va vestida.

María: *"(...) Pero en aquel momento, bueno, lo racionalicé, me explico: bueno es normal, total es que los "tíos" son así qué le vamos a hacer, la próxima vez me pongo otra cosa y ya está".*

O este otro en el que nos muestra estos intentos de justificación donde, como en el primero de los ejemplos, aparece la justificación que se basa en la experiencia durante la infancia del agresor.

Elena: *"Y además siempre el grado de empatía, llega un momento en el que uno dice, mmm... bueno pero él es así porque ha tenido una educación, porque ha tenido este problema cuando era pequeño, ... ¿eh?... yo siempre, siempre estás justificando".*

Carolina: *"(...) lo disculpas; también se une ahí que tu crees que tienes unos sentimientos de amor, y, y, y que crees, en ese momento que lo quieres, y bueno lo perdonas porque tsss "que lástima pues será verdad que él viene borracho", porque cuando él no está borracho pues tiene sus momentos buenos porque..."*

3.1.3 Ocultar las agresiones

Otra de las tácticas que se utiliza en estos momentos en los que intentan mantener la relación de pareja es la de ocultar las agresiones que estaba

sufriendo. Estos dos ejemplos nos muestran cómo estas mujeres ocultan lo sucedido.

Mónica: *“(...) yo iba al médico y yo no le decía “ha pasado esto”, sino que yo le decía que me había caído por las escaleras.”*

Rosa: *“La primera vez que me pegó, tenía la niña un año y pico. Fuimos a una comunión y cuando vino había ligado de toda clase de bebidas, de toda clase de bebidas (más bajito). Me pegó un palizón que que que, mi madre, estaba operada de corazón, el médico no quería que se le dieran disgustos porque le habían puesto 3 válvulas y 3 lesiones y yo, cogí, y me eché maquillaje. Ella se dio cuenta: -“Tienes los ojos morados” -“Eso es pintura mamá”.*

3.1.4 Ayudar al agresor a cambiar

Por último, otra de las acciones que ellas emprenden tiene que ver con intentar ayudar al agresor para cambiarlo. Estos dos ejemplos nos lo ilustran.

Mónica: *“Cuando recibía malos tratos yo lo llevaba al hospital. Yo pensaba que estaba enfermo y que no estaba bien diagnosticado”.*

Lola: *“(...) pero tú estas enamorada de esa persona y quieres cambiarlo. Claro, ¡quieres! no es que creas, porque si lo creyera, al fin y al cabo alguna vez te vendría la duda, pero es que tú quieres, porque si tú crees que puedes cambiar algo, pues en algún esfuerzo dices “uff que es que no puedo”, pero cuando te empeñas y dices que quieres, pues es que quieres cambiarlo”.*

No podemos olvidar el ciclo de la violencia (Walker, 1980) en el que estas acciones se insertan. El hecho de que la violencia sea intermitente y que existan periodos de “luna de miel” donde el agresor da muestras de supuesto arrepentimiento, puede pedir perdón etc. y se producen pseudo cambios, acaba creando en las mujeres unas “expectativas mágicas” de que este cambio puede producirse. Ellas ponen su empeño e intentan contribuir a que este cambio se produzca para que la relación de pareja mejore.

3.2 TÁCTICAS DE SUPERVIVENCIA

En los relatos de las mujeres hemos podido observar que este tipo de acciones aparecen estrechamente relacionadas con **factores protectores** de carácter **individual**. Además de a la fuerza y al miedo, que van a ser fundamentales en los momentos de desprendimiento, las mujeres aluden a una

convicción interior, que definen de forma imprecisa pero que en cualquier caso las impulsa a afrontar la situación y a seguir adelante:

Rosa: *“Un impulso que yo dije: como me quede aquí me mata () fue una cosa que fue por dentro, que no: de esas cosas que tú sientes que hacen un vuelco, el cuerpo, que tú dices te tienes que ir porque está viendo de que te vas”.*

María: *“sabía que tenía que luchar, que en la vida hay que luchar”*

Algunas mujeres manifiestan explícitamente que por encima de todo quieren vivir:

Mónica: *“Yo creo que lo más importante es mi fuerza, mi fuerza de querer salir de esa situación porque yo me vi con la muerte en varias ocasiones y decidí vivir.”*

Entre los factores protectores sociales, destacar el importante papel que juegan los hijos e hijas, verdaderos motores de vida, en ocasiones incluso por encima de la suya propia.

Rosa: *“Yo he estado en el coche trabajando y he dicho “me voy a saltar un stop” y he dicho “pss, para R. Tu hija” (...) mis hijas han sido el motivo...si, a mi me importaba tres pitos, vamos yo no tengo mis hijas y a mi me hubiera, vamos a mi es que no me importaba vivir ya...la cosa llegó a un extremo que a mi me daba igual de todo, ahora claro, mis hijas, si, mis hijas si.”*

Uno de los motivos que las mujeres refieren en cuanto a los hijos e hijas es que tienen que luchar para protegerlos/as del padre:

Rosa: *“Y mi hija ¿qué va a hacer (.) cuando no tenga a su madre? Con un loco de esos, ¡ja! (.) que a los tres días está afuera y no echa cuenta de na, ¡No! por mi hija tengo que luchar yo. Bueno, por mis hijas, vaya, las dos.”*

María: *“Y a mi me podía matar, pero yo por mi hija mato reina...a mi me pude hacer lo que sea, pero por mi hija vamos, es que, no me lo pienso ¿eh?”*

Acabamos de ver en el apartado anterior las tácticas que utilizan las mujeres cuando empiezan a reconocer que algo no va bien. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que reconozcan desde un principio que son víctimas de violencia de género. En estos momentos iniciales, sus acciones se orientan a mantener y mejorar la relación. Conforme avanza el proceso y la situación no mejora, estas mujeres tendrán que hacer toda una reelaboración y desgaste personal que les llevará a cambiar de táctica y evolucionar a las estrategias de desprendimiento que veremos en el apartado que sigue. Pero simultáneamente

y al lo largo de todo el proceso, estas mujeres también emprenden otro tipo de acciones que aunque aparentemente podrían estar orientadas a adherirse al agresor, más bien van encaminadas a la supervivencia y constituyen auténticas tácticas de resistencia. Son reconocidas por las protagonistas como necesarias para poder salir inmunes de la situación de riesgo en la que se encuentran. Además de protegerse (a ellas y a sus hijos/as) y evitar el contacto con el agresor, muchas de ellas van a estar centradas en el control de cuándo y cómo poner en marcha las estrategias de desprendimiento que veremos seguidamente. Es por ello por lo que este tipo de tácticas, si bien están presentes desde las primeras agresiones, se utilizan mayoritariamente en el periodo de transición y continúan durante el de resolución final. Entre ellas se incluyen: (1) seguir el juego al agresor, (2) estar alerta y/o tener miedo, (3) inventar historias u ocultar información), (4) esconderse de él, (5) simular pasividad, (6) “anestesiarse emocionalmente”, (7) evitar ciertos momentos y situaciones.

3.2.1 Seguirle el juego al agresor

Este tipo de tácticas son empleadas para intentar evitar y/o intentar tener cierto tipo de control sobre el comportamiento del agresor. La mujer pretende alcanzar una finalidad previamente contemplada. Hay una intencionalidad en el comportamiento aparentemente sumiso. Entre ellas, evitar discusiones en ese momento. Es importante tener en cuenta que estas tácticas se emplean muchas veces simultáneamente a la planificación de la huida.

Lola: “(...) él podía llegar a la hora que quisiera a la mesa, o sea, yo no comía nunca hasta que él no llegaba. Yo les ponía a mis niños de comer, pero claro era para evitar la pelea que venía después...”

Mónica: “(...) yo no dormí esa noche. Yo me levanté de madrugada, empecé a cocinar como una loca para dejarle comida hecha ¿sabes? para que se hiciera de día y yo estar activa para no pensar lo que podía pasar todavía ¿no? porque todavía estaba yo en un peligro terrible, entonces yo le dejé un montón de comida hecha, fijate tú, como una loca ¿no? porque yo decía “es que salir corriendo no me sirve de nada porque me va a interceptar en el camino ¿verás?, y yo decía bueno tengo que esperar que éste me lleve para Sevilla”.

O por conveniencia, porque se necesita acceder a determinados intereses personales.

Mónica: *“Yo necesitaba mantener con él una relación digamos de “amistad” para yo poder ver a mi perro y traerme mis muebles”.*

3.2.2 *Estar alerta y/o tener miedo*

Las mujeres sienten miedo, pero son conscientes de que este sentimiento las protege, las mantiene alerta de posibles daños.

María: *“Sí, y vivo con el miedo todos los días y vivo con el miedo a dejar de tener miedo, que es lo peor...Porque dices: y si dejo de tener miedo y viene y me mata”.*

Lola: *“Yo durante cuatro años no podía salir a la calle, porque tenía miedo, yo tenía el síndrome de los escaparates...Sí ese también es mío, y además lo digo que es así, ese es de L. (se refiere a ella) y además es así y muchas me lo han dicho después es verdad. Yo no iba mirando la ropa ni iba mirando un calzado, yo iba mirándome las espaldas.”*

Este estado de alerta puede mantenerse años después.

Carolina: *“(...) eso ha sido cuatro años después, después de eso, pues, con la segunda orden (de alejamiento) parece que se lo tomó más en serio. Vio todas las oportunidades perdidas de decir “esta mujer ya no...” y entonces encontró a otra mujer. Yo a partir de ahí siempre he arrastrado mis miedos porque tampoco he sido capaz de hacer mi vida con otra pareja, porque sabía que era muy agresivo y en el momento en que me viera con otra pareja podía hacer... Entonces siempre he intentado hacer las cosas pero evitando el peligro ¿no? Limitándome, siempre limitándome. Cuando él rehizo su vida a raíz de ahí ya no empezó a, ya no me molestaba.”*

Hay que resaltar la importancia que en la supervivencia de estas mujeres tiene este miedo y lo importante que es que esté presente. Según los datos aportados por el Consejo General del Poder Judicial correspondientes al primer semestre de 2010, y en comparación con los del 2009, se observa un número menor de denuncias, una mayor retirada de la denuncia y una menor solicitud de orden de alejamiento. Esto podría estar indicando un descenso en la percepción del riesgo y relacionarse con el aumento del número de homicidios cometidos en el primer semestre de 2010 (33) en comparación con el primer semestre del 2009 (29).

Es por ello que se recomienda que el nivel de miedo de la víctima se considere seriamente y se incluya como un factor de riesgo importante de que la violencia que sufre puede hacerse más severa (Stith y Mcmonigle, 2009). La forma en que las mujeres son socializadas, y el poco énfasis que se pone durante este proceso de socialización en las propias necesidades y sentimientos, pueden ser muy peligrosos para estas mujeres que se encuentran en una situación de riesgo. Los programas de atención deberían ayudar a las mujeres a ser conscientes y escuchar sus sentimientos de miedo y enfatizar la importancia de priorizar sus necesidades de seguridad.

3.2.3 Inventar historias u ocultar información

El miedo les hace también ocultar o inventar excusas. Nos cuentan también que en ocasiones se ven obligadas a mentir o no dicen lo que realmente piensan por miedo a las represalias. En el primero de estos ejemplos una mujer narra como no se atrevía a decirle al maltratador que la ruptura era definitiva.

Mónica: “se lo dije a él que yo iba hablar con mi hija y que mientras él no estuviera en un, en un (.) con un médico en condiciones que a él le diagnosticaran lo que quiera que fuera y que le pusieran un tratamiento para combatir esa agresividad que yo no volvería con él. Yo le quise dejar una puerta abierta porque si yo le cerraba las puertas completamente, él me mataba allí mismo.”

En el siguiente ejemplo, una mujer casada con un hombre de etnia gitana y que era consciente del peligro al que se exponía si él o la familia de él llegaban a saber que lo había denunciado, nos narra como se inventó una historia para que él no llegase a saber que le había puesto una denuncia.

Entrevistadora: “¿él se enteró que tú le habías denunciado?”

Carolina: “Él no se enteró...La denuncia la retiré pero luego me inventé una historia y yo le dije “es que después del palizón que tu me has pegado yo me quedé inconsciente, inconsciente me llevaron al hospital y en el hospital, he estado dos días en el hospital (cuando yo realmente no había estado en el hospital, yo había estado en una casa de acogida). Pero en el hospital pues, claro, allí no son tontos, y sabían... y ellos mismos han puesto una denuncia.”

Pero tú no te preocupes que yo he dicho que no, que tú no has tenido nada que ver”

3.2.4 Esconderse del agresor

En algunos momentos del proceso, las mujeres necesitan esconderse puntualmente porque son conscientes de que en ese instante se ven en un peligro extremo

Mónica: “Yo lo que hice fue esconderme en un chalet, yo vi las puertas abiertas de un chalet y me escondí, entonces al momento le oí con el coche para buscarme”.

Elena: “Unos días vivía en casa de mi jefa, otros días vivía en casa de mi monitora...estuve quince días en casa de, en A. en casa de mi madre, menos mal que tuve la complicidad de toda la delegación...”

Mónica: “Yo todo este tiempo me quedé encerrada en mi casa sin salir para nada... yo encerrada en mi casa, cerré hasta las persianas porque yo le decía “no, estoy en el banco haciendo gestiones”.

3.2.5 Simular pasividad

Son aquellas momentos puntuales donde las mujeres aparentemente se aguantan, permanecen quietas o calladas, aunque en realidad están esperando el momento oportuno para actuar, o bien se han convencido de que responder en ese momento les puede generar consecuencias negativas aún peores. Este modo de actuar les permite pasar desapercibida y ganar tiempo. Pero en cualquier caso esto no implica que ellas no sean conscientes del peligro o que se hayan resignado. A veces, esta aparente quietud tiene como objeto retardar el momento de actuación a pesar de que hayan tomado ya la decisión de irse.

Patricia: “(...) esa fue la gota que colmó el vaso, sí. Yo estuve dos o tres días allí porque él después de eso, de esas agresiones, se ponía a llorar, a pedirme perdón. Después de esa agresión pues decidí abandonarlo, pero yo lo tenía que hacer de la manera en que yo no saliera lesionada, entonces yo me tiré varios días pensando en cómo hacerlo para que él me dejara marchar sin ningún daño”.

María: “(...) mucha gente diciendo no lo denuncies, no lo denuncies. Y yo no podía denunciar porque perdía más denunciando en ese momento que esperando un poco, ¿me entiendes?”.

Otras veces lo que se posterga es la ayuda disponible, porque se están priorizando otras cuestiones más urgentes.

Lola: *“(...) a lo primero no acepté la ayuda psicológica porque, tú no piensas en tener ayuda psicológica, lo primero que tú piensas cuando sales de esa situación es, dos cosas: trabajo y vivienda, es lo que quieres”.*

Lola: *“Y yo pedí ayuda. Entonces me dijeron de una casa de acogida, y yo dije que sí. Pero yo tenía tres hijos, a la chica me la podía llevar porque tenía diez años, pero a los mayores no, porque eran mayores de edad, y yo sin mis hijos no me iba a ningún sitio, porque yo estaba amenazada, pero a mis hijos también los tenía amenazados”.*

Otras, están ganando tiempo para adquirir mayor seguridad en sí mismas y desprenderse de la culpa.

Lola: *“Lo más difícil, lo más difícil es que seguí aguantando hasta que hubiera otra situación para que no me sintiese yo culpable”.*

3.2.6. “Anestesiarse emocionalmente”, insensibilizarse transitoriamente

Algunas mujeres hacen referencia a sensaciones de estar distanciadas emocionalmente de lo que ocurre, como si la “anestesia emocional” les permitiese sobrellevar el momento.

Entrevistadora: *“¿Tú aquello cómo lo vivías?”*

Patricia: *“Es como, como si noo, como si fuera en tercera persona, yo no sé si me explico. Me dolía tanto! Que noo, que era como si no fuera conmigo. () Muchas veces hablándolo con G. (la psicóloga del Centro de la Mujer) decía, es que es normal, es que, si tú sientes el dolor que, que la gente te causa en esos momentos ya sería tremendo Es como una anestesia emocional. Porque yo he tenido lapsus en la conciencia de pérdida de memoria, de muchas de las cosas que me han pasado. Y me he ido acordando según me he ido poniendo bien”.*

Patricia: *“tenía que tirar para adelante. Yo, tenía que tirar para adelante y luego me preocuparía de lo que sentía, lo más importante era tirar para adelante”.*

Como señala Rojas Marcos (2005), “tratar de eludir, reprimir, negar, o anestesiar las experiencias intolerables para mantener el equilibrio emocional, es una reacción protectora natural de las víctimas (p.114).

3.2.7 Evitar ciertos momentos y situaciones

Por último, las mujeres intentan evitar ciertas situaciones y momentos donde prevén que puede originarse un conflicto y para ello utilizan recursos y conocimientos adquiridos que les ayuden a evitar la situación no deseada.

María: “(...) él regresa, y yo le digo que a casa ni se le ocurra, llamo a mi madre porque él cuando estaban mis padres en casa ni de coña venía, ¡ja! ni de coña!”

Patricia: “y cuando me voy, me voy a... pasar la noche con mi primera pareja y su mujer, porque sabía que era el único sitio donde, si me buscaba, no me iba a encontrar. Pues yo no estaba segura de que cuando viera que no aparecía por la noche, aunque me hubiese quitado las llaves, porque yo sabía que me había quitado las llaves para que tuviera que llamar y entrar otra vez por el mismo agujero, y sabía que allí no me iban a buscar y me fui a casa de mi primera pareja”.

Uno de los momentos críticos es cuando denuncian a los agresores pero por distintos motivos entre los que se encuentra el miedo, como en este caso, acaban retirando la denuncia. Esta mujer que había presentado una denuncia y se encontraba en una casa de acogida así nos lo narra.

Carolina: “(...) hubo un día en que la trabajadora social tardó en venir, mi cabeza era: “miedo, miedo, madre mía en el momento en que este hombre vea a la policía allí en la casa, su familia, (ya no se va a meter él) su familia van a ir a por los míos, esto va a ser...” era un miedo que a mí me anulaba mi personalidad y yo pensaba en lo que pudiera pasar, entonces yo, mientras llegó que la asistente social yo decía: “yo quiero quitar la denuncia” porque yo quiero quitar la denuncia porque yo arreglaré esto de otra forma pero yo tengo que proteger a los míos”

3.3 ESTRATEGIAS DE DESPRENDIMIENTO

Como ya hemos comentado anteriormente, a lo largo del proceso de recuperación estas mujeres pasarán de las tácticas de adherencia a las estrategias de desprendimiento. Dichas estrategias las hemos definimos como aquellas acciones que las mujeres realizan para alcanzar un cambio personal y lograr recuperar el control de sus vidas. Estas estrategias les permiten desprenderse de ideas, sentimientos (culpa, vergüenza) y de contextos que las mantenían dentro de la relación con el agresor, a la vez que les permiten ganar poder de decisión y autonomía. Estas estrategias de desprendimiento las encontramos principalmente en los momentos de transición y resolución de la experiencia de maltrato.

Decíamos en el apartado anterior, que, para entender la elección de las estrategias, debíamos situarlas en contexto y conocer qué recursos y bloqueadores tanto sociales como individuales están presentes. Esto también debemos hacerlo aquí. El hecho de que estas acciones comiencen a producirse en el periodo de transición viene facilitado por ciertos factores.

En el periodo de transición y resolución, que es cuando se utilizan especialmente estas estrategias de desprendimiento, hemos encontrado que tanto los recursos protectores sociales como los factores bloqueadores sociales van a jugar un papel importante en el desenvolvimiento del proceso y van a condicionar de forma significativa las estrategias que las mujeres van a poner en práctica. Comenzaremos exponiendo cuáles son los recursos tanto sociales como individuales que facilitan el uso de estrategias de desprendimiento y la recuperación posterior, para continuar con los factores, especialmente sociales, que obstaculizan dicho proceso de recuperación.

Entre los factores **protectores** de **índole social**, sobresalen especialmente la presencia de otras voces y perspectivas. Suele hacer referencia a la red de apoyo social de carácter informal fundamentalmente femenina (madre, hija, hermana, amigas, compañeras, etc.) aunque encontramos también en los relatos de estas mujeres la disponibilidad de recursos y servicios institucionales que actúan como una red de apoyo institucional.

Carolina: “Eso sí que he tenido, mucho apoyo, muy importante. Ese apoyo familiar lo he tenido, he tenido el apoyo profesional de que yo no dejé nunca el Centro de la Mujer, seguí yendo a las terapias. Con el tema del abogado pues igual, ayudas económicas también, (...) un programa, lo hice, el cualifica lo hice, de ahí me saqué un trabajo, que estuve trabajando un año”

Para que estos protectores sociales entren en juego, resulta fundamental que las mujeres cuenten a alguien lo que les está pasando. En el siguiente ejemplo una de estas mujeres nos relata cómo frente al obstáculo que supone en su recuperación el mantenimiento de una imagen idealizada de la relación, aparece, como recurso que desbloquea, el contraste con la perspectiva que le ofrecen sus amigas.

Elena: “Me abrían los ojos porque yo la... o sea yo estaba en esa situación y yo noto que le estaba diciendo: “pero a lo mejor él puede cambiar” (susurrando). Yo

ya había salido de mi casa, con mi maletita y con mis dos niños y harta de todo, harta de empujones, harta de aguantar y con los nervios desquiciados y... y todavía había una parte (.) de mí que decía ¿y si cambia? A lo mejor todavía puede cambiar (susurrando) y a lo mejor pues todavía esto puede ser pues lo que yo siempre soñé, perfecto. Y... y claro, cuando yo llegaba al... al colegio y... (.) y mis compañeras pues eran las primeras que me decían: “mira déjate de tonterías, no pienses” porque... Porque yo me centraba en los momentos felices”

María: “Entonces bueno, yo tenía una compañera que me decía “M. eso son malos tratos, escúchame, escúchame, M. que son malos tratos tía”

También reconocen la ayuda de la terapia psicológica y el contacto con grupos de mujeres en su misma situación.

Entrevistadora: “¿Cómo valorarías de importante con lo que estás diciendo la ayuda psicológica?”

Patricia: “La ayuda, y más que ayuda psicológica, la terapia de las mismas personas, en grupo, en grupo, que hayan pasado lo mismo que tú”.

Mónica: “El terapeuta me ayudó muchísimo”.

Carolina: “Cuando tienes ayuda lo superas, pero cuando estás ahí, si no tienes una ayuda, una terapia que te ayude a tú reconocer eso, es muy difícil que lo superes, es muy difícil, porque...”

No es de extrañar que esta intervención grupal sea reconocida por los organismos encargados de afrontar la violencia de género como uno de los servicios que más puede ayudar a las supervivientes (Macy et. al., 2010).

Las voces de los hijos e hijas son muy importantes también en estos momentos y en muchos casos son verdaderos detonantes de la toma de decisiones.

Lola: “Mis hijos me dijeron, “mamá esto lo denuncias y esto hay que denunciarlo y mamá por favor” y y entonces pues me fui a denunciar con mis hijos”.

Patricia: “(...) yo me senté con mi hija en una terraza, y mi hija me decía, “ahora es tu oportunidad” (). Si de verdad, tú quieres dejarlo, ahora es tu oportunidad”.

Además de estos recursos sociales muchas de ellas nos hablan también de ciertos protectores individuales, cualidades personales que van a facilitar la recuperación. Esta fuerza personal y **recursos internos** se considera que juegan un papel muy importante en este proceso de ruptura y recuperación

(Patzel, 2001). Entre estas cualidades, la más aludida por las mujeres de nuestro estudio se encuentra la “fuerza” que perciben en sí mismas de la que hablan 6 de las 8 mujeres entrevistadas:

Mónica: *“yo creo que lo más importante es mi fuerza, mi fuerza de querer salir de esa situación”*

Entrevistadora: *“¿qué es lo que más te ha ayudado?”*

Ana: *“A mi, la fuerza que yo tengo... Mi fuerza, la fuerza que yo tengo que digo “no, no, no”*

Entrevistadora: *“¿Cómo definirías esa fuerza?”*

Ana: *“Esa fuerza, um, um ¡yo qué sé! Te sale de dentro. Yo qué sé. Eso te sale de dentro, decir ¡eah se ha acabado aquí ya!”*

Otro de los recursos individuales que algunas refieren es el sentido del humor y el tener una actitud positiva.

Lola: *“...yo siempre he sido muy positiva...”*

Junto a estos elementos sociales e individuales que facilitan estas estrategias orientadas a la ruptura con el agresor, encontramos también ciertos elementos **bloqueadores** que actúan impidiendo la ruptura definitiva de la relación de maltrato. Son fundamentalmente de carácter social y están muy vinculados a la falta de recursos económicos y a la falta de apoyo familiar por distancia física. Hay que tener en cuenta que una de las mayores razones por las que las mujeres no abandonan una relación con violencia en la pareja es por la falta de independencia económica (Barnett, 2000), siendo este uno de los factores donde los resultados encontrados son más robustos y predicen en mayor medida una posible ruptura de la relación abusiva (Anderson y Saunders, 2003). Además, el abuso a mujeres después de tener una orden de alejamiento es más probable que se produzca en parejas de niveles socioeconómicos bajos (Carlson, Harris y Holden, 1999).

El trabajo remunerado hace a las mujeres menos dependientes tanto social como económicamente y reduce su situación de vulnerabilidad ante la violencia (Alberdi, 2005), de forma que la falta de recursos económicos es uno de los factores que más limitan a las mujeres que no tienen otros medios materiales:

Ana: *“yo lo único que se me ponía, es irme a un campo, a una cueva, a donde pillara. Porque yo otro sitio no tengo, medios no tenía, y ¿dónde voy yo con mis hijos, que eran pequeños? Yo mi idea, mi idea esa, de irme, a donde...me planteaba, siempre, siempre... pero no sabía a dónde, para donde tirar () Y entonces aguantártelas otra vez ahí, todas las que te quisiera hacer (). Porque no tenía por dónde tirar, ni dinero para darle de comer a mis hijos, porque como era el dueño...”*

Cuando estos ingresos propios no existen y no cuentan con recursos sociales, esto puede incluso hacerlas volver con sus parejas después de haber tomado la decisión de abandonar la relación, como podemos ver en los siguientes ejemplos que aparecen a continuación:

Patricia: *“Yo no tengo padre, no tengo madre, no tengo familia. Tengo una hermana y un hermano pero que en esos momentos no estaban en S. con lo cual, tú tampoco te puedes meter con tres hijos en ningún sitio, no tenía dónde tirar () y y y, bueno pues, yo le decía “bueno, pues vuelvo”, porque ¿dónde nos vamos a quedar a dormir? Pues vuelvo”.*

María: *“bueno aparte que estás embarazada en otra ciudad no tienes a nadie, la casa patas arriba, todo en obras, un crédito de treinta millones que acabas de firmar, ¿vale?... Y dices uhnnn “bueno, ¿yo dónde voy?” o sea, “¿qué hago?”*

En el caso de muchas mujeres el distanciamiento de sus familias de origen por cuestiones geográficas o el aislamiento al que las somete el agresor supone un verdadero obstáculo de contacto con posibles recursos protectores.

Ana: *“yo estaba en el campo, otra vez, en el campo, y y y allí con los niños sola, sola, sola, como un perro. Nadie venía, y sin dinero”.*

Mónica: *“yo vivía aislada en el campo con él”.*

O esta otra mujer que vive en una ciudad alejada de la de origen y donde no cuenta con apoyo familiar.

María: *“los apoyos familiares, ¡ajo! muy importante”*

Entrevistadora: *“¿Tú no tenías apoyos familiares?”*

María: *“Yo aquí no. Yo aquí no. Yo si hubiera tenido aquí una casa donde salir corriendo a lo mejor me hubiera ido, seguramente, en alguna de esas movidas, me hubiera largado, pero el estar limitada en ese aspecto, eh para mí fue un problema, un problema grande y el bueno, el económico, fundamental”.*

Cuando a esta mujer le preguntamos cuáles han sido los principales obstáculos encontrados, este es el balance que nos hizo:

María: “Al principio mucho la vergüenza, con el tiempo el miedo fue ganando terreno, y se mantuvo y se mantiene. Ha ido cambiando pero se mantiene, y luego entró en escena el tema económico, que fue fundamental, y lo que más se ha mantenido ha sido el económico y el miedo”.

Para algunas de ellas el miedo está especialmente presente. Anteriormente, cuando hemos presentado las tácticas de supervivencia, hemos resaltado la importancia del miedo como algo necesario para la seguridad de las mujeres, algo que las moviliza a actuar con cautela. Sin embargo, el miedo tiene esa doble cara o esa ambivalencia que hace que también, en determinados momentos y ante la conducta y las amenazas del maltratador, este miedo pueda convertirse en pánico, convirtiéndose así en un miedo que paraliza y bloquea a las mujeres.

Carolina: “hay unos miedos que me impedían dar un paso, unos miedos tales pues como que él siempre te, -“pues que sepas que te voy a matar, pues que sepas que tú que en el momento que te vayas voy a buscar a tu familia y la voy a matar”- y si que es verdad que esos miedos existen aunque tú te valores y empieces a valorarte pues: “yo no quiero aguantar esto” estos miedos existen (...) pero sí los miedos me podían, yo tenía mucho miedo ... y yo...”

Algunas mujeres también hacen referencia a la falta de recursos legales, sobre todo en momentos anteriores a la Ley Orgánica de Medidas de Protección Integral contra la Violencia de Género de 2004, e incluso hay casos en que se observa una falta de formación y perspectiva de género en el tratamiento profesional del caso.

Lola: “Y y en el 2002 pues no estaba, no estaba la ley esta de violencia de género, no había nada no. Aquél año, eh, todavía era cuando te decía, y subía la policía a la casa y calmaba la situación y a él se lo llevaba y te decía, -“señora no haga usted esto porque, piénselo porque una familia, fíjese usted sus tres hijos”.

Elena: “Me acuerdo de esta jueza perfectamente porque me tocó dos veces, que por mucho que le decía el fiscal, por mucho que le decía el forense, porque el forense tal como... tal como lo vio dijo aquí hay que poner distancias y a este hombre hay que darle una orden de alejamiento ya, y ella dijo que era normal (susurrando). Que... puta, mmm... voy a matarte, violaciones, todas esas cosas eran normales, a estas alturas del siglo. Y con esas mismas tú tienes que darte

tu vueltecita, irte a tu casa y además te decía, -“usted lo que tiene que hacer es arreglar las cosas dentro de casa”.

No podemos olvidar que el sexismo también está presente en los/las profesionales de la salud que ignoran muchos de los indicadores de abuso y no proporcionan el tratamiento adecuado (Barnett, 2001), pudiendo llegar a actuar como auténticos bloqueadores de la recuperación de estas mujeres, como nos cuenta la siguiente mujer que acudió con su expareja cuando ya habían comenzado también las agresiones físicas.

María: “Bueno pues el psicólogo estuvo tres meses casi viéndonos, él no sólo no mejoró sino que empeoró y yo le echo la culpa al psicólogo, sinceramente. Porque cuando un señor va y cuenta, y yo enseño todas las marcas, todas las marcas y este señor va y dice que yo lo que tengo que hacer, es que cuando él vea que pierde los papeles yo tengo que callarme, para que no se altere () esto es que me pongo a llorar cuando lo pienso ¿me entiendes? porque esto es una idea que a mí me machacó mucho, el pensar que yo voy a tener la culpa de que él perdiera los papeles ¿eh?. Uhnn, yo odio a éste señor, casi tanto como a mi ex, ¿vale?, porque le dio muchas alas, y este señor se me ponía delante de mí, mi ex, y me decía “¡tú estas loca, hasta el psicólogo te lo ha dicho que estas como una energúmena, que eres tú la que me provocas entiendes, que eres tú!”, esto es muy fuerte ¡eh!”

Es, como decimos, teniendo en cuenta este contexto, como podemos llegar a entender por qué las mujeres continúan en esta relación trampa durante un tiempo a pesar de ser ya conscientes de lo que les está ocurriendo y estar utilizando estrategias para salir de dicha situación. Merece la pena resaltar en este proceso de toma de conciencia el periodo especialmente difícil que muchas de ellas viven cuando acuden a terapia donde toman conciencia de su situación y aprenden a analizarla desde otra perspectiva pero no encuentran otra salida, de momento, que la de seguir conviviendo con el agresor.

Carolina: “Claro, entonces yo a partir de ahí pedí ayuda, me fui al Centro de la Mujer y allí si que me dijeron que habían unas terapias de grupo que había una terapia de psicólogos y que eso lo iba a tener ahí entonces yo decidí empezar a ir sola a escondidas. Yo hacía mi vida normal y corriente...con los mismos episodios de palizas insultos, e...igual, pero tenía un día a la semana una terapia. Es como si tú a ti misma te educas de decir: “yo tengo esto porque ahora mismo no tengo otra salida, pero tengo que empezar...” Era una cosa

complicada, era complicada pero yo, porque lo pasabas mal. Tú tenías que ir aprendiendo que eso no estaba bien y tú ya cada día eras más consciente de que eso no estaba bien y te auto-convencías de que eso no estaba bien, pero tú llegabas a tu casa y te encontrabas a tu agresor. Y encima, el día que quería cama tenías que tener cama. Porque cuando tú no eres consciente, no eres consciente...”

A continuación mostramos cuáles son estas estrategias de desprendimiento entre las que se encuentran: (1) enfrentarse al agresor-plantarle cara, (2) reflexionar-cuestionar lo que les está pasando, (3) solicitar ayuda, (4) escuchar y tener en cuenta otras perspectivas, (5) dejar de creer al agresor, (6) planificar la huida, (7) separarse- distanciarse del agresor, (8) iniciar acciones legales.

3.3.1 Enfrentarse al agresor, plantarle cara

De las 8 mujeres entrevistadas, 6 refieren ser activas frente a la conducta violenta, bien reprochándole al agresor su conducta hacia ellas y exigiéndoles que dejen de hacerlo:

Elena: “Entonces ya entré en una dinámica de...¡tú te estás pasando tres pueblos! La historia no va así”.

María: “Yo ya me cansé y le dije “¡que no me vuelvas a llamar ni zorra ni puta ni histérica!”

Y también desde una actitud asertiva advirtiéndole de que en caso de seguir así ellas lo van a dejar

Ana: “Le digo: mira, la última vez que me haces esto, ¡Ya cojo el camino y me voy al pueblo!”

O lo hacen responsable de que la relación se acabe:

Rosa: “Y yo le dije que el vaso había rebosado y que yo... yo digo: “mira, ¡tú no cambias! y además, tú no me puedes a mi obligar cuando yo no te quiero. Tú te has encargado día a día () y año a año () de que esto se termine y se ha terminado.

“-Yo te juro que te, tú me vas a volver a querer...”.- Y yo decía, “yo no te puedo querer”, y digo, “tú para mi estás enterrado en el cementerio”.

Alguna mujer incluso refiere llegar a enfrentamientos físicos con él:

María: “Yo no tuve una actitud sumisa, en absoluto, ¿vale?, yo al contrario yo... yo peleaba, ¿me entiendes? Yo le plantaba cara, yo le decía las cosas muy claras, y cada vez era más tajante o violenta, como quieras decirlo, en mi actitud. O sea, cada vez toleraba menos, que me avasallara, que me impusiese, que... yo sacaba pecho. Quiero decir: él me empujaba y yo le devolvía el empujón”.

3.3.2 Reflexionar, cuestionar lo que les está pasando.

Las mujeres entrevistadas narran cómo van tomando conciencia de la situación de desigualdad e injusticia en la que viven y van reconociendo la necesidad de que se produzca un cambio en sus vidas.

Elena: “Yo y llevaba un... un año pues... mmm... viendo que tenía que hacer algo, a mí me pedía el cuerpo que... que había llegado un límite y que yo tenía que tomar decisiones, y sobre todo que tenía que ser valiente”.

María: “La vergüenza llega un momento que, que te das cuenta de que, no has matado a nadie ¿vale?, y en todo caso, si alguien es la víctima eres tú, aunque luego durante aunque sólo sea un momento y luego te vuelva a asaltar otra vez todo lo demás. Llegas a razonarlo ¿no?”

Carolina: “Llegó a una situación que yo ya no quería una situación en la que yo decía pero bueno si yo me busco la vida igual que él, yo trabajo igual que él y yo cojo mis niños y llevo mi casa igual que él, ¿ yo cómo tengo que aguantar que una persona venga y me pegue? ¿O me insulte o me quiera...?”

Carolina: “(...) cuando tú empiezas a tener conocimiento y a creerte que realmente lo que tu estás viviendo no es lo normal, entonces, desde ese momento que tú ya empiezas a creerte, te das cuenta, que tú, esa relación con la pareja, no es lo normal. A raíz de ahí, pues, tu ya te das cuenta de que tienes que empezar, que si no eres consciente por ti misma, no puedes por ti misma tienes que empezar a pedir ayuda”.

Esto las ayuda a tomar decisiones de resolución.

María: “Cuando creí que me mataba. Digo ¡al carajo! 200 euros no valen la vida de mí, ni la mía ni la de mi hija”.

En ocasiones estas reflexiones les lleva a cuestionarse las creencias y mandatos de género llegando a manifestar la necesidad de desprenderse no sólo de estos esquemas tradicionales y culturalmente adquiridos, sino incluso a desprenderse de la relación establecida con las propias madres en base al género.

Elena: *“Tenemos mucho peso::: mucho peso de tradición, mucho peso cultural y::: yo creo que es muy importante pensar en la que les queremos dejar a los que vienen detrás”.*

En otras, estos pensamientos las movilizan, como suele ocurrir cuando piensan en los hijos/as.

María: *“yo ¿qué hice?, lo que hice fue decir “tengo una hija”, yo me es que yo tenía a mi hija en mente, me acuerdo de su cara ¿no?, agarradita a la cuna, esa cara de terror, ese llanto histérico no?, y que tiene derecho a vivir () y a mí me podía matar, pero yo por mi hija (...) Yo pensaba en mi hija, pensaba en todos los planes que yo tenía para ella cuando lo conocí, cuando me quedé embarazada en cómo era yo antes, miraba mucho a las mujeres en la calle, me fijaba en los escotes, en las transparencias y pensaba porqué yo no podía ¿no?, ¿qué había de malo no? () pensaba que tenía derecho a ser feliz y a que no me pegaran y a que me respetasen. Eso lo tenía claro”.*

3.3.3 Solicitar ayuda

Las mujeres no sólo dejan de manifiesto que piden ayuda, sino que movilizan diferentes recursos a lo largo del proceso. La solicitud de ayuda a la familia, hijas, padres, hermana, etc. es una de las más utilizadas pero no la única, también hablan con la familia de él y con amistades o compañeras (en algún caso compañeros) del trabajo.

Mónica: *“(...) llamé por teléfono a mi hija y le dije que tenía que hablar con ella de algo muy importante ()”.*

También llaman a la policía o fuerzas de seguridad.

Lola: *“La policía llegaba a mi casa, hablaba conmigo, hablaba con él, se lo bajaba, subía la policía me decían, “mire usted lo hemos dejado, se ha tranquilizado pero ahora va a subir” yy y yo les decía, “pues no se vayan porque los voy a llamar, no se vayan porque dentro un rato los voy a llamar otra vez”, y efectivamente cuando se liaba a dar puñetazos, pues yo llamaba.*

Rocío: *“Yo mira, yo he ido al cuartel, he ido a contar mis problemas”.*

O buscan asesoramiento judicial, médico o psicológico.

Elena: *“(...) yo hablé con el director médico, le conté lo que me pasaba, le conté que yo no podía decir que estaba de baja porque yo me moría de... de pena y... y... pero que necesitaba salir... de... de aquí”.*

Lola: *“Yo, yo me fui, yo ya tenía, yo me fui al Instituto Andaluz de la Mujer...Sí. Y yo pedí ayuda. En cualquier caso queda de manifiesto que pedir ayuda es necesario. Esta mujer, con referencia a que lo que recomendaría a otras mujeres que estén en una situación de violencia y quieran salir, les recomienda lo siguiente”:*

Mónica: *“Tiene que hablar, hablar y si no tiene a nadie que venga al Instituto de la Mujer y pida ayuda. Romper el silencio es fundamental”.*

3. 3. 4 Escuchar y tener en cuenta otras perspectivas.

Poco a poco, y conforme van abriendo canales de comunicación y saliendo de la situación de aislamiento, las mujeres entrevistadas nos cuentan cómo van escuchando e incorporando los consejos u opiniones de personas de su entorno. Prestar atención a los mensajes que estas voces les transmiten es relevante en cuanto va a contribuir al cambio de la forma de entender y posicionarse frente a la situación de maltrato. Algunas de estas voces son de mujeres afines:

Elena: *“Empecé a escuchar más... más situaciones de mujeres en la misma situación, cómo habían reaccionado, cómo les había ido”.*

Además de otras mujeres también incorporan la perspectiva del/la terapeuta a las que ellas recurren:

Carolina: *“(...) quise terapia de grupo porque yo soy una persona que, que me ayuda mucho los episodios de las personas. Yo me acuerdo que cuando estaba en la casa de acogida yo me basaba mucho de mis compañeras y de decir “bueno si mi compañera ha hecho esto, yo porqué no” y entonces me ayudaba mucho eso, yo pedí terapia de grupo, y a mí me ayudaba mucho el, el, el escuchar un episodio de una compañera y lo que una compañera me pudiera decir, entonces yo siempre decía “pero es verdad, es verdad si ahora yo, si me va a costar salir de esto, el día que tenga 50 años lo mejor seré capaz, pero me puede costar más trabajo todavía, y no quiero perder más años de mi vida”. Yo he perdido ya muchos años de mi vida, y eso me ayudaba mucho, luego el psicólogo me ayudaba mucho a, a cambiar, a decirme “C. que lo que tú estas viviendo no, no es lo normal, ¿para ti qué es amor? Pues esto no es amor lo que tú tienes, pues esto no...” y eso me ayudó mucho, mucho; Yo la terapia, la psicología, ese tipo de terapias que yo tomé en aquel momento eso fue lo que a mí me ayudó, lo que a mí me hizo dar ese paso, pero de hecho estuve 8 o 9*

meses en terapia de grupo, y esos 8 o 9 meses me ayudó a decir “tiene que ser el momento en que yo diga “hasta aquí”.

María: “(...) aquí (refiriéndose al Centro de la Mujer) me hacen ver, que lo mío no era un sentimiento de amor, era un enganche emocional”.

Pero también la propia familia o personas próximas, como es el caso de los hijos y las hijas.

Lola: “(...) mi hijo siempre decía, “mamá esto es una carrera de relevos, venga cuando tú te canses cogemos otro, venga mamá que somos cuatro, venga mamá no te rindas, no te rindas sigue”, y yo ya veía, y decía “sí sí, yo sigo”.

Patricia: “(...) una hija que es en la cabeza pensante, siempre decía “si yo te viera feliz, yo me voy y te dejo feliz con tu pareja pero tú siempre estás llorando, llevas toda la vida llorando por una persona que no te hace feliz, (...). Ella ha llegado a decirme, llorando me decía “hay muchas maneras de matarse, hay quien se tira por una ventana, hay quien se corta las venas, y tú te estás matando día a día. Y es mucho peor verte morirte día a día. Dime cómo te puedo ayudar. Si me voy de aquí para no verte y eso a ti te hace sentirte más tranquila, si te ayudo, si no, buscamos casa, dime”. Pero no era capaz de hacerlo”

Entrevistadora: “¿Pero, cómo servía de ayuda esa actitud de tu hija, en algún momento determinado ha sido ella un motivo para?”

Patricia: “El verla, la última vez que la vi llorando “enmorecía”, diciéndome por favor no quiero verte como te estás matando, yo ya estaba aquí (refiriéndose al Centro de la Mujer), eso fue lo que me dio el empujón final”.

3.3.5 Dejar de creer al agresor

Poco a poco y unido al hecho de ir incorporando otras perspectivas, las mujeres van dejando de escuchar a sus agresores y de darles credibilidad.

Patricia: “yo ya aquí había aprendido que cuando él empezara te quiero, yo tenía que pensar en otra cosa no en lo que él me estaba diciendo, luego recapitulaba y si sabía lo que me había dicho, pero en principio para no tomarme el sofocón, para no entrar dentro de su juego, pensaba en otra cosa, intentaba pensar en otra cosa”.

Carolina: “y con los años, después de muchos años, que me, muchos años, yo decía yo misma me daba cuenta y yo misma decía, me decía: “¿pero bueno como me vas a besar, me vas a tocar si ayer mismo me estabas dando un palizón y tenía el cuerpo lleno de moratones”.

Aunque, como decimos, ellas siguen albergando la esperanza de que el cambio en él se produzca, y hemos visto que en los primeros momentos intentan colaborar para que así sea, llega un momento que dejan de creer sus muestras de arrepentimiento y sus promesas de cambio.

Rosa: *“Que no me iba a obligar a acostarme con él, se daba choquetazos contra la pared, contra el televisor, hincado de rodillas, umh, vamos, que iba a cambiar, y yo le dije que el vaso había rebosado y que yo, yo, digo mira: tú, no cambias! y además, tú no me puedes a mi obligar cuando yo no te quiero. Tú te has encargo día a día () y año a año () de que esto, se termine y se ha terminado”.*

3.3.6 Planificar la huida

Una vez toman decisiones orientadas a la ruptura de la relación no siempre actúan de forma inmediata, sino que planifican y valoran el mejor momento y cómo van a hacerlo

Mónica: *“Después de esa agresión pues decidí abandonarlo, pero yo lo tenía que hacer de la manera en que yo no saliera lesionada, entonces yo me tiré varios días pensando en cómo hacerlo para que él me dejara marchar sin ningún daño”.*

María: *“Hubo una ocasión en que me dejó inconsciente () y, ese día decidí tomar cartas en el asunto no fui directamente, quiero decir yo era muy consciente de que estaba en inferioridad, y de que si era directa, tenía todas las de perder ¿no?, y entonces empecé a reunir documentación, empecé a plantearme una estrategia ¿no?. Es triste decirlo pero hay que hacerlo, si no te gana la partida eh! y luego llega el juicio, que hay que demostrar que te han pagado, que te han maltratado y ellos son buenísimos haciendo el papel, pero, vamos, mi ex lloró durante una hora”.*

De hecho en algunos casos relatan cómo tienen previsto dónde se van a ir previamente o cómo tienen preparados objetos personales de emergencia.

María: *“(…) y en el... en el coche llevaba siempre una bolsita pues con una muda, un cepillo de dientes, porque yo sabía que la mitad de los días no podía volver a mi casa”.*

Carolina: *“Yo decía “el día que salga de mi casa, yo no quiero volver a entrar más” porque además no voy a poder... y lo tengo que tener muy seguro, lo tengo que tener muy seguro. Y poco a poco fui preparándome el terreno y, y, poco a poco yo estaba haciendo mi vida y yo ya me estaba haciendo una nueva vida “voy a ahora este dinerito para el día que salga, voy a tener siempre mis papeles en mi bolso por si algún día pasa, un día que salga y...”*

Como veremos seguidamente la ruptura se convierte en un proceso con continuas idas y venidas de manera que van aprendiendo de la experiencia de las huidas anteriores para planificar las definitivas.

Carolina: *“La primera vez que yo salí de mi casa yo no tenía nada, pero la segunda vez ahorré un dinerito”.*

3.3.7 Separarse, distanciarse del agresor

Como es bien sabido el aislamiento es una de las estrategias más relevantes para la instauración y mantenimiento de la relación violenta, convirtiéndose tanto en la causa como en la consecuencia del maltrato (Hirigoyen, 2006). De esta forma la influencia del agresor sobre la víctima tiene más poder al ser el único referente que la mujer tiene. El distanciamiento de él, aunque sea transitorio, rompe el efecto de este mecanismo de control.

Pensamos que la estrategia de alejarse del agresor es muy importante no sólo por el peligro que las mujeres corren permaneciendo al lado de la pareja, sino por la influencia que éste ejerce en ellas desde la proximidad. Siguiendo el modelo del ciclo de la violencia descrito por Leonor Walker (1980) en el que recordamos, se describen 3 fases, tensión, agresión y conciliación, observamos cómo las mujeres al distanciarse del agresor rompen con este ciclo, fundamental en el mantenimiento del poder y el control sobre la víctima. Es importante recordar que la fase de conciliación, o también llamada luna de miel, ejerce un efecto de confusión y despiste sobre la víctima, que puede hacer creer a las mujeres que su pareja puede volver a ser como era al comienzo de la relación y que el amor vengza la situación (Bosch, Ferrer y Alzamora, 2006).

O incluso puede que vuelvan con él no por enamoramiento sino por proporcionar un hogar a sus hijos/as donde éstos/as convivan con su padre.

Carolina: *“Me fui a la casa de acogida a Málaga, estuve en Málaga 2 meses, yo creía que lo tenía muy claro, yo creía que estaba muy preparada, pero otra vez volví a caer, en el momento en que hubo una conversación con él, de, un contacto con él de, telefónico, porque tiene que ver los niños porque no se qué, no se cuanto un llanto de él, un no se qué de él, otra vez me ganó. Entonces tú piensas que tú estás curada de eso y no estás curada de eso, porque otra vez me ganó, entonces otra vez después de la casa de acogida, otra vez volví a mi*

casa. Empieza una luna de miel, todo que bonito, aun consciente de que yo ya no lo quería, pero yo en aquel momento decía “bueno yo no lo quiero, pero bueno es el padre de mis hijos, para estar con otro hombre que no sea el padre de mis hijos estoy con el padre de mis hijos y mis hijos tienen un padre”.

Efectivamente, como en el episodio anterior, observamos en los relatos de las mujeres entrevistadas cómo todas las mujeres realizan intentos de abandono de la relación con el agresor previamente a la ruptura definitiva. Es decir intentan alejarse físicamente de él de distintas maneras, se ocultan, se van a casa de algún familiar o de alguna persona conocida, etc. Todas refieren haberse ido transitoriamente de casa en algún momento del proceso.

Mónica: “Yo me había escapado ya en varias ocasiones, pero él siempre me interceptaba en la carretera”

Elena: “Y tú te ves hasta las tres de la mañana, buscando dónde te vas. Me tuve que ir un mes a a una residencia de estudiantes”.

Estas rupturas transitorias, y antes de que se produzca la definitiva, son frecuentes y han contribuido a la idea de que el abandono de la relación no es una decisión y acción puntual sino que debe concebirse como un proceso que puede extenderse en el tiempo. Además, como Anderson y Saunders (2003) señalan, las separaciones breves y la consecuente adquisición de nuevas competencias pueden potenciar en esas mujeres una sensación de competencia y eficacia personal que pueden favorecer una separación más estable

En algunos casos las mujeres no cuentan con recursos para dejar de vivir juntos, pero a pesar de eso se alejan del agresor, aunque sea dentro de la misma vivienda.

Rosa: “Porque estaba dormía y a media noche y claro, la niña estaba en la habitación de al lado ¿y tú qué hacías? Pues yo lloraba y a él le daba igual que yo estuviera llorando. El ahí y se acabó. Y una vez y otra vez y otra vez, hasta que ya digo ¡ea! () me salgo de la habitación ()”.

De hecho, todas menos una resuelven la situación de violencia yéndose ellas del domicilio conyugal.

Elena: “(...) al final la que tuvo que coger la puerta con mis dos niños y mi maletita fui yo...”

María: *“¿Yo me voy a quedar en mi casa con una denuncia de maltratos puesta?, este tío me mata. ¡Que va, que va, que va! Salí por patas, vamos”.*

Otra forma que utilizan para romper el canal de comunicación puede ser, por ejemplo, no respondiendo a sus llamadas de control.

Rosa: *“(…) yo estaba trabajando, 18 ó 19 llamadas, ¿dónde estás?, ¿te queda mucho? ¿Con quién has estado? () “Que estoy trabajando”. Ya tomé la determinación, como tenía el móvil, de no coger el móvil”.*

A veces esto se ve facilitado por la distancia en el tiempo y en el espacio.

María: *“En septiembre llega y me dice que quiere quedarse el fin de semana porque quiere ver a su hija, digo “vamos a ver, yo ya te dije el tema como está, ¿vale?, si tú te quieres quedar aquí para ver a la niña, muy bien, vas a dormir en el sofá. Tu no vas a dormir ni conmigo ni en las camas que hay en mi casa, porque ésta es mi casa, tú aquí ya no vas a vivir, ¿entiendes? (...) o sea entonces yo trataba, de limitar el espacio, lo que él quisiera hacer yo no lo iba a poder evitar, pero yo en esa época, que ya llevaba dos meses sin su presencia al lado, cada vez era menos eh, estaba menos dispuesta a ello, ¿me explico?)”*

3.3.8 Iniciar acciones legales

Entre las estrategias de desprendimiento hay que significar que algunas mujeres se asesoran previamente a nivel judicial.

Patricia: *“Me voy primero a hablar con J. M., no sé si lo conocéis. Un abogado especializado en malos tratos”.*

Mónica: *“(…) entonces vine aquí (Centro de la Mujer) y me atendió una abogada. Yo le conté lo que había pasado llorando”.*

Aunque manifiestan resistencias a denunciar la situación de maltrato, finalmente la mayoría terminan denunciando.

Lola: *“Si, tomé yo la decisión. Mira se acabó, pues, la primera vez que yo fui a poner la denuncia, pues puse la denuncia, vinieron mis hijos conmigo”.*

María: *“Yo no quería denunciarle, yo me preparé el terreno por si tenía que llegar a hacerlo, ¿vale? Pero yo no quería tener que hacerlo. O sea, a mí me obligó a denunciarle ¿me explico? ¡Me obligó! O sea la situación llegó un momento que fue tan chungu... que tuve que hacerlo... ¡No te puedes ni imaginar! ¡No te puedes ni imaginar! Yo denuncié cinco meses después de estar separada”.*

3.4 ESTRATEGIAS DE EMPODERAMIENTO

En los momentos de toma de decisión del abandono de la relación con el maltratador y una vez que esto ocurre, las mujeres realizan toda una serie de acciones encaminadas a ser y vivir para ellas (Matud, et. al., 2009), lo que les va a permitir controlar y decidir por ellas, a la vez que se incrementa su autoestima y bienestar psicológico. A todas estas acciones las hemos llamado estrategias de empoderamiento. Se llevan a cabo en el proceso de ruptura y tras ella. Incluye: (1) mantenerse activas, (2) autoafirmarse por oposición al agresor, (3) descubrir y llenar el vacío, (4) recomponer redes sociales y recuperar relaciones, (5) escucharse a sí mismas y quererse.

3.4.1 Mantenerse activas

Una de las cuestiones importantes que las mujeres refieren es la necesidad de estar activas y conscientes como intento de mantener el control y la autonomía.

Elena: "(...) aguantar psicológicamente toda la presión y todo el... el maltrato, eh... de manera que psicológicamente no te afecte tanto como para que ningún forense diga que tú, efectivamente, estás tocada por la situación, porque eso legalmente es no estar capacitada para quedarte con tus hijos ni para cuidar de ellos. Entonces yo en toda esa situación tenía que seguir trabajando y tenía que seguir con... con la dirección de un centro con un montón de... de implicaciones laborales que tengo, de ponencias y de todo, para que en ningún momento mmm... (.) nadie pudiera decirme tú no estás católica como para... para llevar tu casa adelante".

En este intento por mantenerse despierta alguna nos contó cómo dejó de tomar ansiolíticos.

Rosa: "(...) yo me tomaba 4 ó 5 pastillas todos los días..., yo me quité de las pastillas sola. Aquella noche que me salí de la casa me las tomé, pero al otro día me quité 2 pastillas, sola, y al otro día otras 2 y al otro día otras 2 () sola, sin ir al médico y sin ir a ningún lado, me quité de tomar pastillas..."

El trabajo es otra de las actividades que refieren les ha ayudado a mantenerse.

Elena: *“Más trabajo, más trabajo... Yo lo que quería era mucho trabajo y mucho tiempo fuera de mi casa”.*

3.4.2 Descubrir y llenar el vacío

Las mujeres refieren haber realizado actividades encaminadas a sentirse bien consigo mismas y con sus vidas, entre ellas tareas de ocio:

Mónica: *“tienen que hacer algo que las llene (refiriéndose a otras mujeres que intenten salir de una relación de pareja con violencia), a mí me llenó la fotografía, tienen que buscar algo que les guste y que no hayan podido hacer o no le hayan permitido hacer para sentirse bien consigo misma, eso es muy importante. Yo por ejemplo sigo yendo al parque al mismo banco porque la naturaleza es increíble”.*

Una de ellas nos cuenta como se obligó a ir de vacaciones:

Patricia: *“viviendo en... ya, me vengo aquí a lo del tiempo libre y le llevo a la chica, con P. de la mano, y me siento y le digo - “yo me tengo que ir de vacaciones” Buum, a llorar. Y la chica cuando me vio con el niño y llorando de esa manera me dice: - “tú te vas”. Me había quedado en 200 y pico pero me fui de vacaciones”.*

Lola: *“Dejarlo a él tiene su momento malo porque es cuando tú verdaderamente te quedas sola y te tienes que mirarte a ti sola, pero es como cuando tú estás encerrada en una habitación y abres una ventana y te entra de pronto el aire frío, y te mueres de frío de la primera bocanada. Pero cuando lleva mucho tiempo esa ventana abierta, ese aire está renovado, y lo que no quieres es que se cierre”.*

3.4.3 Autoafirmarse por oposición al agresor

Algunas mujeres refieren hacer todo lo que él les impedía, una vez que la relación ha acabado definitivamente.

María: *“Él no me dejaba pintarme::: pues rubia. Rubia, del más rubio que haya por ahí, esa yo. No me dejaba poner tacones pues yo los tacones más altos. Ropa ceñida, jamás. La ropa más ceñida del mundo. Todo, todo lo que él no, ¡pues yo ahora, sí! A lo mejor mañana me canso, y mañana estoy negra otra vez, pero no quería el chiquillo que estudiara, pues yo a estudiar, a la facultad ¡ea!”*

3.4.4 Recomponer redes sociales y recuperar relaciones

De la misma forma que intentan recomponer sus vidas y llenarlas con nuevas actividades, las mujeres comentan haberse abierto al exterior en un intento por recuperar las relaciones perdidas o encontrar nuevas redes de apoyo.

Elena: *“si nos íbamos todas juntas a hartándonos de reír, a contándonos cosas, y::: sobre todo ayudarnos”.*

Mónica: *“pues tenía un piso nuevo que estoy arreglando con mucha ilusión, mi hijo vive conmigo, porque mis hijos vivían cada uno con su pareja pero mi hijo terminó con su pareja y se vino conmigo y contentísima y él también. Tenemos un chico chileno en casa porque me hace falta económicamente para ayudarme con los gastos, lleva tres años viviendo con nosotros, es encantador. Tengo amigos y amigas, tengo mi grupo de senderismo he vuelto al senderismo, al teatro, al cine, a mi música, tengo mi libertad, mi vida y tranquilidad”.*

3.4.5 Escucharse a sí mismas y quererse

Por último, se observa cómo una de las estrategias que despliegan es la de escucharse a sí mismas y generar pensamientos dirigidos a mantener la autoafirmación y la autoestima. Esta mujer nos cuenta cómo se hablaba a sí misma y las cosas que se decía:

María: *“Tú vales mucho tía, M. tú vales mucho tía, por Dios no aguantes esto más”.*

Las mujeres que participaron en este trabajo luchan por incrementar su autoestima y por mantener una perspectiva sobre ellas mismas diferente a las que el agresor se ha encargado de hacerles creer.

Carolina: *“(...) pero bueno yo misma sí que me lo fui descubriendo y luego llegó a una situación que yo ya no quería una situación en la que yo decía: “pero bueno si yo me busco la vida igual que él, yo trabajo igual que él y yo cojo mis niños y llevo mi casa igual que él, ¿yo como tengo que aguantar que una persona venga y me pegue? ¿O me insulte o me quiera...? ¿Me diga tú no vales para nada?”, cuando yo me miraba al espejo y todo mundo me decía “pues tú eres una muchacha que vales mucho”.*

Rosa: *“es que hay algo dentro de mi que me dice: “No sí no eres así, tú no te puedes creer lo que te dicen” () y ya está () Y sigo para adelante”.*

Una de las estrategias que aparece en la mitad de las entrevistadas es la de mirarse en el espejo para reafirmarse y reconocerse.

Elena: *“Mirarse en el espejo, y y quererse. Yo me hice una (.) un me ayudaron a eso también en el Instituto de la Mujer, me hice una... una lista, de todas las cosas maravillosas que yo era, y yo me levantaba por las mañanas, me ponía delante del espejo cuando me lavaba los dientes y ahora decía: Pues tengo salud, tengo dos hijos, tengo muchas ganas de vivir, además soy maravillosa, y a mi todo el mundo me quiere y me decía toda mi lista de maravillosidades, y decía, y venga ahora, ponte los tacones y a tirar para adelante”*

4. REFLEXIÓN FINAL

A partir de la experiencia de las mujeres entrevistadas, hemos podido conocer el despliegue de tácticas y estrategias que estas mujeres utilizan para recuperar el control de sus vidas a lo largo del proceso de recuperación. Hemos visto también que estas estrategias van cambiando a lo largo del proceso y dependen del contexto en el que se desarrollen y de los recursos y obstáculos encontrados. Por otro lado, este es un proceso que cada mujer vive de forma diferente en función de su situación y posibilidades, en el que pueden quedar atrapadas y bloqueadas y que puede variar en el tiempo, siendo éste, el tiempo, uno de los factores mas relevantes en la recuperación (Bosh, Ferrer y Alzamora, 2006).

Para poder explicar el tipo de acciones que las mujeres emprenden a lo largo del proceso resulta fundamental tener presente el mecanismo mediante el cual quedan atrapadas en una relación de violencia, donde, como en un laberinto, resulta muy fácil entrar pero es muy difícil salir (Bosh, Ferrer y Alzamora, 2006). En este laberinto patriarcal se insertan también las acciones que estas mujeres emprenden y que están sujetas al modo en que han sido socializadas y a lo que desde los mandatos de género se espera de ellas. A las mujeres se nos ha educado para el cuidado de los demás (Gilligan 1982) y las relaciones constituyen una parte fundamental de nuestra identidad (Freixas, 2005). Otro de los aspectos fundamentales de la identidad de las mujeres es que ésta se construye como ser para otro, donde el eje de sus deseos, gustos o aspiraciones no es ella misma, sino que son, como diría Clara Coria (2001),

“satélites del deseo ajeno”. Se les educa para satisfacer y cuidar a los demás y en este intento por encajar con el mandato de buena mujer aprenden, no sólo a satisfacer a los demás, sino también a ignorar su propia voz interna, a silenciarse. Las mujeres pierden su sentido del self en un proceso que Jack (2001) denomina “Silencing the Self” y que ha sido identificado y trabajado en depresiones, especialmente en depresiones postparto (Mauthner, 1998) donde este proceso de silenciar se hace más patente al intentar las mujeres adaptarse a lo que socialmente se espera de ellas: ser unas buenas madres sacrificadas y entregadas al cuidado. Además, como nos recuerda Marcela Lagarde (2000) en la identidad de las mujeres se construye la marca de la incompletud y la necesidad de otros para ser seres completos. En el caso de las mujeres que han pasado por una relación con violencia de género en la pareja muchos de estos aspectos se dan en su forma más perversa. De tanto conceder se llega a lo que Coria (2001) denomina concesiones indignas: “la persona que concede va desdibujándose hasta perderse a sí misma” (p.99).

Teniendo en cuenta todo esto, el lugar que las relaciones ocupan en la vida de las mujeres, junto con el ideal de pareja duradero, cabe esperar, sobre todo como primer paso y tal y como hemos encontrado, que las mujeres se esfuercen por mantener la relación con su pareja, aunque éste sea un maltratador, utilizando para ello diferentes tácticas de adherencia. En palabras de Esperanza Bosh, Victoria Ferrer y Aina Alzamora (2006) el concepto de adherencia tiene que ver con “el reto que para algunas mujeres representa la obtención de una relación de correspondencia con su pareja, los esfuerzos, las renunciaciones y el sufrimiento que invierten en conciliar sus expectativas con la realidad” (p. 177).

Estas autoras consideran que a la adherencia contribuye la creencia de la fuerza del amor, una fuerza que hace sentir que las dificultades pueden superarse, lo que favorece una actitud de comprensión, de cuidados y apoyo de la mujer hacia su pareja.

Puede resultar paradójico que denominemos a estas acciones de adherencia como “tácticas” puesto que, en un principio, podrían parecer que no son las adecuadas para el proceso de recuperación. Sin embargo, creemos que pueden cumplir un papel importante y del que estas mujeres aprenden. En

estos inicios del descubrimiento de que algo no va bien, se podría decir que la propia dinámica relacional insertada en una ideología patriarcal orienta a las mujeres hacia la adherencia al agresor en un intento por preservar la pareja y el proyecto común de familia. Como alguna autora ha señalado se han hecho muchos trabajos intentando analizar por qué las mujeres no abandonan antes estas relaciones abusivas, cuando quizás lo que realmente sería necesario explicar es cómo es que en un sistema donde todo está diseñado para que la relación continúe, ellas llegan a decidir romper la relación. No obstante, consideramos que estas tácticas de adherencia pueden desempeñar un papel fundamental para deshacerse de la culpa. Como ya hemos señalado, esta culpa inicial supone un serio obstáculo en la recuperación de las mujeres y el uso de estas tácticas de adherencias pueden resultar importantes en este proceso de desculpabilización. Para que dicho proceso sea exitoso puede ser necesario que las mujeres lleguen a interiorizar la siguiente idea: “he hecho todo lo posible y todo cuanto estaba en mi mano por salvar la relación pero no ha sido posible”. Se podría decir que es una etapa que la mujer puede necesitar vivir para evolucionar al desprendimiento, por ello hemos considerado a estas primeras acciones como tácticas. Sin embargo, esto que a nivel individual puede contribuir al desprendimiento de la culpa y a la posterior recuperación, hace que simultánea y paradójicamente se las culpabilice socialmente de lo que les ocurre. “Ellas son las culpables por darles segundas oportunidades y volver con el agresor”. A la vez que individualmente se liberan de la culpa, socialmente son etiquetadas como culpables.

En palabras de Clara Coria (2005) “Cuando las mujeres dejan de responder a los mandatos culturales que pesan sobre ellas tienden a sentirse transgresoras de los roles establecidos y, como consecuencia, “malas” y culpables, sobre todo cuando dejan de comportarse como “madres incondicionales”.

Pero, puesto que nuestro trabajo ha estado centrado en mujeres que son capaces de recuperar el control de sus vidas, deben ser mujeres que cuentan con recursos sociales e individuales que posibiliten la puesta en juego de otra serie de acciones que permiten dicha recuperación. En este sentido consideramos fundamentales ciertas acciones empleadas por las mujeres tras

los primeros momentos de toma de conciencia de que la situación no va bien y descubrir que el intentar mejorar la relación con su pareja no tiene éxito. Nos referimos a las acciones que hemos denominado como estrategias de desprendimiento (Barberá, 2007; Coria, 2005; Freixas, 2005). De acuerdo con Coria (2005), tarde o temprano las personas necesitan reorientar sus vidas en cuanto a los mandatos de género recibidos y a los intereses o proyectos personales postergados o insatisfechos porque se han priorizado los compromisos en base al género. A pesar de que los condicionantes de género van a suponer un obstáculo en este proceso de desprendimiento y que van a hacer difícil la reorientación y el afrontamiento de los cambios, algunas mujeres son capaces de conseguirlo.

De esta forma, a lo largo del proceso surgen otras formas de afrontar la situación y empiezan a incrementarse las estrategias, para desprenderse del agresor, que se ponen en juego acompañadas de ciertas estrategias de supervivencia. Estos resultados coinciden con aquellos estudios que muestran que el número de estrategias previas de afrontamiento resulta ser un buen predictor de una ruptura posterior de la relación (Anderson y Saunders, 2003) y que, frente a la visión dominante que concibe el abandono de la relación como un acto o decisión puntual, sería necesario concebir la ruptura como un proceso. Desde esta perspectiva se conceptualiza el abandono de la relación como un proceso complejo que implica a diferentes decisiones y acciones que se llevan a cabo durante un periodo que puede extenderse en el tiempo durante meses o años. Este paso es reconocido como muy importante en el proceso de recuperación (Anderson y Saunder, 2003). Algunos trabajos muestran que mujeres que viven una situación de abuso donde su vida no corre aparentemente peligro encuentran formas alternativas de manejar la situación sin que esto suponga una ruptura de la relación. No obstante, habría que tener en cuenta, que puede ser posible que la pareja de mutuo acuerdo siga compartiendo vivienda (cohabitando) pero afectiva y emocionalmente la pareja esté rota y que el abandono no sea físico pero sí psicológico (Hydén, 1999). En el caso de las mujeres que han participado en este trabajo todas han abandonado la relación, aunque en muchos casos haya sido un proceso más o menos largos y con continuas idas y venidas a la relación.

Por otro lado hay que tener en cuenta que la ruptura de la relación, al contrario que otras formas de resistencias más sutiles, supone una forma de resistencia abierta y pública a la situación de dominación a las que estas mujeres se han visto sometidas (Hydén, 1999).

Cuando en este proceso se va pasando de la adherencia al desprendimiento se va produciendo un cambio en la prioridad de las mujeres donde la agenda de las mujeres pasa de estar centrada en cómo mantener la relación a cómo abandonarla (Rosen & Stith, 1997, p. 177, cit. por Anderson y Saunders, 2001). Esta ruptura y distanciamiento emocional resulta fundamental para su recuperación. Después de haber vivido de manera mantenida en una situación de inseguridad, temor, ansiedad, desesperanza, etc. “sin un sentimiento, al menos moderado, de seguridad, la recuperación del trauma es imposible” (Rojas Marcos, 2005, p. 113), y para ello resulta fundamental este distanciamiento.

Hemos visto también que de cara a conseguir una ruptura exitosa donde su seguridad no peligre, las mujeres ponen en juego toda una serie de tácticas de supervivencia. Como hemos señalado, alguna de ellas podrían ser interpretadas como muestra de la sumisión de las mujeres (simulan pasividad, etc.), pero, sin embargo, creemos que constituyen auténticas tácticas de resistencia activas con las que consiguen cierto grado de control en una situación diseñada por el maltratador para que todo el control esté en sus manos. En este sentido Rojas Marcos (2010) postula que la adaptación y el aguante son conductas fundamentales de supervivencia en circunstancias adversas prolongadas, ya que el primer reto para superar cualquier circunstancia adversa, afirma, es sobrevivir. En el mismo sentido Clara Coria (2005) al hablar de las estrategias de afrontamiento que las mujeres desarrollan para establecer cambios en sus vidas, defiende que la aceptación no se puede entender como resignación, ya que contrariamente a la resignación, la aceptación implica ejercitar el criterio de realidad, la capacidad de ver las cosas como son pero dando lugar a comportamientos operativos en la búsqueda de estrategias vitales, un volver sobre lo conocido para redescubrirlo en su nueva realidad. En sus propias palabras “*La aceptación es una manera de instalarse en la dimensión del presente y del tiempo en movimiento, mientras que la resignación es una forma de sumisión*

incondicional que anticipa un futuro cristalizado” (Coria, 2005, p. 23-24). Añade Coria que dentro de las estrategias de afrontamiento para establecer cambios y llegar al protagonismo de la vida propia, es necesario pasar previamente por la aceptación y el acompañamiento, actitud esta última que permite, según la autora, soportar la incertidumbre que implica desprenderse de parte de lo conocido para abrirse a nuevas alternativas y potencialidades.

Por otro lado, aunque no podemos obviar el innegable valor que las tácticas de supervivencia tienen, entendemos que uno de los retos que deberán asumir es avanzar más allá de estas conductas y no sobre-adaptarse a ellas, evitando que éstas se conviertan en acciones cotidianas que utilicen como modo preferente de resolver y afrontar su situación, con la minimización del riesgo que ello puede llevar asociado.

Pero como hemos señalado también, con el abandono de la relación no finaliza el proceso de recuperación. Las mujeres, en muchos casos acompañadas (terapeutas, amigas, hijas) tendrán que hacer todo un trabajo de reelaboración y relectura de lo vivido para volver a tener el control de sus vidas y conseguir satisfactoriamente la reconstrucción de su vida personal y social. En este proceso de empoderamiento resulta fundamental el desarrollo de una conciencia crítica que permita a las mujeres entender la forma en que las fuerzas sociales han contribuido a su experiencia con la violencia (Kasturirangan, 2008). A esta conciencia crítica contribuye de una manera muy importante, como decimos, la nueva relectura de lo vivido que pueden aportar otras mujeres, o la ayuda terapéutica proporcionada por un/a profesional con perspectiva de género.

En este proceso de desprendimiento, además de separarse del agresor tienen también que desprenderse de creencias sociales y mandatos de género y pasar a realizar acciones de empoderamiento para conseguir que el proceso de recuperación sea exitoso. Como nos diría Clara Coria (2005), sin desprendimientos no puede haber nuevos apoderamientos. Las mujeres necesitan incorporar nuevas visiones sobre su vida y el mundo que les ayuden a interpretar lo ocurrido. Estos nuevos “apoderamientos” van a promover que vuelvan a quererse, a cuidarse y que recompongan sus redes sociales. Será necesario deshacer el proceso de silenciamiento al que ha sido sometido su “self” a lo largo del proceso, y sus necesidades y aficiones deberán ocupar un

eje fundamental de su vida. Este nuevo espacio personal desde el que (re) pensarse, quererse y cuidarse supondrá una auténtica resistencia a los mandatos de género, resultando fundamental para el proceso de recuperación.

Capítulo 4. EL LABERINTO DEL ESPEJO: METÁFORAS EMOCIONALES EN LA RECUPERACIÓN DE MUJERES VÍCTIMAS DE VIOLENCIA DE GÉNERO

1. INTRODUCCIÓN

En este capítulo nos planteamos conocer y comprender el papel de las emociones en el proceso de recuperación de mujeres que han sido víctimas de violencia de género, estudiando las metáforas que utilizan para regular sus emociones y facilitar la reconstrucción de sus vidas. En el marco de esta investigación, este trabajo supone una profundización y focalización en la dimensión afectiva del proceso de recuperación de mujeres víctimas de violencia de género con el fin de conocer los recursos que movilizan en este plano para recuperar el control de sus vidas así como desvelar el papel que estos recursos juegan en este proceso.

Para ello, el estudio se nutre de algunas contribuciones procedentes del postestructuralismo que asumen el papel preponderante del lenguaje en la constitución de la experiencia afectiva (Abu-Lughod & Lutz, 1990; Zembylas, 2005). Adoptamos junto con Abu-Lughod & Lutz (1990) una concepción de la emoción como práctica discursiva, poniendo el acento en el origen social de las emociones y en su construcción a través de la interacción social. El estudio de la emoción como discurso nos permite explorar cómo el habla proporciona los medios por los cuales la emoción adopta determinados significados asociados a contextos culturalmente definidos. Entender las emociones como un fenómeno social implica considerar el papel crucial del discurso para comprender cómo éstas se constituyen. Esta perspectiva se centra en mostrar cómo los discursos emocionales configuran, desafían o refuerzan las estructuras sociales (Abu-Lughod & Lutz, 1990). Partiendo de esta visión, Zembylas (2005) afirma que: 1) las emociones no son privadas o universales, sino que se construyen a través del lenguaje y de las interacciones humanas en contextos sociales amplios y, 2) el discurso y expresión de la emoción lleva

implícito una definición de los contextos sociales, ya que son éstos los que legitiman o censuran las emociones.

Por su parte, también nos nutrimos de las investigaciones procedentes de la psicología cultural (Edwards, 1999; Fivush y Nelson, 2004; Fivush, 2007; Hong, 2004; Turski, 1991; Rebollo, 2006) que estudian el discurso emocional como indicador de la relación de la persona con los contextos sociales y con las herramientas culturales características de éstos. Estas investigaciones adoptan una visión dialógica de base sociogenética según la cual las emociones pueden ser entendidas como prácticas culturales aprendidas y realizadas en las ocasiones oportunas.

Edwards (1999) plantea que el discurso emocional no sólo incluye términos emocionales como ira, sorpresa, miedo, etc. sino también un rico conjunto de metáforas que sirven para la acción y cuya elección por parte de la persona supone narrativas alternativas sobre la atribución causal y la responsabilidad. Edwards (1999) considera que las metáforas emocionales pueden ser concebidas como un recurso conceptual que las personas utilizan para el empoderamiento o la legitimación de su identidad cultural en las interacciones, siendo utilizadas para ganar poder personal en la constitución de significados y de acciones. En su estudio identifica un conjunto de *expresiones metafóricas de la ira* durante las interacciones de pareja (“ciego de rabia”, “salirme de mis casillas”, “perder los estribos”, “explosión de cólera”, “lleno de rabia”, “hervir las venas”), que funcionan como un tesoro personal aprendido culturalmente que predispone a la acción. *Las metáforas emocionales* son recursos conceptuales de carácter figurado que están disponibles para su empleo discursivo en función de intenciones subjetivas y metas personales en contextos sociales.

Precisamente, Turski (1991) sugiere que las personas nos socializamos en formas de sentir a través de situaciones prototípicas de aprendizaje emocional, lo que él denomina “escenarios paradigmáticos” y que, por tanto, el repertorio emocional que desplegamos y cómo lo hacemos es fruto de la interacción social en contextos culturales muy significativos. En relación con la cultura china, Hong (2004) señala seis tipos de contextos relacionales clave en el aprendizaje emocional: padres-hijos, de pareja, entre hermanos, profesores-alumnos, de amistad, gobernantes-súbditos. Según ella, todos estos contextos

relacionales están atravesados en la cultura china por la piedad filial como ideal cultural, analizando cómo las emociones de culpa y vergüenza se construyen en estos espacios paradigmáticos vinculados a juicios reflexivos sobre la violación de este código ético culturalmente constituido. Comprender las emociones en la cultura requiere un conocimiento de los ideales culturales y del orden social que ellos implican dentro de contextos locales donde las emociones se construyen.

Según Boonzaier y de la Rey (2003), las narrativas de mujeres víctimas de violencia muestran que las mujeres a veces adoptan construcciones del género hegemónico y otras veces muestran su resistencia a ellas. Towns y Adams (2000) señalan cómo las construcciones culturales del romance y el amor perfecto sirven para sustentar relaciones abusivas contra las mujeres. De forma similar, Wood (2001) muestra cómo las mujeres justifican la violencia de sus parejas mediante narrativas tradicionales de género, usando para ello el repertorio disponible de recursos discursivos proporcionados para la cultura y reflejando las narrativas sobre el género y el romance que son aprobadas, sostenidas y producidas culturalmente.

Boonzaier (2008) identifica una variedad de metáforas en los discursos y narrativas de mujeres y hombres sobre la violencia y las relaciones de pareja: metáfora de la inmadurez, metáfora volcánica, metáfora cíclica, etc. Todas ellas muestran aspectos de las relaciones de pareja que se mueven entre el amor y el abuso. De este modo, la metáfora de la inmadurez y de la necesidad de protección está presente en las narrativas de mujeres, encontrando que al inicio de la violencia las mujeres se ven a sí mismas incapaces de actuar, como puras víctimas, y hacia el final de la relación la agencialidad y resistencia aumentan utilizando diversas estrategias. Ussher et al. (2000) argumenta que las representaciones culturales de las mujeres como niñas o inmaduras han sido históricamente usadas para excluir a las mujeres de una participación más plena en la esfera pública y el discurso culturalmente producido, aprobado y sostenido de la feminidad lleva implícito este ideal de protección por parte del hombre. Por su parte, la metáfora volcánica o de la explosión presente en el discurso de los hombres muestra una personalidad dual que le exime de responsabilidad sobre la violencia, mostrándose como normalmente bueno que explota y se convierte en un monstruo fuera de su control. Esto mostraría que

la violencia es impredecible e incontrolable, lo que explicaría y justificaría la dinámica de la relación como una dinámica de “buenos tiempos” y “malos tiempos”.

En este estudio, Boonzaier (2008) concluye que el discurso de hombres y mujeres sobre la violencia y las relaciones muestra ideales hegemónicos de género en sus narraciones acerca de sus relaciones y que estas son construidas relacionamente usando para ello el repertorio de recursos que la cultura nos provee. El análisis reveló que para muchas mujeres formas aceptables de identidad implicaban la apropiación de la narrativa culturalmente aceptada sobre la feminidad, lo que implica ajustarse a un molde que supone desarrollar un rol pasivo, aceptar la culpa y negar o minimizar la violencia de su pareja. También se observó que estas narrativas estaban estrechamente imbricadas con discursos culturales sobre el amor y el romance.

En esta misma línea, Thapar-Björkert y Morgan (2010) estudian las narrativas del personal voluntario que trabaja con mujeres que han experimentado la violencia, explorando cómo sus discursos reproducen una cultura de la culpa y de la responsabilidad, siendo vistas las mujeres como cómplices de su propia situación. Esta violencia simbólica que se produce en las prácticas y discursos institucionales acerca de la víctima transmite y refuerza una cultura de la resignación (Morgan, 2006) que no sólo dificulta el proceso de recuperación de las mujeres víctimas de violencia sino que crea las condiciones sociales para que la violencia se produzca.

Tradicionalmente los hombres y las mujeres han aprendido a comportarse y a desarrollar un guión de vida diferente en base al género. Guión que además de diferente se considera complementario. A los hombres se les ha educado para ostentar el poder económico, social y sexual, pero no para las actividades domésticas porque su espacio es el de la calle. En el plano privado se espera de ellos que además de ser los proveedores económicos, sean el cabeza de familia, la máxima autoridad en la toma de decisiones. Por otro lado a las mujeres se las ha educado en el rol de madre-esposa, adscritas al espacio doméstico y familiar. Sus funciones básicas han sido las de reproductora, cuidadora, educadoras y sanadoras de la familia. Sin recibir por este esfuerzo ni reconocimiento social, ni remuneración económica. Es lo que Clara Coria (2005) viene a denominar como “satélites del deseo ajeno”. Es

decir, a las mujeres se les enseña a incorporar las necesidades ajenas como propias de tal forma que terminan haciendo no lo que desean sino lo que se espera de ellas que tienen que hacer. Tal es así, defiende Coria, que con los años las mujeres “quedan a la deriva como barca sin timón a base de navegar para otros” (Coria, p.30).

Este ser para otros se plasma también en las relaciones afectivo-sexuales. Es cierto que tanto los hombres como las mujeres necesitamos amar y ser amados, pero también lo es que se nos educa con expectativas diferentes en torno al amor. Fina Sanz lo explica diciendo que *“la forma en que amamos y vivimos el amor varones y mujeres tiende a ser diferente porque partimos de dos subculturas, femenina y masculina, que implican valores y roles distintos. Nuestras prioridades no pasan por los mismos lugares”* (Sanz, 1995, p.13). Mientras los hombres son educados para amar desde la separación, teniendo una identidad social con valor en sí mismos y reconocidos por ser quienes son, a las mujeres se les educa a amar para la fusión, es decir, poniendo el valor de una misma en la elección del otro (ej. ser la señora de...). Por eso, defiende Sanz, a las mujeres se las educa para amar y ser queridas. En la misma línea Ana Távora (2008) defiende que la mayor necesidad que tienen las mujeres es “ser queridas”, lo que las convierte en objeto de deseo. Esta necesidad, argumenta Távora, se convierte en un organizador subjetivo tanto interno en cuanto a la valoración propia, como externo en cuanto al reconocimiento de los demás. Esto actúa directamente sobre la autoestima de la mujer de tal forma que una se quiere en la medida que se siente querida.

Marcela Lagarde (2000) por su parte corrobora esta idea al hablar de las mujeres “conformadas como seres para otros”, expresión que viene a referir cómo *“estereotipos tradicionales marcados por la condición patriarcal de la mujer definen a las mujeres como seres- para- los otros, estructuradas por la sexualidad, el trabajo y la subjetividad enajenadas, para dar vida, sentido y cuidado a otros. La dependencia vital marca la subjetividad y define el carácter corporativo de las mujeres. Antológicamente esta configuración sustenta la incompletad y la ilimitación de las mujeres como seres cuyo sentido de la vida y cuyos límites personales están más allá, están en los otros* (Lagarde 2000, p.45).... *Así las mujeres depositamos la autoestima en los otros y, en menor medida en nuestras capacidades. La cultura y las cuotas sociales del mundo*

patriarcal hacen mella en nosotras al colocarnos en posición de seres inferiorizadas y secundarias, bajo el dominio de hombres e instituciones, y al definirnos como incompletas (Lagarde, 2000, p. 32). De tal forma, argumenta Lagarde, que a menudo terminan creyendo que las posibilidades de ser amadas y valoradas dependen de su disposición a aceptar como verdad que la opinión autorizada está fuera de ellas, aceptando así la subordinación y el control de los otros sobre sus vidas. Terminan así, en muchas ocasiones, confundiendo la dependencia emocional para la que han sido programadas, con amor incondicional hacia el/los otros.

Bosch, Ferrer y Alzamora (2006) sostienen que esta socialización diferencial de género no es sólo un sistema de organización social que otorga mayor poder y privilegios a los hombres sino también una ideología o conjunto de creencias que legitima y mantiene esta situación de poder. Esta ideología se sustenta en dos creencias básicas: a) la creencia que legitima el poder y autoridad de los hombres sobre las mujeres en todos los órdenes de la vida, incluida la privada (matrimonio o pareja) y, b) la creencia o actitud que justifica la violencia contra aquellas mujeres que infringen estos ideales o creencias, atentando contra este modelo de organización social. El ideal de mujer en este laberinto patriarcal se basa en su capacidad de entrega y cuidado de los otros. Lagarde (2000) afirma que las mujeres, conformadas como *seres-para-otros*, depositamos la autoestima en *los otros* y, en menor medida, en nuestras propias capacidades como consecuencia de la interiorización de estos mandatos y, por ello ha venido a afirmar que el primer “no” de la mujer a los otros es el primer “sí” a sí mismas (Lagarde, 2000; Freixas, 2001). Todos estos mandatos de género aparecen en su forma más perversa en el caso de las mujeres que han pasado por una relación con violencia de género, donde las mujeres van cediendo hasta llegar a lo que Coria (2001) denomina concesiones indignas: “la persona que concede va desdibujándose hasta perderse a sí misma” (p.99).

Nuestro objetivo en este capítulo es analizar el discurso emocional de mujeres víctimas de violencia de género que han logrado recuperar el control de sus vidas, a través de las metáforas que utilizan, permitiéndonos conocer las emociones presentes en el proceso y el papel que han jugado en su

proceso de recuperación, posibilitando reconocer los recursos que ellas han movilizadado para reconstruir su vida y su identidad desde y para los afectos.

2. MÉTODO

Las entrevistas han sido analizadas de acuerdo con los principios de la teoría fundamentada (Strauss & Corbin, 1998). Para ello, el primer paso fue identificar en cada narrativa individual expresiones metafóricas en relación con el proceso de recuperación: inicio, transición (rupturas temporales), resolución (ruptura definitiva). En este primer paso, los textos fueron leídos y analizados de forma comprensiva con el fin de identificar todas las expresiones que emplearan las mujeres sobre su relación de pareja y en su experiencia de romper con el maltratador y rehacer su vida. Este proceso es inductivo y nos permite descubrir patrones sistemáticos o categorías que permitan describir e interpretar el papel de las emociones en la recuperación. Las categorías no están definidas previamente, sino que surgen de la lectura de las entrevistas. Para la elaboración y definición de las categorías utilizamos el método de comparación constante con el fin de identificar conceptos significativos en los textos y asegurar una categorización rigurosa. En esta primera fase, seleccionamos de forma sistemática y extensiva todas las metáforas emocionales encontradas en cada entrevista. En un segundo momento, utilizamos el método de comprobación cruzada con dos categorías iniciales: momentos y metáforas, anotando además la interpretación y valoración que hacían las mujeres así como la situación y momento en la relación con su pareja que estaban relatando para profundizar en el análisis. Las categorías de análisis que han emergido de las entrevistas y que hemos utilizado para este capítulo aparecen seguidamente. Las primeras de ellas están referidas al momento del proceso al que hacen referencia, y coincide con la clasificación también utilizada en el capítulo anterior en el que se ha analizado las tácticas y estrategias empleadas. Serían las siguientes:

a. Momentos claves en la recuperación:

- a.1. Inicio de la relación de maltrato. En este momento se relatan los primeros episodios de violencia percibidos por las mujeres. En él se incluye

tanto el comportamiento violento del agresor como la actitud de la mujer y el entorno en el que se produce.

a.2. Transición o periodo de convivencia violenta o de maltrato. En esta etapa se incluyen las separaciones transitorias, e intentos de afrontar la situación por parte de las mujeres, la relación que se mantiene con el agresor y con el entorno.

a.3. Resolución. Hace referencia a la fase final que incluye en todas ellas momento de ruptura, factores desencadenantes, contexto en el que se produce y proceso final de recuperación.

b. *Metáforas emocionales utilizadas:*

b.1. Metáforas bloqueadoras. Son aquellas que utilizan las mujeres y que bloquean su salida de la relación de maltrato. Estas metáforas implican un mantenimiento de la relación y adherencia al agresor. Habitualmente son expresiones metafóricas de la vergüenza y la culpa. Entre ellas, se encontrarían: me sentía sucia por mandarlo al talego, esa es mi cruz, dejarme comer el terreno, dejar a mis hijos e irme con las amigas era pecado mortal, etc.

b.2. Metáforas facilitadoras. Son recursos que utilizan las mujeres para recuperar el control de sus vidas. Estas metáforas implican ruptura de la relación y desprendimiento del agresor. Son expresiones metafóricas de emociones que facilitan su salida de la relación de maltrato y la búsqueda de un espacio propio. Entre ellas, se encontrarían: tirar para adelante, ganar terreno, mi futuro lo veo blanco, me como el mundo, me siento con las riendas de mi vida, mi fuerza son mis hijos, etc.

3. RESULTADOS Y DISCUSIÓN

La primera conclusión que podemos extraer de este trabajo es la variedad y riqueza de metáforas que utilizan las mujeres para contar sus experiencias de maltrato y su proceso de recuperación, observándose cómo al principio las metáforas que utilizan aluden a emociones que paralizan y bloquean la ruptura de la relación y progresivamente las metáforas emocionales que utilizan les impele a actuar y a cambiar su situación. Igualmente se observa en las metáforas del inicio un cuestionamiento de sí

mismas (de sus decisiones, de su identidad, de su valía, etc.) mientras que las metáforas del momento de resolución implican cuestionamientos de los mandatos sociales de género y una reivindicación de su agencialidad.

Los datos muestran la utilización de una diversidad de metáforas que desempeñan un diferente papel en el proceso de recuperación de una relación de maltrato, pudiendo observar cómo va variando el uso de dichas metáforas a lo largo del proceso: desde el inicio en el que relatan los primeros episodios de violencia percibidos por las mujeres hacia la resolución o momento de ruptura de la relación. Como decimos, hemos observado que las metáforas que las mujeres utilizan para relatar sus experiencias y vivencias cambian a lo largo de los distintos momentos del proceso de recuperación.

3.1. METÁFORAS EMOCIONALES QUE BLOQUEAN LA RECUPERACIÓN

Tras el análisis de las entrevistas de estas mujeres hemos encontrado que estas metáforas son usadas, fundamentalmente, en dos momentos del proceso: en los momentos iniciales y en los períodos de transición y convivencia con el agresor. Estas metáforas suponen un cuestionamiento de sí mismas y de su proyecto vital y están orientadas a regular su propia acción. Estas metáforas aluden a emociones que aparecen en los relatos como factores bloqueadores. Entre ellas figuran: la vergüenza, la culpa y el miedo, pero también aparecen el romanticismo (optimismo romántico) y la confianza en el agresor como dos sentimientos que afectan negativamente al proceso de recuperación de las mujeres. El optimismo romántico aparece como una ilusión de control, una necesidad de creerse lo que se espera del otro, basada en una negación de la realidad, o falta de conciencia de ésta.

En estas metáforas se observa cómo la interiorización de ciertas creencias y mandatos sociales de género inciden en la interpretación de los afectos y de las relaciones de pareja: la idealización de la pareja, el amor como sufrimiento, la pareja como entrega y sacrificio, etc. Estas creencias adoptadas como parte de la propia identidad juegan un importante papel entorpeciendo el proceso de recuperación, lo que se observa en los relatos y, específicamente en las metáforas empleadas para describir sus experiencias.

3.1.1. El burka occidental. El ideal del amor romántico.

Esta metáfora se sustenta en el mandato “el amor todo lo puede, el amor puede hacer que la otra persona cambie”. Esta creencia conlleva el mensaje para la mujer de que si no cambia la otra persona es porque no lo quieres lo suficiente, siendo en última instancia una falta personal de la mujer, que le impele a adaptarse, encajar y empatizar con el agresor. El burka occidental hace alusión a una forma de violencia invisible y estructural que es la que te lleva a asumir mandatos sociales respecto al amor y la pareja, renunciando a lo que eres tú misma para “encajar en un molde”. El siguiente fragmento recoge la alusión a esta metáfora y muestra cómo la empatía con el agresor se apoya en el momento “reina”.

Elena: “Mmm... fueron muchas::: mmm... (2) se dieron muchas situaciones ¿no? estaba el (.) el peso...de la tradición, (...) yo he sido educada en (...) la figura de... de la mujer era... pues de sumisión, de “el amor todo lo puede”, ahora lo puedes estar pasando mal pero... (3) el amor puede hacer que las cosas que, que la otra persona cambie... y además siempre el grado de empatía > yo siempre, siempre estás justificando, y porque además (...) el maltrato no... no es, hay también una variable que no es siempre maltratador, es de tres días maltratador y un día es el príncipe, maravilloso, que lo que tú digas mi reina pues lo tienes en... ahí, ¿no? y yo siempre me agarraba solamente a ese día o a ese momento en el que yo era pues su reina, y me olvidaba que tenía el resto de los días pues de... de burka occidental”

Elena: “yo estaba en esa situación y yo noto que estaba diciendo: °pero a lo mejor él puede cambiar° (susurrando). Yo ya había salido de mi casa, con mi maletita y con mis dos niños y harta de todo, harta de empujones, harta de aguantar y con los nervios desquiciados y... y todavía había una parte (.) de mí que decía °¿y si cambia? A lo mejor todavía puede cambiar° (susurrando) y a lo mejor pues todavía esto puede ser pues lo que yo siempre soñé, perfecto... porque yo me centraba en los momentos felices (...) y la de veces que él me ha abrazado y la de veces que él me ha escuchado y entonces ellas: lo que me hacían era espabilarme, en el mejor sentido de la palabra ¿no?, me quitaron un poco de ese... (2) °romanticismo, positivismo° (Susurrando) extremo, eh... me hicieron ser más realista ¿no?”

En estos fragmentos Elena refleja dos aspectos implicados en la metáfora “el burka occidental”. Por una parte, la ilusión de que él es como lo

quieres ver y no como él es, idea que se apoya en el hecho de que hayas vivido junto a él “buenos momentos” (Boozai, 2008). Por otra, el ideal del amor romántico (Jackson, 2001; Korobov y Thorne, 2009) que implica un repertorio sentimental, donde la mujer idealiza al hombre y su relación con él así como un repertorio de cuidadora emocional donde la mujer asume una responsabilidad a menudo desproporcionada en relación con el mantenimiento de la armonía romántica, iniciando las reconciliaciones y aceptando la culpa de los problemas de pareja.

3.1.2. *La Geisha. Pagar por ser querida.*

El hecho de que las mujeres depositen su valía y autoestima en los demás más que en sus propias capacidades está en la base de esta metáfora. Como afirma Lagarde (2000) las posibilidades de ser amadas y valoradas depende de la disposición de las mujeres de aceptar como verdad que la opinión autorizada está fuera de ellas.

La metáfora de la geisha representa la obligación que siente la mujer de “recompensar” al hombre por quererla, por fijarse en ella, por acercarse a ella. Está apoyada en la interiorización de una posición y relación de desigualdad, en la que el hecho de que el hombre se muestre dispuesto a relacionarse con ella, le da valor social como mujer. El sentimiento implicado en esta metáfora es el agradecimiento extremo que conduce a una lealtad dañina. Esto lo expresa Patricia en los fragmentos siguientes:

Patricia: “que una persona, cuando quiere a otra, o piensa que la quiere no tiene que pagar por quererla. El llegar a esa conclusión, me doy cuenta de que los principios de los cuales yo empiezo una relación, la empiezo mal, la empiezo desde una altura diferente. Yo siento, por esa persona, por mis sentimientos, no porque la persona, en sí, me esté dando nada a cambio. A ver si me explico, yo no tengo que pagar por ello, eso es lo que me ha hecho reconocer, que, no tan sólo el problema lo tiene, suena como si lo estuviera defendiendo, y para nada. Pero no tan sólo lo tiene el problema el maltratador, es la manera de ver, cómo queremos a las personas, o la manera de sentir las y de que el amor también tiene que ser sano”.

Patricia: “no hubiese pagado para que me quisiera. Yo no sería la niña buena, a mí me faltó de hecho, ponerme las dos pinzas aquí, yo me convertí en una geisha para qué él me quisiera, porque después de, yo venir de una persona,

que bueno, que no me había querido, éste me quería, con niños, y me quería, me quería a mí, yo tenía que pagar por eso”.

3.1.3. La marioneta. Te mueven los hilos de tu vida.

Esta metáfora sintetiza la perversión con que el agresor va tejiendo una tela de araña sobre la mujer de la que es difícil escapar. Como afirman Bosh, Ferrer y Alzamora, (2006) se trata de un laberinto, en el que resulta muy fácil entrar pero muy difícil salir. Estas mujeres relatan la inocencia e ingenuidad con la que comienzan sus relaciones de pareja y cómo se ven en ese proceso despojadas de su capacidad de decidir. Esta metáfora está estrechamente relacionada con el mandato social según el cual es responsabilidad de la mujer el cuidado y bienestar ajeno (pareja, hijos/as, padres, etc.). Además, como señala Clara Coria (2005, p.75) *de manera no demasiado consciente, una gran cantidad de mujeres construyen su ideal de amor a imagen y semejanza del amor materno-filial y, en consecuencia, tienden a sentirse responsables de aquellos a quienes aman*. Este colocar al otro en el centro de tu vida, que inicialmente estas mujeres hacen “voluntariamente” se convierte en una imposición. El cariño, el cuidado, la dedicación, el esfuerzo que ellas han “otorgado” generosamente es interpretado y definido perversamente por el agresor como un recurso con el que él cuenta en su vida y “obliga” a la mujer a ponerlo siempre a su disposición, negándole su autonomía en lo más íntimo. Carolina y Elena lo expresan del siguiente modo:

Carolina: “(...) yo siempre he dicho que era una marioneta yo no tenía personalidad ninguna, porque no la tenía con esa edad, entonces siempre ha sido él, el que me ha llevado por su camino, aparte era una cultura diferente porque era, el era, no es que fuera una excusa, era sólo un condicionante pero era de etnia gitana y entonces era también una cultura diferente en la que ellos sometían a las mujeres aún más y a ser sumisas y a... entonces poco a poco él me fue apartando, vamos él, digamos, fue como cuando: él ejerció de padre aparte que pareja, porque con esa edad tu estás creciendo y te están enseñando una educación y unas cosas, y entonces él me educó a seguir el camino que él quería”.

Elena: “Nos casamos y (2), nos casamos pero yo ya ahí empecé yo a ser madre de él ¿no? Él me muestra a mí que él está mal en su casa, y entonces yo actúo de... de madre, y digo bueno, pues nada, no te preocupes, que aunque nada

más que llevemos un año saliendo pero lo montamos todo y nos casamos, y tú ya puedes salir de tu casa y...Y aquí está la Elena para... para cuidarte y darte todo lo que tú necesites y tú verás como todo sale bien. Y... (3) y, de vez en cuando brotaba toda su ira, todo su... su ataque, y tú decías bueno pero es que yo no estoy haciendo nada malo que lo que estoy haciendo es trabajar más que una mula (...) lo que es tú ir anulando tu vida, decir mi vida es él y mi vida es su vida”.

Elena: “Tú:: ¡puedes ir a trabajar un poquito! Lo justo para traer el dinero a casa, pero tú luego eres, ¡para mí! te separan de tus amigos, porque tu ya no tienes que tener amigos, tú teniéndome a mí, si a ti te pasa algo, nada más lo tienes que compartir conmigo. Te quitan de tus amigos, te quitan de la familia... Te van dejando sola, ¡para que tú seas solamente para mí! Y yo ya pueda (.) llevar los hilos de tu vida como yo quiera, claro. Y eso es un modelo, un prototipo. En los grupos de ayuda, pues ves tú como esa dinámica, sucedía en el resto de... Sí, que creías tú, que eso solo te pasaba a ti, y ves como a las demás les pasaba exactamente igual, lo mismo, ¿no? Comienzan eso, comienzan a::: sutilmente, y despacito, pero, hasta que tú ya, no tienes donde agarrarte y solamente te puedes agarrar a mí y dependes de mí”.

Esta metáfora se alimenta, por un lado, de las representaciones culturales de las mujeres como niñas o inmaduras que necesitan la protección y seguridad de un hombre y, por otro, del mandato de género según el cual las mujeres somos responsables del bienestar y armonía familiar. Esta metáfora se apoya en los discursos culturalmente legitimados sobre la feminidad (Boonzaier, 2008; Ussher et al., 2000).

3.1.4. La bolsa de basura. Rumiarse la pena.

Esta metáfora está directamente asociada a la expectativa de reciprocidad que tienen las mujeres respecto al agresor así como al mandato de género por el cual una mujer se realiza en y para el amor y por el mantenimiento de la pareja. María, Patricia y Rosa describen este sentimiento en los siguientes párrafos:

María: “*Impotencia, básicamente impotencia. Mucha pena de mí misma, eso hay que quitárselo de encima ¿eh? porque la compasión de ti misma, no te deja levantar la cabeza ¿sabes?, sólo te deja llorar*”.

Patricia: “*Yo era como una gran bolsa de basura, donde ahí cabía todo, incluso, mi propia pena, que yo estaba metida en esa gran pena. Es decir, llega un*

momento en que te vuelves, egoísta de esa pena y te gusta rumiar esa pena. Entonces, yo lo que decía era constantemente con lo buena que yo he sido con lo que yo he dado y lo que he perdido, y eso no me dejaba ni avanzar ni me dejaba ver todo lo que tenía alrededor”.

Rosa: “Yo me he tirado todo el día llorando, me decía que era la virgen de las lágrimas, me decía”.

Esta metáfora representa el sentimiento de pena por la pérdida y el engaño. Con esta metáfora, las mujeres expresan cómo la pena y la compasión hacia sí mismas y hacia su vida las paralizan y les impide actuar. Estas mujeres narran cómo el dolor por el engaño les lleva a mirar hacia el pasado y a anclarse en la autocompasión. Esta metáfora revela una cultura de la responsabilidad (Thapar-Björkert y Morgan, 2010) de la mujer por haberse dejado seducir y engañar. Esa interpretación como cómplice de lo sucedido está implícita en esta metáfora sobre la pena y la compasión, por la cual además se convierten cualidades personales positivas (generosidad, confianza) en aspectos negativos (egoísmo, impotencia) sobre sí mismas, un discurso negativo que les impide ponerse en movimiento y salir de esa situación.

3.1.5. El trastero. Soportar la carga

La metáfora del trastero está muy presente en todos los relatos de las mujeres entrevistadas. La idea de soportar la carga se manifiesta a través de esta metáfora que se encuentra asociada al mandato social según el cual la mujer debe demostrar su competencia para manejar y resolver los asuntos domésticos así como mostrar una especial habilidad para soportar y aguantar. Dicha metáfora implica una voluntad de esconder y guardar lo que no funciona de la relación para poder continuar con ella. También el ideal de “mujer perfecta” que puede con todo y que puede cumplir estupendamente con los roles de esposa, madre, hija, etc. está íntimamente relacionado con esta metáfora cuyo mensaje para la mujer es “yo puedo con todo”. Los siguientes fragmentos extraídos de las entrevistas de Lola y Elena muestran estos discursos:

Lola: “No, no, no, y esos son los pellizquitos que tu vas cogiendo, sabes?. Que no es una situación que tú dices, “aquí he llegado y yo cuando vi aquello, vi el cielo abierto” No. Hay pellizquitos. No, hay... ..exactamente, hay pellizquitos. Y

esas cosas, y esas cosas ¿sabes?, son las que tú las vas uniendo y vas diciendo “ufff por aquí, esto no funciona bien, por aquí esto no va bien” y ya no intentas arreglarlo, ya lo que tú vas viendo que no funciona bien, no intentas decir, “voy a arreglar esto”, sino que te lo vas echando como yo digo al trastero, y un día abres la puerta y ves que el trastero se te viene encima () y ves que se te viene encima”.

Lola: “Claro, claro. Y es que te das cuenta, es que te das cuenta. Y no dejar que, las luces se encienden, hay chispitas que se te encienden y no dejarlas, no dejarlas, no dejarlas que se apaguen, no dejarlas que se apaguen. No, yo le digo a muchas mujeres, “no hagas lo que yo, no llenes el trastero hasta arriba. Mira, cuando eches el primer trasto y abras la puerta para echar el segundo, dice ¡eh esto lo tengo que limpiar, fuera! No no, es que no llego a echar ni el segundo, es que lo tengo que limpiar, fuera”. Y ya está. No lles hasta arriba el trastero, que es una tontería, es un absurdo”.

Elena: “porque muchas veces también nos, nos::: nos creemos que hay actitudes que::: que es que yo tengo que ser así, para ser considerada por la sociedad, como una buena madre. Una buena madre, pues es la que::: >no hace falta que compartamos las cosas de la casa, yo lo hago todo<. No importa que sea yo la que esté trabajando::: que me levante a las cinco de la mañana y me acueste a las tres. De la mañana. ¿entiendes::: No importa, porque::: ¡y lo buena madre que yo soy! Y yo estoy muy buena, nada más que estoy a base de café::: y de::: mmm::: pero se es una madre entregada, y sacrificada por::: por sus hijos y por su marido que::: el punto, excelente ¿no? Que en unos índices de evaluación, ese es el punto de la máxima. Que tú te mueres en el intento, pero después en la lápida te van a poner::: buena madre, buena esposa, eh::: ¡descanse en paz! (con ironía)”.

Morgan (2006) señala que una forma de violencia simbólica y estructural en la sociedad es la cultura de la resignación que se transmite a las mujeres a través de múltiples vías (noticias de prensa, discursos y prácticas institucionales, etc.) y según la cual se culpabiliza a la víctima de lo que le ocurre, legitimando la violencia contra ellas. Esto es particularmente así en relación con las normas sociales de lo que es una conducta aceptable o no en una mujer, lo que a menudo se traduce en la dicotomía buena mujer/mala mujer. Esta metáfora revela cómo determinadas emociones están inducidas por el cumplimiento de ciertas expectativas sociales de rol de género que suponen como mujer saber aguantar y soportar una situación en la que has entrado voluntariamente y que se percibe como inevitable e inmutable.

3.1.6. Perder la dignidad. Contarlo pesa.

La vergüenza es mencionada por todas las mujeres del estudio como un sentimiento que bloquea el proceso de recuperación. Esta metáfora sobre el miedo a perder la dignidad si rompes el silencio está directamente relacionada con el valor otorgado a los juicios sociales, al que dirán. El miedo a la crítica, al rechazo o al abandono (miedo a no ser querida y creída por la gente que le importa, en definitiva, miedo al fracaso del proyecto vital) se encuentra en la base de esta metáfora. María lo expresa de forma muy clara y contundente:

María: “(...) cuando te quieres dar realmente cuenta de donde estas, ya no sabes cómo salir, son demasiadas cosas las que te pesan, en mi caso, bueno el qué dirán fundamental, ¿vale?, fundamental, o sea, los padres... Yo no quería contarle a nadie lo que me estaba pasando y menos con la imagen que todo el mundo tenía de mí, de chica fuerte, chica independiente, chica tal, a ver cómo cuento yo, que mi pareja me zumba, que no me deja ponerme ropa, que no puedo abrir las ventanas de mi casa que no puedo ir sola ni a la compra, o sea a ver como cuento yo, María la güay ¿sabes? que esto me está pasando, a ver quién me va a creer a mí, además. Primero la vergüenza de que si te creen van a decir “shiii la tonta, con lo lista que se creía” ¿vale?, segundo que (...) que encima de que lo cuentas, que pones toda la carne en el asador, encima digan “ssta, menuda película se está montando y policía que es, a saber lo que ha pasado ahí”.

María: “yo me acuerdo que cuando yo decidí dar el paso, pensaba, cuando lo cuente, voy a perder la poca dignidad que me queda () y hay que estar preparado para eso, psicológicamente, hay que estar preparado para que la gente lo sepa, hay que sentirse fuerte, entre comillas, yo lo que me sentía era que ya me daba igual”.

Patricia: “no podía, ... el miedo, el pánico a mí misma, a no ser capaz, totalmente, a no ser capaz. Yy a no uhm, porque yo ya había pasado, uhm, por la etapa de tener que estar sola tirando de los niños para adelante, yo sabía que eso sí era capaz de hacerlo, pero, reconocer, el fracaso, ante mí misma, de mi relación, fue, lo más horroroso, quee, yo creo que para mí fue lo lo peor ¿cómo me podía haber equivocado yo otra vez? () y volvemos a los principios “con lo que yo he dao, con lo que yo he hecho por esta relación”, por, para mí que lo más importante del mundo eran mis hijos, que casi los pierdo, por él, por la relación, que yo llegué a comprarles a mis hijos un piso en frente, porque ya que no se

podía vivir con él () tenía a mis hijos en frente, y él me dejaba por horas ver a mis hijos () así quee, () y sin embargo yo eso no lo veía mal”.

3.1.7. Confiar en el agresor. Me lo tragué

Las mujeres expresan cómo al principio no se perdonan el haber confiado en el agresor, manifestándolo con expresiones del tipo: yo me lo busqué, me lo tengo que comer, me lo tragué, me dejé comer el terreno, me lo comí a pelo, etc. Esta metáfora hace alusión a la culpa por haber bajado la guardia, por haberse dejado seducir. Los extractos siguientes son ilustrativos:

María: “Yo me sentía muy culpable porque, en mi caso él, ya tenía antecedentes por esto, y yo me lo tragué, que no, que no era culpable además me lo tragué, con tiempo quiero decir, yo al principio me resistía, a la idea de que no era culpable. Y terminó comiéndome el terreno. Y terminé creyéndole y era buenísimo eh, pero bueno buenísimo, y todo cambió en tres meses”.

Carolina: “Es que yo a mi familia no le quería... no le contaba nada, porque ya de por sí mi madre lo pasó mal de que yo me fuera a vivir con un hombre que era 18 años mayor que yo, a otra cultura: ella lo pasó muy mal, y yo siempre me he auto culpado de que mi madre lo pasó muy mal y que yo, si yo me había buscado eso, yo me lo tenía que comer. Y además si esto me lo he buscado yo”.

Elena: “Yo tuve la culpa entre comillas de... de ir dejándome coger terreno y mmm... prácticamente pues... eso, anulando mi vida y haciendo... haciendo la suya. Hasta que te levantas una mañana y no... no tiene que ocurrir nada, simplemente te levantas una mañana tú dices esta no soy yo, te miras en el espejo y... es así de... de gráfico, hombre es un proceso, es un proceso de ir tú diciendo no me encuentro bien, además ya había empezado a... a somatizar la situación, tenía, empecé a tener problemas de estómago, de espalda, de... hernias discales que, que me hacían estar además, que no podía andar”.

3.1.8. El otro lado del espejo. Evitar la inseguridad

Las mujeres expresan cómo el miedo las acompaña durante todo el proceso pero la naturaleza y sentido del mismo a lo largo del proceso cambia. La metáfora “el otro lado del espejo” refleja la inseguridad y el miedo a la soledad que les lleva a esconderse tras el espejo. Las mujeres entrevistadas expresan el miedo a la soledad como un factor que las bloquea y paraliza. Lola y Patricia expresan cómo esos miedos condicionan su recuperación:

Lola: *“Es un miedo, son los temores que llevamos, eso es uhhh, tú no lo ves como, como miedo, tú eso lo ves como, no sé cómo explicarte la palabra, es una palabra, es que tu, es tu inseguridad, tu inseguridad. Porque el miedo no lo ves ni incluso con una navaja delante, el miedo no lo ves con una bofetada, el miedo no lo ves cuando te tira al suelo, ese miedo no lo ves, tu eso no lo ves como miedo, en esa situación tu estas al otro lado del espejo, no estás delante del espejo, tu estas al otro lado, si estuvieras delante te verías, pero como estas al otro lado del espejo a la que ves a la persona que está haciéndote eso y tu lo ves diciendo, es que yo tengo la culpa, es que, como te he dicho, es que no tenía que haber reaccionado así, si yo sé controlarte, yo sé que te pones así porque te digo esto, pues no diciéndotelo no te pone, o sea que va, es el razonamiento que tú buscas y y ...*

3.2. METÁFORAS EMOCIONALES QUE FACILITAN LA RECUPERACIÓN

Estas metáforas aparecen tanto en el período de transición y convivencia con el agresor como en el momento de ruptura y desprendimiento de la relación de maltrato. De esta forma en los relatos de las mujeres, podemos distinguir tanto metáforas que van orientadas a ganar terreno y aumentar la capacidad de decisión en el contexto “tóxico” de la relación con el agresor como metáforas prospectivas de su identidad futura y que van encaminadas a fortalecer su nuevo yo. Todas estas metáforas, en última instancia, van encaminadas a ganar poder de decisión y autonomía. Dichas metáforas aluden a emociones que aparecen en los relatos como factores facilitadores de la ruptura y la recuperación. Entre ellas aparecen: la fortaleza, el orgullo y la esperanza, pero también aparecen el miedo, el perdón y la serenidad como sentimientos que afectan positivamente al proceso de recuperación de las mujeres.

En relación con la supervivencia y los momentos de transición y ruptura son muy importantes las metáforas que preparan para la acción y que las mantiene activas, destacando especialmente: ganar terreno, aguantar la presión (o aguantar el tirón) y tirar para adelante. Estas metáforas son muy frecuentes en los relatos de las mujeres y están presentes en los relatos de todas las mujeres entrevistadas.

3.2.1. Abrir la ventana. Alivio y serenidad.

Esta metáfora reivindica el papel beneficioso que juega la serenidad en la recuperación de estas mujeres. El alivio y liberación que supone quedarse solas y abandonar al agresor. Las mujeres entrevistadas expresan este momento de diferentes formas: la ventana, el mirador, el aire renovado, etc. Elena y Lola lo expresan en sus discursos:

Elena: *“dejarlo:: dejarlo a él, tiene su momento malo porque es cuando tu verdaderamente te quedas sola, y te tienes que mirar a ti sola pero es es como cuando uno abre:: no se:: por poner un ejemplo gráfico ¿no? Cuando tu estas encerrada en una habitación y abres la ventana, y te entra de pronto el aire frío, y, y:: te mueres de frío de la primera bocanada. Pero cuando ya llevas mucho tiempo esa la ventana abierta, ese aire está renovado, y lo que no quieres es que se cierre ¿no? Porque hasta la temperatura se ha quedado ideal. Y yo ahora mismo estoy en esa etapa de he visto como (.) las aguas se han ido serenando, como yo me he ido serenando estoy mucho mas serena, antes, tenia unos picos emocionales de estar un día eufórica, y al otro día estar muriéndome de pena. Ahora estoy equilibrada, he hecho todo estoy como la viejecita del Titánic”.*

Lola: *“Yo, pues claro, yo lo veía, yo lo veo ahora que es un expolio, o sea, yo vi, yo veo desde aquí desde este momento, desde el mirador donde yo estoy ahora, (...) que él lo hacía por mi bien, que aquí sola, que con dos hijos, “¿pero tu no ves que es por tu bien?”, te vuelvo a decir, que yo es que, yo ya no miro las cosas como dicen, “es que el pasado, umhh, mejor no acordarse de él, es mejor olvidarlo”. Yo no, yo ahora lo miro tan bien el pasado, como te he dicho que estoy en mi mirador, muchas veces veo al mar, el mar al fondo, porque me encanta y ahí voy viendo las cosas pasar. Claro, yo me lo creía porque (...) entonces ni tienes razón, ni tienes conciencia, ni tienes nada. Tú te das cuenta que tu autoestima no está por el suelo, sino debajo, debajo, debajo de la última alfombra, eh!, te das cuenta ahora, porque ya te digo, desde este mirador. Ahora, una cosa te digo, yo empecé a asomarme al mirador en el momento que la policía se lo llevó y salió él de mi casa”.*

Esta metáfora muestra la recuperación del espacio perdido, la soledad como un espacio que les permite el crecimiento personal, como un espacio necesario para verte a ti misma. Esta metáfora también supone una forma de dejar atrás la idealización de la pasión como representación cultural del amor (estar un día eufórica, otro día muriéndome de pena) y reivindicar el equilibrio y la serenidad como forma de relacionarse con los demás y con una misma así como el aprendizaje que supone ver las cosas desde una cierta distancia, con perspectiva.

3.2.2. *La luz al final del túnel. La esperanza.*

Esta metáfora prospectiva es de gran valor en la recuperación y también es una constante en los relatos de todas las mujeres entrevistadas. Aunque se manifiesta de distinto modo, en todas aparece la luz y el túnel como elementos clave en la forma de mirar el futuro con optimismo. Esta metáfora alude a la esperanza del cambio, pero su mirada respecto al cambio es distinta que al inicio. Mientras que al inicio el cambio se apoyaba en el mandato de que su amor lo cambiaría a él y por tanto la esperanza estaba depositada en que él moviera ficha, el sentido de su acción ahora se centra en ella, en su autonomía y capacidad para cambiar su vida, para proporcionarse mejores condiciones de vida, lo que promueve un rol más activo en ella, moviendo hilos, evaluando posibilidades, etc. Los relatos de Lola y Patricia ilustran el uso de esta metáfora:

Lola: “no he querido decir que era un pozo, que era un túnel, porque por lo menos al fondo se veía alguna luz, porque en el pozo, como dicen muchas mujeres, “estás metida en un pozo”, y esa palabra yo, de verdad reivindico que se descarte de la mente, porque el pozo, cuanto más vas peleando más te vas hundiendo y más difícil se nos ve, así es que, que miren a un túnel que al final hay una luz y en mi caso había tres luces y eran mis hijos... porque es que son los hijos los que muchas veces nos están diciendo a gritos, en silencio como yo digo, pero nos están diciendo que, que acabemos con la situación”.

María: “Uff, brillante, y sola. Blanco tía, yo pienso en mi futuro, tu sabes en las películas cuando ven a Dios, que sale así como una luz blanca, pues así lo veo tía, Si sí, me quiero ir a una zona de costa... “el miedo se puede romper de un solo portazo”. La vida misma, es así, solo hay que tener el valor de abrir la puerta y cerrar sin mirar, para adelante, yo lo resumiría así, para adelante, hacia la luz, tía, para adelante no mires atrás, si miras atrás puff”.

3.2.3. *Las alas de gorrión. El deseo de volar*

Esta metáfora supone un cuestionamiento del ideal romántico y el papel protector del príncipe azul y reivindica la autonomía de la mujer para decidir, pensar y actuar sobre su propia vida. Las mujeres reclaman así su derecho a pensar, sentir y equivocarse por sí mismas, desafiando el mandato que las

hace mantenerse bajo el manto “protector” y “seguro” de un hombre. A través de esta metáfora, estas mujeres también expresan la inconsistencia y falsedad del mandato. Lola y Patricia lo expresan de un modo muy revelador:

Lola: *“Claro. Ahora me dicen, “has rehecho tu vida, porque tú has rehecho tu vida”. “Sí yo uy, yo tengo yo ya he rehecho mi vida”, totalmente, es verdad tengo mi vida rehecha, y entonces “¿ya tienes una pareja?”, “¿es que yo tengo que rehacer mi vida con una pareja?” He rehecho mi vida, que es mía, es mía. “tú coges un gorrión y ponlo en una jaula, viene la madre a darle de comer. Tú coges a la madre y ponla en una jaula, el gorrioncito no viene. () Entonces si la madre es lista, la madre sabe salir de la jaula, pero el gorrión no va ir a sacarte, ¡tienes que salir tú!. Pero tienes que salir tú, y no estar pendiente de los demás, tienes que ir tú hacia delante, porque si no, te lo pierdes todo”. Mira yo siempre he dicho que a mí me empezaron a salir las alas, hija mía, cuando se fue todo de mi casa y sobre todo ya me salieron unas alas inmensas cuando encontré mi trabajo, cuando yo ya empecé a trabajar, fue un vuelo que no veas”.*

Patricia: *“(habla muy bajito) El reconocer () el reconocer, el reconocer tu parte de culpa. Y perdonarte esa culpa, el querer salir, cambiar esa culpa, el ver que, hay personas que tienes alrededor, que no tienes que pagar para que te quieran, todo eso es lo que me ha ayudado a poner en marcha todo lo demás y que quiero, ser independiente emocionalmente, no quiero depender de la otra persona, no quiero que se me pongan todo los pelos de punta cada vez que suena ese móvil, porque yo ya sé lo que eso lleva, y yo quiero seguir tirando para adelante, y quiero empezar, quería empezar a ser persona, yo no era persona, no pensaba por mi misma, no sentía por mí misma. Yo quiero sentir, y quiero pensar, y quiero, saber cuando, entre comillas me voy a equivocar. Yo no quiero que me lo den todo hecho, ni quiero que me mimen más, es muy cómodo estar anulado, pero duele muchísimo, y llega un momento en que, estás tan acostumbrada a no pensar que ya no sabes”.*

En estos fragmentos, Lola y Patricia expresan la importancia de lanzarse a volar, de hacer las cosas por una misma, de tirar para adelante con tu vida. Las palabras de Lola *“me salieron unas alas inmensas...” y fue un vuelo que no veas* muestran la satisfacción y la plenitud cuando tomas las riendas de tu vida. También Patricia señala su voluntad y decisión de no dejar que le den todo hecho, de ser independiente emocionalmente.

3.2.4. Mirarse al espejo. El orgullo de ser quién soy

Esta metáfora es la que más aparece en los relatos de las mujeres entrevistadas en relación con un momento clave en su recuperación que tiene que ver con su capacidad para reconocerse y quererse como ellas son, sin artificios ni moldes. Esta metáfora también recoge una faceta importante de la recuperación que es el diálogo interior y la reflexión personal, es decir, ese volver a reconectar con ellas mismas. Este sentimiento de orgullo y de liberación que muestran se recoge en el momento “espejo”. María y Elena lo expresan del siguiente modo:

María: *“Hay que mirarse en un espejo, yo me miraba en el espejo, mucho, yo me miraba ... y lloraba taca, lo que veía no me gustaba nada () es literal ¿eh? yo me acuerdo en el espejo del baño que es entero y yo me miraba de arriba abajo y decía “uff, ¿tía, pero por qué aguantas esto? haz algo, hablaba conmigo misma tía”.*

Elena: *“Y... y vas ahí pasando el... el tiempo hasta que... hasta que eso, hasta que una mañana te levantas y tú dices Dios mío si es que no soy yo, ésta que está en el espejo no tiene nada que ver con lo que yo era, porque yo era una persona pues lo que soy ahora, muy... muy espontánea, muy dicharachera...”*

Elena: *“Si tiene hijos, la fuerza mayor que te da son los hijos. (3) Esos fueron mi:: mi fuerza. Si no tienen:: mis hijos, y yo misma. Si no tienen hijos siguen teniendo lo más importante, que eres tú misma. Mmm:: mirarse en el espejo, y:: y quererse. Yo me hice una (.) un:: me ayudaron a eso también en el Instituto de la Mujer, me hice una... una lista, de todas las cosas maravillosas que yo era, >y yo me levantaba por las mañanas, me ponía delante del espejo cuando me lavaba los dientes y ahora decía<: Pues tengo salud, tengo dos hijos, tengo muchas ganas de vivir, además soy maravillosa, y:: a mi todo el mundo me quiere:: y me decía toda mi lista de maravillosidades, y:: decía, y venga ahora, ponte los tacones y a tirar para adelante”.*

3.2.5. Síndrome de los escaparates. El miedo que protege

Estas mujeres expresan el papel protector que desempeña el miedo en el momento de la ruptura de la relación. Este miedo es creativo y proactivo, promoviendo un estado de vigilancia y de mantenerse alerta que las activa y las hace anticiparse y planificar. La metáfora de los escaparates ilustra el papel protector del miedo en momentos clave de la propia supervivencia. Lola y Elena lo expresan en los siguientes extractos:

Lola: "Yo durante cuatro años no podía salir a la calle, porque tenía miedo, yo tenía el síndrome de los escaparates. Yo no iba mirando la ropa ni iba mirando un calzado, yo iba mirándome las espaldas. Ese era el síndrome, yo miraba y me veía la espalda. ¿Quién venía detrás de mí? Ahora lo mismo me da que me eche el aliento unnn, un camello, como yo digo, un borrico, que un caballo, que un hombre, que una mujer. Es que no miro si me echan el aliento al cuello, ¿sabes? por muy cerca que venga una persona no miro para atrás. Porque estoy segura de mí misma. Porque creo en mí. Y ya no salgo a la calle con la pre, con prevención no con miedo, yo no salía a la calle con miedo, salía prevenida, y ya no salía libre, ya no salía libre".

Elena: "Y me decía: El miedo no se puede perder nunca, porque el miedo es el que te hace mantenerte alerta, siempre. Lo que uno no puede::: Lo que uno tiene que trabajarse es el pánico. Porque::: el pánico es el que te inmoviliza. Y el que te hace no pensar, y el que te hace quedarte ¡ah! Pero miedo hay que tener. Hay gente que me dice: >No, es que yo no quiero tener miedo<. El miedo no es malo, porque el miedo::: te hace ser creativo, te hace estar atento, y decir mmm::: esto me puede a mí pasar, entonces yo, ante esto mmm::: voy a reaccionar de esta manera, y voy a tener, además, a mano, un teléfono, y voy a tirar de mi familia, voy a tirar de no se cuanto, y::: y es verdad, yo::: mmm::: estuve mucho tiempo, con::: con miedo, pero con todos mis hilos, muy controlados".

Este carácter protector del miedo ha sido ya señalado con anterioridad en otros estudios sobre violencia de género (Hydén, 1999). En nuestro estudio también encontramos que el miedo representa una forma de resistencia. Como Hydén (1999) ha afirmado el miedo contiene un conocimiento no articulado de lo que la mujer desea y lo que no desea. Constituye un poder que hace que la mujer advierta que lo que podría suceder es algo que ella no desea ver que sucede y es ahí donde reside el factor de protección. La metáfora de los escaparates muestra de qué forma el miedo como resistencia y protección implica una determinada acción. En los relatos de las mujeres también resulta una constante la distinción que hacen entre miedo y pánico, mostrando el papel negativo del pánico frente al factor de protección y de supervivencia que puede representar el miedo en determinadas situaciones. .

4. CONCLUSIONES

A través de los relatos de las mujeres entrevistadas hemos podido conocer la variedad y riqueza de metáforas emocionales que éstas utilizan para

describir sus experiencias, lo que nos abre la posibilidad para analizar a través de sus discursos el papel que juegan las emociones en los procesos de recuperación de estas mujeres.

El uso de las metáforas para estudiar el discurso emocional de estas mujeres nos ha posibilitado explorar ciertos vínculos entre emoción y cultura, especialmente los valores sociales respecto al género. La aparición y expresión de ciertas emociones en sus relatos están legitimadas y permitidas socialmente a través de un sistema de códigos, normas, expectativas y convenciones sociales. La metáfora emocional parece mostrarse una herramienta conceptual de gran valor para detectar precozmente ciertos discursos y prácticas sociales de riesgo.

Hemos visto también que estas metáforas van cambiando a lo largo del proceso de recuperación de estas mujeres. En los momentos iniciales, las metáforas revelan falta de agencia por parte de la mujer (marioneta, burka, etc.), surgiendo otras en el proceso que son reivindicativas de su autonomía (las alas, túnel, etc.). Paralelamente, las metáforas presentan al inicio un cuestionamiento de sí mismas en base a los mandatos sociales de género, mientras que en el momento de la ruptura de la relación se produce un cuestionamiento de los mandatos sociales y una reelaboración de estos códigos culturales. Además, los relatos revelan cómo no sólo emociones como la vergüenza o la culpa bloquean el proceso, sino también tener pena de ti misma o confiar en el agresor pueden bloquear los procesos de salida de una relación de maltrato. Por su parte, las metáforas emocionales que facilitan la recuperación se asocian no sólo a la esperanza, el alivio y la fortaleza, sino también al orgullo o el miedo. La soledad aparece como una necesidad; como un espacio propio que les permite crecer, tomar impulso. Como algunas feministas han afirmado (Lagarde, 2000; Freixas, 2001), el primer no de la mujer a los otros es el primer sí a sí mismas.

Apuntamos asimismo como una línea de profundización futura una mayor indagación sobre la naturaleza y función de estas metáforas en el proceso, ya que algunas parecen estar vinculadas a la toma de conciencia y la reflexión como es la metáfora del espejo, mientras que otras se asocian al movimiento y la acción como el túnel. Un trabajo posterior en esta vertiente

puede aportar claves para la intervención terapéutica con estas mujeres así como para la prevención y sensibilización temprana.

CAPÍTULO 5. POSICIONAMIENTOS Y VOCES EN LA RECONSTRUCCIÓN DE LAS IDENTIDADES DE MUJERES QUE HAN SUFRIDO VIOLENCIA DE GÉNERO

1. INTRODUCCIÓN

En este capítulo se pretende analizar cómo cuatro mujeres maltratadas transitan, a lo largo de una entrevista autobiográfica, de una actitud inicial de baja autoestima y carencia casi total de control (agencialidad) sobre sus vidas (ocasionada por esa situación de violencia y maltrato), hacia otra que supone una recuperación de dicho control y la re-construcción de una identidad inicialmente dañada. Cómo, en suma, en este proceso narrativo se han ido empoderando y cuáles han sido las estrategias y herramientas (discursivas y/o narrativas) que han puesto en juego a lo largo de las entrevistas y que han facilitado esa posible reconstrucción identitaria.

Como el/la lector/a habrá podido comprobar, anteriormente se ha desarrollado en profundidad un acercamiento teórico general sobre aspectos de violencia de género, maltrato, identidad, empoderamiento, narrativa, etc. Esto supone que a continuación nos centraremos específicamente en lo que tiene que ver con la noción de *posicionamiento*, situándola en la perspectiva de la construcción de identidades a través de las narrativas de las mujeres entrevistadas.

Comenzaremos con un acercamiento a la noción de posicionamiento presentando brevemente la llamada teoría del posicionamiento social para continuar con el análisis de su relación con las nociones de narrativa e identidad, con el objeto de emplear dicha noción en el análisis del proceso de construcción discursiva de la identidad. En esta línea, proponemos una visión narrativa la de identidad personal, que destaca su carácter dinámico y situado más allá de visiones esencialistas que subrayan la continuidad y estabilidad de la misma. Por último, nos detendremos en la consideración de las nociones de *posicionamiento* y de *voz* como instrumentos analíticos para el estudio de la identidad en el ámbito del maltrato en la pareja. Este capítulo terminará con la

presentación del análisis realizado y los resultados alcanzados en cuatro entrevistas autobiográficas realizadas a mujeres víctimas de maltrato y violencia en la pareja.

2. ACERCAMIENTO A LA NOCIÓN DE POSICIONAMIENTO

2.1 LA TEORÍA DEL POSICIONAMIENTO SOCIAL

La teoría del posicionamiento se basa en el concepto de Foucault de “*posicionamiento subjetivo*”, a partir del que Davies y Harré (1990) desarrollan una consideración del pensamiento en términos de “*posicionamiento discursivo*”. Este concepto apunta al modo en el que las personas “toman” posiciones en relación con el discurso en el momento en el que profieren enunciados en una conversación, en una entrevista, o en cualquier intercambio comunicativo. Como herramienta teórica, por tanto, la noción de posicionamiento enfatiza los vínculos entre el discurso que impregna el mundo social y los intercambios particulares en los que se construyen los significados.

La principal ventaja de esta teoría para la psicología en general es que permite el estudio detallado de cómo el discurso opera en los intercambios comunicativos entre las personas (Harré y Langenhove, 1999). La teoría del posicionamiento pone en primer plano las influencias culturales en el discurso en el aquí y ahora, así como el modo en el que los individuos se resisten y rechazan los discursos dominantes a lo largo de los intercambios conversacionales. Estas consideraciones sobre la noción de posicionamiento, nos permiten, por otra parte, describir cómo el poder se constituye en los intercambios de la vida cotidiana.

Pero cuando las personas “hablan” no sólo se posicionan a sí mismas a lo largo de la conversación, la entrevista, la narrativa, etc., en relación con otra/s persona/s, sino también en relación con los enunciados de otras conversaciones (Bajtín, 1986). Más allá, cada enunciado ofrece a los otros (explícita o implícitamente) posiciones desde las cuales responder. Como vemos pues, la teoría del posicionamiento es, de algún modo, una teoría sobre el desarrollo de un/os sentido/s del yo (self) en relación con un discurso particular. El análisis del lenguaje sexista, por ejemplo, nos ha provisto de

muchos ejemplos de posicionamientos excluyentes en relación con las mujeres.

A nuestro juicio, la teoría del posicionamiento constituye un aparato conceptual y metodológico especialmente adecuado para estudiar la construcción y reconstrucción de identidades en el marco de narrativas personales que se generan a lo largo de una entrevista (auto) biográfica. En primer lugar porque considera que toda interacción es discursiva o narrativa; y, en segundo lugar, porque entiende que ésta es un fenómeno cambiante, fragmentado, y absolutamente contextual.

Se puede considerar que dos son los ejes que articulan las propuestas de la teoría del posicionamiento. Por una parte, las *personas* en interacción; y, por otra, las *narraciones* que éstas construyen en esa dinámica. Tales ejes dan coherencia y sentido al posicionamiento, entendido como la construcción de narraciones que configuran la acción de una persona como inteligible para ella misma y para los/as demás, y en la que los miembros que participan en la narración tienen una serie de ubicaciones (posiciones) específicas.

Se trata por tanto de cómo se sitúa uno/a mismo/a ante una situación específica. A esto es a lo que se refiere Smith (1988) con la noción de *posicionamiento*. Smith distingue entre el *agente individual* y el *sujeto*, entendiendo por este último a “*la serie o conglomerado de posiciones, de posiciones de sujeto, provisionales y no necesariamente indesarmables, en que una persona es momentáneamente puesta por los discursos y el mundo en el que habita*” (p. 35).

Davies y Harré (1990), por su parte, retoman esta noción señalando cómo el posicionamiento no coincide con la noción de rol, sino que tiene que ver con el modo en el que una persona se posiciona y es posicionada por los demás en situaciones dialógicas concretas que, obviamente no se refieren solamente a intercambios conversacionales, sino también a narraciones producidas por el sujeto mismo, en la que se hacen presentes las voces de otros/as.

El posicionamiento es pues una noción muy dinámica, ligada a la actuación en contextos concretos, cambiante en el tiempo y en el espacio, y que constituye una de las bases de lo que ellos llaman la biografía vivida, contraponiéndola a la biografía narrada. En este sentido, esta noción de

posicionamiento, cuando se pone en relación con la identidad individual, resulta muy cercana a la idea de *actos o actuaciones de identificación* (Rosa y Blanco, 2007; Brescó, 2009).

Las unidades fundamentales que para Harré y Langenhove (1999) conforman la realidad social y estructuran los encuentros y la interacción social que deriva de los mismos son los episodios. Éstos agrupan en un todo con sentido y significado las distintas secuencias de interacción. En todo episodio podemos destacar dos elementos muy importantes:

- El primero es la *posición*. Ésta es una relación, que se establece entre un “yo”, un “otro” y un auditorio. Además, no es en absoluto estática, se negocia, cambia y se adapta a la opiniones de los/as demás. En definitiva, se mueve y transforma en la interacción.
- El segundo elemento es el *posicionamiento*. El complejo juego de posiciones y su negociación produce ineludiblemente un posicionamiento. Éste no es más que un plano que dota de sentido a la interacción misma que se desarrolla en cada episodio. Está contextualizado, es decir, no tiene razón de ser más allá del episodio mismo, se desarrolla al tiempo que éste y brota de la acción en curso. La noción de posicionamiento se caracteriza, ante todo, por entender las posiciones como procesos relacionales, que se constituyen en la interacción y la negociación con otras personas. Los posicionamientos son algo así como los hilos que tejen el entramado de interacción social. Son la urdimbre de nuestras situaciones interactivas.

De todo lo dicho se desprende que sería un error considerar que un posicionamiento es el producto de un juego intencional o la suma de la normatividad que establece un conjunto de roles pre-definidos. Es más que eso, puesto que en él las intenciones adquieren su sentido; y, paradójicamente, es menos, puesto que emerge en cada episodio *in situ*, en el simple juego de posicionar y reposicionar al “otro” que se da en toda interacción, o, como en nuestro caso, a lo largo de la entrevista (auto) biográfica –de la narrativa personal-.

2.2 IDENTIDAD NARRATIVA, DISCURSO Y POSICIONAMIENTOS

Ya hemos señalado que en el presente capítulo se adopta una visión constructivista, social y cultural, según la cual la identidad es una realidad múltiple y negociada constantemente, un proceso por el que las personas, a través de las prácticas sociales y culturales en las que participan, establecen quiénes son en su relación con otras personas y con los contextos y escenarios sociales en general. En otras palabras, la identidad es el resultado de lo que la gente hace y dice en sus prácticas diarias, y no un concepto monolítico o puramente psicológico.

Es importante señalar en este punto que el discurso no se considera en este ámbito como un simple reflejo del mundo interior de una persona (aunque no se está negando por ello la existencia ni la importancia de los aspectos psicológicos de la identidad; Block 2006 y Woodward, 2002). Más bien al contrario, la mayor parte de las investigaciones discursivas de la identidad toman una posición anti-esencialista, concluyendo que la multitud de elementos lingüísticos usados en la construcción discursiva de la identidad (por ejemplo, etiquetas léxicas como “blanco”, “negro”, “creyente”, uso de pronombres personales para marcar el grupo de pertenencia o los grupos externos, etc.) no tienen un significado único o estable. Evidentemente, algunos de estos elementos sirven como referentes culturales e identitarios precisamente porque tienen una cierta estabilidad semántica. De esta forma, por ejemplo, una parodia de un andaluz será exitosa siempre y cuando los/as espectadores o quienes lean esa parodia (de esa práctica discursiva) sean capaces de reconocer ciertos significados social y culturalmente asociados a la identidad “andaluza”, correspondan éstos a la realidad o no.

Sin embargo, la identidad no consiste en apropiarse o utilizar elementos con un significado pre-establecido, sino que es en las prácticas discursivas donde dichos elementos adquieren su significación social e identitaria concreta. Y esto porque los significados sociales asociados a elementos lingüísticos no son únicos ni estables fuera de las prácticas discursivas donde se materializan las identidades. Es decir, la identidad es el resultado del discurso mismo, y no una recopilación de elementos lingüísticos con un significado social asignado a priori.

Y es precisamente en este contexto, a nuestro juicio, en el que debemos entender el concepto de *posicionamiento*, anteriormente desarrollado. Según el mismo, la identidad no se conforma a través de la aceptación o adscripción individual a ciertas categorías y grupos sociales pre-determinados, sino que esas categorías adquieren su significación identitaria solamente a partir de las *relaciones* que se establecen entre la persona y otros/as actores sociales a través del discurso, y más concretamente, a través de las interacciones comunicativas.

Como ya se ha dicho, el concepto de posicionamiento fue desarrollado por Davies y Harré (1990) para designar el proceso de construcción y negociación de las versiones sobre nosotros/as mismos/as. En este sentido, el construccionismo social toma este concepto para explicar la construcción y negociación de la identidad en el marco de las interacciones sociales. Para esta perspectiva, al igual que para nosotros/as, la identidad es construida y negociada en la interacción social, lo cual implica reconocer el espacio que este planteamiento abre a la agencia. De esta manera, la identidad aparece, al mismo tiempo, como producto y productora de discursos. El posicionamiento es también el origen de la subjetividad en tanto que adoptar una determinada posición en un discurso implica necesariamente desarrollar un determinado punto de vista, es decir, una visión concreta del mundo y de nosotros/as mismos/as. Algo, esto último, estrechamente relacionado, como tendremos ocasión de comprobar más adelante, con una de las nociones claves en este capítulo como es la de voces. De ello se hablará más adelante.

En otras palabras, la identidad es relacional y depende de la *posición* que la persona ocupa respecto a otras personas, una posición que es producto del discurso y no de roles previamente asignados. En su planteamiento más simple, se podría decir que una persona “blanca” se puede identificar como tal en tanto que existe otro grupo de personas “no blancas” respecto a las cuales se toma una posición en una interacción específica. En este sentido, resulta de especial relevancia no olvidar que el posicionamiento que se da en las interacciones comunicativas no es siempre consciente o voluntario, ya que tomar posiciones respecto a otros/as actores sociales es un acto inherente a la interacción misma, o lo que es igual, no se puede establecer una interacción

comunicativa sin que los/las interlocutores se posicionen en relación a otros/as interlocutores, así como a todo tipo de categorías y grupos sociales.

Como ya se ha señalado, el concepto de *posicionamiento* ha sido adoptado en el análisis discursivo desde varias disciplinas, no siempre conectadas entre sí. Desde la Psicología social, Davies y Harré (1990) definen el posicionamiento como “*the discursive process whereby selves are located in conversations as observably and subjectively coherent participants in jointly produced story lines*” (p. 48). Estos autores reivindican el dinamismo que el concepto de posicionamiento representa para el estudio de la identidad frente al estatismo de otros conceptos como el de rol, que tienden a representar al individuo como un actor con poco margen de elección y que se limita a ocupar categorías sociales a su disposición. Distinguen entre un posicionamiento *interactivo*, es decir, en el que lo dicho por una persona posiciona a otra, y un posicionamiento *reflexivo*, en el que una persona se posiciona a sí misma. Además señalan que este proceso no tiene por qué ser intencional ni lineal, y que las posiciones tomadas pueden ser estables pero también efímeras.

Este interés por el posicionamiento contrasta con perspectivas de la identidad entendida en función de un conjunto de categorías socio-demográficas entre las que se incluyen la edad, el sexo o el nivel socio-económico. En trabajos de corte más discursivo, sin embargo, se presta mayor atención a cómo esas y otras categorías adquieren significados más concretos que permiten acercarnos de una forma más sutil al estudio de la identidad, dando cuenta de su complejidad (de Fina, Schiffrin y Bamberg 2006; Hester y Housley 2002; Ominoyi y White 2006).

En este sentido, el concepto de posicionamiento ha sido muy fructífero en el estudio de la identidad, especialmente en el campo de la narración (Bamberg, 2004, 2007; Morgenthaler García 2007; Wortham 2000).

En nuestro análisis se han seguido orientaciones teóricas y metodológicas que describen la identidad como un fenómeno social y cultural que surge de la confluencia de categorías tradicionalmente denominadas demográficas (por ejemplo, sexo, edad, nivel de escolaridad), así como de posiciones contextuales y culturales (la directora de centro, la experta). Cabe destacar, asimismo, que los posicionamientos observados son en ocasiones producto de la *autoelección*, mientras que en otros casos vienen *impuestos* por

otros/as actores sociales, y, al mismo tiempo, las identidades que se forman en las interacciones comunicativas no son independientes, sino que están estrechamente ligadas unas a otras, aunque normalmente se separen por exigencias analíticas.

En relación a esto último, a nuestro parecer, se hace necesario pues distinguir entre el '*ser posicionado*', que atribuye una especie de fuerza determinista a las narrativas, y la noción más activa del sujeto como '*posicionándose*', en la que los recursos discursivos no están preestablecidos, sino que se concretan interactivamente. 'Ser posicionado' y 'posicionarse' son dos construcciones metafóricas para dos relaciones muy distintas entre el agente y el mundo: en el primer caso la dirección va del mundo al agente y en el segundo del agente al mundo (Bamberg, 2004). Uno/a puede posicionarse o ser posicionado/a como experto/a o inexperto/a, como poderoso/a o impotente, como confiado/a o inseguro/a, como agresivo/a o sumiso/a, como decidido/a o indeciso/a, etc. La fuerza social de una acción y la posición del actor y de los otros actores se determinan mutuamente. Las posiciones que la gente adopta en una conversación están conectadas a los guiones que estructuran esa conversación (Harré y Langenhove, 1999).

Otro aspecto crucial, íntimamente relacionado con la identidad, la narrativa y el posicionamiento, y que juega un papel muy relevante en nuestro análisis, es el de la *agencia*. Uno de los aspectos que cambia de modo más notable a lo largo de las narrativas personales es la manera en que las personas expresan su agencia social (*agency*) a través de la narración.

Emirbayer y Mische (1998) consideran que la agencia social está compuesta por tres elementos: uno '*iterativo*', centrado en el pasado, uno '*proyectivo*', centrado en el futuro y uno '*práctico-evaluativo*', centrado en el presente. En este modelo, los autores ven a la narración como uno de los instrumentos del elemento proyectivo, ya que a lo largo del ciclo vital la agencia se manifiesta en la capacidad de las personas para incorporar en sus relatos personales diferentes trayectorias futuras sobre las que tienen margen de acción. Como consecuencia, esta propuesta podría sugerir que según se avanza en el ciclo vital los seres humanos pierden capacidad agentiva, en tanto que típicamente sus relatos personales progresivamente reducen sus componentes proyectivos y se centran más en la revisión y re-interpretación de

experiencias pasadas. No obstante, el componente evaluativo es un aspecto central de la actividad narrativa, sea ésta sobre experiencias pasadas o presentes (Hermans 1992). Tomando esto como punto de partida, Grob, Krings y Bangerter (2001) han mostrado que los recursos evaluativos son precisamente elementos que se desarrollan y cambian su forma y función a lo largo del ciclo vital adulto. Por tanto, se podría considerar que, de hecho, lo que cambia es la manera en que la agencia se expresa a través de la narración, tal y como tendremos ocasión de comprobar a lo largo de las entrevistas analizadas.

2.3 POSICIONAMIENTOS Y VOCES

Para nuestro análisis usaremos algunas de las ideas y conceptos desarrollados por el filósofo y semiólogo Mijail Bajtín (1983, 1986) que permiten reflejar muy fielmente ese encuentro de posiciones y voces que supone el proceso de la entrevista autobiográfica, a través de la cual las mujeres construyen sus narrativas personales sobre su historia de maltrato. No obstante, no hemos de olvidar cómo en este proceso el papel de la entrevistadora se torna crucial, como tendremos ocasión de comprobar.

Son varias las nociones claves en el desarrollo bajtiniano (voz, enunciado, lenguajes sociales, géneros, etc.). Nos limitaremos aquí sobre todo a la noción de voz (voces), ya que ésta puede resultar especialmente útil en el análisis de las narrativas personales de nuestras mujeres, entendidas éstas últimas como un "lugar" de encuentro y confluencia de voces y posicionamientos. Por encima de esta noción, la perspectiva dialógica que articula todo el núcleo teórico bajtiniano y que permite ampliar el ámbito de análisis y estudiar situaciones complejas en las que distintas "culturas", formas de comunicación y diferentes perspectivas y posiciones confluyen o entran en contacto (Santamaría, 2000).

Bajtín propone una teoría del lenguaje construida en el intercambio social. Para Bajtín, el enunciado siempre se expresa desde un determinado punto de vista, desde una perspectiva o sistema axiológico de creencia. A esta perspectiva particular es a la que llama voz. Además, las voces están ligadas a un ambiente social, cultural e histórico determinado. El acto comunicativo pues se constituye en un intercambio de voces que reproducimos, manipulamos,

citamos, etc.; y en este fluir comunicativo intercambiamos voces: palabras de otros/as, conversaciones. En este sentido, la significación puede llegar a existir sólo cuando dos o más voces se ponen en contacto: la voz de un/a oyente, responde a la voz de un/a hablante. De la manera en que se da la significación, la comprensión de un enunciado implica un proceso en el que otros enunciados entran en contacto y lo confrontan. Así, la comprensión consistirá en vincular la palabra del hablante a una contra palabra (palabra alternativa del oyente). Comprender el enunciado de otra persona significa orientarse con respecto a él, encontrar el lugar correcto para él, en el contexto correspondiente.

De este modo, Bajtin rechaza la concepción de un "yo" individualista y privado; el "yo" es esencialmente social. Cada individuo se constituye como un colectivo de numerosos "yoes" que ha asimilado a lo largo de su vida, en contacto con las distintas "voces" que de alguna manera van conformando nuestra ideología. Por lo tanto, es el sujeto social quien produce un texto que es, justamente, el espacio de cruce entre los sistemas ideológicos y el sistema lingüístico. Es por este motivo que el análisis del discurso, a nuestro juicio, conduce necesariamente a la polifonía, esto es, al análisis del conjunto de "voces" que pueblan nuestros enunciados y los ponen en contacto con los enunciados y las posiciones de los "otros".

Nuestro propio lenguaje es polifónico (está poblado de otras voces) pues son formas de diálogos interiorizados, de manera tal que las voces de los otros son incorporadas al propio discurso. Los enunciados surgen como respuestas a enunciados anteriores y se orientan hacia los que vendrán en el futuro (Bajtín (1999), como tendremos ocasión de constatar con nuestras mujeres. El yo se configura por tanto a instancias del otro y ese otro está instalado en nuestro territorio. Esto induce a considerar que es por naturaleza polifónico y se comunica en una suerte de mezcla de voces que tienen orígenes diversos. En tanto implica pluralidad y otredad, sería contrario a la voz monológica que impone el discurso del poder: la norma y la autoridad.

Además de tomar en cuenta las voces de los individuos en su contexto sociohistórico, Baltín postula que los intercambios humanos, al igual que ocurre en la novela, no son otra cosa que un interjuego entre la voz del autor y las voces de sus personajes (Bajtín, 1999). Para Bajtín, la experiencia discursiva de cada persona se hace posible porque su interior se constituye en razón de

una asimilación permanente de los enunciados de los otros. A este proceso Bajtín lo considera como la asimilación creativa de palabras ajenas de diferente grado de alteridad. Un concepto estrechamente vinculado al de voz es el de “ventrilocución” que va a resultar clave en el proceso de apropiación (interiorización) de otras voces. Este consiste en la integración en el discurso propio de lo que denomina “voces ajenas”, voces que resuenan en la mente y que permiten transportarnos a contextos y experiencias pasadas proyectadas en el presente y que, a su vez, facilitan la representación en el futuro, tal y como hemos podido constatar en las narrativas de nuestras mujeres. Este proceso de ventrilocución e interanimación de voces va a resultar clave en la configuración de nuestra identidad personal, social, cultural, y de género.

Por otra parte, a nuestro juicio, la idea de posiciones en conjunción con la de voces nos puede permitir articular la relación entre un plano de análisis micro (análisis de las distintas posiciones que las mujeres van adoptando a lo largo de sus narrativas) y un plano más macro (análisis de la contextualización social, cultural, institucional e histórica de dichas posiciones). Creemos que las voces que, en ocasiones, estas mujeres traen a su discurso, o que, en otros casos, “pueblan” sus narrativas pueden ser un instrumento de gran valor para observar cómo las perspectivas y puntos de vista de “otros” (personas, grupos, instituciones, voces genéricas, etc.) pueden articular dichas posiciones adoptadas en el aquí y ahora del discurso a lo largo de la entrevista autobiográfica y, de este modo, contribuir a la (re) construcción narrativa de la identidad personal.

3. LA NOCIÓN DE POSICIONAMIENTO COMO INSTRUMENTO ANALÍTICO PARA LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD A TRAVÉS DE LAS NARRATIVAS

El análisis de posicionamientos sociales combina elementos de la Psicología social del discurso, el análisis de la conversación y el análisis crítico del discurso. Sus principales aplicaciones se enmarcan en el estudio de la identidad social y personal, así como en la consideración del concepto de "posicionamiento" como actividad discursiva y/o identitaria. Nos interesamos en

cómo la gente realmente usa las historias en la vida diaria, en situaciones cotidianas, para crear y perpetuar un sentido de quien se es.

Desde esta perspectiva las narraciones no son reflejos de una identidad que se esconde tras el texto sino que son instrumentos funcionales para crear caracteres en el tiempo y en el espacio en un contexto interactivo: *yo frente a mi padre, yo frente a mi grupo de amigas o yo frente a mi jefe*. En nuestro caso, *yo frente a una entrevistadora* en el contexto de una investigación. Una entrevistadora que se posiciona como aliada de las mujeres entrevistadas claramente. Hay que tener en cuenta que los procesos constructivos siempre son bidireccionales. Es decir, al tiempo que yo voy construyendo mi identidad voy creando un contexto que limita y acompaña el proceso constructivo identitario de mi padre, del grupo de mis amigos y amigas o de mi jefe en un momento concreto, y viceversa. Al centrarse nuestro análisis en contextos cotidianos estamos privilegiando la investigación de la construcción de la identidad situacionalmente. Es decir, aquí y ahora en el instante de la investigación. En resumen estamos hablando del análisis microgenético de los procesos constructivos de las identidades.

Como “posición” entendemos el lugar dentro de un espacio social (por ejemplo una conversación de dos personas, una reunión de empresa, etc.) que en oposición a otros sujetos reclamamos para nosotros. Las personas se hacen reconocibles a sus interlocutores mediante virtudes, motivos, competencias, problemas. Estas autoatribuciones se corresponden a la exigencia de una determinada posición social. Es decir, a cómo quiero que me comprendan mis interlocutores (Saavedra, 2009).

Evidentemente un auto-posicionamiento, por ejemplo en el contexto social de una partida de ajedrez (*soy un excelente jugadora*), implica explícita o implícitamente un hetero-posicionamiento (*mi contrincante está temeroso*). Los actos discursivos de posicionamientos pueden ser atributos personales o motivos (*no debes preocuparte, soy una buena persona*), roles o derechos sociales (como padre que soy te digo que te calles) o por medio de reglas morales (*una amiga no hace eso*).

Los posicionamientos se estructuran en diversos niveles que pueden llegar a ser muy complejos. Por ejemplo, alguien que está contando una narración autobiográfica puede posicionarse en el pasado como una persona

inocente y, al mismo tiempo, en el momento actual como una persona desconfiada (*en mi juventud era demasiado buena persona, pero ya me he aprendido el cuento*). Este concepto es mucho más dinámico que el de rol puesto que puede fluir de distinta forma dentro de una misma conversación en diferentes niveles y se encuentra situado entre la tradición del análisis del discurso y el análisis conversacional.

Desde esta perspectiva, podemos decir que el análisis de posicionamientos (Korobov 2001; Bamberg, 2004) ofrece procedimientos analíticos especialmente adecuados para el análisis de entrevistas (auto) biográficas como las analizadas en nuestro estudio. En pocas palabras, se trata de una forma de análisis narrativo que incorpora elementos de la Psicología social del discurso (Davies y Harré 2001), el análisis de la conversación y el análisis crítico del discurso (Korobov 2001).

Dentro de este campo algunos autores como Bamberg (2004) o Lucius Hoene (2002) han desarrollado una forma sistemática de análisis que sucesivamente se centra en diferentes niveles de la actividad narrativa. Su campo de aplicación más importante ha sido el estudio de la identidad a través de la narración, especialmente en relación con las dimensiones de género, edad, contexto socio-cultural o experiencias especiales de vida que la actividad narrativa puede involucrar. Por ejemplo, el análisis de posicionamientos se ha utilizado para estudiar las narrativas de personas con trastornos mentales graves en proceso de recuperación (Saavedra, Cubero, Crawford, 2009).

La propuesta de este tipo de análisis surge de la evidencia de que cualquier proceso interactivo debe ser situado en un amplio contexto social dentro del cual la interpretación de los hechos y las conductas se lleva a cabo. Este hecho es especialmente importante tenerlo en cuenta en los altamente complejos procesos de toma de decisión de las mujeres maltratadas. Complejidad que puede ser fácilmente olvidada cuando analizamos la situación de las mujeres desde la perspectiva de mujer que “ha tomado la decisión de separarse del maltratador- no ha tomado la decisión de separarse” (Cavanagh, 2003).

4. EL MÉTODO DE ANÁLISIS

Bamberg (2004) propone examinar tres niveles de posicionamientos:

1. Primer nivel posicionamiento: Estructura interna del relato.
2. Segundo nivel de posicionamiento: Contexto interactivo.
3. Tercer nivel de posicionamiento: Interrelación con discursos/ideologías normativas/dominantes.

El 'primer nivel de posicionamiento' se centra en la estructura interna del relato, en como el/la narrador/a presenta a sus protagonistas, sus relaciones y formas de la acción.

El 'segundo nivel de posicionamiento' se concentra en el contexto interactivo en el que se produce el relato, en cuestiones como las transformaciones de las relaciones mutuas entre interlocutores y los objetivos que persiguen en su conversación narrativa.

El 'tercer nivel de posicionamiento' intenta trascender los detalles del texto y la interacción para ver cómo con el relato los interlocutores (y el/la narrador/a principalmente) se sitúan en relación con discursos ideológico-normativos y los órdenes sociales que representan.

En este capítulo usaremos una adaptación de estas estrategias para examinar las experiencias de maltrato de varias mujeres e intentar comprender cómo éstas se posicionan a lo largo de sus relatos personales, y cómo estas narrativas se insertan en una historia familiar, social, cultural e individual determinada.

Dados los materiales a analizar y la metodología de análisis, podría defenderse la existencia de ciertos paralelismos con las aproximaciones de la historia oral y el análisis biográfico (Bertaux 1981; Perks y Thomson 1998). Sin embargo, el presente trabajo se centra más en el análisis de los componentes narrativos (i.e. posicionamientos y evaluaciones) y aspectos de la psicología cultural (i.e. el desarrollo de la agencia social y la identidad de género) que con cuestiones de corte historiográfico o macro-sociológicos.

Así, nuestra investigación se sitúa en un nivel interactivo en que el análisis de las secuencias y la organización de distintas unidades conversacionales (estructura verbal, contenido semántico, entonación, pausas, toma de turnos, etc.) nos muestran cómo son utilizadas éstas en el esfuerzo del interlocutor de fijar una posición social frente a la audiencia. Pero al mismo tiempo nos interesamos por las modalidades discursivas preestablecidas

culturalmente. Es decir, el análisis de posicionamiento no desprecia la influencia de modelos discursivos ideológicos, culturales o institucionales que puedan ser utilizados por las personas para responder a las preguntas de quién soy yo y cómo quiero ser entendida.

Entre otros indicadores que nos ayudarán a analizar los posicionamientos en nuestras narrativas podemos encontrar el uso de los pronombres, tiempos verbales, la utilización del estilo directo o indirecto, el uso de categorías sociales, metáforas, la identificación de voces o discursos sociales, pausa, prosodia, etc. Es decir, cualquier indicador semántico, sintáctico o pragmático que nos permita determinar los posicionamientos que las mujeres entrevistadas construyen a lo largo de la entrevista. Todos los posicionamientos identificados deben estar basados estrictamente en datos empíricos. En nuestro caso, en el texto transcrito de las entrevistas a las mujeres. En este sentido, ofreceremos algunos extractos significativos de los posicionamientos hallados.

Hemos aplicado un procedimiento de análisis grupal. Éste puede ser considerado como un procedimiento para lograr fiabilidad entre los análisis de los distintos investigadores (Cohen & Crabtree, 2008). Es decir, tras el análisis individual de las entrevistas por distintos investigadores, se expusieron los análisis en seminarios para todo el equipo de investigación. Se discutieron, se descartaron los posicionamientos que no estaban suficientemente argumentados y basados en datos empíricos y finalmente se realizó una síntesis de los resultados.

5. UN ESTUDIO DE LA RECONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD EN MUJERES MALTRATADAS DESDE LOS POSICIONAMIENTOS DEL YO

A continuación presentaremos el análisis de cuatro entrevistas autobiográficas en las que precisamente se pretende identificar distintos posicionamientos del yo a través del análisis del discurso de dichas entrevistas. No creemos necesario recordar la metodología usada para la recogida de datos, puesto que es la misma empleada en el capítulo anterior y descrita en el

apartado de método. Sólo quizá comentar que en este caso, debido a la necesidad de usar análisis más cualitativos y minuciosos se han reducido a cuatro las entrevistas analizadas.

Así, en este capítulo, analizaremos el discurso proferido en estas cuatro entrevistas autobiográficas, para identificar tanto los auto-posicionamientos como los hetero-posicionamientos, es decir, nos interesa tanto cómo la mujer se posiciona como cómo es posicionada por los otros. De igual manera consideraremos posicionamientos de distintos grados de explicitud, tanto los expresados a través del uso del estilo directo como a través del estilo indirecto. De modo complementario y en coherencia con el marco teórico presentado, analizaremos así mismo las voces a través de las cuales se articulan los distintos posicionamientos. Voces que reflejan los personajes principales en cada una de las historias narradas, voces con distintos niveles de generalidad. Desde voces particulares y concretas, como la de las propias mujeres maltratadas, sus ex parejas...; voces genéricas, como las mujeres, las amigas, las vecinas...; a voces institucionales como la familia, la religión...

Las cuatro mujeres analizadas figuran con los nombres de María, Alicia, Rosa y Elena. Sus descripciones biográficas figuran en el capítulo del método.

5.1 MARÍA: "LA EXPERTA"

En el caso de María, el primer posicionamiento no es como víctima o mujer maltratada. Como es lógico el posicionamiento como maltratada (P3) es importante en ella, aunque éste está menos presente durante la entrevista que en otras mujeres. El primer posicionamiento de María es como mujer experta en maltrato, tanto como profesional, al tratar con situaciones de violencia de género, como personalmente (P1) (E1-E3), puesto que conoce algunas situaciones de amigas, a las cuales María ha aconsejado e intentado ayudar.

El conflicto de los posicionamientos que revela principalmente María durante la entrevista es el siguiente: María como "chica fuerte", "chica independiente" (P2) (E4-E5), "experta" (P1), frente al posicionamiento de María como "maltratada" y "víctima" (P3). El conflicto y la contradicción de estos

posicionamientos lo refleja María por ejemplo cuando afirma: *“Yo no asimilaba, no te das cuentas, si te das cuentas, pero no te das cuenta”*.

Este conflicto se traduce en enunciados caracterizados por la complejidad y la paradoja. Incluso en algunos puede identificarse una cierta falta de coherencia con una sobre abundancia de conectores adversativos y algunas antítesis. Este conflicto deriva de la pregunta ¿Cómo explicar que ella (fuerte y experta) termine siendo una víctima?

Debido a este conflicto María se posiciona como “culpable” (P7) y “tonta” (P6) por no haber actuado antes, por haber “tragado” con la situación hasta el punto de no tener salida. Este posicionamiento de tonta, muy fuerte durante toda la entrevista, es el resultado, junto con el de “culpable” y “avergonzada” (P7) de la dificultad para integrar los posicionamientos de “víctima” y “experta”. María siente vergüenza ante la opinión de la gente y temor ante su incredulidad puesto que su posicionamiento como mujer maltratada y víctima no correspondía con su imagen de persona “experta” y “fuerte”, “independiente” y “guay”. *“¿Qué dirán? No me creerán. Yo no soy así”*.

Las voces de personas genéricas aparecen en el discurso de María en estilo directo expresando incredulidad y culpando indirectamente a María por lo que pueda estar pasando en la relación (E15). Estas voces genéricas que representan a la “gente” en general, aparecen en otras narraciones de las mujeres maltratadas. En las voces se reflejan ciertos valores culturales tradicionales sobre lo que se espera que sea y deba hacer una mujer, valores no escritos y difusos a cuyo juicio temen las mujeres. En otras palabras, “el qué dirán”.

María comenta que para tomar la decisión tuvo que llegar al punto de que le diera *“igual lo que pensara la gente... mi hija tenía derecho a una vida tranquila...”* ya que María pensaba que *“cuando lo cuente, voy a perder la poca dignidad que me queda”*. Esta frase está situada justamente en el centro de los posicionamientos de María como “culpable” y “persona avergonzada”.

María afirma que no tuvo una actitud “sumisa” con su pareja, al contrario refiere que ella “plantaba cara”, “peleaba”, “decía las cosas muy claras”, “sacaba pecho”, “le devolvía el empujón”, *“yo no era la mujer que se pone en un rincón”*.

Incluso llega a adjetivar su comportamiento como “violento”. A pesar de esta actitud, María “cree que la mata”, “pierde el conocimiento”, recibe “insultos”, “zarandeos”, “bofetadas”, “empujones”, “toca suelo”, tenía “mucho miedo de él”, “marcada”.

El posicionamiento de María como “madre” es el que desencadena tanto la decisión de separarse de su pareja y denunciar, pedir ayudar, como la de esperar y aguantar la relación a ver si mejoraba. María afirma que *“mi hija fue al mismo tiempo la razón de que le pasara y la razón de que dejará de pasarme”*. El posicionamiento como madre refleja una relación muy compleja con la toma de decisiones y las emociones de María. El posicionamiento de madre identifica a una segunda víctima. La hija (“tengo una hija”). “Lo hago por mi hija” y la impulsa a actuar. El convertirse en madre es un factor de riesgo para reconocerse como víctima y actuar. Por lo tanto, el posicionamiento de “madre” se encuentra muy fusionado con el de “víctima”.

María se refiere a la “vergüenza”, al “miedo” y al “tema económico” como las mayores dificultades para tomar la decisión de dejar la relación. María describe que la ayuda de su hermana y de varias amigas como los apoyos más importantes a su decisión. Especialmente, María describe su relación con una amiga que le sirvió como modelo de superación puesto que había sufrido la violencia de su pareja, aún de forma más intensamente que ella, y se había recuperado. Las voces de estas amigas y de su hermana aparecen habitualmente en la forma de estilo directo apoyándola y dirigiéndole mensajes positivos.

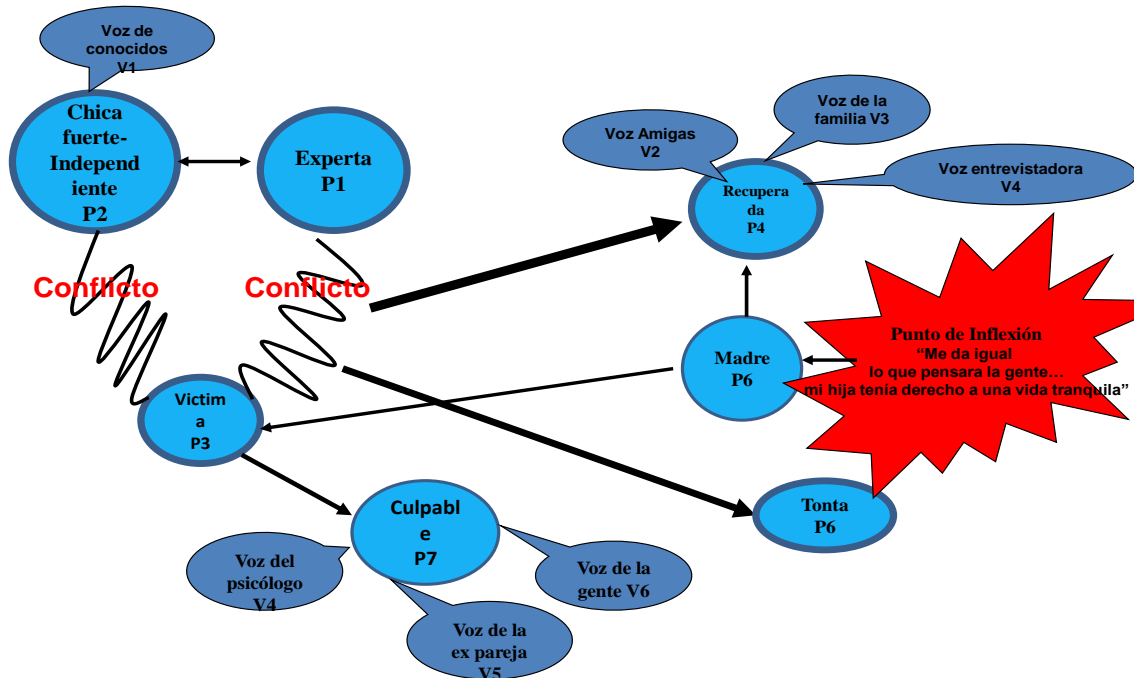
Antes de la separación definitiva y la denuncia María “lleva” a su pareja al psicólogo. Este técnico termina por culpabilizar a María por la conducta de la pareja *“a mí me machacó mucho”*, *“el pensar que yo voy a tener la culpa de que él perdiera los papeles”*. El psicólogo se alió con la pareja en la culpabilización de María. La voz del ex marido y del psicólogo aparece con fuerza. Especialmente, la del ex marido que aparece en estilo directo culpabilizando a la mujer.

Es muy importante la reflexión sobre la necesidad de aceptar la pérdida que realiza María al final de la entrevista. Para María, es necesario “atarse a la

cama” y “llorar mucho” por “tú ex”, “tu hijo”, “*por lo que pudo ser y no fue*”, “*por lo que podía haber sido y nunca será, ¡nunca será!*” “*lo que tú quieres no existe, ¡nunca existió!*”. María en este extracto parece estar enfatizando la necesidad de elaborar el duelo por numerosas pérdidas al tiempo que toma la decisión de liberarse de la relación que la está oprimiendo. La perspectiva de futuro que expresa María en la entrevista es verse sola sin compañero. Considera que será muy difícil volver a establecer una relación de pareja. Además según ella, “*Es más, te diría que creo que cada vez las mujeres estaremos más solas*” y cree que eso “es cojonudo”.

En resumen, el núcleo de la entrevista a María reside en el conflicto identitario, la dificultad para integrar el posicionamiento de “Experta” y “Víctima”. Las emociones que genera este conflicto son la culpa y vergüenza (explícitamente) y la confusión y el estupor ante la aparición del posicionamiento de víctima: ¿Cómo explicar que ella terminó siendo una víctima? María utiliza el estilo directo para enfatizar la imagen de los otros de la “María la guay” en contraste de María la víctima. Las voces de algunas amigas le ayudan a tomar la decisión de salir de esa situación, al contrario la voz del ex marido y del psicólogo culpabilizan a la mujer de la violencia del fracaso de su relación.

Esquema de la entrevista y del viaje de María



Interpretación del Esquema

En el esquema de los posicionamientos de María se puede observar el conflicto entre los posicionamientos de "chica fuerte" y "experta" con el de "víctima". Del desarrollo de este conflicto nuclear en la entrevista se derivan tres posicionamientos. Uno de ellos es el auto-posicionamiento como "tonta". El segundo, el posicionamiento como "culpable", es impulsado por las voces de la ex pareja, de la gente y del psicólogo que estuvo tratando a la pareja. El último y más importante es el auto-posicionamiento como "recuperada". Este posicionamiento está mediado por el de "madre" y se encuentra fuertemente sostenido por las voces de las amigas, la familia y la entrevistadora.

Cuadro de posicionamientos, voces y extractos de discurso de María

Posicionamientos (P)	Otras Voces (V)	Contenidos (Extractos del discurso) (ER=Extractos de María) (EE=Extractos de la Entrevistadora)
P1. Experta	V1. Las mujeres	<p>E1. “y además era una persona que yo decía, pensaba, a diario en mis intervenciones en la calle”</p> <p>E2. “me impliqué además directamente en el tema extra-profesionalmente”</p> <p>E3. “y se lo decía a ellas, “tía no lo ves, si te pega, no te quiere tía, o sea, haz tu vida, mira por tus hijos, tira para adelante, no tengas miedo, el miedo es su es su, es su arma”</p>
P2. Chica fuerte-independiente	V2. Voz de conocidos	<p>E4. “la imagen que todo el mundo tenía de mí, de chica fuerte, chica independiente”</p> <p>E5. “Yo no tuve una actitud sumisa, en absoluto, ¿vale?, yo al contrario yo yo peleaba, ¿me entiendes?”</p>
P3. Víctima-maltratada	V3. Voz del ex marido	<p>E5. “Los malos tratos psicológicos empiezan a los tres cuatro meses de embarazo”,</p> <p>E6. “Me empieza a pegar a los ocho meses de embarazo”,</p> <p>E7. “...la primera yo considero, me empieza a pegar, voy voy a obviar, los zarandeos, y voy a obviar los agarrones, voy a considerar como agresión, la primera vez que toco suelo, ¿vale?, o que me da un bofetón, ¿vale?”,</p> <p>E8. “Eh, el bofetón fue posterior a tocar suelo por eso hablo de tocar suelo, porque hasta ese momento, había recibido muchos insultos, mucho puta, mucho guarra, mucho, rollo de eso”,</p> <p>E9. “yo estaba ya aterrada y yo creía que me mataba”</p>
P5. Madre	V4. Voz de la hija	<p>E10. “Mi hija. Mi hija. Mi hija ha sido, la razón de que me pasara y la razón de que dejara de pasarme. Porque si yo no hubiera estado embarazada, no me hubiera pasado, eso te lo garantizo”,</p>

		E11. “¿Yo qué hice? lo que hice fue decir “tengo una hija”, yo me es que yo tenía a mi hija en mente, me acuerdo de su cara ¿no?, agarradita a la cuna, esa cara de terror, ese llanto histérico ¿no?, y que tiene derecho a vivir y tiene chocho igual que yo y a mí me podía matar, pero yo por mi hija mato reina”
P6. Tonta		E12.“Decirte a ti misma... Lo tonta que he sido ...que has sido tonta. A lo mejor puedes decirte que no has sido tan tonta y te machacas menos No, he sido muy tonta, muy muy tonta Pero bueno tu has salido de esta situación Lo que pasa que bueno, no me voy a, pero he sido muy tonta”
P7. Culpable	V5. Voz del psicólogo V6. Voz del marido V7. Voz de la gente	E13. “Yo me sentía muy culpable porque, en mi caso él, ya tenía antecedentes por esto, y yo me lo tragué, que no, que no era culpable además me lo tragué, con tiempo quiero decir, yo al principio me resistía, a la idea de que no era culpable”, E14. “Esto es que me pongo a llorar cuando lo pienso ¿me entiendes? porque esto es una idea que a mí me machacó mucho, el pensar que yo voy a tener la culpa de que él perdiera los papeles” E15. ¡Tú estás loca hasta el psicólogo te lo ha dicho que estás como una energúmena, que eres tú la que me provocas entiendes, que eres tú!” E16. “sttta, la película que se está montando y policía que es, a saber lo que ha pasao ahí”.
P4. Recuperada	V8. Voz de sus amigas V9. Voz de la entrevistadora. V10. Voz de la familia	E17. “María, tú vales mucho tía, María tú vales mucho, por Dios no aguantes más” E18. “¿Qué cosas te dice tú familia? Que ni de coña vuelva con él, que valgo mucho, que tengo una niña preciosa” EE1. “Pero tú has conseguido superar esa situación” EE2. ¿Cuándo decidiste actuar?

5.2 ALICIA: “LA FUERTE” Y “LA MALTRATADA”

La voz de la entrevistadora (V5) (Ejemplos EE1-EE2) desde el principio de la entrevista posiciona a la mujer como empoderada a partir del hecho de que ha abandonado el domicilio familiar para iniciar una nueva vida lejos del maltratador. La entrevistadora reitera una y otra vez por distintos medios discursivos que la mujer ha tomado esa decisión. Sin embargo, la mujer se posiciona con una casi total falta de agencia, excepto en algunos enunciados que la entrevistadora consigue guiarla. Alicia responde a los posicionamientos de la entrevistadora, siempre como sujeto paciente “me tuve que ir”, “me vino mi hija por mí”, “me llevó a su casa”, “nos echó de allí”, “me tuve que ir”.

Alicia se describe principalmente como víctima: “maltratada”, “humillada”, “violada”, “me pegaba” (P1). Un maltrato del cual ha intentado escapar sin éxito entre otras razones por falta de recursos. La voz del ex marido (V7 y V8), al que posiciona como “su dueño”, insulta a Alicia definiéndola como “puta” y “tortillera”. Posicionamientos, especialmente el último, de los cuales se defiende en la entrevista Alicia.

Al mismo tiempo, Alicia se posiciona como resistente: “Fuerte” (P2). Relacionado con este posicionamiento se encuentran una serie de episodios característicos. Un núcleo esencial en el relato de la mujer es la presencia in extremis de alguien que la salva: “*pues eso digo yo, hay un ángel conmigo*”. En todos los episodios que describe la mujer siempre aparece alguien que ayuda desinteresadamente en el último momento: Una mujer que le ofrece alojamiento cuando es abandonada en una ciudad, un lechero que cuando no tiene nada que dar de comer a sus hijos le regala leche, un tendero que le fía cuando todo el mundo la había abandonado. “*Que cualquier persona como tú vayas derecha, un plato de comida te lo da cualquiera*” (p.25). Por lo tanto el posicionamiento como mujer “Fuerte” (P2) implica una resistencia en la cual en momentos extremos siempre es salvada por la buena voluntad de algunas personas. De hecho, es posible decir que la creencia en las buenas intenciones de la gente ha permitido resistir a la mujer.

Se describe como trabajadora (P4), que a pesar de las enormes dificultades ha criado a sus 7 hijos y hasta a los 15 nietos que tiene. A veces describe episodios en los que muestra mucho ingenio. Se califica como lista.

Muy relacionado discursivamente con el posicionamiento de “fuerte” se encuentra el de “buena” y “honrada”. Si profundizamos en la narración podemos descubrir que un núcleo de la identidad de la mujer entrevistada es este posicionamiento: “Mujer Buena” (P3), que “no pide nada a cambio por lo que hace” y que “no se queja”. El “no quejarse” a otros/as del maltrato es un argumento de Alicia para sostener su posicionamiento como mujer fuerte.

El posicionamiento como persona liberada que ha tomado “una decisión” (P5) (dejar al marido e irse a vivir con su hija) es muy débil y casi siempre está apoyado fuertemente por preguntas o afirmaciones de la entrevistadora. La entrevistadora posiciona a Alicia en casi todas sus intervenciones como una persona que ha tomado una decisión y que está en la senda de la recuperación. Alicia explica su salida definitiva de su hogar debido a los insultos de “puta” y “tortillera”, además de las amenazas de suicidio del ex marido que nunca se producían y que provocaban un gran sentimiento de culpabilidad en ella. Alicia relata un episodio en el que su marido simula querer ahorcarse y la culpabiliza directamente. Estos hechos Alicia los relaciona directamente con su salida definitiva.

Alicia en el momento de la entrevista se declara feliz, pero al igual que el posicionamiento de persona liberada es muy precario e inconexo. La mujer posiciona a su padre como maltratador y a su madre como maltratada. Es decir, para Alicia su situación ha reproducido la que ha vivido en su entorno familiar. De hecho, la madre, según la mujer, ha intentado convencerla en varias ocasiones a que espere a ver si la situación mejora o el ex marido cambia. La voz de la madre (V1) aparece varias veces en estilo directo sugiriendo a Alicia que aguante más tiempo a ver si la situación mejora. Un aspecto a señalar es que Alicia observa en la conducta de algunos yernos atisbos de maltrato y muestra preocupación por ello. Se encuentran algunos enunciados que muestran alguna reflexión al relacionar su situación con la vivida en su familia y con la educación de su madre, a la cual califica como

“muy atrasada”. Unido al posicionamiento de maltratada encontramos uno de “delicada”, “enferma”, como si llevara el “sufrimiento en la sangre”.

La mujer relata tres episodios en los que los sentimientos de culpa han sido muy intensos. Al ser culpada por un agente de la Guardia Civil de “abandonar a su marido”, por ser acusada por su ex marido de ser amiga “de una lesbiana” y por hacer que su ex marido “se vaya a ahorcar”. En este episodio aparece claramente la voz del ex marido (V2), en estilo directo responsabilizando a Alicia de su posible suicidio (E12). La voz del ex marido, tanto en la historia de Alicia como en las historias de otras mujeres, aparece mayoritariamente en episodios en los que Alicia sufre de sentimientos de culpabilidad. Es decir, podríamos decir en episodios de maltrato psicológico y no tanto durante la descripción de maltrato físico. Además Alicia expresa durante la entrevista preocupación por entorpecer las relaciones de pareja de sus hijas con sus maridos.

El conflicto nuclear del relato de la mujer se sitúa entre el posicionamiento de mujer buena, trabajadora, que ha criado a sus hijos y el posicionamiento de mujer que ha decidido irse de su casa, huir del lado de su ex marido. De hecho, los numerosos episodios de maltrato narrados sirven para mostrar que la mujer ha aguantado hasta el final, que más que elección suya ha sido una consecuencia irresistible de los hechos. Debido a este conflicto, Alicia no describe explícitamente su conducta de abandonar su hogar como una decisión producto de la agencia personal tal y como se lo sugiere una y otra vez la entrevistadora. Además, en diversos enunciados la mujer entrevistada muestra preocupación por la imagen que da a sus vecinos.

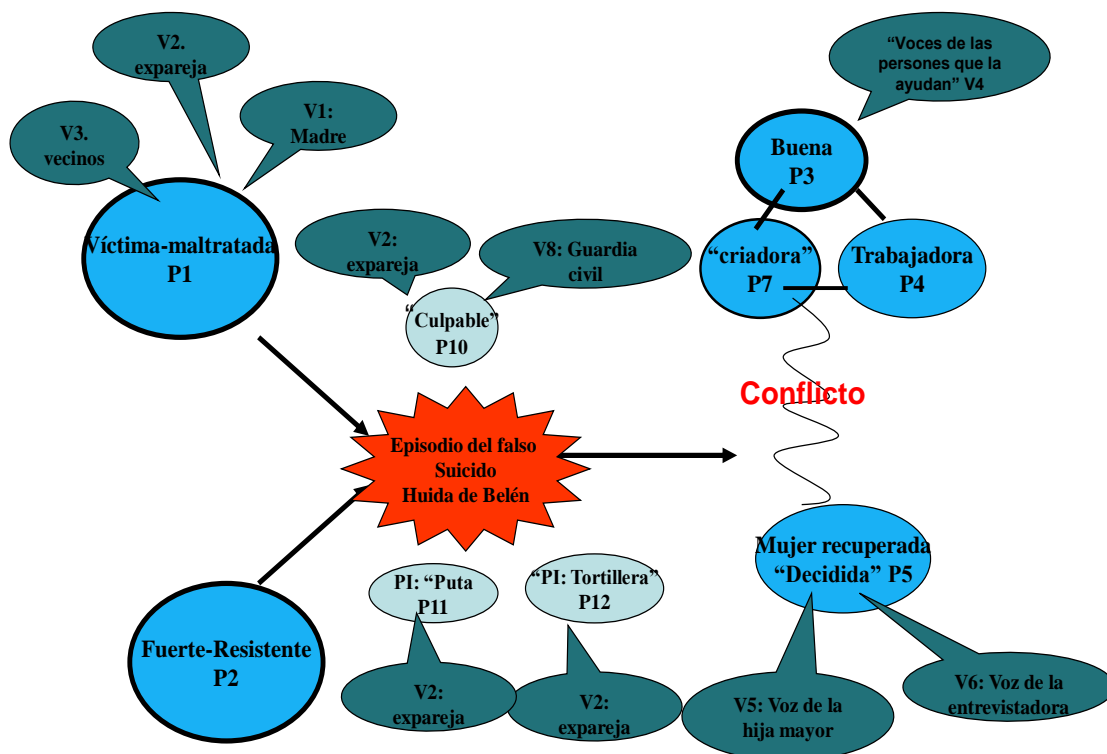
“Pues yo estoy convencida que tú vas a ir pa'lante, pero vamos, echando chispas, ya lo estás”

“Yo quiero... Hombre yo si, yo y y mira, y que voy a ir derecha, no voy a ir, “pues ahora me he quitado al marido de lo alto, ahora le voy a hacer yo esto o aquello” ¡No! Voy a ir derecha para que mis niños vayan con la cabeza bien levantada, para arriba siempre han ido.”

De este modo, de alguna forma Alicia consigue conciliar el posicionamiento como buena mujer-trabajadora y el posicionamiento de mujer

“liberada” que ha “tomado una decisión”. Este último posicionamiento es necesario que sea justificado continuamente ante los valores culturales dominantes, que se reflejan en las voces de algunas personas que domina su contexto social.

Esquema de la entrevista y del viaje de Alicia



Interpretación del Esquema

En este esquema se observa en primer lugar los posicionamientos más frecuentes durante la entrevista, que, aunque parecen contradictorios, si los analizamos con los significados de Alicia son totalmente compatibles. Son los de mujer “maltratada” y mujer “fuerte”. El sistema que conforman estos dos posicionamientos entra en crisis a partir del episodio de la simulación del suicidio de su ex pareja y una serie de hetero-posicionamientos manifestados a través de la voz de la ex pareja que son intolerables para Alicia: los hetero-posicionamientos de “tortillera” y “puta”. De esta situación de crisis surge el posicionamiento como “mujer recuperada” que toma la decisión de separarse de su pareja. Este posicionamiento está fuertemente apoyado por las voces de la entrevistadora y la hija mayor. El conflicto aparece a medida que se va desarrollando la entrevista entre el posicionamiento de mujer “recuperada” y un conjunto de auto-posicionamientos con un fuerte valor para Alicia. Son los posicionamientos de “buena”, “criadora” y “trabajadora”.

Cuadro de posicionamientos, voces y extractos de discursos de Alicia.

Posicionamientos (P)	Otras Voces (V)	Contenidos (Extractos del discurso) (ER=Extractos de Alicia) (EE=Extractos de la Entrevistadora)
P1. Víctima-Maltratada	V1. Voz de su madre, V2. Voz del ex marido, V3. Voz de los vecinos”	E1: “Chiquilla, porque ya ya me pegaba palos, me pegaba”. E2: “Mira, aquí tengo la cicatriz en la frente, de pegarme así de porrón” . “Era el dueño él, pues noo no pillaba yo ni un duro”, “me dejó otra vez embarazá, violándome”. “decía “(madre) <u>anda, a ver si se pone un poquito más bien</u> , venga, a esperar otra vez ese poquito”
P2. Fuerte+ Resistente		E3: “Mi fuerza, la fuerza que yo tengo que digo “no, no , no” porque yo soy una persona alegre”
P3. Buena	V4. Voces de personas que la ayudan	E4: “Yoo, te lo puedo agarantizar, yy si hay alguien buena, en esta vida, más que yo, es la que está arriba () es la virgen” E5: “yo nunca le he dado un a la gente, ma pegado y si se han enterado, por los follones que él ha metido, pues tiene un pase, pero yo no he ido fulanita mira lo que me ha hecho”
P4. Trabajadora		E6: “YO si, yo si, hasta embarazada, he ido aa a coger aceitunas, y por alcaparras”, “Ja, ja, más estudia un necesitado que un abogado”
P5. Recuperada-Decidida (Muy andamiado por la entrevistadora)	V5. Voz de su hija mayor V6. Voz de la entrevistadora	E7: “Eso lo decido yo ya. Si. Esa vez lo decidí yo porque yo no, vamos que yo no mandaba ni era dueña de mi ni nada y me quería tener controlá totalmente, yy, entonces po ya, ya me cansé, ¡es que me cansé!”. “Ahora me compro lo que quiero, no tengo dinero, pero me compro lo que quiero”. EE1: “Y esa segunda vez que te fuiste, que fue la definitiva” EE2: “Tu recuerdas que es lo que pasó esa vez para que tu dijeras hasta aquí llegamos”
P6.Delicada		E8: “y yo siempre he sido yo no sé, por lo que sea, siempre he sido muy delicada”

P7. Criadora		E9: “Después, después de mis de miis 7 nietos, a criado a nietos, o sea, mis 7 hijos, he criado a nietos también, por lo menos a 3 o 4 nietos, los he sa, los he hecho casi hombres”
P8. Sufridora desde nacimiento	V1.Voz de la madre	E10: “yo iba con la sangre enreda mala, Porque mi madre con las penas de de 5 niños criándolos, mi padre con el miedo de una guerra”
P9. Enamorada	V2. Voz del ex marido	E11: “Poor porque ya me enamoré de él, me vine de Sevilla”
P10. Culpable	V2. Voz del ex marido V8. Voz de la Guardia civil	E12: “me decía ¡“tu tienes la culpa de que yo un día coja un cordel yy me ahorque”!
P11. Puta	V2. Voz del ex marido	E12: “Hombre quee que era una puta y quee, y que eraa, me <u>juntaba con una mujer de mi calle, que es un poquito lesbiana</u> ”
P12Tortillera	V2. Voz del ex marido	E13: “po yo era tortilleera, con el perdón de la palabra, y toas esas cosas”

5.3 ROSA: “LA MUJER FUERTE Y RESOLUTIVA”

Esta historia de maltrato contada por Rosa se caracteriza por la aparición de cuatro posicionamientos fundamentales: el de víctima (posicionamiento 3=P3), el de mujer fuerte y resolutiva (P5), el de madre responsable (P4) y el de mujer trabajadora (P2). Estos posicionamientos aparecen distribuidos por toda la entrevista y van permitiendo a Rosa contar la historia de su maltrato, así como presentar los razonamientos, reflexiones y hechos vitales que la condujeron a ir tomando ciertas decisiones que concluyeron con su “*necesidad de abandonar al ex marido y acabar con todo*”. Al adoptar dichos posicionamientos, Rosa elabora ciertas reflexiones, lo que no significa que la narración, en su conjunto, se caracterice por la presencia mayoritaria de un yo reflexivo. Más bien, podríamos decir que lo que caracteriza esta entrevista es la presencia mayoritaria de un yo revivido gracias al uso prioritario que hace del estilo directo para presentar las voces de los personajes fundamentales en esta historia. Voces como la de ella misma o la de su ex marido (voces 1= V1, V3, V6, V9, V14, V18, V20, V21 y V24) y su hermana (V7, V11 y V17) que aparecen constantemente en su discurso, ya sea como agentes directos de los enunciados, sujeto de la enunciación, o como personajes implicados en los enunciados, sujeto del enunciado.

La presencia mayoritaria de la voz de su ex marido es justificable en cuanto que ésta es usada por Rosa de modos diferentes, tanto para recrear y ejemplificar la violencia sufrida (ver por ejemplo extractos de Rosa = ER como ER4, ER9 y ER1), como la voz ante la cual reaccionar para construir un posicionamiento diferente y frecuentemente contrario del usado por su ex marido para definirla (ver por ejemplo extractos como ER32 o ER33). La voz de su hermana es la otra voz más significativa en la historia contada por Rosa. Ésta es usada frecuentemente en el discurso como la que representa el alter ante el que construye sus razonamientos o elaboraciones (ver por ejemplo extractos como ER20 o ER22). Además, ésta es la única voz que aparece en los momentos en los que Rosa se refiere al apoyo social que tuvo durante todos los años de maltrato y en el día concreto que decide huir con su hija de su casa (ver ER21). Es importante resaltar que la figura de su hermana es

siempre referida con agradecimiento (ver E23). Frente a su decisión de no apoyarse en “*psicólogos*” o en “*medicinas*”, sólo le quedó ella.

Aunque no sean tan frecuentes, podríamos señalar otros posicionamientos ya que son también claves para entender la historia de maltrato de Rosa y para entender como salió de ella. Nos referimos a posicionamientos como los de Mujer recuperada (P1), Hija (P6), Hermana (P7), Mujer asustada (P8), Esposa sumisa (P9), Mujer mala (P10), Mujer buena (P11), Mujer querida (P12). En éstos también se presenta de modo prioritario la voz de la hermana y especialmente la voz del ex marido. De modo coherente con lo expresado con anterioridad, podemos observar cómo tanto en los posicionamiento que reflejan una visión más positiva o activa de Rosa, con mayor control de sus vidas (mujer recuperada -P1-, trabajadora -P2-, fuerte -P5-, madre -P4-, buena -P11-, o querida -P12-), en los que reflejan una visión de ella misma más negativa o pasiva (sumisa -P9- y mala -P10-), como en los que se refleja la situación de maltrato de modo más evidente (víctima -P3-, mujer asustada -P8-), aparece siempre omnipresente la voz del ex marido. En los últimos como la voz a través de la cual se articula el posicionamiento, en los segundos como voz que recrea y ejemplifica la violencia y en los primeros, como ya argumentamos, como voz ante la cual reacciona Rosa para construir un posicionamiento diferente al usado por su ex marido para definirla.

En relación a la adopción de posicionamientos por parte de Rosa, el análisis de la entrevista ha revelado un dato de especial importancia. Nos referimos a cómo en los posicionamientos previamente definidos como los que otorgan una mayor agencia a Rosa existe otra voz, que en cierto modo podríamos decir que ayuda o incluso a veces es responsable de los posicionamientos adoptados. Así podríamos comprobar cómo la entrevistadora empatiza con la entrevistada de tal modo que no sólo apoya y refuerza una perspectiva de ésta como mujer recuperada (V2, ver EE1), trabajadora incansable (V4, ver EE2), madre responsable (V10, ver EE3), mujer fuerte y resolutiva (V13, ver EE4) o mujer querida (V26, ver EE5), sino que en algunos casos la define de tal modo antes de que ella misma se defina o se posicione de tal manera (ver EE1 o EE4). En este sentido, hemos observado que la entrevistadora lo hace o bien elaborando una conclusión, a partir de ciertos

enunciados proferidos por Rosa, que enjuician y generalizan el significado de los signos presentes en el discurso de Rosa (como en EE2, EE3, EE4), o a través del modo en el que la entrevistadora formula sus propias preguntas, en las que aparece manifestado el posicionamiento al que Rosa posteriormente se adscribe (como en EE1 y EE5). En este sentido, la propia entrevista podría definirse como un acto terapéutico. Como una situación o escenario que facilita el proceso de recuperación o reconstrucción de la identidad personal de Rosa.

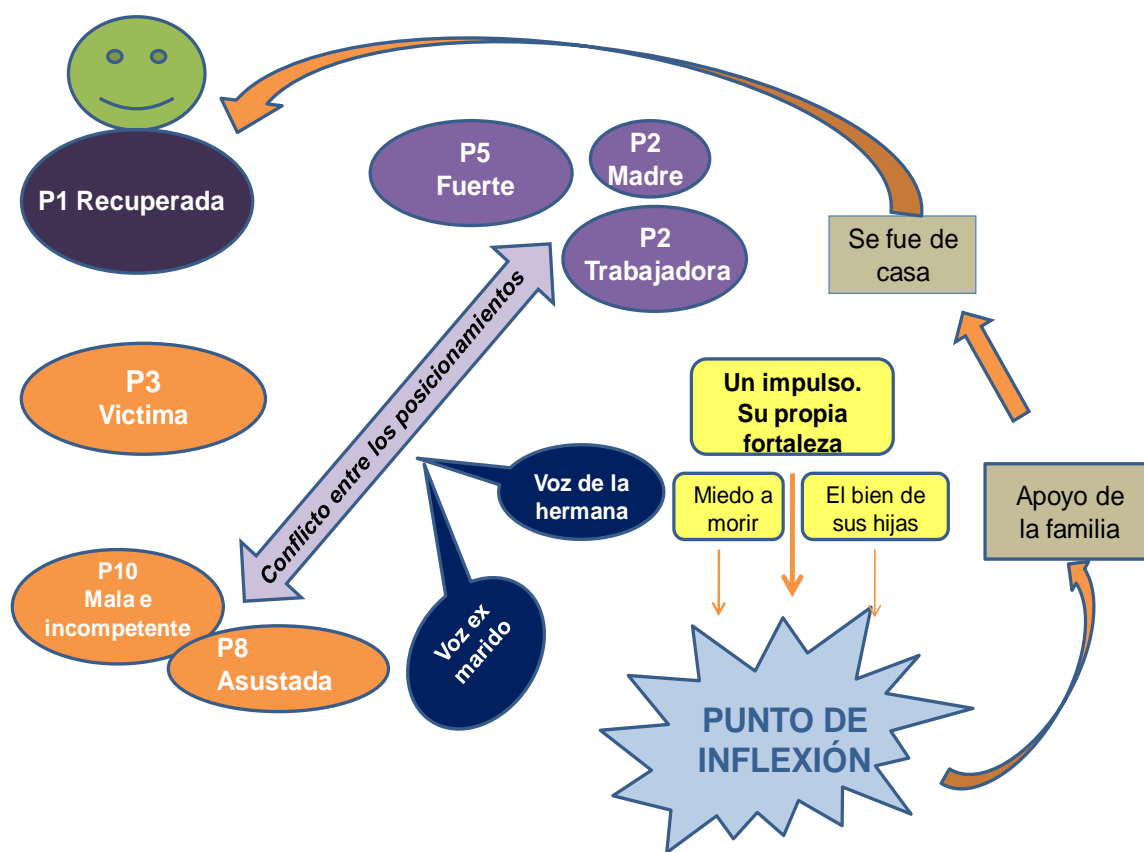
En relación con las voces a través de las cuales se articulan los diferentes posicionamientos (ya sean como creadoras de éstos o como ante las cuales se construyen), por último, hemos de comentar que en la generalidad de los posicionamientos referidos, además de las voces citadas aparecen otras voces que nos refieren la trama o red social que o bien fueron testigos de los actos de violencia (compañeras de trabajo –V5-, las hijas -V8-, los amigos del ex marido –V12-, los vecinos –V27-) o bien se constituyeron en el apoyo social de Rosa en su proceso de recuperación (la madre –V15, V22-, el padre –V16, V23- y la nueva pareja -V25-).

Gracias a los posicionamientos adoptados por Rosa para definirse a sí misma, a aquellos que le otorgan los otros/as, así como a las voces a través de las cuales unos/as y otros/as se recrean y ejemplifican en el discurso, podemos hacer una fotografía de la historia de maltrato narrada en la entrevista realizada. En esta historia de más de 20 años de humillaciones y agresiones existe un punto de inflexión, un momento de ruptura con dicha vida, un día en el que, según Rosa, *“ella no piensa nada, sólo siente pánico por su vida y la de su hija,”* lo que hace que sienta un *“fuerte impulso”* que unido a su *“gran fortaleza”* le conducen en decir: *“L., recoge tu ropa y la metes en bolsas de basura que ya estamos fuera de la casa. Que tu padre es capaz de matarnos”*. Así, estas ideas y sentimientos (el miedo a morir, el bienestar de su hija y sobre todo, su impulso y gran fortaleza) se convierten en los hechos trascendentes que unidos a la existencia de una red social que la apoya, desencadenaron que Rosa decidiera huir de su casa e iniciar el proceso de recuperación o de reconstrucción de su identidad. Evento éste clave en el fortalecimiento de los posicionamientos que reflejan a una Rosa con mayor control de su vida (como los de mujer recuperada o resolutiva) y la apartan de posicionamientos (como

los de víctima, mujer mala e incompetente o mujer sumisa) que poco favorecen su proceso de cambio y transformación.

Esto último nos lleva a describir esta entrevista, además, en función del conflicto entre posicionamientos que la caracteriza. En este caso podríamos decir que la historia narrada por Rosa, como otras, es todo un ejemplo de un conflicto identitario entre una visión de ella misma como “mujer mala”, “incompetente” y “asustada”, tal como la posiciona su ex marido, frente a otra como “mujer trabajadora”, “fuerte y resolutiva”, que surge como reacción a la anterior y en la que ella misma se posiciona. Este conflicto, que recorre todo el “viaje” que va de su pasado como “víctima”, a su presente como “mujer recuperada” y “querida”, relatado en la entrevista, es en el fondo la cuna de la aparición de los demás posicionamientos que podríamos decir que se alinean a un lado u otro de los polos del conflicto. Las emociones que genera este conflicto son un fuerte sentimiento de “injusticia” y de “rabia”. En definitiva, lo que ella expresa en distintos momentos de la entrevista diciendo “*no me lo merezco*”. La rabia y desesperación con la que vive tal injusticia, podría explicar que, como consecuencia, los posicionamientos de “mujer trabajadora” y “fuerte y resolutiva” sean constantemente evocados, y que, además, se presenten con gran emotividad y con gran lujo de detalles. Por ello, creemos que no vamos muy lejos en nuestro nivel interpretativo si consideramos que son precisamente estos posicionamientos la base sobre la que se construye su nuevo posicionamiento, su nueva identidad, de “mujer recuperada”.

Esquema de la entrevista y del viaje de Rosa



Interpretación del Esquema

Rosa se define en la actualidad como una mujer recuperada. Hasta llegar a este punto ha vivido como víctima de maltrato un fuerte conflicto entre, por una lado, verse a sí misma como una mujer incompetente y asustada, posicionamientos contruidos fundamentalmente por la voz de su ex marido, y, por otro lado, considerarse como una mujer fuerte, trabajadora y madre responsable, posicionamientos articulados gracias a la voz de su hermana y al contrapunto de la voz de su ex marido. Tal conflicto llega a un punto de inflexión generado por un fuerte miedo a morir y el tener que cuidarse por el bien de sus hijas, y que pudo resolverse gracias a su gran fortaleza. Tal situación, gracias al apoyo familiar, desencadenó su huida de casa, lo que es considerado el final de verse a sí misma como víctima y empezar a verse como mujer en proceso de recuperación de su propia identidad.

Cuadro de posicionamientos, voces y extractos de discursos de Rosa

Posicionamientos (P)	Otras Voces (V)	Contenidos (Extractos del discurso) (ER=Extractos de Rosa) (EE=Extractos de la Entrevistadora)
P1. Mujer Recuperada	V1. Voz del ex marido V2. Voz de la entrevistadora	<p>EE1. "... me gustaría que me contases cómo has conseguido tú superarlo, cómo has conseguido llegar a recuperarte."</p> <p>ER1. "Yo ahora estoy bien, cada día más contenta de haber hecho esto."</p> <p>ER2. "Ahora estoy arrepentida de no haberlo hecho antes, mucho antes, el mismo día que me violó y me quedé embarazada de mi hija mayor."</p> <p>ER3. "Quiero mucho a esa persona. Esa persona me quiere con locura, pero que cuando yo, vamos eso si lo tengo muy claro, en cuanto vea lo más mínimo... a mí esto no me vuelve pasar más."</p>
P2. Trabajadora	V3. Voz del ex marido V4. Voz de la entrevistadora V5. Voz compañeras trabajo	<p>ER4. "... él me decía <tú te vas porque tienes un sueldo fijo, sino de qué>."</p> <p>ER5. "Yo decía, Rosa no. Tú puedes salir so y bueno si tu llevas toda la vida trabajando, y vas a seguir trabajando, porque es que vas a seguir trabajando, si de todas maneras estás trabajando."</p> <p>EE2. "Tú trabajas en el pan ¿no? repartiendo pan... te levantabas muy temprano en la mañana y trabajabas mucho y..."</p>
P3. Víctima	V6. Voz ex marido. V7. Voz de la hermana	<p>ER6. "... A mí me violó, la primera vez llevaría yo dos años de casá."</p> <p>ER7. "... y si estaba limpiando me pisaba y yo lloraba y a él le daba igual, él me volvía a pisar."</p> <p>ER8. Porque las palizas, te digo, no hacen tanto daño como las humillaciones y las violaciones, cuando estábamos en la cama me decía que parecía una muñeca hinchable y después... me echaba a patas de la cama."</p>

		ER9. "...me decía <te voy a cortar el cuello, cuatro veces el coche por lo alto. A dónde tú vas a ir no se sale, pero yo salgo en tres o cuatro años. Pocas matan, tenían que matar más."
P4. Madre responsable	V8. Voz de la hija V9. Voz del ex marido V10. Voz de la entrevistadora V11. Voz de la hermana	ER10. "SI porque yo por mis hijas he aguantado () mucho." ER11. "... a él no le importaba que yo no tuviera dinero, ni que mis hijas no tuvieran dinero, yo tenía que coger y este pan para este queso y este queso para este pan." ER12. "... yo decía <vivo porque tengo que vivir, porque tengo una hija y tengo que luchar por ella>." EE3. "entonces las niñas... todo lo de ellas era para ti ¿no?"
P5. Mujer fuerte/resolutiva	V12. Voz de los amigos V13. Voz de la entrevistadora V14. Voz del ex marido	ER13. "Yo creo que era que la gente le decía <Ay qué mujer más capaz tienes y que apañá.>" EE4. "... con lo cual la casa, las niñas y además el trabajo, todo lo llevabas tú para adelante." ER14. "Yo decido que esto se ha terminado, que yo me separo y además se lo dije <mira no me amenes más, mátame, prefiero estar muerta antes de estar contigo>." ER15. "... si esta casa va para adelante, porque yo sola la estoy sacando para adelante." ER16. "te viene abajo y me digo, Rosa tú pa arriba, tú pa arriba."
P6. Hija	V15. Voz de su madre V16. Voz del padre	ER17. "... me pegó un palizón, mi madre, estaba operá de corazón, el médico no quería que se le dieran disgustos... y yo cogí, y me eché maquillaje. Ella se dio cuenta de que <Tienes los ojos morado" < Eso es pintura mamá>." ER18. "Mi padre nada más vivía para mi madre y para estar pendiente de nosotros." ER19. "Mi madre estaba enferma y mi padre nos bañaba y todo como si fuese mi madre."

P7. Hermana	V17. Voz de la hermana	<p>ER20. “Mi hermana era la que sabía y me decía <yo no te puedo obligar a nada, pero es que, si te vas, te va a matar y si no te vas, también, no te puedo decir lo que hacer hermana>, eso me decía.”</p> <p>ER21. “En ese momento, muy nerviosa, muy mal, muy asustad,... Llamé a mi hermana y le dije que consiguiera la llave de la casa a la prima, la casa sin arreglar, sucia, sin nada y mi hermana lo consiguió.</p> <p>ER22. “... cuando me fui mi hermana me compró mandaos, porque yo no tenía dinero para nada.”</p> <p>ER23. “Me ha ayudado, mi hermana, mucho, mucho, mucho, mucho, eso vamos, yo no tengo con que agradecer a mi hermana.”</p>
P8. Mujer asustada	V18.Voz del ex marido V19. Voz de la hija	<p>ER24. “Para ir a trabajar yo me levantaba a las 4 de la mañana descalza, para que no me escuchase, y me metía en el cuarto de baño y me echaba un poco de colonia y ya me chillaba.”</p> <p>ER25. “Nos acostábamos vestías con el bolso debajo de la cama, las llaves y el móvil, debajo de la cabecera, ni podíamos cenar porque nos ponía como un trapo, nos acostábamos y llegaba insultándome y la niña decía <vámonos de la casa>.”</p> <p>ER26. “Yo llevaba mucho tiempo queriéndome separar, pero tenía pánico, él me tenía... que vamos si lo echaba de la casa, él sin antecedentes entraba por una puerta y salía por otra, que él se saltaba la orden de alejamiento y decía que me mandaba al cementerio.”</p>
P9. Esposa/novia/ sumisa	V20. Voz del Ex marido	<p>Er27.”Yo no hacía nada. Me quedaba callada...”</p> <p>ER28. “Yo no podía decir nada, yo no podía abrir la boca.”</p> <p>ER29. “... yo le hablaba de cualquier problema y él no quería saber na. <¡¡Para eso entro yo en la casa, para que tú me digas...?!> Cogía la puerta y se iba otra vez. Yo no podía hablar con él.”</p>

<p>P10. Mala mujer, madre y esposa e incompetente</p>	<p>V21. Voz del Ex marido</p>	<p>ER30. "... yo no servía para nada, yo lo hacía todo mal."</p> <p>ER31. "... yo era una fulana y yo estaba con mis compañeros del trabajo, yo estaba con todos los hombres."</p> <p>ER32. "bueno mi hija se quedó embarazada con 15 años y yo tengo la culpa de que mi hija se quedara embarazada. Yo tengo la culpa de todo, de todo, de todo."</p>
<p>P11. Mujer buena/inocente/sin maldad</p>	<p>V22. Voz del padre V23. Voz de la madre</p>	<p>ER33. "... una inútil no soy, mala madre, no soy, tampoco, porque yo, mi hija se quedó embarazada y le crié el niño."</p> <p>ER34. "yo no tenía maldad, porque en mi casa yo no he visto una mala voz, mi padre lo primero que hacía al levantarse era darle un beso a mi madre."</p> <p>ER35. "... yo decía <bueno, Rosa, si tú no has hecho nada malo, nada más que seguir para adelante y vivir> porque es que yo es que no podía vivir ya, yo es que no podía vivir allí en esa casa."</p>
<p>P12. Mujer querida</p>	<p>V24. Voz del ex marido V25. Voz de su nueva pareja V26. Voz de la entrevistadora</p>	<p>ER36. "Yo no sabía lo que era una caricia, yo no sabía nada. Es una persona que está pendiente de mí, que es que todavía me llama todas las mañanas para ver cómo estoy, cómo estoy."</p> <p>ER37. "Una persona, que tengo cualquier problema y nada más es hablar a ver la solución que se le da. Para darme su apoyo."</p> <p>ER38. "... ahora estoy viviendo, estoy viviendo... estoy viviendo, pero, ya te digo, y todavía el acercarme a él mece ponen los vellos de punta y yo decía <bueno eso qué es>, es que yo no sabía lo que era eso."</p> <p>EE5. "... yo estoy convencida de que vas a, que has aprendido mucho, eres una mujer muy fuerte, yo, me consta, y que te va a ir todo fantástico con ese hombre que tanto te quiere y te respeta..."</p>

5.4 ELENA: “LA MAESTRA Y DIRECTORA”

Esta historia de maltrato contada por Elena se caracteriza por la aparición de cinco posicionamientos fundamentales: el de mujer recuperada (posicionamiento 1=P1), el de maestra, directora y profesional (P2), el de mujer apoyada y valorada tanto institucionalmente como familiarmente (P4), el de madre responsable (P5) y el de mujer independiente y concienciada de la existencia de discriminación por cuestiones de género (P3). Estos posicionamientos aparecen distribuidos por toda la entrevista y van permitiendo a Elena contar su proceso de adquisición del control de su propia vida, más que una historia de maltrato. Aunque ésta es también referida, parece ocupar un segundo plano en su relato. Dichos posicionamientos, entre otros, además le permiten a Elena presentar los razonamientos, reflexiones y hechos vitales que la condujeron a que un día sintiese “... *que había llegado un límite y que yo tenía que tomar decisiones, y sobre todo que tenía que ser valiente*” (ver extracto de Elena 43=EEL43). Eventos que le llevaron a decirle a su ex marido “... *que se acababa, que no iba a consentir que le pusiera una mano encima a mi hija, ni que la tratara como... como la estaba tratando*” (ver EEL44).

Una de las características del relato de Elena es que cuando adopta dichos posicionamientos, y en general en todos los presentados, constantemente, y a lo largo de toda la entrevista, elabora reflexiones y razonamientos sobre los eventos que describe. Algunos referidos al momento en el que transcurrieron los hechos, pero la mayoría son reflexiones elaboradas a posteriori, con las que evalúa, en el presente, el pasado acaecido. Ello, y la escasa utilización del estilo directo en sus enunciados, nos lleva a pensar que esta narración, en su conjunto, se caracteriza por la presencia mayoritaria de un yo reflexivo. Un yo reflexivo en el que se ven reflejados dos tipos de voces y distintos niveles de explicitud de las mismas. Así, en estos posicionamientos, como en otros, se articulan a través de voces más implícitamente referidas y que a su vez, son voces más genéricas, como la voz de la gente (voz 2=V2, V17, V26, V46), la de la mujer (V11, V12, V22, V27, V42), la de las compañeras-amigas de trabajo (V16, V25, V38, V41, V42, V48). También se hace referencia a voces institucionales, si se quiere, como las voces de instituciones políticas (V4, V10, V28, V29), de instituciones educativas (V9,

V10, V37, V45, V48), de instituciones religiosas (V14, V31), de la institución familiar (V5, V33). O incluso, se alude a las voces de la cultura o la tradición en general (V14, V32).

Ello no significa que no existan ejemplos de un yo revivido, en estos y otros posicionamiento, fácilmente percible gracias al uso del estilo directo, a través del cual se presentan las voces de los personajes concretos fundamentales en esta historia. Voces como la de ella misma o la del ex marido (V6, V19, V24, V30, V34, V35, V40, V43, V47), la de la hija y del hijo (V20, V21, V36), o la de la entrevistadora (V1, V7, V39), que aparecen constantemente en su discurso, ya sea como agentes directos de los enunciados, sujeto de la enunciación, o como personajes implicados en los enunciados, sujeto del enunciado. Pero es interesante remarcar que éstas, en su conjunto, son menos frecuentes que las voces más genéricas e institucionales en los posicionamientos referidos.

La presencia mayoritaria de la voz de su ex marido es justificable en cuanto que ésta es usada por Elena, tanto para recrear y ejemplificar la violencia sufrida (ver por ejemplo extractos de Elena=EEL como EEL20, EEL21, EEL22, o EEL23), como la voz ante la cual reaccionar para construir un posicionamiento diferente y frecuentemente contrario del usado por su ex marido para definirla (ver por ejemplo extractos como EEL44, EEL45 o EEL46). La voz de sus compañeras-amigas de trabajo o la de las mujeres en general, son las otras voces más significativas en la historia contada por Elena. Éstas son usadas frecuentemente en el discurso para articular los posicionamientos en los que ella prefiere definirse (ver por ejemplo extractos como EEL7, EEL29, EE42, EEL43 o EEL46) o ante los cuales ha reaccionado en su proceso de recuperación (ver por ejemplo extractos como EEL8, EEL11, EEL40, EEL41, EEL51). Además, éstas últimas son las voces que más frecuentemente aparecen en los momentos en los que Elena se refiere al apoyo social que tuvo durante todos los años de maltrato y en el día concreto que decide irse con sus hijos de su casa (ver por ejemplo EEL12). En estos momentos en los que se alude a los apoyos recibidos son también claves las voces institucionales (ver por ejemplo EEL13 o EEL15).

Aunque no sean tan frecuentes, podríamos señalar otros dos posicionamientos ya que son especialmente claves para entender la historia de maltrato de Elena y para entender como salió de ella. Nos referimos a posicionamientos de víctima (P6) y de mujer sumisa y religiosa (P7). En relación a éstos podríamos decir que resulta como poco curioso que sean menos frecuentes que el de mujer recuperada o apoyada, y de hecho no suelen aparecer si no son de alguna manera requerido o referido por la entrevistadora. En este sentido podríamos decir que Elena parece incluirse de modo preferencial en aquellos posicionamientos que le otorgan una mayor agencialidad o control de su vida (P1, P2, P3, P4, y P5) y apartarse de los que reflejan una visión de ella misma más negativa o pasiva (P6 y P7). Además, y de modo coherente a lo expresado con anterioridad, en éstos se presenta de modo prioritario, y a diferencia de lo que pasaba en los otros posicionamientos, la voz de su ex marido y de las instituciones que sostuvieron que ella “aguantase” y que se presentan como inhibidoras de su deseo de “acabar con todo”, nos referimos al peso de la tradición o cultura y de la religión. Siendo, en definitiva, estas voces las que representaban el alter ante el que tuvo que reaccionar y enfrentarse para tomar la decisión que le hizo abandonar a su ex marido.

Por último, existe otro conjunto de posicionamientos que si bien son más periféricos en esta historia, resultan imprescindibles para entender los conflictos experimentados durante la historia de maltrato, así como para acceder a la comprensión del proceso de toma de decisiones. Nos referimos a posicionamientos como los de cabeza de familia (P8), esposa o madre de él (P9), amiga (P10), positiva y romántica (P11), fuerte, valiente y rebelde (P12), diplomática y conciliadora (P13) y culpable y fulana (P14).

De modo coherente con lo expresado con anterioridad, y como en todas las entrevistas analizadas, podemos observar cómo tanto en los posicionamiento que reflejan una visión más positiva o activa de Rosa, con mayor control de su vida (mujer recuperada -P1-, madre responsable -P5-, cabeza de familia -P8-, madre de él -P9-, fuerte -P12), como en los que se refleja un papel más pasivo (sumisa -P7- y positiva y romántica -P10-), como en los que se refleja la situación de maltrato de modo más evidente (víctima -

P6-, culpable, mala o fulana –P8-), aparece siempre omnipresente la voz del marido. En los últimos como la voz que construye el posicionamiento, en los segundos como voz que recrea y ejemplifica la violencia y en los primeros, como ya argumentamos, como voz ante la cual reacciona Elena para construir un posicionamiento diferente al usado por su ex marido para definirla. En relación a la aparición de la voz del ex marido, otro dato de máxima importancia es que ésta no aparece en otros posicionamientos como los de “maestra y directora” (P2), “mujer” (P3), “mujer apoyada” (P4), “amiga” (P10) y “diplomática u conciliadora” (P13). Todos ellos posicionamientos que reflejan una imagen de Elena positiva y con control de su vida y que está sustentada en su propia voz las de sus compañeras y las instituciones políticas y educativas. Estos posicionamientos que reflejan precisamente la imagen de una mujer moderna y actual, son en los que más claramente Elena elabora reflexiones y razonamientos, lo que antes conectamos con el yo reflexivo.

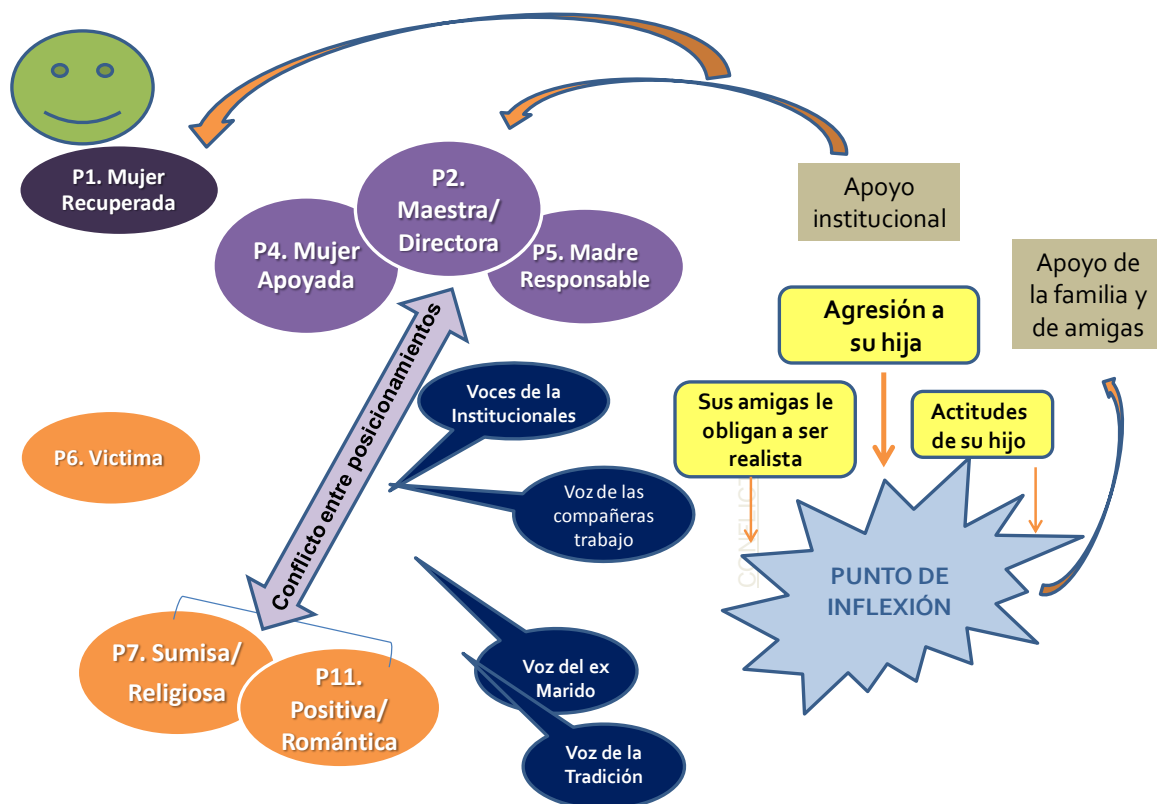
Esto último nos lleva a describir esta entrevista, además, en función del conflicto entre posicionamientos que la caracteriza. En este caso podríamos decir que la historia narrada por Elena, como otras, es todo un ejemplo de un conflicto identitario entre una visión de ella misma como “mujer sumisa y religiosa” y “positiva y romántica”, tal como la posiciona la religión, la tradición y su ex marido, frente a otra como “mujer directora-maestra”, “madre responsable” y “mujer apoyada”, que surge como reacción a la anterior y en la que ella misma se posiciona. Las emociones que genera este conflicto son un fuerte sentimiento de “injusticia”, de “angustia”, de “desamparo”, de “soledad” y de “rebeldía”. En definitiva, lo que ella expresa en distintos momentos de la entrevista diciendo “*yo no hacía más que trabajar y encargarme de todo*” o cuando decía “*yo aguantaba todo y hacía borrón y cuenta nueva*”. El desamparo y la soledad con la que vive tal injusticia, podría explicar que, como consecuencia, los posicionamientos de “directora/maestra”, “mujer”, “madre responsable”, “mujer fuerte y valiente” y “mujer apoyada” sean constantemente evocados, y que además se presenten con gran emotividad y con gran lujo de detalles. Por ello, creemos que estos posicionamientos son el germen sobre el que se construye su nuevo posicionamiento, su nueva identidad, de “mujer recuperada”.

En relación con las voces a través de las cuales se articulan los diferentes posicionamientos, por último, hemos de comentar que en la generalidad de los posicionamientos referidos, además de las voces citadas aparecen otras voces que nos refieren la trama o red social que o bien fueron testigos de los actos de violencia o bien se constituyeron en el apoyo social de Elena en su proceso de recuperación (la madre, las vecinas y la nueva pareja).

Gracias a los posicionamientos adoptados por Elena para definirse a sí misma, a aquellos que le otorgan los/las otros, así como a las voces a través de las cuales unos/as y otros/as se recrean y ejemplifican en el discurso, podemos tener una visión global de la historia de maltrato narrada en su entrevista autobiográfica. En esta historia de más de 15 años de maltratos psicológicos y físicos existe un punto de inflexión, un momento de ruptura con dicha vida, un día en el que su ex marido agredió fuertemente a su hija. Fue justo entonces cuando, según Elena, *“le dije que... que se acababa, que no iba a consentir que le pusiera una mano encima a mi hija, ni que la tratara como... como la estaba tratando.”* Y en esos momentos en el que ya había tomado la decisión de marcharse *“lo que más me..., me hizo tirar para adelante fue el tema de que... que yo esa vida no la quería para mi hija y que si yo mantenía esa situación mi hija iba a sufrir lo mismo que yo, y yo si en un momento dado era capaz de seguir sufriendo hasta el final pero mi hija no, ni que mi hijo eh... aprendiera esas actitudes para con las mujeres con las que se relacionara ¿no? Porque además mi hijo ya empezaba a tener las mismas frases, eso lo haces tú porque eres mujer... y yo veía que ya estaba empezando a dar los mismos pasos para seguir el ejemplo de... de su padre”*. Ello hace que Elena sienta “que el cuerpo le pedía hacer algo” que tenía que ser “valiente”. Así, la agresión a su hija, las actitudes que empezaban a surgir en su hijo y el que sus amigas y compañeras estuviesen siempre intentando que ella adoptase una postura más realista, se convierten en los hechos trascendentes que unido al apoyo que sentía de amigas, familiares e instituciones le condujeron a irse de su casa con sus dos hijos. Tal decisión y, sobre todo, la red social de apoyo en su trabajo le permitieron iniciar el proceso de recuperación o de reconstrucción de su identidad. Evento éste clave en el fortalecimiento de los posicionamientos que reflejan a una Elena con mayor control de su vida (como los de mujer

recuperada, trabajadora, apoyada, madre o mujer) y la apartan de posicionamientos (como los de víctima, mujer mala o mujer sumisa) que poco favorecen su proceso de cambio y transformación.

Esquema de la entrevista y del viaje de Elena



Interpretación del Esquema

Elena se define en la actualidad como una mujer recuperada. Hasta llegar a este punto ha vivido como víctima de maltrato un fuerte conflicto entre, por una lado, definirse como mujer religiosa, positiva y romántica, con los valores que tal perspectiva le otorgan a la mujer, posicionamientos creados y recreados fundamentalmente por la voz de su ex marido y la de la tradición; y, por otro lado, considerarse como una mujer trabajadora, maestra y directora, apoyada familiar e institucionalmente y madre responsable, posicionamientos éstos articulados gracias a la voz de sus compañeras de trabajo y a las de las instituciones educativas y políticas. Tal conflicto llega a un punto de inflexión generado por una agresión a su hija y a la observación de actitudes machistas en su hijo, junto con un sentimiento creciente en ella de quererle a sí misma.

Conflicto que pudo resolverse gracias a los apoyos recibidos por familiares, amigos e instituciones. Lo que permitió marcharse de casa con sus hijos, terminando así su consideración de ella misma como víctima y empezar a verse como mujer que recupera el control de su vida y su propia identidad.

Cuadro de posicionamientos, voces y extractos de discursos de Elena

Posicionamientos (P)	Otras Voces (V)	Contenidos (Extractos del discurso) (E) (EEL=Extractos de Elena) (EE=Extractos de la Entrevistadora)
P1. Mujer Recuperada	V1. Voz de la Entrevistadora V2. Voz de la Gente V3. Voz de la Psicología V4. Voz de de las Instituciones políticas V5. Voz de la Familia V6. Voz del Ex marido	EE1. "... las mujeres, ciertas mujeres habéis sobrevivido y habéis, digamos, os habéis recuperado de una situación de violencia..." EEL1. "Ahora me como el mundo. Y es así. Creerte y tomar conciencia de las capacidades que tú tienes. No de las limitaciones, porque esas te las ponen la gentes. Pero las potencialidades son tuyas, y esas no te las va a quitar nadie." EEL2. "Entonces me siento muy con las riendas, de mi vida. Sé que me puedo equivocar, pero quiero ser yo, la que me esté equivocando." EEL3. "historias y ahora, pues yo dijo no perdona, yo no voy a dejar de ser espontánea, porque el resto del personal crea que es lo suyo. Ni voy a dejar de reírme... y al que le guste bien, y al que no le guste, pues un problema tiene, ¿no?
P2. Maestra/Directora	V7. Voz de la Entrevistadora V8. Voz del Centro V9. Voz de los Delegados, V10. Voz de Consejería V11. Voz de otras Mujeres	EE2." Directora, ¡bien!... En... en infantil y primaria hay muchas maestras como tú." EEL4. "...como que llevo seis años de directora, me muevo en muchos contextos de... delegados, de consejería..." EEL5. "Sí, soy maestra, y directora de un centro, pero vamos soy maestra en principio Por eso lo resalto sino no... no lo diría, porque cuando me dicen profesión yo digo maestra." EEL6. "... me gusta cuando vienes de directora. Pues yo un día que me gusta más ir de directora, pues voy de directora, pero el día que no..." EEL7. El trabajo con... con otras mujeres. El darme cuenta de que venían gente a... a mi vida, o al despacho, en... en situaciones de... de violencia de género, y que yo era

		capaz de detectar esa situación, de... de dar consejos de intervención y cuando yo llegaba a mi casa decía... no lo soy ¿no?
P3. Mujer	V12. Voz de las Mujeres V13. Voz de los Hombres V14. Voz de la Tradición V15. Voz de la Religión	EEL8. "... pero no sé una es tan... tan romántica y tan tonta que cree que las mujeres estamos para ayudarnos unas a otras y que somos más... más sensibles a nuestras... a nuestros problemas y, hay de todo..." EEL9. "... en mi colegio éramos todas mujeres, el grupo directivo eran todas mujeres, y todo el mundo era mujer..." EEL10. "Dudo mucho yo, que muchos hombres se pasen los fines de semana currando frente a un ordenador como curramos las mujeres, pero bueno..." EEL11. "... es un trabajo doble el que tenemos que hacer las mujeres... ¿no? Porque tienes que demostrar que detrás del rubio tintado de bote, número nueve, ahí hay un cachito de cerebro que piensa, que estudia, que trabaja y..."
P4. Apoyada	V16. Voz de las compañeras de trabajo V17. Voz de la Gente V18. Voz de una nueva Pareja	EEL12. "...mis compañeras de trabajo que esas fueron mi... mi apoyo." EEL13. "... sí hay ayuda institucional, hay ayuda psicológica, ayuda de mil cosas, y sobretodo que miren a su entorno más inmediato..." EEL14. "Que de verdad el apoyo y el empuje no son tanto la justicia, el ministerio, ni la consejería de igualdad siquiera. Es tu vecina que a lo mejor no te has dado cuenta, pero que en el momento, llama a tu puerta y te dice <si hace falta que vayas a algún lado, yo estoy aquí>" EEL15. "... sin embargo, tenía todo el apoyo adaptativo de... tanto de la administración como de mi centro..."
P5. Madre responsable	V19. Voz del Ex marido V20. Voz de la Hija V21. Voz del Hijo	EEL16. "... lo que más me..., me hizo tirar para adelante fue el tema de que... que yo esa vida no la quería para mi hija, y que si yo mantenía esa situación mi hija iba a sufrir lo mismo que yo, y yo si en un momento dado era capaz de seguir sufriendo, pero mi hija no."

	<p>V22. Voz de la Mujer</p> <p>V23. Voz de la Psicóloga</p>	<p>EEL17. "... ni que mi hijo eh... aprendiera esas actitudes para con las mujeres con las que se relacionara ¿no? Porque además mi hijo ya empezaba a tener las mismas frases, eso lo haces tú porque eres mujer."</p> <p>EEL18. "Los niños han ido creciendo y ellos han visto que su madre se ha quedado sola, entre comillas, con todo el peso positivo que tiene la palabra soledad, que sigue adelante, que cosas que no sabía hacer, ya sé, ya estoy hecha una casi Mc Giver, eh..."</p> <p>EEL19. "...no quería darle el disgusto a los niños, porque los niños necesitan también de sus padres..."</p>
P6. Víctima	<p>V24. Voz del Ex marido</p> <p>V25. Voz de las Compañeras del trabajo</p> <p>V26. Voz de la Gente</p> <p>V27. Voz de la mujer</p> <p>V28. Voz de la Policía</p> <p>V29. Voz de la Justicia</p>	<p>EEL20. "Pero entonces yo me vestía y tenía que bajar a que él diese el visto bueno de que no llevaba un escote, no llevaba nada provocativo, no... no iba maquillada, y... entonces pues ya podíamos salir."</p> <p>EEL21. "... yo no pudiese llamar nunca la atención de... no solamente físicamente, sino también por el... por el tema de relaciones, estábamos en un grupo y yo no podía intervenir demasiado... siempre había gente que decían, bueno y cuenta, esto ¿cómo tú lo ves? Y... y eso a él no le gustaba."</p> <p>EEL22. "Sé muy bien donde tengo que darte, sé muy bien hasta dónde no tengo que llegar, y... y sé que es lo que, como lo voy a hacer, y además te lo decía ¿no?, mi objetivo es volverte loca, y entonces mi maltrato va a ser psicológico."</p> <p>EEL23. "Entonces él hacía como el que te iba a dar un guantazo y se quedaba a un milímetro de la cara, tú te podías quedar allí temblando... mmm... muerta de... de miedo, pero él no ha llegado a darte"</p>
P7. Sumisa/Religiosa	<p>V30. Voz del Ex marido</p> <p>V31. Voz de la Congregación</p> <p>V32. Voz de la Tradición</p>	<p>EEL24. "Lógicamente yo siempre pedía permiso, ¿puedo? No. Vale ¡Pues no hay nada más que hablar!"</p> <p>EEL25. "yo fui además... eh... religiosa durante cuatro años, no llegué a profesar, pero sí hice toda la formación para entrar en una congregación."</p> <p>EEL26. "Entonces yo en ese momento era, aguantar el tirón y esperar a que mañana</p>

	V33. Voz de la Familia	<p>podiese levantarse de otra manera. Le pedía perdón, yo le pedía perdón a él.</p> <p>EEL27. "...que, que aquí no pasara, no pasara nada, que... que todo fuese bien entonces... yo le pedía perdón ... y bueno, no pasa nada, siempre intentaba, esto no... no es significativo, no es importante, no... no ha pasado nada, borrón y cuenta nueva y yo voy a olvidar lo que ha pasado"</p>
P8. Cabeza de familia	V34. Voz del Ex marido	<p>EEL28. "... de que sea la mujer la cabeza de familia, que es la que trabaja, la que lleva el dinero a casa y..."</p> <p>EEL29. "... lo que estoy haciendo es trabajar más que un mulo porque estoy llevando... llevando la casa, llevando mi trabajo y además pagándote a ti una carrera"</p> <p>EEL30. "... su carrera la... la pagaba yo, no entraban otros ingresos en casa."</p>
P9. Esposa/Madre de él	V35. Voz del Ex marido V36. Voz de los Hijos	<p>EEL31. "... yo ya ahí empecé yo a ser madre de él ¿no? Él me muestra a mí que él está mal en su casa, y entonces yo actúo de... de madre..."</p> <p>EEL32. "Y aquí está la Elena para... para cuidarte y darte todo lo que tú necesites y tú verás como todo sale bien."</p> <p>EEL33. "Tú ¡puedes ir a trabajar un poquito! Lo justo para traer el dinero a casa, pero tú luego eres, ¡para mí! Él se enceló, incluso, cuando nacieron, cuando nació la niña..."</p> <p>EEL34. "Ni hijos, ni trabajos, ni familia, no sé como lo hacen, pero te separan de tus amigos, porque tu ya no tienes que tener amigos, tú teniéndome a mí, si a ti te pasa algo, nada más lo tienes que compartir conmigo."</p>
P10 Amiga	V.37. Voz de las madres de colegio V38. Voz de compañeras de trabajo	<p>EEL35. "Mmm... como maestra... mmm, no..., el contacto que yo tengo con las familias no es de maestra, siempre es de amiga."</p> <p>EEL36. "Las madres me consideran amigas y mis compañeras me consideran amiga, no... En ese... En ese nivel de... de comunicación lo profesional queda... queda"</p>

		<p>aparte ¿no?”</p> <p>EEL37. “... él me ha escuchado, y me llamaban mis amigas, mis amigas son muy heavies, déjate de tonterías...”</p> <p>EEL38. “los niños los endiño con una amiga o lo que sea y me voy sola, (.) a pasear, o me voy con mis amigas, que yo eso si lo tenía muy...”</p>
P11. Positiva/Romántica	<p>V39. Voz de la entrevistadora</p> <p>V40. Voz del Ex marido</p> <p>V41. Voz de sus compañeras de trabajo.</p> <p>V42. Voz de las amigas</p>	<p>EE3. “¡Que eras alegre, vamos!</p> <p>EEL39. “... y todavía había una parte de mí que decía ¿y si cambia? A lo mejor todavía puede cambiar y a lo mejor pues todavía esto puede ser pues lo que yo siempre soñé, perfecto. Porque yo me centraba en los momentos felices”</p> <p>EEL40. “Pero es que yo me acuerdo una vez que yo estuve mala y él me cuidaba, y lo bonito que fue el viaje que hicimos no se cuanto, y la de veces que él me ha abrazado y la de veces que él me ha escuchado, y me llamaban mis amigas, déjate de tonterías.”</p> <p>EEL41. “Quédate con lo malo, piensa ahora en lo malo, tú siempre ves lo positivo... ellas lo que me hacían era espabilarme, en el mejor sentido de la palabra ¿no?, me quitaron un poco de... romanticismo, positivismo.”</p> <p>EEL42. “... porque yo era una persona pues lo que soy ahora, muy... muy espontánea, muy dicharachera... Muy alegre, muy positiva...”</p>
P12. Fuerte/valiente/rebelde	<p>V43. Voz del Ex marido</p> <p>V44. Voz de la Hija</p> <p>V45. Voz de las madres del colegio</p>	<p>EEL43. “viendo que tenía que hacer algo, a mí me pedía el cuerpo que... que había llegado un límite y que yo tenía que tomar decisiones, y sobre todo que tenía que ser valiente.”</p> <p>EEL44. “y le dije que... que se acababa, que no iba a consentir que le pusiera una mano encima a mi hija, ni que la tratara como... como la estaba tratando.”</p> <p>EEL45. “...es cuando digo hasta aquí. Tú a mi... yo a ti te he aguantado... pero ella no, y si ella no tiene ahora mismo la posibilidad de enfrentarse a ti, porque ella mide... uno veinte y tú mides dos metros, yo sí. Entonces físicamente me... me subí a tres</p>

		<p>escalones...”</p> <p>EEL46. “Y... y le dije que efectivamente tarde, pero que me había enamorado, y que de la persona que me había enamorado era de mí.”</p>
P13. Diplomática/Conciliadora	V46. Voz de la Gente	<p>EEL47. “Sale la parte diplomática, la parte:: dialogante y conciliadora y le digo que tenemos que hablar.”</p> <p>EEL48. “Entonces, como que aquí está una para cuando tú lo necesites, porque eso sí, yo siempre soy muy diplomática, si alguna vez tienes un problema, tú me llamas...”</p>
P14. Culpable/Mala/Fulana	<p>V47. Voz del Ex marido</p> <p>V48. Voz de los/las compañeros/as</p> <p>V48. Voz de Delegados</p>	<p>EEL49. “... porque yo para él estaba liada con todo el mundo, incluida con mis compañeras... yo ya tenía relaciones pues con mis compañeros, con mis compañeras, con los delegados, con las consejeras, con todo el mundo.”</p> <p>EEL50. “... como yo, además era tan entrante, pues todos los hombres con los que yo me relacionaba, seguro que lo que estaban pensando era que se querían acostar conmigo.”</p> <p>EEL51. “¡Tú te sientes culpable! Tu estas allí como, como a la que ¡como a la que van a juzgar es a ti!</p>

6. CONCLUSIONES

En este capítulo hemos analizado los relatos de las mujeres que han participado en nuestro estudio sobre cómo han ido reconstruyendo sus identidades personales después de sufrir violencia de género por parte de sus ex parejas. Nuestro análisis se ha basado en los conceptos de posicionamiento y voces. Para concluir el capítulo queremos comenzar haciendo un resumen de los posicionamientos (tanto hetero-posicionamientos como auto-posicionamientos) predominantes en cada una de las entrevistas, estableciendo semejanzas y diferencias entre dichos posicionamientos y el modo en que se van presentando en las entrevistas. A continuación haremos algunas reflexiones sobre la forma en que las distintas voces presentes en las entrevistas articulan/sirven para articular los posicionamientos. Seguidamente, nos detendremos en dos cuestiones que tienen a nuestro juicio un gran interés para comprender el proceso de reconstrucción de las identidades en estas mujeres. En primer lugar, nos referimos a la eventual existencia de puntos de inflexión, de momentos en los que las mujeres deciden y logran cambiar la situación en la que se encuentran. ¿Qué experiencias o qué factores las llevan a romper con el agresor y tomar un camino diferente? La segunda cuestión es el papel que juega el apoyo que proporcionan otras personas (familia, amigas/os). Finalmente, presentaremos conclusiones generales sobre el proceso de reconstrucción de identidades en mujeres que han sido víctimas de violencia de género.

6.1 POSICIONAMIENTOS PRINCIPALES/CONFLICTOS NUCLEARES

Los principales posicionamientos que adoptan las mujeres de nuestro estudio en sus relatos se presentan en la forma de conflictos entre una manera de posicionarse (normalmente, hetero-posicionamientos) como víctimas o incluso como responsables/culpables de la situación y otros posicionamientos (normalmente auto-posicionamientos) como mujeres empoderadas que han superado o están superando la situación de violencia. En las cuatro entrevistas hemos observado esta clase de conflictos que están en el núcleo de la construcción identitaria de las participantes. No obstante, la manera en que se

produce y la naturaleza concreta de los posicionamientos implicados varía de unas entrevistas a otras.

En el caso de María, el núcleo de la entrevista reside en el conflicto identitario que surge de la dificultad para integrar los posicionamientos de “Experta” y “Víctima”. ¿Cómo explicar que ella, a quién todo el mundo (y ella misma) atribuye la condición de mujer fuerte y de experta en temas de violencia de género por su profesión, terminó siendo una víctima? María utiliza el estilo directo para enfatizar la imagen de los otros de la “María la guay” en contraste de la María la víctima. En su caso podemos decir que este conflicto no termina de resolverse, de modo que a nuestro juicio María puede ser la participante que se encuentra en una fase menos avanzada de su reconstrucción identitaria

En los casos de Alicia y Rosa encontramos un conflicto entre los posicionamientos que ellas realizan como “mujer trabajadora”, “fuerte y buena”, “que cumple con sus deberes” y como “madre y esposa”, frente a los hetero-posicionamientos (realizados sobre todo por el ex marido, pero también por otras personas (como la gente o los vecinos en el caso de Alicia), de mujer mala, incompetente y asustada. Así, a Alicia este auto-posicionamiento como mujer fuerte, trabajadora, capaz de cuidar y sacar adelante a sus hijos y nietos y de esposa que ha cumplido con su deber con respecto al marido (incluso soportando la violencia en silencio) le da legitimidad para “tomar una decisión” y romper con él, frente a las exigencias de la moral dominante en su contexto social. Rosa, por su parte, relata en la entrevista el conflicto entre el hetero-posicionamiento (realizado por su ex marido) de “mujer mala”, “incompetente” y “asustada” y los auto-posicionamientos de “mujer trabajadora” “fuerte y resolutiva”, que surge como reacción a los anteriores. La resolución de este conflicto le permite pasar también de un auto-posicionamiento en el pasado como víctima al de mujer recuperada y querida en el presente. Este posicionamiento, por otra parte, se construye sobre los de mujer trabajadora y resolutiva.

Finalmente, la historia narrada por Elena es un ejemplo de conflicto identitario entre una visión de ella misma como “mujer sumisa y religiosa” y “positiva y romántica”, tal como la posiciona la religión, la tradición y su marido, frente a otra como “mujer directora-maestra”, “madre responsable” y “mujer apoyada”, que surge como reacción a la anterior y en la que ella misma se

posiciona. Este conflicto, que recorre todo el “viaje” que va de su pasado como “víctima” y a su presente como “mujer recuperada” y “apoyada”, relatado en la entrevista, es en el fondo el origen de la aparición de los demás posicionamientos, que podríamos decir que se alinean a un lado u otro de los polos del conflicto.

6.2 VOCES Y POSICIONAMIENTOS

En este apartado nos vamos a referir al modo en que las voces que aparecen en los relatos de nuestras participantes sirven para articular los posicionamientos adoptados.

Las voces que aparecen en el relato de María son, aparte de la del maltratador y del psicólogo (que en este caso sirvió para legitimar la violencia), las de la familia/su hermana y de amigas que la animan a romper con el maltratador y actúan como factores de empoderamiento. Finalmente, el conflicto entre los auto-posicionamientos de experta y mujer fuerte, por un lado, y el de víctima, por otro, del que hemos hablado más arriba, se expresa a través de las voces de la gente, de personas conocidas, presentadas de una manera general.

En el caso de Alicia, el conflicto entre los posicionamientos descritos se expresa a través de diferentes voces. La voz del marido, que la maltrata, la humilla y la insulta llamándola “puta” y “tortillera” (seguramente los peores insultos que pueden hacerse a una mujer desde la perspectiva de la moral patriarcal dominante), de su madre y las voces sociales (que se concretan en las voces de los vecinos y de la guardia civil), están asociadas a los posicionamientos de víctima, mujer maltratada (que debe soportar la violencia) e incluso culpable de ésta. Por el contrario, la voz propia, de su hija mayor, la de otras personas que la han ayudado e incluso de la entrevistadora, están asociadas a los posicionamientos de mujer buena, fuerte y trabajadora, capaz de salir adelante frente a la violencia.

En cuanto a las voces que aparecen en las entrevistas de Rosa y de Elena, hay que destacar en primer lugar la presencia mayoritaria de la voz del ex marido. Esta voz es usada por ambas de modos diferentes, tanto para recrear y ejemplificar la violencia sufrida, como la voz ante la cual reaccionar para construir un posicionamiento diferente y frecuentemente contrario del

usado por su ex marido para definirla. Esta voz, pues, aparece tanto en los posicionamientos que reflejan una visión de ellas mismas negativa o pasiva (víctima, culpable, mala o fulana, sumisa) o la situación de maltrato de modo más evidente (víctima, mujer asustada), como en aquéllos que reflejan una visión más positiva o activa de ambas, con mayor control de sus vidas (mujer recuperada, trabajadora, fuerte, madre, buena y responsable, o querida, cabeza de familia, madre de él). En los primeros como la voz que construye el posicionamiento, en los segundos como voz que recrea y ejemplifica la violencia y en los últimos, como ya argumentamos, como voz ante la cual reaccionan Rosa y Elena para construir un posicionamiento diferente al usado por sus ex maridos para definir las.

En el caso de Elena, la voz de su ex marido no aparece en otros posicionamientos como los de “maestra y directora”, de “mujer”, de “mujer apoyada”, “amiga” y “diplomática u conciliadora”. Todos ellos son posicionamientos asociados a una visión de Elena positiva y con control de su vida y que está sustentada en su propia voz, las de sus compañeras y las instituciones políticas y educativas. Estos posicionamientos que reflejan precisamente la imagen de una mujer moderna y actual, son en los que más claramente Elena elabora reflexiones y razonamientos, lo que antes conectamos con el yo reflexivo.

La voz de su hermana es la otra voz más significativa en la historia contada por Rosa. Ésta es usada frecuentemente en el discurso como la que representa el “alter” ante el que construye sus razonamientos o elaboraciones. Además, esta es la única voz que aparece en los momentos en los que Rosa se refiere al apoyo social que tuvo durante todos los años de maltrato y en el día concreto que decide huir con su hija de su casa.

Hemos de comentar, finalmente, que en la generalidad de los posicionamientos referidos, además de las voces citadas, aparecen otras voces que nos refieren la trama o red social que o bien fueron testigos de los actos de violencia (compañeras de trabajo, las hijas, los amigos del ex marido, los vecinos) o bien se constituyeron en el apoyo social de Rosa en su proceso de recuperación (la madre, el padre y la nueva pareja). En el caso de Elena, la voz de sus compañeras-amigas de trabajo o la de la mujer en general, son las otras voces más significativas en la historia contada por ella. Éstas son usadas

frecuentemente en el discurso para presentar los posicionamientos en los que ella prefiere definirse o ante los cuales ha reaccionado en su proceso de recuperación. Además, éstas últimas son las voces que más frecuentemente aparecen en los momentos en los que Elena se refiere al apoyo social que tuvo durante todos los años de maltrato y en el día concreto que decide irse con sus hijos de su casa. En estos momentos en los que se alude a los apoyos.

En los cuatro casos analizados vemos, pues, el complejo juego de interanimación de voces (Werstch, 1991) implicado en la reconstrucción dialógica de las identidades de las mujeres.

6.3 EMOCIONES

Aunque hemos dedicado otro capítulo a analizar más profundamente los aspectos emocionales implicados en la reconstrucción de las identidades de estas mujeres podemos hacer aquí una breve referencia a las emociones asociadas a los conflictos identitarios entre los distintos posicionamientos que adoptan nuestras participantes.

En el caso de Alicia, la emoción que se relata de forma repetida es la de culpabilidad, relacionada sobre todo con los insultos y reproches del ex marido (y en cierta medida mantenida también por lo que le dicen su madre y los vecinos: que aguante con el maltratador). Sólo la afirmación de que ha cumplido con sus obligaciones de esposa y madre le otorga la seguridad necesaria para romper y sentirse, aunque de forma débil, feliz en el momento presente.

En los casos de Rosa y Elena encontramos un conflicto emocional similar, asociado con el conflicto identitario del que hemos hablado más arriba. En ambos casos aparecen fuertes sentimientos de injusticia, rebeldía y de “rabia frente a una situación que no merece” (en palabras de Rosa) o de desamparo y soledad (tal como expresa Elena). Estas emociones de rabia frente a la injusticia las llevan a evocar constantemente y con gran emotividad auto-posicionamientos positivos, como los de “mujer trabajadora”, “fuerte y resolutiva”, “mujer fuerte y valiente”, “madre responsable” o “directora/maestra” (en el caso de Elena). Estos posicionamientos le permiten construir una nueva

identidad de “mujer recuperada”, asociada a sentimientos de seguridad y felicidad.

Por último, en el caso de María las emociones que predominan, y que están asociadas al conflicto nuclear son las de culpa y vergüenza, así como confusión y estupor ante el posicionamiento de víctima,” por haber “dejado” que se produjera la violencia.

6.4 PUNTOS DE INFLEXIÓN Y FACTORES DESENCADENANTES

En la entrevista de Alicia podemos encontrar un punto de inflexión (McAdams, 1999; 2001), un momento en el que explica su salida definitiva del hogar debido a los insultos de “*puta*” y “*tortillera*”, además de las amenazas de suicidio del marido (nunca llevadas a cabo) y que provocaban un gran sentimiento de culpabilidad en ella. En este sentido, Alicia relata un episodio en el que su marido simula querer ahorcarse y la culpabiliza directamente. Estos hechos Alicia los relaciona directamente con su salida definitiva.

En el caso de Rosa, el punto de inflexión está asociado al momento en que sintió miedo a morir, así como la preocupación por el bienestar de su hija. Ello unido a su impulso y gran fortaleza y la existencia de una red social que la apoyó y la apoya desencadenaron que Rosa decidiera huir de su casa e iniciar el proceso de recuperación y reconstrucción de su identidad.

Elena, por su parte, relata un momento de ruptura con su vida al lado del maltratador, un día en el que su ex marido agredió fuertemente a su hija. Así, la agresión a su hija, las actitudes que empezaban a surgir en su hijo y el apoyo y los consejos de sus amigas y compañeras estuviesen siempre intentando que ella adoptase una postura más realista se convirtieron en los hechos trascendentes que le llevaron a irse de su casa con sus dos hijos. Esta decisión, así como la red social de apoyo en su trabajo le permitieron iniciar el proceso de recuperación y reconstrucción de su identidad.

Por último, debemos decir que en la entrevista de María no se relata ningún punto de inflexión. No obstante, ella habla de su hija como un factor que, si bien, le hizo permanecer con el maltratador (esperar y aguantar la relación a ver si mejoraba) durante mucho tiempo, también desencadenó la decisión de separarse de su pareja y denunciar, pedir ayuda. María afirma

que “su hija fue al mismo tiempo la razón de que le pasara y la razón de que dejara de pasarme”.

Como resumen, podemos decir que en tres de los casos encontramos sucesos que sirven de desencadenantes para la ruptura. Son situaciones en las que las mujeres se sintieron especialmente humilladas y amenazadas ellas y/o sus hijos/as. Sobre estas cuestión de los/s hijos/as volveremos más adelante. Pero, además de referirse a esas situaciones de especial violencia, las mujeres hablan de su fuerza y del apoyo de otras personas como claves para la ruptura con el maltratador. Así, Rosa y Elena hablan de su “propio impulso y fortaleza”, además de la red social que las apoyó (hermana, amigas y compañeras de trabajo, hija mayor y amigas en el caso de Alicia). Esta red de apoyo se echa en falta en el caso de María (y en alguna medida también en el de Alicia), probablemente las dos mujeres que se encuentran en un punto menos avanzado de su proceso de recuperación.

En este punto queremos volver sobre la importancia de los hijos e hijas en la ruptura con el maltratador y en el proceso de reconstrucción de la identidad de las mujeres. Aunque algunas, como María, señalan que el tener una hija le hizo aguantar más la situación, tratando de mantener la relación, ella misma, Rosa y Elena hablan de que el tener hijas/os las llevó a romper con el maltratador. Querían evitar a toda costa que sus hijas e hijos sufrieran la violencia y/o se criaran en un ambiente así, que pudiera llevarlos/as a reproducir la violencia en el futuro. Alicia, por su parte, habla del apoyo que le ha dado su hija durante todo el tiempo. Sus posicionamientos como madres en la entrevista aparecen, en la mayor parte de los casos, asociados a otros que implican un mayor grado de empoderamiento y control.

6.5 COMENTARIOS FINALES SOBRE CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES

Una vez analizados distintos aspectos de la reconstrucción de las identidades de las mujeres participantes en nuestro estudio a partir del análisis de posicionamientos y voces, podemos hacer algunos comentarios generales sobre dicho proceso de reconstrucción, tal como aparece relatado en las entrevistas.

En las cuatro entrevistas se relata un conflicto, que hemos llamado nuclear, entre posicionamientos de carácter negativo (“mujer mala”, “puta”, “tortillera”) y otros que podríamos llamar positivos (“mujer fuerte y trabajadora”, “madre responsable”). Los primeros suelen ser hetero-posicionamientos, casi siempre realizados por la ex pareja y a veces por personas del entorno (la madre, los vecinos...), cuyas voces están presentes en el relato y sirven para articular dichos posicionamientos. A ellos pueden ir asociados a veces auto-posicionamientos como víctima o mujer asustada. Frente a estos y como reacción a ellos, surgen los auto-posicionamientos de mujer fuerte, buena y honrada, capaz en su trabajo, madre responsable e incluso, esposa que ha cumplido con su deber. Estos posicionamientos parecen servir de base para la reconstrucción de las identidades, más allá de la violencia. Están poblados por las voces de las personas que les han ayudado (hermanas, amigas, instituciones...). Y también aparecen las voces contestadas del ex marido o la madre, en el caso de Alicia. La capacidad de resistir y responder a esas voces con una “contrapalabra” (Bajtín, 1986; Wertsch, 1991) parece resultar esencial para que estas mujeres que han sufrido violencia se sobrepongan a ella y sean capaces de reconstruirse a sí mismas. Ello nos da idea, por otra parte, del complejo juego de inter animación de voces que subyace a la reconstrucción narrativa de las identidades de nuestras participantes.

Los posicionamientos y las voces que los articulan están cargados de emociones. Estas mismas emociones reflejan el conflicto que han vivido y están viviendo. Emociones como la frustración, la culpa o el sentimiento de sufrir una gran injusticia van siendo sustituidas por la seguridad y una todavía pequeña dosis de felicidad que surge una vez que han roto con el maltratador.

Otra cuestión de la que hemos hablado es que en los relatos autobiográficos de las mujeres se encuentran puntos de inflexión, (McAdams, 1999, 2002; McAdams & Olson, 2010). Como señala este autor, los puntos de inflexión marcan cambios en la trayectoria vital de las personas de modo que ésta toma la dirección actual. En este caso no sólo se refieren a momentos particulares, asociados a un mayor grado de violencia y sufrimiento. También se habla de un estado interno por el que las mujeres se sienten más fuertes y de una situación externa de apoyo que les permite dar el paso.

CAPÍTULO 6. RE-CONSTRUCCIONES IDENTITARIAS TRAS SALIR DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO. UN ANÁLISIS NARRATIVO UTILIZANDO LOS INDICADORES DEL SELF DE BRUNER

INTRODUCCIÓN

El objetivo fundamental de este capítulo es analizar la reconstrucción de las identidades de un grupo de mujeres que han sufrido violencia de género empleando los indicadores del self de Bruner (1996; 1997). Dicho análisis nos va a permitir establecer el modo en que aspectos de agencia, compromiso, reflexión, evaluación y relación con otras personas significativas se integran en la construcción de la identidad personal de estas mujeres, de modo que podamos evaluar hasta qué punto y de qué manera se han ido reconstruyendo a sí mismas después de la situación de violencia.

Para ello, comenzaremos presentando la noción de identidad en la que se basa nuestro análisis. Desde nuestro punto de vista, la identidad tiene un carácter dialógico (Bajtin, 1986; Wertsch, 1991; Hermans, 2003) y narrativo (McAdams, 1999; 2003; McAdams y Olson, 2010; Bruner, 1991; 1997; 2003a; 2003b). Comenzaremos el capítulo profundizando en una cuestión fundamental en este trabajo como es la identidad de género, y que ya abordamos en el capítulo 1 cuando presentamos el contexto social en el que ésta se construye. Posteriormente, una vez presentadas las características generales de la concepción del self en la que nos basamos, destacando su estrecho vínculo con la narrativa, nos detendremos en la visión de Bruner y, especialmente en su propuesta teórica-metodológica sobre los indicadores del self (Bruner, 1997). Dicha propuesta ha sido desarrollada y puesta en práctica por Arianna Sala en un estudio sobre la construcción narrativa de la identidad lésbica (Sala, 2008; Sala, de la Mata & Smorti, 2009a y b). En dicho estudio se introdujeron algunos cambios con respecto a la propuesta original de Bruner, en el sentido

sobre todo de polarizar algunos de los indicadores, dándoles un valor positivo (en el sentido de que indicaban la presencia de una determinada cualidad o recurso del self) y negativo (indicando la ausencia de dicha cualidad o recurso). La aplicación de los indicadores así definidos se reveló útil y fructífera para entender el modo en que las mujeres lesbianas entrevistadas reconstruían su identidad personal a partir del reconocimiento de su opción sexual. En nuestro caso, hemos aplicado el mismo análisis a la reconstrucción de las identidades personales de las mujeres que han sufrido violencia de género, examinando el modo en que los diferentes aspectos del self considerados a partir de los indicadores de Bruner van cambiando a medida que las mujeres han ido dando pasos para romper con el maltratador y empoderarse como personas. En coherencia con la perspectiva de Bruner (1997) y Sala (2008) y de todo el trabajo que se describe en esta memoria, hemos analizado los relatos autobiográficos de las mujeres, tratando de profundizar en su experiencia personal y de permitir que esas voces silenciadas durante tanto tiempo sean escuchadas.

1. IDENTIDADES DE GÉNERO

La identidad de género y el aprendizaje de roles de género, asociado a ella, se desarrolla en interacción con la identidad personal (Barberá, 1998).

En el primer capítulo ya hemos desarrollado la concepción de género (*doing gender*) que manejamos entendiendo éste como un sistema de significados que organiza las interacciones y gobierna el acceso al poder y a los recursos, y que funciona o se actúa a tres niveles: sociocultural, relacional e individual (Crawford y Chaffin 1997; Crawford, 1995, 2006). En el nivel sociocultural, el género gobierna el acceso a los recursos. En el nivel relacional las mujeres y los hombres son tratados de forma diferente en las interacciones cotidianas y se comportan de forma diferente. En el nivel individual, las mujeres y los hombres aceptan la distinción de género como parte del autoconcepto. Se adjudican a sí mismos/as características, conductas y roles que son la norma para las personas del mismo sexo. Desde esta perspectiva, el género se

considera un constructo social. No es un atributo de los individuos, sino una forma de dar sentido a las transacciones.

Deaux y Stewart (2001), por su parte, consideran tres cuestiones fundamentales para la comprensión de las identidades de género: el contexto histórico y cultural, la interseccionalidad y la negociación.

Según estas autoras, la definición tradicional de la identidad de género hace referencia a la temprana toma de conciencia de uno/a mismo/a como ser masculino o femenino. Así, Spence (1985) lo define como “un sentido fundamental y existencial de una masculinidad o feminidad, y la aceptación de un género en un nivel psicológico que, con raras excepciones, es paralelo y complementa la toma de conciencia y la aceptación de un sexo biológico” (pp.79-80).

En la mayoría de las definiciones se incluyen las bases biológicas como punto de partida, aunque también se considera una amplia variedad de atributos y conductas. Ruble y Martin (1998), por ejemplo, en su análisis evolutivo de la adquisición de género, consideran la manifestación de la identidad de género más allá de una simple identificación biológica y extienden dicha identificación a diferentes experiencias y expectativas sociales como: intereses y actividades, características personales y sociales, relaciones sociales, estilos de comunicación verbales y no verbales y valores relativos al género.

Deaux y Stewart (2001) cuestionan los modelos tradicionales de identidad de género en tres sentidos:

- 1) Estos modelos asumen un desarrollo estrictamente lineal y estable (que ocurre de manera paralela al desarrollo biológico). Estas autoras cuestionan que esta evolución transcurra de la misma forma en todas las personas, así como el hecho de que haya un punto a partir del cual se establezca y no haya modificaciones en dicha identidad. El hecho de que sea posible un cambio de identidad en una edad adulta (transexualidad, por ejemplo) pone de manifiesto que la identidad de género es un proceso de

continua negociación y que, tal y como defienden West y Zimmerman (1987), debería conceptuarse como un verbo y no como un nombre. Es por esta razón por la que acuñaron la expresión *doing gender* que, como ya se ha señalado se ha convertido en definitoria de todo un enfoque sobre el género. Para West y Zimmerman, el proceso de socialización provee al individuo de un repertorio de atributos y características. La puesta en juego del género “es una cuestión más de agencialidad y selección entre elementos que de expresión inevitable de una identidad adquirida” (Deux y Stewart, 2001, pp. 87).

2) Deux y Stewart (2001) defienden que los modelos tradicionales definen lo que es psicológico de una manera demasiado estrecha. La identidad de género deber ser entendida como un proceso social donde los/las demás, las normas sociales, etc. juegan un papel fundamental en su configuración. El género no emerge primero en el vacío, determinado por un potencial psicológico interno, sino en un contexto histórico particular y rico culturalmente. Estas autoras, por tanto, resaltan el origen social de la identidad y consideran necesario analizar la identidad de género en su contexto de acción.

3) Los modelos tradicionales defienden una identidad de género monolítica, opuesta a la idea de múltiples identidades de género. Algunas concepciones sobre la identidad de género, como la de Ruble y Martin (1998), consideran su multidimensionalidad, pero siguen definiéndolo como un concepto singular y monolítico. Deux y Stewart, en cambio, proponen que sea considerado más bien como un conjunto de intersecciones (entre género y otras identidades tales como raza o etnicidad), de identidades superpuestas, identidades que hasta ahora han sido analizadas por separado (Frable, 1997). “Desde esta perspectiva, el género no es necesariamente prioritario, pero debe ser considerado sólo en conjunto con otros elementos claves del self” (Deaux y Stewart, 2001, pp. 88). Además, deben ser tenidas en cuenta las propiedades emergentes que surgen de la intersección de dichas identidades.

Por tanto, y resumiendo la concepción de Deux y Stewart (2001), podríamos señalar que si las identidades de los individuos se crean en la interacción social, es fundamental conocer dichas interacciones y el contexto social en el que se producen, entre otras cosas, porque las normas de género

no son compartidas por todas las culturas (véase Lamphere, Ragone y Zavella, 1997). No obstante, desde este enfoque no se asume que el contexto social tenga un rol determinista. Dentro de cualquier período y situación social se desarrollan diversas identidades. El meta-análisis realizado por Twenge (1997) muestra el impacto del contexto en la formación de la identidad. En dicha revisión se encontró que la magnitud de la diferencia en las puntuaciones de hombres y mujeres en dos medidas de atributos de personalidad asociados con identidad de género como son el “Bem Sex Roles Inventory” (BSRI) y el “Personal Attributes Questionnaire” (PAQ) había disminuido con el tiempo.

Desde esta perspectiva se resalta además la necesidad de conocer la dinámica de la construcción de la identidad. Los trabajos de investigación realizados señalan que la identidad de género se negocia y desarrolla con el tiempo (Deaux y Ethier, 1998). En el doing gender, la identidad se moldea y cambia. Es necesario conocer el desarrollo a lo largo de amplios períodos de tiempo, así como estudiar el proceso de presentación de identidad. La interacción social no es sólo un contexto para entender el género, sino que es en sí mismo el ámbito donde éste se desarrolla, inserto en contextos sociales particulares en los que el género puede o no puede ser particularmente saliente (Deux y Major, 1987).

2. UNA VISIÓN NARRATIVA Y DIALÓGICA DE LA IDENTIDAD

2.1 LA IDENTIDAD COMO PROCESO DISTRIBUIDO Y DIALÓGICO.

El tema de la identidad personal (el Self), puede considerarse un problema clásico dentro de la psicología. Autores como William James (1890) o Erikson (1992) le asignan una importancia central para entender la constitución del ser humano. Como una constante en todos los estudios encontramos que el Self implica un doble aspecto de *integración* (sincrónica y diacrónica) y de reflexión. Hablamos de integración sincrónica de los diferentes roles y ámbitos en los que el individuo se desarrolla y participa. Por integración diacrónica, en cambio, entendemos la de hechos ocurridos en tiempos diferentes dentro de

una idea temporalmente coherente del Self. Finalmente, el aspecto de reflexión del Self implica que el individuo, además de agente, toma conciencia de su propia agencia en el transcurso de la vida, lo que le confiere a aquél la doble condición de continuidad e integridad.

Pero este sentido de continuidad e integridad del Self no debe llevarnos a considerarlo una entidad homogénea e inmutable (rígida). Por el contrario, coincidimos con muchos autores en los últimos años en que el Self tiene un carácter *distribuido* y *dialógico*.

Así, Bruner (1997) defiende la existencia de un Self distribuido, considerándolo como “un enjambre de participaciones”, producto de las situaciones en las que la persona actúa. La persona, desde este punto de vista, construye su identidad como individuo diferenciado frente a otros.

Hermans (2004; Hermans y Kempen, 1993) añade un carácter *dialógico* al Self. Afirma que implica una gran variedad de posiciones, de formas de actuar en el mundo que se encuentran estrechamente interconectadas con las mentes de otras personas. El propio yo, en opinión de este autor, es una especie de “coalición” de las distintas posiciones que ocupa el individuo e incluye a todos los otros significativos. En el capítulo anterior acabamos de presentar un análisis de la reconstrucción de las identidades de las mujeres que han participado en nuestro estudio aplicando el concepto de posicionamiento, desde una perspectiva que comparte muchos elementos con la de Hermans (2004).

2.2 IDENTIDAD Y NARRATIVA

Por otra parte, Bruner señala que el Self adquiere significado en las circunstancias históricas de la cultura en la que participa. Se sostiene en unos significados, lenguajes y narraciones que son cultural e históricamente específicos (Bruner, 1997; 2003a). De este modo, una de las propiedades más significativas del yo sería su estructura narrativa, lo que Bruner llama, el *self narrativo*. Cuando se pregunta a la gente cómo son en realidad, las personas habitualmente cuentan una gran variedad de historias empleando los elementos tradicionales de la narrativa (Bruner, 1990).

En palabras del propio Bruner (1995):

“Yo propongo con fuerza que no existe esta cosa intuitivamente obvia, el self esencial que simplemente está ahí esperando a ser retratado en palabras. Más bien constantemente estamos construyendo y reconstruyendo el self que encaje con las necesidades de las situaciones en las que nos encontramos, y al hacer esto estamos guiados por nuestras memorias del pasado y por nuestras esperanzas y miedos por el futuro. Contar a uno mismo una historia sobre si mismo es como crear una historia acerca de que cosa y quien somos, que ha pasado y por qué hemos reaccionado de la manera en la que lo hemos hecho” (p. 210).

En 1991 Bruner publicó en la revista *Critical Inquiry* un artículo titulado “*La construcción narrativa de la realidad*” (Bruner, 1991a). En este artículo argumentaba que la mente estructura su sentido de la realidad a través de la mediación de los productos culturales como el lenguaje u otros sistemas simbólicos. Y, dentro de ellos, Bruner centraba su atención en la narración en cuanto producto cultural que se definía por diez características:

1. *Diacronicidad narrativa*. Un relato es una exposición de eventos que ocurren en el tiempo y tiene por su naturaleza una duración que es al mismo tiempo anticipativa y retroactiva. La dimensión temporal es un aspecto fundamental de la narración, pero ésta se desarrolla en un “tiempo humano” que es marcado por los eventos significativos para el sujeto.

2. *Particularidad*. La narración, a pesar de referirse a eventos y cuestiones específicas, se puede incluir en guiones más amplios. La particularidad entonces asume su función emblemática en virtud de su inserción en un relato que de alguna manera es genérico.

3. *Referencia a estados intencionales*. En el relato siempre tiene que haber una referencia a estados intencionales del sujeto que podemos definir como estados mentales que pueden ser, bien de naturaleza epistémica (ó sea cognoscitivo gnoseológico, como objetivos, teorías, ideales...), bien de naturaleza no epistémica (ó sea de naturaleza emotivo-afectiva, como sentimientos, deseos...). Por ello, no podemos analizar una narración utilizando los principios del *pensamiento paradigmático* (Smorti 2001) (típico del razonamiento científico, independiente del contexto, nomotético y proposicional), sino que tenemos que utilizar el *pensamiento narrativo* (típico del razonamiento cotidiano, sensible al contexto, ideográfico y sintagmático, verificado en términos de coherencia y constructor de historias).

4. *Componibilidad hermenéutica*. Un relato, y aún más su significado, no existen de por sí, sino que constituyen el resultado de una doble interpretación: aquella llevada a cabo por quién escribe o cuenta, y la llevada a cabo por quien lee o escucha. Y ello porque el significado de una narración no es un elemento dado, sino que está construido a través de procesos interpretativos personales de naturaleza hermenéutica, que exigen una armonización de las partes con el todo.

5. *Canonicidad y violación*. Las características enumeradas hasta ahora, son necesarias para la narración de un “buen” relato, pero no son de por sí suficientes. Una condición imprescindible es que la canonicidad, el *guión* en el que se inspira el relato, se vea alterado y trastornado por un elemento de ruptura que fuerce al protagonista a actuar para solucionar la excepcionalidad del evento al que se enfrenta.

6. *Referencialidad*. Como hemos afirmado anteriormente, el criterio de validez de una narración no es la verdad, sino la *verosimilitud*. El valor de la realidad externa está suspendido. La narración se refiere a una verdad intencional, es decir, la que se puede establecer de un enunciado en el que aparezca un estado mental.

7. *Pertenencia a un género*. Toda narración puede ser reconocida como perteneciente a un género literario específico, porque los géneros literarios son maneras de contar que nos predisponen a usar nuestra mente y nuestra sensibilidad en un sentido particular, invitaciones a un particular estilo epistemológico.

8. *Normatividad (o composición pentagonal)*. Bruner retoma la idea de “péntada dramática” de Kenneth Burke (1945), según la cual una buena narración está compuesta por cinco elementos que, si están en equilibrio en la arquitectura del relato, dan como fruto una “buena” narración. La péntada está compuesta por los siguientes elementos:

- Un actor con cierto nivel de libertad.
- Un acto que va a cumplir.
- Un objetivo al que se compromete.
- Recursos a los que hacer referencia para actuar.
- Que se desarrolle en un contexto (set).

El pensamiento narrativo entonces debe coordinar lo que Bruner (1991b) denomina “el doble escenario”: el escenario de la *acción*, ó sea, la sucesión de hechos que se producen en el relato, implícito en la composición pentagonal, y el escenario de la *conciencia* (los sentimientos, pensamientos, las intenciones de los personajes y de la persona que narra).

9. *Sensibilidad al contexto y negociabilidad*. Es un tema, éste, del que ya se ha hablado en relación con la componibilidad hermenéutica. Cuando entramos en contacto con un texto narrativo, inevitablemente lo interpretamos refiriéndonos al marco de nuestros conocimientos previos y a las suposiciones acerca de los conocimientos previos e intenciones del hablante.

10. *Acumulación narrativa*. La tendencia a acumular los relatos de tal manera que pasen a formar parte de una tradición cultural más o menos amplia. Según Bruner, de hecho en la base de la cultura está una capacidad local de acumular historias de acontecimientos del pasado en una estructura diacrónica capaz de ofrecer continuidad entre el pasado y el presente. Ese fenómeno tiene su influencia también a nivel personal en la construcción de nuestras mismas historias de vida, en la medida que nuestro sentido subjetivo de continuidad depende también de la inserción de la historia de vida personal en la historia social compartida de la que somos parte.

A partir de esta consideración de lo narrativo como esencial en la constitución de la experiencia humana, y del propio Self, Bruner (1995 p. 210) llega a afirmar que “*el self-making es un arte narrativo*”. Desde esta perspectiva, podemos considerar que las narraciones autobiográficas son nuestra principal herramienta para establecer este sentido integrado y continuo del self, nuestra identidad, en otras palabras. Ello desde el momento que la identidad se deriva del distinguirnos de los/las demás, cosa que hacemos comparando nuestras narraciones con las de otras personas. Al hacerlo se establece un vínculo entre lo que nos contamos a nosotros/as y lo que contamos a los/las demás, hasta el punto que nuestras narrativas personales pueden verse influidas por lo que pensamos que otras personas esperan de nosotros/as. Dicho con otras palabras, el contar historias sobre el self es siempre un acto dialógico (Hermans 2003), porque aún cuando nos contamos a nosotros mismos lo hacemos de una manera que casa con lo que los demás

esperan de nosotros y con los modelos culturales interiorizados. En nuestra narración desarrollamos hábitos que pueden llegar a convertirse en géneros discursivos. Nuestra narración, por lo general, podemos decir que se apoya en dos fuentes principales:

1. Una fuente interna, que incluye nuestros deseos, ambiciones, memorias, ideas, expectativas...
2. Una fuente externa, que comprende modelos a menudo implícitos sobre cómo tenemos que ser y cómo no tenemos que ser.

De todos modos, el objetivo principal del contar historias sobre el Self es el de garantizar nuestro sentido de continuidad. En esta línea, una narración del Self sería similar a un balance. Por un lado, debe crear una convicción de autonomía, la sensación de libertad de elección, un cierto grado de indeterminación y posibilidad. Pero por el otro lado, tiene que dar cuenta de las relaciones con los demás, la familia, los/las amigos/as, las instituciones, cosa que limita el sentimiento de autonomía. Estamos así siempre en un intento de conciliar estas dos vertientes, autonomía versus compromiso.

2.3 LA IDENTIDAD COMO HISTORIA DE VIDA

Como hemos visto, cada uno de nosotros y de nosotras es autor o autora de su historia de vida. Construyendo y reconstruyendo nuestro pasado estamos al mismo tiempo construyendo y reconstruyendo nuestras historias de vida. En este sentido, McAdams define la identidad personal como una historia de vida (McAdams, 1993; 1999, 2003, McAdams y Olson, 2010). Según este autor:

“La identidad narrativa es la comprensión historiada que una persona desarrolla sobre cómo él o ella ha llegado a ser y hacia dónde va en la vida. Es una reconstrucción del pasado autobiográfico y una visión imaginada del futuro anticipado, completa con capítulos, escenas claves, personajes principales y líneas de intersección marcadas (...) la identidad narrativa da a las vidas individuales sus significados únicos y culturalmente anclados” (McAdams & Olson, 2010, p. 527).

Por ello, examinando las narraciones autobiográficas, accedemos también a la construcción de la identidad: lo que las personas eligen decir, la información que seleccionan para dar cuenta de sus propias trayectorias personales nos informa del proceso a través del que las personas organizan sus *selves*. Se trata de un proceso continuo, por lo que ni las narraciones autobiográficas, ni la conceptualización de la propia identidad personal son estáticas, sino que son fluidas y dinámicas y cambian sobre la base de la evolución personal y de las distintas situaciones (McAdams, 2003).

Las narrativas del self tienen, por tanto, un carácter autobiográfico. En esta construcción de la autobiografía el individuo desarrolla constantemente una actividad de interpretación de la propia experiencia. Construye su historia, teje su trama y le da una forma narrativa.

Las historias de vida se basan en los hechos autobiográficos, pero van más allá de los hechos en sí, desde el momento que las personas eligen selectivamente cuáles hechos, y, dentro de estos, cuáles facetas tomar como bases de la construcción de la historia de vida que irá conformándose como identidad personal. Se trata de una operación constructiva, en el sentido de que se interpretan los hechos pasados y futuros para construir historias capaces de dar sentido a ellos mismos y a los demás, permitiendo así la inteligibilidad y la coherencia de la idea de la vida.

Tilmann Habermas y Susan Bluck (2000) afirman que el objetivo de la construcción de una narrativa es alcanzar una coherencia causal (capaz de explicar cómo un evento pueda haber causado una transformación en la vida personal) y una coherencia temática (capaz de encontrar un tema, valor o principio que pueda integrar distintos episodios en la vida personal).

En este proceso están implicados los objetivos y metas personales del sujeto que orientan el proceso de elección de las memorias que van a modelar el Self. Se trata de un proceso *reconstructivo* en el que las personas seleccionan e interpretan ciertas memorias como importantes a la hora de narrar la propia historia de vida. En cierta medida entonces la identidad es cuestión de elección: elegimos los eventos que creemos más importantes para definir quienes somos y proporcionar a nuestras vidas una apariencia de unidad y continuidad.

Sin embargo, las elecciones que hacemos a la hora de seleccionar los recuerdos en los que fundamos nuestra identidad no son del todo libres, porque se sitúan en un contexto socio-histórico-político que hace que algunos temas sean considerados más adaptativos o más apropiados que otros, siendo además altamente relevantes los contextos locutorio (a quién se cuenta) e ilocutorio (porqué se cuenta). El proceso de construcción de la historia de vida, pues, está fuertemente estructurado por normas culturales acerca de cómo debe de ser una autobiografía (e.j. empieza con el nacimiento, experiencias en la familia...) y desde la infancia se van tempranamente aplicando estas normas sociales a la construcción de las proto-historias de vida.

McAdams y Olson (2010) lo expresan con gran claridad en la siguiente cita:

“... El juego complejo entre cultura e individualidad psicológica es especialmente evidente en la identidad narrativa. Al construir las narrativas del Self, las personas se apoyan en las historias que aprenden como participantes activas en la cultura; historias sobre la niñez, la adolescencia, la edad adulta y el envejecimiento; historias que distinguen entre lo que la cultura glorifica como personajes buenos y lo que vilipendia como personajes malos; historias que dramatizan vidas completas y fragmentadas que el lector o espectador puede encontrar excitantes, aterradoras, desesperantes, iluminadoras, admirables, heroicas, innobles, repugnantes, sabias, necias o aburridas (Bruner 1990). La cultura, por tanto, ofrece a cada persona una amplia antología de historias desde las que la autoría del self implica configurar las materias primas de una vida en la cultura en una forma narrativa apropiada. El autor debe apropiarse creativamente de los recursos que tiene a mano mientras que, a sabiendas o no, trabaja dentro de los límites establecidos por las realidades políticas, ideológicas y económicas, por los antecedentes familiares y las experiencias educativas, por las expectativas de rol y de género y por los propios rasgos disposicionales y las adaptaciones características de la persona” (p. 527).

Todos estos factores desembocan en la construcción de una historia de vida. Para esta construcción el individuo necesita haber adquirido las habilidades necesarias para crear vínculos causales entre los distintos hechos a la hora de organizarlos en una biografía. En la adolescencia tardía y la primera edad adulta, las personas que viven en las sociedades occidentales empiezan a reconstruir su pasado, a percibir el presente y anticipar el futuro en términos de una historia personal en evolución, una narrativa integradora sobre

el self que proporciona algo de unidad psico-social y de objetivos (Habermas y Bluck, 2000; McAdams y Olson, 2010).

Cuando las personas cuentan sus historias, lo hacen de acuerdo con normas y modelos que resultan inteligibles en la cultura en que se desarrollan. Así, por ejemplo, como evidencian Habermas y Bluck (2000), en las culturas occidentales las historias suelen empezar en el seno de la familia, incluyen en los primeros años narraciones de crecimiento y expansión, suelen hacer depender los problemas actuales de situaciones tempranas, incorporan momentos de cambio que modifican el proceso de búsqueda del sujeto, y concluyen con el logro de la tranquilidad en la vejez.

En el mundo moderno occidental las personas están llamadas a trabajar el self, a desarrollarlo, mejorarlo: el énfasis en el individuo empuja a las personas a encontrar o crear su “auténtico self”, a desarrollar todo el potencial interior.

A pesar de todo el énfasis puesto en el self y en la individualidad, las historias de vida se hacen eco de los roles de género, las divisiones de clases en la sociedad, y reflejan de una manera u otra el predominio de ciertos modelos hegemónicos en los contextos políticos, económicos y culturales en los que las personas se encuentran viviendo (Sala, 2008). De ahí el reciente interés por el estudio de narrativas de colectivos históricamente ignorados, oprimidos y silenciados (Carol Franz & Abigail Stewart 1994, Kenneth Gergen & Mary Gergen 1993), tales como el de las mujeres, en el que se centra la presente investigación.

Hemos visto cómo a través de la narración la persona al mismo tiempo está desvelándose a sí misma y construyendo activamente su propia representación de sí misma mediante la selección e interpretación de recuerdos significativos. Este convencimiento teórico se ha ido traduciendo en instrumentos aptos para sistematizar y operativizar el proceso de selección y narración de los recuerdos autobiográficos, útiles tanto por la práctica clínica cuanto para el trabajo de investigación. Entre estos instrumentos uno de los más aceptados y usados en los dos ámbitos antes citados es el protocolo desarrollado por McAdams (1993; McAdams, et al., 1996) para obtener una narración autobiográfica. Partiendo del presupuesto que *“la identidad es*

aquella historia interiorizada y en evolución que emerge de la apropiación selectiva del pasado, presente y futuro” (McAdams 1999 p. 486), este autor crea un protocolo para realizar una autobiografía guiada en el que identifica ocho recuerdos de eventos claves para la construcción de la historia de vida (McAdams, 1993).

A partir de los recuerdos significativos obtenidos a través de esta entrevista guiada, el autor realiza una codificación temática basada en los temas de Bakan (1966, cit. en McAdams et al., 1996) de agencia (característica del organismo en cuanto individuo que se manifiesta en la protección del self, su expansión y control del ambiente, siendo central el tema del poder) y comunión (característica del individuo en cuanto parte de un organismo más grande, y que se manifiesta en la unión, amor, intimidad...siendo central el tema de las conexiones interpersonales).

3. ANÁLISIS NARRATIVO DE LAS HISTORIAS DE VIDA MEDIANTE LOS INDICADORES DEL SELF DE BRUNER

Partiendo de los elementos que en los estudios de narrativas (Burke 1945; Vladimir Propp 1985; James Frye 1957; Paul Ricoeur 1984; citados en Bruner 1997) se consideran necesarios para la construcción de una buena historia (actor, actos, objetivos, recursos, situación espacio-temporal, presupuestos de legitimidad y violación de la canonicidad), Bruner (1997) ha elaborado los que el define como “indicadores del self”, que permitirían poner de manifiesto la presencia y el nivel de “construcción” del self en las narraciones autobiográficas. A través de esta clasificación se pretende evidenciar y evaluar los nudos narrativos críticos alrededor de los cuales el sujeto elige (más o menos conscientemente) construir su narración autobiográfica. Los indicadores del self teorizados por Bruner son agencia (agency), compromiso (commitment), recursos, referencia social, evaluación, *qualia* (estados emociones y sentimientos) reflexión, coherencia y posición. En el apartado de método presentaremos una explicación más detallada de cada uno de estos indicadores.

La propuesta de indicadores del self de Bruner, como se ha señalado anteriormente, ha sido aplicada en un estudio realizado por Arianna Sala (Sala, 2008; Sala y de la Mata, 2009; Sala, de la Mata y Smorti, 2009). En este trabajo se analizaron las narraciones autobiográficas de un total de ocho mujeres lesbianas a las que se les pidió que elaboraran una historia de vida. Dentro de la historia de vida se seleccionaron los fragmentos en los que las mujeres/participantes hablaban del proceso de construcción de su identidad lésbica. Esta narración se dividió en tres partes: antes del reconocimiento de la homosexualidad, el momento en que reconocieron ser lesbianas y después de dicho reconocimiento. Una vez dividida la narración en estas tres partes, se compararon los porcentajes de aparición de los distintos indicadores en las tres fases. Los indicadores empleados fueron los mismos propuestos por Bruner, con una modificación: algunos de estos indicadores fueron polarizados, de modo que se contabilizó por separado la mención de la presencia de ciertos recursos o características (como agencia +) y la mención a la ausencia de los mismos (es el caso de referencia social -, entendida como falta de referentes sociales).

Los resultados mostraron los cambios cognitivos, emocionales y conductuales experimentados por las mujeres entrevistadas a lo largo del proceso y que se reflejan en sus narraciones. El primer dato a destacar es que hubo un progresivo cambio del tono narrativo del relato. En la primera fase el tono narrativo es negativo, es decir se relatan mayoritariamente emociones no positivas ligadas al descubrimiento de la propia inadecuación al modelo heterosexual socialmente prescrito, acompañadas a un nivel cognitivo por evaluaciones negativas de la propia experiencia y cierta consonancia con un discurso estigmatizador. En conjunto es una narración que describe una situación de *falta*: falta de recursos simbólicos capaces de ofrecer una significación de la propia experiencia diferente de la estigmatizada, falta de modelos, de lugares de socialización y, sobre todo, falta de una red social de apoyo capaz de ayudar a estas mujeres.

En el momento de Reconocimiento y Autodefinición, vemos que este tono narrativo negativo se ve mitigado. Disminuye la diferencia entre emociones positivas y negativas, y a un nivel cognitivo se observa un aumento

de las evaluaciones positivas y un elevadísimo uso de la reflexividad, el gran recurso interno del que disponen para poner en práctica la deconstrucción de los discursos estigmatizadores. Asimismo se hace referencia a un grupo capaz de ofrecer apoyo al sujeto y a nivel conductual aumentan mucho las referencias a la propia agencia y al empeño por resolver el conflicto provocado por la propia inadecuación a la heterosexualidad obligatoria. Podemos afirmar que se pasa entonces de una situación de “falta” a otra en la que prima la *agencia* de las mujeres.

Finalmente, es en la fase posterior a la autodefinición cuando el cambio del tono narrativo al que nos referíamos anteriormente se termina de gestar. Se relatan mayoritariamente emociones positivas, aparecen más evaluaciones positivas del propio recorrido vital que negativas, se mantienen altas las referencias al empeño para lograr una integración positiva de la identidad homosexual en la más general identidad personal, mientras que desaparecen las relativas a la falta de empeño, así como las referencias a la consonancia con un discurso estigmatizador de la homosexualidad, a la falta de una red de apoyo social, y a la falta de recursos. Es una situación que podemos describir como de *integración dinámica* de la homosexualidad en la propia identidad personal, que lejos de alcanzarse de una vez por todas necesita de un trabajo constante de deconstrucción de los discursos estigmatizadores que se evidencia en las aun elevadas referencias al propio empeño y a la propia disconformidad con este tipo de discursos.

Esta investigación pone de manifiesto la utilidad de los indicadores del Self de Bruner como herramienta conceptual y metodológica para el análisis de las narraciones autobiográficas. Estos indicadores permiten elaborar una descripción coherente con una conceptualización constructivista y narrativa de la identidad tanto personal como sexual. En este caso, además ha sido particularmente enriquecedora la opción de polarizar los indicadores, en tanto que ha permitido obtener un material codificado rico en matices.

4. METODOLOGÍA

4.1 LA UNIDAD DE ANÁLISIS

Tras una primera lectura de las transcripciones de las entrevistas se procedió a la división de éstas en microestructuras con el objetivo de obtener una unidad de medida lo suficientemente pequeña como para detectar todos los contenidos importantes dentro de la narración. Las microestructuras son las unidades lingüísticas independientes (sintáctica y semánticamente) más pequeñas y se definen como proposiciones con independencia sintáctica y semántica.

A continuación se expone con más detenimiento el proceso de división de microestructuras y se ofrecen algunos ejemplos.

Según la definición de microestructura si una proposición es subordinada, por ejemplo funciona como sujeto u objeto directo, no puede dividirse de la proposición principal ya que no es independiente y se considera una sola microestructura. Ejemplo: “*Yo me acuerdo que yo pensaba es que yo no entiendo a estas mujeres*”.

En el caso de que la oración se encuentre compuesta de dos oraciones coordinadas, por ejemplo una proposición coordinada adversativa o copulativa, sí se pueden dividir y se consideran dos microestructuras distintas, puesto que son independientes.

Ejemplos:

1ª microestructura (1M): Yo me sentía muy culpable. 2ª microestructura (2M): y me daba mucha vergüenza

A la hora de codificar el material, cada microestructura se ha asignado a una sola de las categorías que se describen a continuación.

4.2 LAS CATEGORÍAS DE ANÁLISIS

Para analizar las microestructuras obtenidas a través del proceso de división del texto antes descrita se ha utilizado una versión adaptada de los indicadores del self teorizados por Bruner (1997). Estos indicadores según el autor permiten evidenciar el nivel de “edificación/**construcción**” del self en las narraciones autobiográficas. A través de esta clasificación se pretende

evidenciar y evaluar los nudos narrativos críticos alrededor de los cuales el sujeto elige (más o menos conscientemente) construir su narración autobiográfica. Como se ha afirmado anteriormente, los indicadores originalmente propuestos por Bruner han sido modificados para llevar a cabo este análisis específico. Concretamente se ha procedido a la polarización de todos los indicadores que lógicamente lo permitían. Así, si por ejemplo, en la formulación original de Bruner encontramos el indicador “Evaluación”, en el que se categorizarían las referencias a juicios pronunciados por la narradora, en nuestro análisis hemos procedido a la polarización de este indicador en un indicador “Evaluación propia+” en el que se recogen juicios positivos formulados por la narradora, y “Evaluación propia-“, en el que se recogen sus juicios negativos. Es evidente que esta modificación nos permite realizar un análisis muy sensible al contenido de la narración, y, al mismo tiempo, nos devuelve un material analizado que da razón de los diferentes matices que permean el discurso.

A continuación se describen los indicadores utilizados, eventualmente señalando la diferencia con el original propuesto por Bruner y se ponen algunos ejemplos.

1) Agency+: Se refiere al ejercicio de *acciones voluntarias* y actos de libre elección puestos en práctica para alcanzar una meta. Indica elección, decisión y posición de control. Son indicaciones de acciones prácticas y comportamientos de tipo operativo que involucran al sujeto.

Ej.: *Yo no tuve una actitud sumisa, en absoluto, ¿vale?, yo al contrario yo yo peleaba, ¿me entiendes? yo yo le plantaba cara, yo le decía las cosas muy claras, y cada vez, era, más tajante o violenta.*

2) Agency- : Se refiere a aquellas situaciones en las que la agencia está “impedida”, al sujeto se le impide hacer algo.

Ej.: *“Que no me deja ponerme ropa”; “Que no puedo abrir las ventanas de mi casa”; “Que no puedo ir sola ni a la compra”.*

3) Reflexivity: Indicadores de los aspectos más metacognitivos del self, de la actividad reflexiva invertida en el análisis y construcción del self; se trata de las cogniciones y metacogniciones que una persona dedica a la narración de su propia vida y del modo en el que vive. Se expresa a través del uso de verbos mentales metacognitivos y de la subjuntivización (el relato se pasa al subjuntivo). En general se codifica cuando el sujeto reflexiona acerca de sí mismo en general o de un área específica de su experiencia.

Si la reflexión involucra referencias a estados de ánimo o a sentimientos se codifica como Qualia (+ o -, según el caso).

Si en la reflexión se produce un juicio de valor (positivo/negativo) se codifica como Evaluation (+ o -, según el caso).

Ej.: *“Yo me acuerdo que yo pensaba es que yo no entiendo a estas mujeres”; “claro, para mí que me considero o me consideraba normal, pues yo no lo asimilaba me o sea no te das cuenta eh sí te das cuenta de lo que está pasando, pero no te das cuenta, cuando te quieres dar realmente cuenta de donde estas, ya no sabes cómo salir”.*

4) Resources +: Todas las fuerzas, privilegios, *poder, bienes y medios* que la gente tiene a su disposición mientras ejerce obligaciones y acciones voluntarias. Esta categoría no incluye sólo *recursos externos*, como potencia, legitimidad social y fuentes de información, sino también recursos *internos* como paciencia, perspectiva, indulgencia, capacidad de persuasión. Se codifica cuando la persona entrevistada se refiere a recursos de varios tipos que tiene para cumplir con algún objetivo. Además hemos codificado como Resources + la capacidad de hacer algo, de cumplir con un objetivo.

Ej.: *“Yo era autosuficiente”; “Yo tengo el sueldo fijo todos los meses”*

5) Resources - : Se codifica cuando el sujeto se refiere a la falta de recursos (internos y externos) para enfrentarse a las más variadas situaciones. Además, hemos codificado como Resources - la falta de capacidad de hacer algo, de cumplir con un objetivo.

Ej.: *“Lo triste de mi historia es que yo era consciente totalmente de lo que me iba a pasar y era **incapaz** de hacer algo, es que es lo grave de todo esto”.*

6) Social reference +: Indicadores que nos dicen a quien mira la persona para buscar ayuda, legitimar o evaluar objetivos, obligaciones y distribución de recursos. Puede referirse a una persona, a grupos sociales reales (mis compañeros y compañeras de trabajo) o a grupos sociales construidos cognitivamente (la gente que se ocupa de mantener la ley). Se codifica cuando se hace referencia a un grupo, una red social capaz de ofrecer apoyo a la persona en general y específicamente como mujer que está siendo maltratada.

Ej.: *“En todo caso, si alguien es la víctima eres tú, aunque luego durante aunque sólo sea un momento y luego te vuelva a asaltar otra vez todo lo demás, llegas a razonarlo ¿no? sobre todo si tienes a alguien a tu lado que te lo dice ¿no?, yo en mi caso por ejemplo a mi hermana ¿no? o mi amiga Francis ¿no?”; “¿Quiénes son las tres personas que más te han ayudado? Mi madre, mi hermana y mi compañero”*

7) Social Reference - : Se codifica cuando se hace referencia a la falta de una persona, un grupo, una red social capaz de ofrecer apoyo a la persona en general y específicamente para salir de la situación de maltrato.

Ej.: *¿Tú no tenías apoyos familiares? “Yo aquí no. Yo si hubiera tenido aquí una casa donde salir corriendo a lo mejor me hubiera ido, seguramente, en alguna de esas movidas, me hubiera largado”.*

8) Commitment +: La adhesión del agente a una línea real o prevista de acción, una adherencia que trasciende lo momentáneo e impulsivo. Específicamente a través de la versión positiva de este indicador, se evidencia la demora de la satisfacción propia a favor de la de los demás, el sacrificio personal para el cuidado de las personas que componen el núcleo familiar. En cierto sentido por lo tanto se trata de situaciones en las que la mujer asume las prescripciones acerca del rol de madre y esposa que debe anteponer las necesidades de sus allegados a las propias.

Ej.: *“Yo además a mi madre siempre intentaba ponerle la mejor cara, pero yo por mi parte siempre he intentado, ocultárselo o suavizárselo lo más posible. Entonces siempre pensaba que mi madre no sufriera”; “Que lo que estoy haciendo es trabajar más que un mulo, lo que es tú ir anulando tu vida, decir mi vida es él y mi vida es su vida”.*

9) Commitment -: Se codifica cuando hay acciones para el cuidado de sí misma, búsqueda de la satisfacción personal, por encima de cuidar a otros.

Ej.: *“Que yo no quiero estar encima de nadie, yo no quiero estar a cargo de nadie”; “Porque digo “mira que no, que no te voy a aguantar más ni una”. Y yo a raíz de ahí pues nada he seguido siempre mi camino que ha sido luchar independiente de tomar mis decisiones, decido lo que yo quiero hacer”.*

10) Evaluación propia +: Se codifica cuando el sujeto da una valoración positiva de algo o de alguien. Se codifica exclusivamente cuando el sujeto formula un juicio de valor (bueno/malo; mejor/peor) en caso contrario se codificará reflexivity).

Ej.: *“Yo sola me encontraba bien”; “Que yo valgo mucho, que yo valgo mucho”; “Para esa señora es mucho más fácil contar mi pareja me pega, nadie espera demasiado de ella, ¿me entiendes?”*

11) Evaluación propia - : Se codifica cuando el sujeto da una valoración negativa de algo o de alguien.

Ej.: *“El mío ni bebía ni nada o sea era un cabrón porque sí; “El psicólogo nos lo dio su abogada, la que le llevaba los malos tratos de la ex, ¿vale? que también sabe todo esto y realmente también le defiende ahora, o sea es que me parece tan terrible esto”.*

12) Evaluación ajena +: Se codifica cuando el sujeto refiere una valoración positiva que otra persona hace de algo o alguien.

Ej.: *“Todo el mundo me decía “pues tú eres una muchacha que vale mucho”; “que eres una mujer guapísima, que vales un montón”; “Tú sabes que*

te adoro tú eres lo más importante de mi vida, tú sabes que para mí no ha habido mujer como tú”.

13) Evaluación Ajena -: Se codifica cuando el sujeto refiere una valoración negativa que otra persona hace de algo o alguien. Mayoritariamente se recogen aquí evaluaciones negativas de otras personas sobre la entrevistada.

Ej: *“Me dijo que yo tenía a mi marido loco: “Usted tiene a su a su marido abandonado”; “Es que a mí me decía que estaba loca, que la que necesitaba el psicólogo era yo”; “Ellos iban diciendo a mi familia que yo, que era una floja, una vaga, una vieja, todo lo hacía mal, yo todo lo hacía mal”.*

14) Congruence+ : En ese caso proponemos un cambio con respecto al original de Bruner (1995) de *coherence*, que reúne los artificios destinados a mantener la coherencia narrativa. En este análisis específico lo entendemos como coherencia, consonancia con el discurso y las prácticas culturales mayoritarias. En este sentido, se asigna Congruence+ en los casos en que la persona entrevistada expresa su **acuerdo** con el modelo cultural canónico acerca del papel de las mujeres bien en sus vivencias, bien en su manera de analizarlas.

Ej.: *“La madre decía “pero es tu marido, hay que aguantarlo hija, es tu marido”; “Bueno es normal, total es que los tíos son así, qué le vamos a hacer”.*

15) Congruence - : Se asigna en los casos en que el sujeto expresa su **discrepancia** con el modelo cultural, bien en sus vivencias, bien en su manera de analizarlas.

Ej.: *“Pero ahí es culpa nuestra, de ese instinto maternal que tenemos estúpido, ¿me entiendes?”; “¿Yo como tengo que aguantar que una persona venga y me pegue? ¿O me insulte?”; “Un tío consigue un... proyecto o consigue que le publiquen algo, o consigue cualquier cosa el tío... valía. Una tía, sube tres escalones, y rápido mmm... ¿con quién se ha enrollado? Machistas, todo... pues no”.*

16) Qualia +: Son indicadores de los aspectos cualitativos, de los estados de ánimo: son la imagen del sentimiento íntimo y se refieren a realidades intra subjetivas que se expresan a través del uso de verbos mentales emocionales. Se codifican como Qualia + las referencias a estados de ánimo positivos: enamorarse, gustar algo...

Ej.: *“Y vivo feliz, feliz, feliz, feliz, que estoy feliz y me lo paso y me lo paso bomba, si hija mía”*; *“Yo estoy ahora muy feliz, muy contenta”*; *“Me siento estupendamente, estupendamente y soy feliz, y con lo que tengo soy feliz”*.

17) Qualia - : Se asigna a las referencias a estados de ánimo negativos como estar mal, tener sentimientos de rabia, no gustar algo...

Ej.: *“Yo me sentía muy culpable, y me daba mucha vergüenza”*; *“Yo cada vez estaba más crispada, cada vez toleraba menos sus miradas, sus comentarios”*.

4.3 DIVISIÓN EN FASES

Antes de proceder a la codificación de las microestructuras identificadas se ha procedido a dividir temáticamente el texto en tres fases.

1. En el primer bloque **“antes”** se han recogido aquellos fragmentos en los que las entrevistadas hablan de la situación de malos tratos. Se recoge aquí la narración de los momentos en los que las entrevistadas todavía no se plantean la separación.

2. En el segundo bloque **“durante”** se han recogido aquellos fragmentos en los que las entrevistadas refieren del proceso que las lleva a denunciar y/o a alejarse del maltratador.

3. En el tercer bloque **“después”** se han recogido aquellos fragmentos en los que las entrevistadas describen sus vidas tras la ruptura definitiva con el agresor.

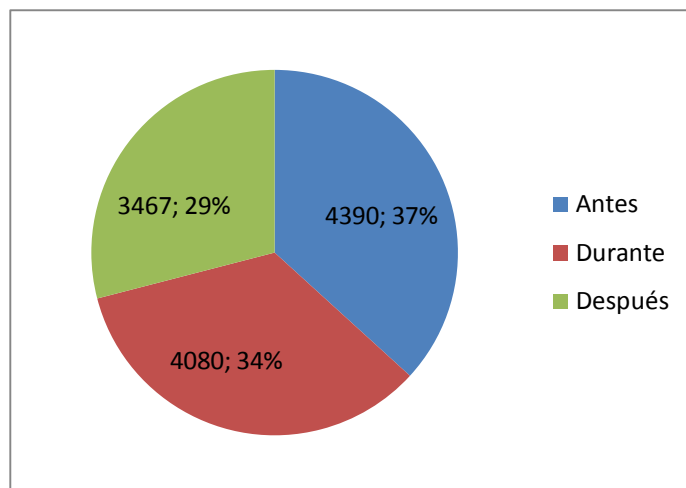
El objetivo de esta división en fases es el de poder realizar una comparación de la distribución de las frecuencias de los distintos indicadores en los diferentes momentos a los que hace referencia la narración.

5. ANÁLISIS DE LOS RESULTADOS Y DISCUSIÓN

Una vez se han descritos los diferentes indicadores, se va a ofrecer una descripción de su distribución en las tres diferentes fases que se han identificado.

Es importante recordar que cada microestructura se ha codificado en una sola de las categorías mutuamente excluyentes antes descritas. Por otro lado los datos porcentuales que se presentan son relativos al peso específico de cada indicador dentro de cada fase (por ejemplo que si ofrecemos el dato de agency+ antes de 7,99% esto quiere decir que del total de microestructuras

Gráfica 1. Distribución general de las microestructuras en las tres fases.



que se codifican en la fase “antes” el 7,99% son las referencias al agency+).

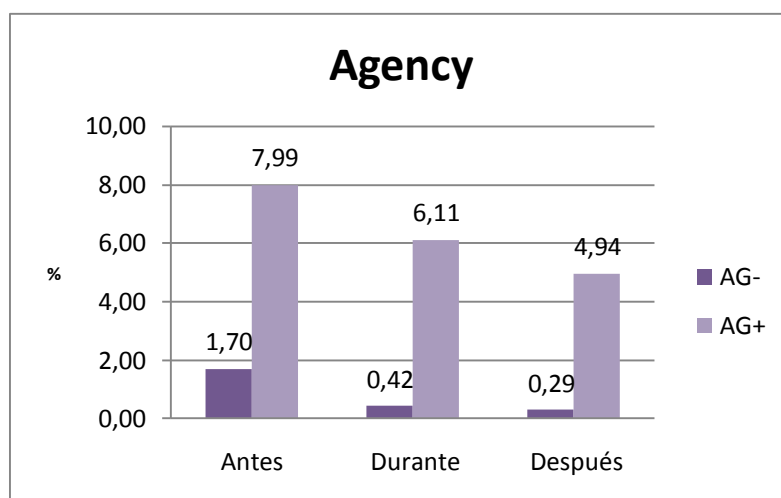
En primer lugar se presenta la distribución general de los indicadores en las tres fases. Como se puede observar en gráfica 1, las microestructuras se

distribuyen de una manera bastante uniforme, siendo en la fase de “antes” donde encontramos su mayor concentración (4390 microestructuras). Como se recordará en esta fase se categorizan aquellos fragmentos de narración relativos a la experiencia de violencia en la pareja. La segunda fase de la que más hablan es la relativa al proceso de toma de decisión y al proceso de abandono de la relación, en la que encontramos 4080 microestructuras. Finalmente, en la fase posterior a la decisión de salir de la relación

caracterizada por los malos tratos encontramos 3467 microestructuras. Consideramos que esta distribución es coherente con un desarrollo narrativo canónico, en el que el nudo crítico que da lugar y justifica la narración es el que más espacio ocupa. En cierto sentido la violación de lo canónico, “*la complicación*”, es el motor de la narración y el estímulo para la extensión y la reelaboración de nuestros conceptos del Self (Bruner 1991^a). El segundo tema del que más se habla son las acciones llevadas a cabo por las protagonistas para la resolución del problema y finalmente la descripción de los resultados que estas acciones han tenido, que sirve de cierre de la narración.

Una vez descrita la distribución general de las frecuencias pasamos a la descripción de la distribución de las microestructuras en cada una de las categorías de análisis, señalando también la diferente distribución en las fases identificadas.

AGENCY: En Agency+ se codifican las referencias al ejercicio de



acciones voluntarias y actos de libre elección puestos en práctica para alcanzar una meta. Indican elección, decisión y posición de control. Son indicaciones de acciones prácticas y

comportamientos de tipo operativo que involucran a la persona. Por otro lado en Agency- encontramos las referencias a la agencialidad impedida, o sea a aquellas ocasiones en las que a las narradoras se le impide hacer algo.

El primer dato que nos llama la atención a la hora de describir la distribución de las referencias a la agencialidad es que, contrariamente a la imagen común de la mujer víctima de violencia de género como persona que padece pasivamente los malos tratos, es justamente en la fase anterior a la

ruptura cuando encontramos el mayor número de microestructuras que se refieren a acciones intencionales. Podemos hipotetizar que la salida de la situación de violencia se va construyendo cuando aún las mujeres están inmersas en ella, a través de una acumulación de acciones que aún sin dar resultados inmediatos, ponen las condiciones para que la mujer sea capaz de salir de la violencia.

Por otro lado, el 6% de las microestructuras que se refieren al proceso de toma de decisión y de salida efectiva de la relación se refieren a acciones, mientras que en la fase posterior a la salida éstas constituyen casi el 5% del total.

Con respecto al agencialidad impedida, vemos que fundamentalmente las microestructuras se concentran en la fase anterior a la salida de la situación de violencia, mientras prácticamente desaparecen en las fases sucesivas. Es evidente que son parte de la descripción de la situación de violencia, en la que los maltratadores ejercen el control e impiden a las mujeres desde salir con las amigas, hasta elegir libremente su vestuario y que no hace más que mostrar la situación de control ampliamente reconocida a la que el agresor intenta someterla (Hirigoyen, 2006).

Veamos algún ejemplo de Agency+ en la fase anterior al planteamiento de la separación:

Alicia: *“Pues iba y le quitaba los cuchillos, se los escondía”.*

María: *“y yo, hago mi primer intento de separación cuando mi hija tiene nueve meses”, “Yo al contrario yo yo peleaba, ¿me entiendes? Yo yo le plantaba cara yo le decía las cosas muy claras, y cada vez, era, más tajante o violenta y yo, le devolvía el empujón, ¿vale? Yo me levantaba, Yo le respondía”.*

Veamos ahora algunos extractos de Agency – en la fase anterior a la separación:

María: *“Jamás! me puse en biquini : y yo no podía”;*

Carolina: *“Tienes que guardar silencio cuando esté hablando el hombre, no puedes ponerte la ropa que él no quiera, no puedes salir, pues que la mujer no puede tener, amistad fuera aparte de él”.*

Elena: *“No me podía pintar el pelo, y tenía que bajar a que él diese el visto bueno de que no llevaba un escote no llevaba nada provocativo: no... no iba*

maquillada. El tema era que yo no pudiese llamar nunca la atención de... no solamente físicamente, sino también por el... por el tema de relaciones estábamos en un grupo y yo no podía intervenir demasiado. El protagonismo yo no podía tener protagonismo.

Algunos extractos de Agency + durante, en esta fase encontramos fundamentalmente referencias a las acciones concretas llevadas a cabo para el abandono de la relación (planificación de la salida, irse de casa, denunciar...). Estas acciones a las que aluden hacen referencia a lo que en el capítulo 2 hemos denominado estrategias de desprendimiento y son reconocidas como acciones que llevan al abandono definitivo de la relación, momento crucial en el proceso de recuperación (Barnett, 2000; 2001; Kim y Gray, 2008; Lerner y Kennedy, 2000).

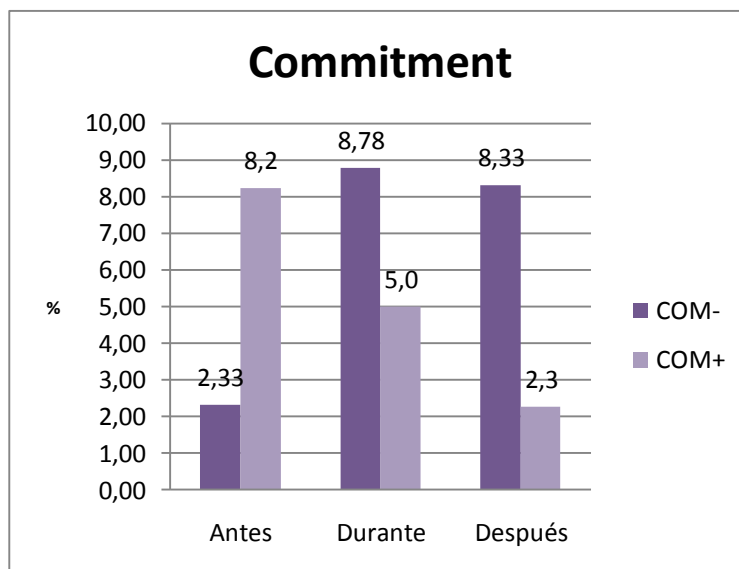
Rosa: “y le dije a mi hija: “L., recoge tu ropa”. Le dije “¡¡¡L., bolsa de basura y ropa para adentro!!!” Llamé a mi hermana digo pídele la llave de la casa a la prima, y aquella noche por la tarde, yo me fui con una caja de cereales y una caja de leche, nada. Nos acostábamos vestidas con el bolso debajo de la cama, las llaves y el móvil, debajo de la cabecera.

Lola: “Sí, tomé yo la decisión Sí. Y yo pedí ayuda”;

Mónica: “Llamé a mi hija diciéndole que estaba en la cama y nos fuimos a la comisaría y lo denunciamos”.

Finalmente proponemos un ejemplo de Agency + en la fase posterior:

Carolina: “Me fui, con mis hijos a los dos meses decidí de alquilarme un piso decidí bueno “voy a montar una tienda de ropa” entonces yo en ese momento, a los dos meses, cogí un local, monté... luego también, aparte de montar la tienda yo al año la cerré. Un programa, lo hice el cualifica, lo hice. De ahí me saqué un trabajo”.



COMMITMENT:

Los indicadores de *commitment* hablan, en su versión positiva, de la demora de la satisfacción propia a favor de la de los demás, del sacrificio

personal para el cuidado de las personas que componen el núcleo familiar (Commitment +). En su versión negativa hacen referencia a las acciones llevadas a cabo para alcanzar una satisfacción personal, son acciones de autocuidado (Commitment-). Como ya hemos comentado en anteriores capítulos, uno de los aspectos fundamentales de la identidad de las mujeres es que ésta se construye como seres para otros, donde el eje de sus deseos, gustos o aspiraciones no es ella misma, sino que son, como diría Clara Coria (2001) satélites del deseo ajeno. Se las educa para satisfacer y cuidar a los demás y en este intento por encajar con el mandato de buena mujer aprenden no sólo a satisfacer a los demás sino también a ignorar la propia voz interna, a silenciarse. Las mujeres pierden su sentido del self en un proceso que Jack (2001) denomina “silenciar el yo” (Silencing the Self) y que ha sido identificado y trabajado en depresiones, especialmente en depresiones postparto (Mauthner, 1998) donde este proceso de silenciar se hace más patente al intentar las mujeres adaptarse a lo que socialmente se espera de ellas: ser unas buenas madres sacrificadas y entregadas al cuidado.

Esta ética del cuidado a los demás (Gilligan, 1982) en la que son socializadas requiere, como decimos, el que las mujeres se descuiden a sí mismas (Lagarde, 2000). Fruto de este proceso de socialización donde se les enseña a ser seres para otros, es frecuente que se posterguen deseos y se desdibuje la identidad al satisfacer a otros (Coria, 2001).

Además, como nos recuerda Marcela Lagarde (2000) en la identidad de las mujeres se construye la marca de la incompletud y la necesidad de otros para ser seres completos. Dicha identidad no suele basarse en la autonomía sino en la fusión con otras personas. La autonomía es una construcción social y construir autonomía en la pareja es algo complejo para las mujeres porque “por definición de género, las mujeres estamos simbólicamente, social y subjetivamente confundidas con la pareja” (Lagarde, 2000, p. 17). Tradicionalmente se ha considerado que el mantenimiento de la armonía familiar recae exclusivamente sobre las mujeres. Esto ha hecho que para que la pareja funcione las mujeres hayan tenido que hacerse cargo de otras personas en detrimento de la propia autonomía (Lagarde, 2000). En el caso de las mujeres que han pasado por una relación con violencia de género en la

pareja muchos de estos aspectos se dan en su forma más perversa. De tanto conceder se llega a lo que Coria (2001) denomina concesiones indignas: “la persona que concede va desdibujándose hasta perderse a sí misma. Se vuelve extranjera de sus formas propias y con ello va deshilachando su identidad” (p.99). Por ello no es de extrañar que parte de la terapia psicológica con mujeres que han salido o están saliendo de la violencia, consiste precisamente en romper muchos de estos compromisos. En este sentido se les dice que piensen en ellas. Se les intenta desculpabilizar por haberse puesto en determinados momentos a ellas mismas en primer lugar, más bien se las anima a ello y se las incita a romper este compromiso y entrega total de sí mismas hacia los agresores o incluso a los hijos y las hijas haciéndoles poner el énfasis en ellas mismas, en lo que les gusta y desean. Se considera así que el compromiso y sacrificio desmedido hacia los demás, obstaculiza su recuperación.

Volviendo a la distribución de las microestructuras en las diferentes fases, vemos que esta tiene una estructura especular. De hecho vemos que en la fase anterior encontramos un 8,3% de referencias a Commitment+, o sea al cuidado de los demás, y un 2,3% de referencias a Commitment-; por otro lado en la fase posterior a ruptura de la relación los porcentajes se invierten, siendo un 8,3% las referencias al Commitment- y un 2,3% las referencias al Commitment +. Basándonos en las distribuciones de este indicador, podemos afirmar que, como se indica en la terapia para la recuperación personal de las mujeres víctimas de violencia, un paso importante para la reconstrucción de la identidad personal es la atención a las propias necesidades. Resulta por lo tanto particularmente interesante esta distribución y el aumento significativo de indicadores de autocuidado en la fase en la que se prepara la separación del agresor, así como en la fase posterior.

Veamos ahora algunos ejemplos de Commitment + en la fase anterior a la separación:

Elena: *“Porque ha tenido una educación, porque ha tenido este problema cuando era pequeño eh... yo siempre, siempre estás justificando”.*

Elena: *“Entonces yo en ese momento era, aguantar el tirón y esperar a que mañana pudiese levantarse de otra manera”.*

Elena: *“Le pedía perdón, yo le pedía perdón a él”.*

Elena: *“Si... el tema era que... que, que aquí no pasara, no pasara nada que... que todo fuese bien entonces... yo le pedía perdón si me había callado, pues le pedía perdón por haberme callado y... y bueno, no pasa nada, siempre intentaba, esto no... no es significativo no es importante, no... no ha pasado nada, borrón y cuenta nueva y yo voy a olvidar lo que ha pasado y... y los insultos y los gritos y pero yo ya ahí empecé yo a ser madre de él ¿no? y entonces yo actúo de... de madre y digo bueno: “pues nada, no te preocupes que aunque nada más que llevemos un año saliendo pero lo montamos todo y nos casamos y tú ya puedes salir de tu casa. Y aquí está la Elena para... para cuidarte y darte todo lo que tú necesites y tú verás como todo sale bien”. Lo que es tú ir anulando tu vida decir mi vida es él y mi vida es su vida”.*

Carolina: *“Yo me lo tenía que comer. “Bueno es verdad, es verdad, es verdad, es verdad lo disculpa, lo disculpa, lo disculpa y bueno lo perdonas”.*

Carolina: *“Porque yo además a mi madre siempre intentaba ponerle la mejor cara pero yo por mi parte siempre he intentado, ocultárselo o suavizárselo lo más posible. Entonces siempre pensaba que mi madre no sufriera”.*

María: *“Yo pensaba en aquella barriga, en que todo fuera bien en no estresarla “ya tendré tiempo de arreglarlo después vamos a ver que todo esto salga bien ya luego veré”. “Lo que pasa es que te engañas”.*

María: *“Lo primero son nuestros hijos la custodia de nuestros hijos la alimentación de nuestros hijos, tú tú tú, te importan tus hijos tal cual sí se justifica. “Bueno si me tiene que matar que me mate pero mi hija tiene que comer”.*

Como se puede ver en los extractos presentados, este sacrificio personal en favor de las personas que componen la familia, marido, padres, hijos e hijas está teñido de connotaciones culturales acerca de lo que debe ser una buena mujer, madre y esposa. Profundizaremos en la importancia de los valores culturales a la hora de analizar los extractos del próximo indicador, Congruence.

Veamos ahora algunos ejemplos de Commitment –, que, como se ha afirmado anteriormente, podemos considerar como indicador de una recuperación de los espacios y tiempos personales, indispensables para la reconstrucción de una identidad personal quebrantada por la experiencia de violencia. Concretamente se presentan ahora los indicadores relativos a la fase de toma de decisión:

Alicia: "Me tengo que ir yo no puedo seguir así ya".

María: "Cuando yo me separo la última paliza que me pega y entonces dije "no puede ser".

María: "Y entonces dije "no puede ser" es que yo tengo que hacer algo no puedo permitírselo".

María: "Digo ¡al carajo! es hora de salir corriendo".

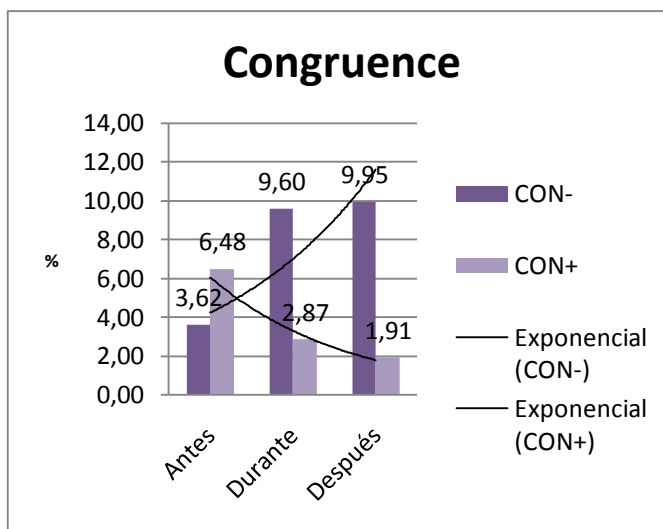
Veamos ahora algunos ejemplos de Commitment- en la fase posterior a la separación:

Rosa: "Ahora, ahora (miro) por mí, por mí, y por mis hijas pero por mí sobre todo".

Patricia: "Ahora voy a intentar de disfrutarla (la vida). Voy a intentar de hacer cosas que me gustan".

Mónica: "Yo a mi madre simbólicamente la he matado, y a mis hermanos también, he vuelta al senderismo, al teatro, al cine, mi música, tengo mi libertad mi vida".

CONGRUENCE



Como se ha afirmado anteriormente, en este indicador se reúnen las microestructuras las que se hace referencia a una visión cultural tradicional de la mujer y de su rol en la sociedad y en la familia. Como por los demás indicadores encontramos una versión

positiva de acuerdo con esta visión tradicional de la mujer (Congruence +), y una versión negativa en la que se expresa el desacuerdo con esta y cierta reivindicación de un modo diferente de pensarse como mujer. El primer dato a comentar es relativo al aumento, a través de las distintas fases, de las referencias a la propia disconformidad con este discurso. Se pasa de hecho

del 3,62% de la fase anterior al abandono de la relación, al 9,60% de la fase durante y al 9,95 % posterior a la separación. En cierta medida se puede afirmar que es el reflejo más ideológico del cambio que se ha observado con respecto al Commitment. Es decir, encontramos aquí una justificación teórica del cambio factual que las lleva a estar más atenta a sus propias necesidades.

Por otro lado, de manera especular las referencias a la consonancia con un discurso tradicional sobre el rol de la mujer y el amor romántico, van disminuyendo a medida que las mujeres se cuestionan y reflexionan sobre la ideología patriarcal y la importancia que ésta ha tenido en sus vidas lo que contribuye en la toma de decisión que las lleva a separarse del maltratador y a volver a empezar una nueva vida. Este cuestionamiento y reflexión crítica es un aspecto fundamental del empoderamiento de estas mujeres (Kasturirangan, 2008). Concretamente se puede observar que encontramos un 6,48% de referencias a cierta consonancia con el discurso tradicional en la fase anterior a la separación, que se reduce a un 2,87% en la fase durante y, finalmente, a un 1,91% en la fase posterior a la toma de decisión.

Veamos ahora algunos ejemplos de Congruence + en la fase anterior a la separación:

Alicia: *“Ese galón es el único que teníamos nosotros, la mujer, que el hombre viniera a ti que se lo trabajara, que estuviera todo un día, una tarde y otra tarde en la esquina esperándote. Eso es un galón para la mujer”.*

Carolina: *“Eso es ya: bueno pues a mí... yo me ha tocado esto: voy a ser madre. Esto es lo que tú crees que es lo normal: tener una vida, ser madre, trabajo”.*

Elena: *“También se une ahí que tú crees que tienes unos sentimientos de amor y, y, y que crees, en ese momento que lo quieres, porque tsss “que lástima pues será verdad que él viene borracho porque cuando él no está borracho pues tiene sus momentos buenos porque...”, y crees que es lo normal”.*

De estos ejemplos podemos ver que se intenta justificar a través de la reflexión las razones que las han llevado a conducirse de una determinada manera (*es que tú crees que tienes unos sentimientos de amor...*).

Veamos ahora algunos ejemplos de Congruence – en la fase anterior a la toma de decisiones:

Carolina: *“Es que somos nosotras sus cómplices, que nosotras los tapamos es una manera de, tenerte jodida y controlada, me entiendes pero ahí es culpa nuestra de ese instinto maternal que tenemos estúpido, me entiendes”.*

Elena: *“Para ser considerada por la sociedad, como una buena madre... Una buena madre, pues es la que “no hace falta que compartamos las cosas de la casa, yo lo hago todo”. Pero se es ser, una madre entregada y sacrificada por por sus hijos y por su marido que el punto, excelente ¿no? pero después en la lápida te van a poner buena madre, buena esposa, eh ¡descanse en paz!”*

Elena: *Pues, yo he sido muy rebelde siempre, yo... siempre he querido ir en contra de todo lo establecido, por convencionalismos sociales, y... y todas esas historias Pero... yo siempre decía que yo no me iba a casar, que yo eso : y yo decía: ¿Y a usted quien le ha dicho que yo me voy a casar? Y mucho menos para coserle a ningún hombre yo nada Y mucho menos para hacerle de yo de comer nada. Y tú dices, “con los pensamientos tan claros que yo tenía”...*

Se proponen ahora algunos ejemplos de Congruence – en la fase de toma de decisiones:

María: *“¿Le voy a arruinar yo la vida de qué?, se la estará arruinando él ¿no?”*

Elena: *“Me quitaron un poco de... de ese...romanticismo extremo, me hicieron ser más realista ¿no?”*

Patricia: *“El amor no es una cosa que te destroza, el amor no es tormentoso, el amor, eso no puede ser”.*

Finalmente vamos a ver algunos extractos de Congruence - de la fase posterior a la ruptura definitiva de la relación. Como se puede observar en esta fase, que corresponde también al final de la narración, las reflexiones trascienden la propia situación personal, haciéndose extensibles a todas las mujeres que se encuentren en una situación parecida:

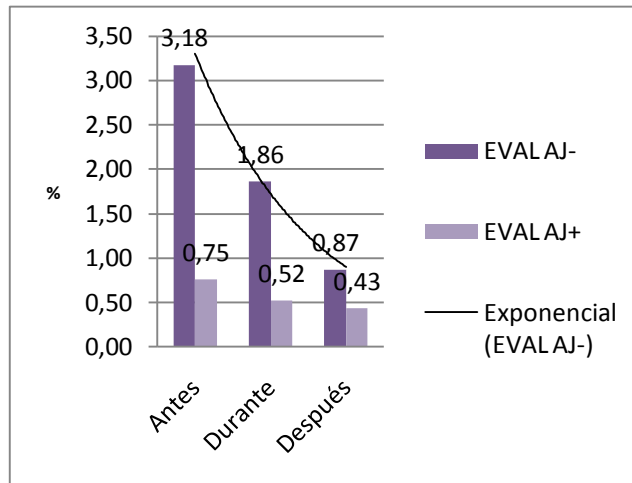
Carolina: *Tú te puedes encontrar a ti misma, que tú puedes ser persona sin nadie a tu lado, que eso no es normal lo que se está viviendo. Que la vida es muy bonita y se puede vivir de otra forma”.*

Elena: *“Soy mucho más receptiva a las... a las situaciones de machismo, que podría ser, que podría ser hace unos años, ¿no? Un tío consigue un... proyecto o consigue que le publiquen algo, o consigue cualquier cosa el tío... valía. Una tía, sube tres escalones, y rápido mmm... ¿con quién se ha enrollado? Machistas, todo... pues no”.*

Lola: *“Mira hablamos mucho de coeducación pero si tú no eres la primera que te coeducas, ¿cómo vas a educar a los demás?”*

Lola: *“Yo no le puedo decir a mi hijo, te quiero más que a mi vida. Porque no le estoy queriendo nada si a mí misma no me quiero”.*

EVALUACIÓN AJENA



En esta categoría se recogen las microestructuras que hacen referencia a las evaluaciones que otras personas hacen sobre las narradoras. Como en los anteriores indicadores, tenemos una versión positiva, en la que se recogen las evaluaciones positivas que se

hacen sobre la narradora, y una versión negativa en la que se recogen las evaluaciones negativas sobre ella. En primera instancia, como se ve en la gráfica, las evaluaciones negativas superan las positivas en todas las fases, siendo en la fase anterior a la separación el momento en el que se reportan un mayor número de evaluaciones negativas (3,18%).

Por otro lado, las evaluaciones positivas se mantienen más o menos constantes a lo largo de las tres fases.

Veamos ahora algunos ejemplos de evaluación negativa en la primera fase de reconocimiento del maltrato:

Lola: *“Es que a mí me decía que estaba loca que la que necesitaba el psicólogo era yo”.*

Mónica: *“Ellos iban diciendo a mi familia que era una floja, una vaga, una vieja, todo lo hacía mal, yo todo lo hacía mal”.*

Mónica: *“Yo fui un error, como ellos decían. Me llamaban la rarita entonces, yo era la rara, por eso me llamaban la rarita”.*

Patricia: *“No vales para nada. Eres la única gorda de la familia”.*

Rosa: *“Tú, tu ganas una porquería”... Yo no servía para nada. Yo lo hacía todo mal. Yo era una fulana”.*

Rosa: *“Ya, ya era mala. Ya era una estúpida, ya era una gilipollas”.*

Vemos ahora algunos ejemplos extraídos de la narración de la fase de toma de decisiones:

Elena: *“Que a mí este hombre siempre me ha visto como desvalor”; “y esta persona me ha hecho a mi creer durante todos estos años que eso eran, eh... eh... ¿cómo se dice?... defectos, defectos que yo tenía que pulir”*

Mónica: *“Eres tonta, subnormal” y se llevaba horas y horas insultándome”.*

A través de estos extractos tenemos manera de asomarnos a algunas de las formas que asume la violencia psicológica a la que están sometidas las mujeres víctimas de violencia de género. Es importante tener en cuenta que estas opiniones que el maltratador vierte sobre ellas constituye en muchos casos, dada la situación de aislamiento en la que muchas de ellas se encuentran, la única fuente de autoestima (Hirigoyen, 2006). Vemos además que esta violencia no sólo es ejercida por el maltratador, sino que en ciertos casos es la propia familia que ataca a la mujer en el caso que no responda a los cánones normativos acerca de lo que debe ser una buena mujer madre, esposa e hija.

Veamos ahora algunos ejemplos de evaluación positiva en la fase de toma de decisiones:

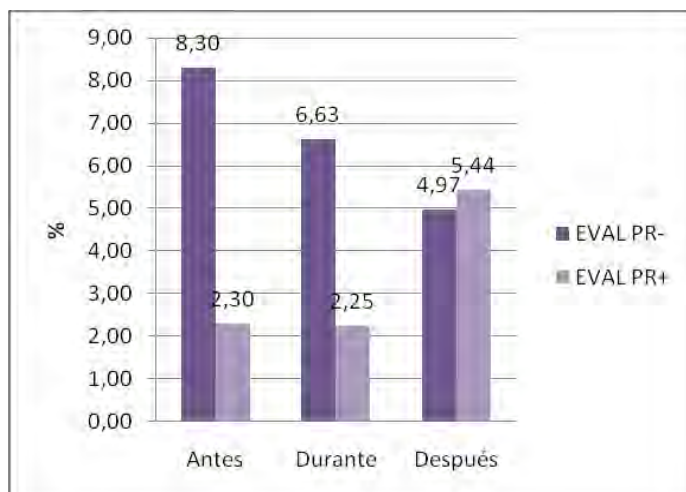
Carolina: *“Que eres una mujer guapísima, que vales un montón. Te vemos tan que tú eres capaz”.*

Patricia: *“Tú sabes que, para mí no ha habido mujer como tú”.*

Sólo cuatro de las entrevistadas tienen alguna referencia a evaluaciones positivas posteriores a la ruptura con el agresor, y la fuente de dicha evaluación suelen ser amigas o nuevas relaciones.

María: *“eres cojonuda eres la leche guapísima buenísima, inteligentísima”*

EVALUACIÓN PROPIA



En esta categoría se codifican las microestructuras que se refieren a juicios realizados por la entrevistada.

Si analizamos la distribución de valores empezando por el polo positivo (Evaluación propia +), es decir, juicios positivos

respecto a alguien o algo realizados por la entrevistada; observamos cómo en la fase anterior a la toma de decisión de abandonar la relación y durante el momento de la toma de decisión existen muy pocos juicios positivos (2,30% y 2,25% respectivamente), mientras que en la fase correspondiente a después de la ruptura existe un aumento considerable de dichos juicios positivos (5,44%).

Pero estas evaluaciones positivas no sólo se distribuyen mayoritariamente tras la toma de decisión, además hacen referencia a hechos distintos. En la fase anterior a la toma de decisión podemos ver como ejemplos:

María: *"(Y terminé creyéndole) y era buenísimo eh, pero bueno buenísimo, (y todo cambió en tres meses)".*

Elena: *"(Hay también una variable que no es siempre maltratador, es de tres días maltratador) y un día es el príncipe, maravilloso".*

Lola: *"Yo siempre he sido muy positiva".*

Durante el proceso que las lleva a abandonar la relación encontramos ejemplos del tipo:

Carolina: *"(Ver que era capaz, de hacer cosas) y de que yo, y de que yo sola me encontraba bien".*

Elena: *"A mí lo que ha sido la policía me ha tratado siempre eh... muy bien".*

Y finalmente después de la ruptura encontramos ejemplos como los siguientes:

Alicia: *"Ahora es la luz, hombre, del infierno a la gloria"*.

María: *"Que yo valgo mucho, que yo valgo mucho"*.

Carolina: *"La recompensa es muy, muy, muy buena y gratificante"*.

Elena: *"Creo que la sensación más placentera que yo tengo es entrar en mi casa y que no haya ningún hombre al que yo le tenga que rendir cuentas"*.

Mónica: *"Que tengo dos hijos maravillosos, que tengo amigos maravillosos. (Con mi familia no cuento para nada, la he apartado de mi vida) y que soy una buena persona"*.

Sin embargo, la distribución del polo negativo (Evaluación propia -), es decir, juicios negativos respecto a alguien o algo realizados por la entrevistada, es inversa a la distribución del polo positivo. En este caso la fase en la que más juicios negativos se emiten es en el momento anterior a la toma de decisión (8,30%), disminuyendo progresivamente en las fases de toma de decisión (6,63%) y después de la decisión (4,97%). Es de destacar que en la última fase las evaluaciones positivas son más frecuentes que las negativas, entendiéndose así una mayor satisfacción tras haber roto la relación con el maltratador y comenzado una vida en solitario.

Encontramos además distintos temas en cada una de las fases respecto a las evaluaciones negativas. En la fase anterior encontramos como ejemplos de crítica:

Alicia: *"Chiquilla, mi vida ha sido toda difícil, toda difícil"*.

María: *"A los tres cuatro meses de embarazo ya te digo empezó mi infierno, fue terrible (porque además yo me veía)"*.

Lola: *"Aquello evolucionó a peor, a peor, a peor, mucho peor"*.

Patricia: *"Yo era como una gran bolsa de basura"*.

Rosa: *"Porque ya eran humillaciones y de violaciones"*.

Durante la toma de decisión las críticas pueden ejemplificarse de la siguiente forma:

María: *"(El psicólogo nos lo dio su abogada, la que le llevaba los malos tratos de la ex, vale? que también sabe todo esto y realmente también le defiende ahora), o sea es que me parece tan terrible esto"*.

María: *"(En esa ocasión no perdí el conocimiento) pero sí noté una agresividad, excesiva, él estaba, esa y la vez anterior fueron, una agresividad brutal!"*.

Carolina: *"Me chantajeaba emocionalmente"*.

Lola: *"Y vas diciendo "ufff por aquí, esto no funciona bien, por aquí esto no va bien"*.

Lola: *"Y hay muchos momentos malísimos, hay momentos muy malos, hay momentos en que, malos de verdad"*.

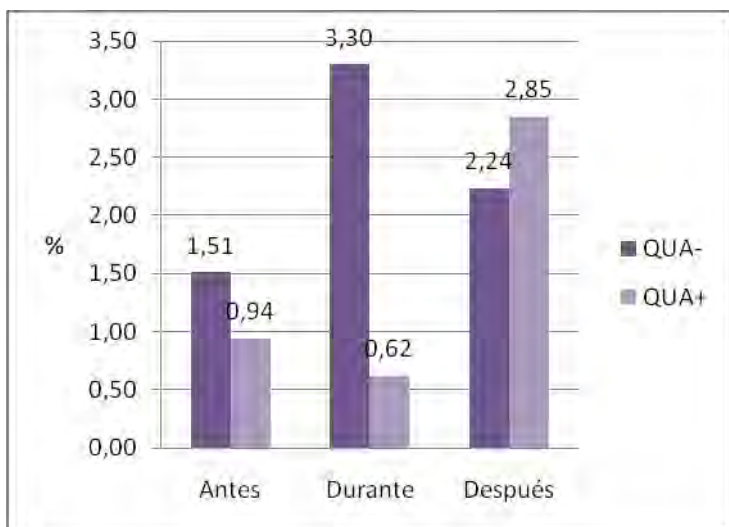
Mientras que en la fase posterior a la toma de decisión los juicios negativos se mantienen. De ellos se desprende que la ruptura de la relación no significa el fin de la violencia (Anderson y Saunders, 2003) y que el proceso de recuperación se extiende tras la ruptura, periodo en el que comienza una nueva etapa con nuevos frentes y asunción de nuevas responsabilidades en solitario (Anderson, Saunders, Yoshihama, Bybee, and Sullivan, 2003). Van dirigidos hacia los siguientes temas principalmente:

María: *"Y creo que es un escollo muy muy grave, el que hay ahora mismo judicialmente, jurídicamente, el tema de los hijos las visitas de los maltratadores tal, esto está muy mal, muy mal"*.

Carolina: *"Y ahora lo complicado es el tema del niño que lo maneja psicológicamente"*.

Patricia: *"Y ahora lo estoy pasando peor que incluso cuando estaba dentro"*.

QUALIA



En esta categoría se codifican las microestructuras que se refieren a estados de ánimo y emociones experimentadas y narradas por las personas entrevistadas.

Tenemos que diferenciar entre el polo positivo (Qualia +), que se

refiere obviamente a emociones de carácter positivo (enamorarse, gustar algo,...) y el polo negativo (Qualia -), que se refiere a emociones de carácter negativo (estar mal, tener sentimientos de rabia, no gustar algo,...).

En cuanto a la distribución de los porcentajes de emociones positivas vemos que existe un descenso de las mismas desde la fase anterior a la ruptura (0,94%) hacia la fase durante la que deja la relación (0,62%), para volver a subir de manera muy considerable en la fase posterior (2,85%). Como se puede ver las referencias a estados de ánimo y emociones positivas prácticamente se triplica en la fase posterior a la toma de decisión frente a la fase en la que se está viviendo la violencia. Como veremos la mayoría de microestructuras hacen referencia a la satisfacción y felicidad por haber vuelto a lograr el control sobre sus vidas y cierta serenidad.

Por su parte, los porcentajes de las emociones negativas se distribuyen de la siguiente manera: se produce un aumento en la fase central durante la que se toma la decisión (3,30%) respecto a la fase anterior (1,51%), descendiendo en la última fase (2,24%). Es importante poner la atención sobre el hecho de que el momento caracterizado por un mayor número de emociones negativas es precisamente aquel en el que se fragua la ruptura. Es posible que el gran aumento de la emocionalidad negativa a partir de la segunda fase se deba a dos factores: por un lado a que es un momento difícil en el que se está

planificando y llevando a cabo el abandono de la relación con el riesgo, la ansiedad y la angustia que ello conlleva. Además es un proceso que se extiende en el tiempo (Anderson y Saunders, 2003) y en el que se toman decisiones que, como decimos, incrementan el riesgo que estas mujeres corren. El momento de la ruptura y los meses posteriores a la misma es reconocido como un periodo en el que el riesgo aumenta, de manera que el periodo posterior al abandono de la relación puede ser el periodo más intenso psicológicamente y de mayor vulnerabilidad (Lerner y Kennedy, 2000). Pero además, estas decisiones implican romper con la socialización de género que hace de las mujeres "seres para otros" (Lagarde, 2000) de manera que se les insta a primar la preservación de las relaciones sobre la realización personal y el desobedecer este mandato genera malestar. Por otro lado, es a partir de la ruptura de la relación cuando comienzan a aflorar emociones que quedaban congeladas en la fase anterior. De hecho algunas de las entrevistadas relatan que en el periodo en el que se vive en la situación de malos tratos, la emocionalidad queda como anestesiada como mecanismo de defensa y protección del self. Es cuando el peligro inmediato ha pasado que pueden permitirse dejar aflorar los sentimientos negativos asociados a sus vivencias. Es por lo tanto necesario que se preste especial atención a ese proceso de toma de decisiones y se le ofrezca especial apoyo en los momentos posteriores a la separación. Al mismo tiempo nos resulta llamativo que los sentimientos negativos sean mayores en la fase posterior a la separación que en la fase en la que se está viviendo la situación de maltrato. Nuevamente consideramos que este dato se debe a la necesidad de callar lo emocional en la fase de violencia, para poder tener la fuerza suficiente para salir de esta.

Es importante que nos detengamos en los temas relacionados con las distintas emociones en las distintas fases. Así en la fase anterior a la decisión las emociones positivas más frecuentes son:

Alicia: *"Porque ya me enamoré de él".*

Lola: *"Me ha gustado investigar por todos los sitios".*

Mientras que las emociones negativas más frecuentes son las que se encuentran en los siguientes ejemplos:

María: *"Es que tú no sabes el miedo que da cuando oyes los pasos, toc toc".*

Elena: *"Me daba un temor, un pánico, (un... que... a mí me paralizaba), o sea, era el pánico que paraliza ¿no?"*.

Patricia: *"(No podía ver a mi madre ni en pintura), la odiaba con mis cinco sentidos"*.

En la fase durante la que se produce el proceso de abandono de la relación, las emociones positivas suelen ser:

Elena: *"Que me había enamorado y que de la persona que me había enamorado era de mí"*.

Elena: *"Y... entonces dices tú... es que, es que todavía me tengo que sentir más dichosa"*.

María: *"Hay que sentirse fuerte, entre comillas"*.

Mientras que las emociones negativas se pueden ejemplificar de la siguiente manera:

María: *"Yo me sentía muy culpable, y me daba mucha vergüenza"*.

María: *"Y bueno tienes mucho miedo de él, mucho miedo de él, no solo de que te venga a matar, sino de la mano donde le llega, ¿me entiendes?"*.

Lola: *"Muy mal, muy mal, me angustiaba muchísimo"*.

Patricia: *"Yo me siento desamparada, sola, desarraigada"*.

Por último, en la fase después del abandono de la relación existen ejemplos de emociones positivas como:

Alicia: *"Y vivo feliz, feliz, feliz, feliz"*.

Carolina: *"Me siento estupendamente, estupendamente"*.

Elena: *"A mí me gusta estar con mujeres, yo me siento muy querida y muy mimada por las mujeres"*.

Elena: *"A mí me sienta bien saber, que alguien me quiere, y sobretodo saber, que yo estoy queriendo a alguien, y sentirme enamorada"*.

Lola: *"Me quiero"*.

Rosa: *"Cada día más contenta estoy de haber hecho esto"*.

Mientras que de las emociones negativas existen ejemplos como los siguientes:

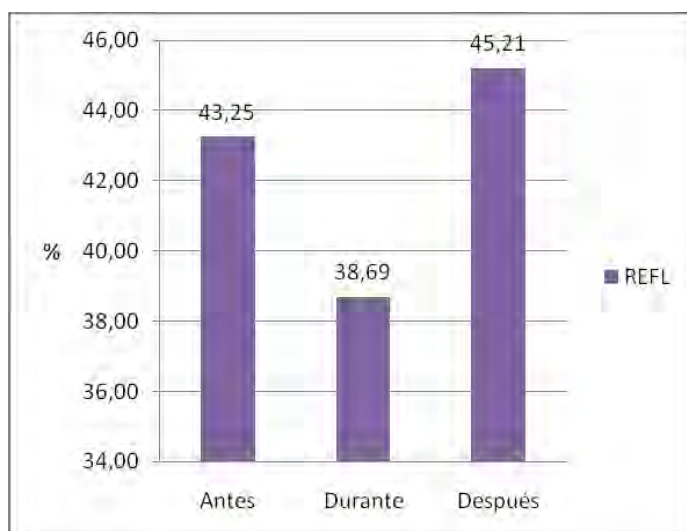
María: *"Y vivo con el miedo a dejar de tener miedo"*.

Elena: "Me da mucho coraje por el mundo en el que me muevo, ¿no?, a nivel profesional".

Elena: "Duele mucho".

REFLEXIVITY

Como reflexividad se codifican las microestructuras que hace referencia



a aspectos metacognitivos del self, expresados a través de verbos y expresiones cognitivas, metacognitivas y reflexivas a lo largo de la narración.

Es importante hacer notar que en esta

categoría es donde se encuentran el mayor número de enunciados, debido seguramente a la propia dinámica de la entrevista.

Si nos fijamos ahora en la distribución observamos que existe un descenso amplio desde la fase anterior a ruptura (43,25%) hacia la fase durante la que se está produciendo la ruptura (38,69%), para volver a subir otra vez en la fase posterior (45,21%). Posiblemente ese descenso tenga que ver con que la fase durante la que se abandona la relación adquieren mayor relevancia otros aspectos (la expresión de emociones negativas, la contraposición con el discurso tradicional acerca del rol de la mujer en la familia, la necesidad de prestar atención a las propias necesidades, agencialidad), y, por lo tanto, hay menos espacio para la reflexión.

Veamos ahora algunos ejemplos en cada una de las fases. En la fase Antes:

María: "Uhhh pues ehh, yo me acuerdo que yo pensaba es que yo no entiendo a estas mujeres".

Alicia: "Porque un persona bebida tú no sabes lo que es capaz de hacer".

Carolina: *"Yo siempre me he analizado esa etapa y siempre he pensado que yo, en ese, en ese momento tenía poca personalidad".*

Elena: *"Y yo siempre me agarraba solamente a ese día o a ese momento en el que yo era pues su reina, y me olvidaba que tenía el resto de los días pues de... de burka occidental".*

Lola: *"Y entonces yo creo que también el que hubo un momento que perdí la fe en, en Lola, yo perdí la fe en Lola, pero nunca perdí la fe en la mujer que tenía dentro".*

Veamos algunos ejemplos de reflexividad en la fase en que se está produciendo el abandono:

Alicia: *"Lo más fácil, un agujero, que siempre he soñado con tener un agujero de, un una casa".*

María: *"Porque yo, fui, gracias a Dios realista y yo empecé a plantearme lo que se me iba a venir encima cuando saliera corriendo de mi casa".*

Carolina: *"Yo me acuerdo de unos anuncios que salían y yo totalmente me veía reflejada".*

Elena: *"Hasta que... hasta que eso, hasta que una mañana te levantas y tú dices Dios mío si es que no soy yo".*

Lola: *"De que yo pensaba, no pensaba en el en el presente que estaba viviendo, yo pensaba en el futuro".*

Mónica: *"Yo creí que ahí me mataba".*

Patricia: *"¿Cómo me podía haber equivocado yo otra vez?".*

Y algunos ejemplos de reflexividad en la fase posterior a la ruptura como pueden ser los que a continuación se exponen:

Alicia: *"Yo, estoy aprendiendo cositas, cuatro cosillas, pero ya las sé yo de memoria ya me las sé de memoria".*

María: *"Es más, te diría que, creo que las mujeres cada vez vamos a estar más solas, conforme vayan solucionando...".*

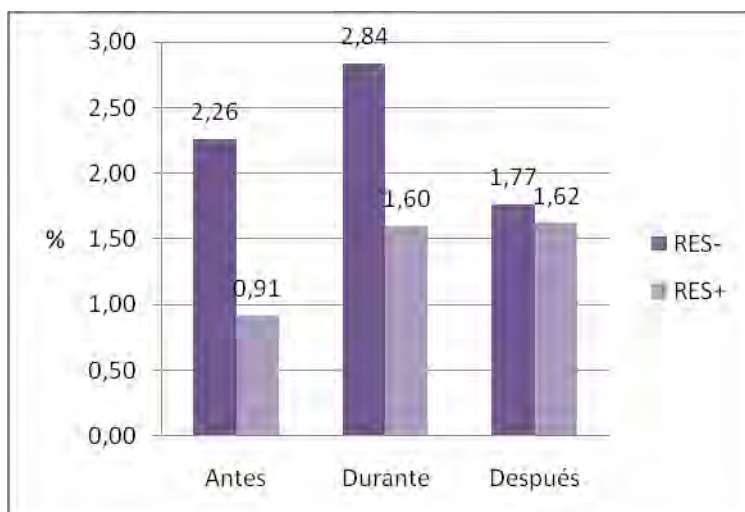
Carolina: *"Yo por ahí tengo la ilusión de poder tener un trabajo estable".*

Elena: *"Porque estoy: es como si volviera a ¿Cómo si volvieras a nacer? Pero con la experiencia, en la mochila".*

Mónica: *"Yo pensaba que la gente me iba a rechazar si la gente sabía que yo había consentido una cosa así".*

RESOURCES

En esta categoría se codifican las microestructuras que hacen referencia a las fuerzas, privilegios, poderes, bienes y medios internos o externos que la gente tiene a su disposición mientras ejerce obligaciones y acciones voluntarias



(Resources +) o a la falta de dichos recursos para enfrentarse a múltiples situaciones (Resources -). Observando la distribución porcentual vemos, respecto a los recursos positivos, que la referencia a éstos aumentan en la fase durante la que se toma la

decisión de abandonar la relación (1,60%) respecto a la situación anterior (0,91%), y que se mantienen aproximadamente al mismo nivel en la fase posterior a la separación (1,62%). Otra distribución se observa en las referencias a la falta de recursos, en el momento en el que más se echan en falta es cuando se está produciendo el abandono de la relación (2,84%), seguido de la fase anterior (2,25%) y la fase posterior a la ruptura (1,77%). Nuevamente hay que resaltar que el momento en el que más recursos se necesitan y más se echan en falta, es él de la fase de ruptura, pudiendo ser esta falta de recursos uno de los motivos que retrasa dicho proceso.

En los siguientes ejemplos podemos hacernos una idea de los recursos con los que cuentan estas mujeres en cada una de las fases y los que echan en falta. Durante la fase anterior a romper la relación encontramos recursos como:

María: *"(Crees que como lo sabes), y como tienes cierta inteligencia, cierta capacidad, (lo puedes evitar, puedes racionalizar el problema, imposible)"*.

Carolina: *"Mira yo antes en mi relación de pareja, en lo que es la economía, he tenido siempre una buena economía"*.

Elena: *"he sido capaz de... de enfrentarme a situaciones muy problemáticas ¿sabes?"*.

Por su parte la falta de recursos en la fase anterior a la ruptura queda ejemplificada de la siguiente manera:

Alicia: *"Yo no tenía una lavadora, yo no he tenido un grifo, yo no he tenido nada"*.

María: *"(Yo era consciente totalmente de lo que me iba a pasar) y era incapaz de hacer algo"*.

Rosa: *"Porque yo no tenía ni para comer"*.

En la fase en la que se produce el abandono de la relación encontramos ejemplos de recursos como:

Alicia: *"Mi fuerza, la fuerza que yo tengo"*.

Carolina: *"De ver que era capaz, de hacer cosas"*.

Rosa: *"Por lo menos yo tengo e el sueldo fijo todos los meses"*.

Y por contra, encontramos ejemplos de falta de recursos en el mismo momento como:

Alicia: *"Porque yo otro sitio no tengo, medios no tenía, (y dónde voy yo con mis hijos, que eran pequeños)"*.

María: *"Yo no tenía dinero"*.

Lola: *"Yy en el 2002 pues no estaba, no estaba la ley esta de violencia de género"*.

Patricia: *"(Claro por su puesto fue lo que mi abrieron los ojos) pero aún así, yo no fui capaz de separarme"*.

Cabe señalar en esta fase la importancia de la independencia económica, siendo la falta de la misma una de las principales razones por las que las mujeres no abandonan una relación con violencia en la pareja (Barnett, 2000). Las investigaciones realizadas al respecto, muestran que este es uno de los factores que es capaz de predecir en mayor medida, en función de que se tenga o no, la posible ruptura de la relación abusiva (Anderson y Saunders, 2003).

Por último, en la fase posterior a la ruptura encontramos ejemplos de recursos como los siguientes:

Carolina: *"Yo tenía un dinerito ahorrado, no mucho, pero un dinerito"*.

Carolina: "Yo soy capaz de montar una tienda, yo soy capaz de tomar decisiones, yo soy capaz de llevar los problemas de mis hijos para delante sola".

Elena: "Las posibilidades que nosotros tenemos ahora las mujeres, en este momento histórico, (no lo teníamos antes,) ahora sí hay ayuda institucional, hay ayudas de ayuda psicológica, ayuda de mil cosas".

Y por su lado encontramos ejemplos de falta de recursos como los siguientes:

Alicia: "No tengo dinero".

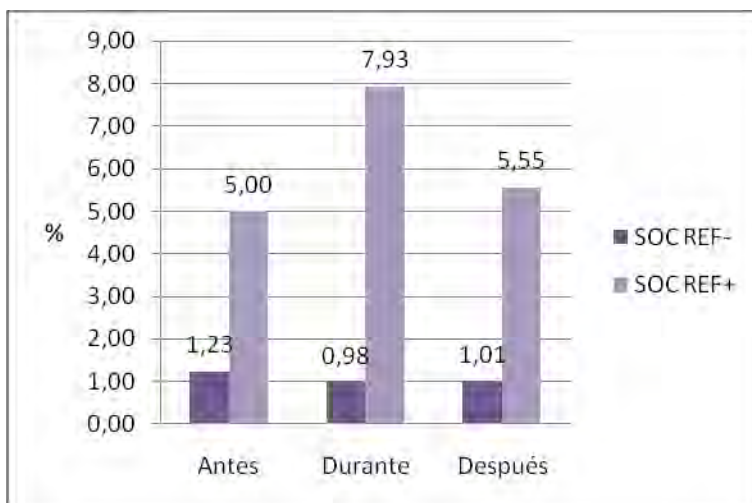
Carolina: "Yo no tengo ayudas, económicas de él de ninguna forma".

Patricia: "(La primera noche dormimos en colchones en el suelo), no tengo cuchillos, no tengo platos, no tengo sábanas, no tengo toallas, no tengo nada. Nada en absoluto".

Patricia: "Si yo no soy capaz ahora mismo ni de contar el dinero".

SOCIAL REFERENCE

Esta categoría en su polo positivo (Social Reference +) nos indica a quién mira la entrevistada para buscar ayuda, legitimar o evaluar objetivos, obligaciones y distribución de recursos. Pueden ser personas, grupos reales o sociales construidos cognitivamente. Y en su polo negativo (Social Reference -) nos indica una falta de red social de apoyo.



bastante por debajo (5,00% y 5,55%). Por su parte, la falta de una red de apoyo queda más o menos constante a lo largo de las fases produciéndose un

El dato más llamativo respecto a la distribución es el gran repunte que se da en el polo positivo cuando se hace referencia a la fase en la que se rompe la relación (7,93%), quedando las fases anterior y posterior

ligero descenso entre ellas (Antes: 1,23%; Durante: 0,98%; Después: 1,01%). Una reflexión similar a la realizada en la categoría de recursos puede hacerse aquí, es decir, en el momento en el que el apoyo social cobra un mayor protagonismo en el relato, es durante el abandono de la relación.

Como ejemplo de la presencia de una red social de apoyo en la fase anterior a la ruptura de la relación tenemos:

Alicia: *"Mi madre peleando todos los días con él"*.

Lola: *"Yo me tuve que valer de una amiga"*.

Mónica: *"Conocí mucha gente a través de la red"*.

Rosa: *"Mi hermana y mi, ay, mi cuñada, y mi hermana dicen: "esto es para denunciarlo"*.

En la fase durante la que se abandona la relación encontramos ejemplos de dicha red de apoyo como:

Alicia: *"Pues una vez ya me sacó mi hija, pero la o.. la mayor"*.

Alicia: *"El el apoyo que me ha dado mi hija, el apoyo de mi hija y de todas mis niñas, de todos mis hijos, me han dado un apoyo grandísimo"*.

María: *"Mi amiga Francis por ejemplo pues ella me contaba lo que a ella le había pasado ¿no?"*.

Carolina: *"Y, y a los dos días me atendió la trabajadora social del centro"*.

Elena: *"Empecé a escuchar más... más situaciones de mujeres en la misma situación, cómo habían reaccionado, cómo les había ido"*.

Patricia: *"Con mucha ayuda de J. I. (el terapeuta). Muchísima, él me ha ayudado muchísimo"*.

Y en la fase posterior podemos ver ejemplos de apoyo y referencia social como:

María: *"Hoy por hoy tengo una íntima amiga (que en su día no lo era) pero que hoy por hoy lo es, que fue, víctima de malos tratos"*.

Carolina: *"Que yo siempre el apoyo de mi familia lo he tenido, entonces mi familia me ha ayudado en todo"*.

Lola: *"Entonces mi psicóloga particular de allí del Instituto, fue la que me dijo, "sí, fuera, se acabaron las terapias"*.

Patricia: *"Ella (mi hija) siempre, ella siempre ha sido mi guía"*.

Por otro lado, la falta de una red de apoyo social y el aislamiento al que se somete a estas mujeres (Hirigoyen, 2006) se ve ejemplificada en la fase anterior a la ruptura por:

Alicia: *"(yo estaba en el campo, otra vez, en el campo), yy y allí con los niños sola, sola, sola, como un perro".*

Carolina: *"Yo no tenía amigas".*

Elena: *"Te quitan de tus amigos, te quitan de la familia, te van dejando sola".*

Lola: *"Mi familia aunque me echó la espalda totalmente, mis hermanas, todo el mundo a mí me echó la espalda".*

En la fase en la que se abandona la relación vemos ejemplos de falta de red de apoyo social como:

Alicia: *"pues mi hermano, pues, ninguno quería que me quedara con la casa".*

María: *"Nadie, nadie, esto a pelo, esto a pelo y además con mucha gente diciendo no lo denuncies, no lo denuncies".*

Carolina: *"Entonces yo dije la otra vez fallé en que yo me vi sola en un M. que no conocía gente, con la melancolía y no tenía el apoyo de mi familia".*

Y en la fase posterior a la ruptura, por su lado, encontramos ejemplos de dicha falta de apoyo y referencia social como los siguientes:

Elena: *"Yo no tengo no... aquí no tenía familia".*

Mónica: *"(Entonces cuando yo salí de esa situación) estaba completamente sola, ni tenía a mi familia, ni tenía a mis hijos, a nadie".*

Mónica: *"Bueno es que mi madre me dijo que se alegraba de lo que me había pasado".*

6. CONCLUSIONES

Una de las primeras consideraciones que hay que hacer es que en este estudio se ha querido analizar el fenómeno de la violencia y del proceso que permite a las mujeres que la padecen salir de ella, desde la perspectiva de ellas mismas; partiendo de su experiencia e incorporando sus voces. Consideramos que un resultado importante de este estudio y de los que

componen esta monografía es el de permitir una pluralización, y una mayor articulación de la descripción de este proceso. En este sentido, consideramos que es importante “darle la palabra” a las protagonistas de estas historias de superación para poder construir una teoría que parta de ellas mismas, fundamentada en las vivencias y reflexiones de quiénes han vivido esta experiencia.

Específicamente, en este análisis se ha querido estudiar el proceso de re-construcción de la identidad personal de mujeres que han logrado salir de una relación de pareja caracterizada por la violencia. Partiendo de una concepción de la identidad como historia personal, se han analizado las narraciones de las ocho mujeres entrevistadas, utilizando una versión específicamente modificada de los indicadores del self teorizados por Bruner (1997). Esta codificación nos ha permitido realizar una caracterización de las tres fases en las que hemos dividido el proceso (fase de primeros momentos de toma de conciencia de que algo no va bien, fase de toma de decisiones en las que se va desarrollando el proceso que desemboca en la separación definitiva del agresor y salida de la relación de la violencia, y fase posterior a la salida de la situación violenta) que vamos a describir a continuación.

La **fase de primeros momentos de toma de conciencia de que existe un problema** se caracteriza por una elevada **consonancia con los discursos culturales tradicionales** acerca de cómo deber ser una mujer, y del amor romántico (Congruence+). Esta se manifiesta a través de un elevado número de referencias a la necesidad de aguantar la situación, de resistir en nombre del amor, de la familia... en definitiva de fidelidad al proyecto vital en el que han sido socializadas. Al mismo tiempo las mujeres entrevistadas se describen en esta fase como totalmente dedicadas al cuidado de los demás (esposos, hijos e hijas) y prácticamente insensibles a las propias necesidades (Commitment+-). En cierto sentido se podría afirmar que, en esta fase, su discurso personal está colonizado por la concepción más auténticamente patriarcal de los roles, espacios, conductas, relaciones que les son asignados a las mujeres. Como veremos más detalladamente más adelante, uno de los cambios que se producen en las siguientes fases consiste precisamente en someter ese

discurso a crítica y en la reivindicación del derecho a otra manera de pensar en sí mismas, en las relaciones y sus propios derechos como personas.

Por otro lado es siempre en la fase anterior a la decisión de separarse donde encontramos el mayor número de referencias a **juicios ajenos negativos**. Tenemos aquí la posibilidad de ver un reflejo de la violencia psicológica a la que estas mujeres son sometidas y que es una de las manifestaciones de la violencia cultural promovida por el sistema patriarcal hacia las mujeres para mantenerlas en un estado de sumisión. Es relevante apreciar aquí que no es solo el maltratador quien emite estos juicios negativos, sino también su familia y, en ciertos casos, la familia de origen de la misma mujer que ejercen su influencia para que esta no denuncie, ni se separe. También algunos profesionales sin formación en violencia de género que siguen responsabilizando a las mujeres del comportamiento abusivos de los agresores.

Al mismo tiempo vemos que es en esta fase donde se concentra el mayor número de referencia a **evaluaciones negativas** sobre la propia situación **realizadas por las mismas protagonistas**, que una vez han salido de la situación de malos tratos logran emitir sus juicios negativos tanto sobre la relación como sobre sus ex-parejas.

Un dato que nos resulta extremadamente relevante es la **elevada referencia** a la propia **agencialidad**, porque pone en discusión la imagen estereotípica de la mujer víctima de violencia como una mujer pasiva, totalmente bloqueada por la experiencia de malos tratos físicos y psicológicos que está viviendo. Las mujeres entrevistadas relatan que es justamente en esta fase anterior al proceso de toma de decisión de separarse del agresor cuando ponen en marcha el mayor número de acciones intencionales, en un primer momento orientadas a mejorar la relación con el agresor y seguidamente a conseguir mantenerse con vida para poder sobreponerse a la situación de violencia; al mismo tiempo vemos que algunas se enfrentan al agresor. En definitiva, las mujeres van acumulando una serie de acciones en esta fase que les permitirán ir elaborando y actuando la separación del agresor.

Otro dato que nos parece relevante es la elevada referencia a la **falta de recursos** tanto materiales como personales de los que las entrevistadas declaran disponer en este momento del proceso y que evidentemente les dificulta en la toma de decisiones de salir de la relación. Concretamente aquí las mujeres entrevistadas nos dicen que adolecen de dinero, de una vivienda alternativa en la que poder vivir junto con sus hijos e hijas, a la falta de un trabajo que les permita mantenerse autónomamente. Todos estos son obstáculos materiales que a un nivel tanto práctico como simbólico dificultan el empoderamiento de estas mujeres.

En la **fase que corresponde al proceso de toma de decisión** que desemboca en la separación definitiva del agresor, asistimos al proceso en virtud del cual las mujeres entrevistadas logran empezar a cuestionar la bondad del modelo tradicional de relación, que como hemos dicho, en un primer momento compartían. Consideramos que este cambio en el discurso es crucial en el proceso de empoderamiento de estas mujeres.

Otro dato que nos parece relevante es que se disparan las referencias a estados emocionales negativos que en la fase anterior emergían con mucha menos fuerza. Concretamente es en esta fase del proceso donde se manifiestan sentimientos de angustia, culpabilidad, vergüenza, ira por la situación que se ha vivido. Nos parece particularmente destacable en tanto que consideramos que hay que prestar especial atención a ese aspecto en los programas de apoyo psicológico a estas mujeres.

Paralelamente se mantienen las referencias a la falta de recursos y a las evaluaciones propias negativas, sin embargo destacan de modo significativo las referencias a las personas que han podido ofrecer una ayuda a las entrevistadas en este momento.

Finalmente, en la **fase posterior a la separación** del agresor, se va consolidando la crítica y la resistencia al discurso social sobre el papel tradicional de la mujer que había empezado en la fase anterior.

Por otro lado destacan las **referencias a estados de ánimo y a emociones positivas y evaluaciones positivas** que eran prácticamente

ausentes en las dos fases anteriores, concretamente se habla de la felicidad actual, de la serenidad que se ha vuelto a encontrar, de sentimientos de aprecio y cariño hacía si mismas. Sin embargo siguen bastante elevadas las referencias a sentimientos negativos, sobre todo el miedo a que el agresor pueda volver a hacerles daño y a sentimientos de soledad y desamparo.

Es en esta fase de cierre de la narración donde encontramos el mayor número de referencias **reflexivas**, que sirven para dar razón de toda la experiencia vivida, para explicársela y explicarla a la entrevistadora.

El uso de los indicadores del self de Bruner nos ha permitido esbozar el proceso de reconstrucción de la identidad de estas mujeres a lo largo de las tres fases descritas. Aunque se trata de una situación diferente a la analizada por Sala (2008), guarda semejanzas con ella. En ambos casos las mujeres entrevistadas han tenido que reconstruir sus identidades personales luchando contra patrones culturales opresores. Para ello han reflexionado de forma crítica sobre su vida para romper con esos patrones y han puesto en marcha acciones propositivas, haciendo uso de recursos personales y sociales (sus propias fortalezas y capacidades, así como el apoyo de otras personas).

Por otra parte, en ambos casos hemos observado el proceso de empoderamiento de las mujeres. Este proceso presenta también elementos comunes:

- Durante la primera fase (antes del reconocimiento de la homosexualidad, en el caso de Sala, antes de la ruptura con el agresor, en este estudio), las mujeres describen una situación en la que aparecen de manera muy marcada los discursos sociales dominantes característicos del sistema patriarcal, faltan recursos personales y sociales y predominan los sentimientos y las evaluaciones negativas. Hay que hacer referencia, no obstante, a una cuestión en la que pueden encontrarse diferencias entre los resultados de ambos estudios. Mientras que las mujeres de Sala se refieren sobre todo a los impedimentos que encuentran para la agencia personal, en el caso de nuestro estudio, junto a esa agencia impedida (Agency-) hemos encontrado también una alta proporción del indicador de Agency+. Como hemos señalado más arriba,

este dato contradice la visión de las mujeres víctimas de violencia de género como pasivas y bloqueadas por la violencia que sufren. Nos parece, por ello, que la cuestión de la agencia en las víctimas de violencia debe ser objeto de un análisis más profundo.

- Durante la segunda fase (de reconocimiento y autodefinición, en el estudio de Sala, de ruptura con el agresor, en este) encontramos como elementos comunes la crítica a los modelos culturales impuestos, lo que hemos considerado fundamental para el empoderamiento de las mujeres, así como referencias al apoyo prestado por otras personas. Como diferencias entre los resultados de ambos estudios podemos señalar la mayor presencia de emociones negativas en las mujeres víctimas de violencia de género. A diferencia de las participantes/de las mujeres lesbianas del estudio de Sala, las de nuestro estudio todavía caracterizan la fase de ruptura con un tono emocional negativo. No es nada sorprendente la presencia de emociones de miedo, angustia, culpabilidad, vergüenza e ira por la situación que se ha vivido. También hay una gran presencia de evaluaciones propias negativas. Ello pone de manifiesto el enorme coste personal asociado a la ruptura.

- Finalmente, en la tercera fase (posterior a la autodefinición, en Sala, y a la ruptura, en este trabajo) encontramos como elemento muy importante en ambos casos un cambio en el tono narrativo y emocional. Las emociones y evaluaciones que predominan son ahora positivas. Se habla de felicidad, de la serenidad recuperada y de aprecio y cariño hacia sí mismas. No obstante, las mujeres de nuestro estudio siguen haciendo muchas referencias a sentimientos negativos, sobre todo el miedo a que el agresor pueda volver a hacerles daño y a sentimientos de soledad y desamparo. Podemos decir, que mientras que en el estudio de Sala encontramos en esta fase una situación de integración dinámica de la homosexualidad en la propia identidad y, en ese sentido, una identidad reconstruida, en el nuestro observamos una identidad en proceso de reconstrucción. En ambos casos, no obstante, es fundamental el proceso de reflexión que se ha llevado a cabo y la ruptura con los discursos culturales dominantes que legitiman la desigualdad y la violencia.

Desde una perspectiva teórica general, en este capítulo hemos aplicado la propuesta teórica y metodológica de los indicadores del self de Bruner para analizar el proceso de reconstrucción de la identidad personal que están realizando las mujeres entrevistadas, más allá de la violencia. En este análisis hemos visto como han reflexionado sobre sí mismas y su situación. Para ello, han sometido a crítica valores y narraciones acerca de lo que debe ser una persona según su género (esposa, madre...entendidos estos roles o posiciones del self –a las que nos referiremos en el siguiente capítulo- en los términos de la visión patriarcal dominante) y adoptar otras narrativas en las que se resalta el valor de la autonomía personal. En este sentido, hemos visto en las narraciones de las mujeres un aumento de las referencias al propio valor y autonomía, a la asunción de metas personales y a la importancia de cuidarse a sí mismas y un descenso de las referencias a renuncia y sacrificio personal en aras del cumplimiento de obligaciones con otras personas (especialmente con el agresor). En términos de McAdams (1993; 2001), junto al valor de la comunión, de la relación con otras personas, que sigue estando en un primer plano, las mujeres aumentan su capacidad de agencia autónoma y se hacen más dueñas de sus vidas. En definitiva, se van empoderando.

Tedeschi y Calhoun (2004) proponen el término “crecimiento postraumático” para referirse a cambios psicológicos positivos como resultado de su lucha con circunstancias que han supuesto un terrible desafío personal. En estos casos, la historia de vida que configura la identidad personal, el yo/self se ha tenido que reconstruir de una forma nueva para integrar la terrible experiencia sufrida (Pals y McAdams, 2004). Para ello es necesario, según estos autores, dar dos pasos fundamentales: analizar y reconocer el impacto personal de la situación traumática (experimentando en toda su intensidad las consecuencias emocionales de ella) y construir un final positivo de la historia de vida, un final (o una continuación) que afirme cómo se ha transformado el yo de forma positiva. Desde nuestro punto de vista, las mujeres de nuestro estudio se encuentran en ese camino de reconstrucción de su historia de vida, de transformación positiva de sí mismas.

Capítulo 7. CONCLUSIONES

El objetivo principal de este trabajo es conocer y comprender la manera en que mujeres que han sido víctimas de violencia de género experimentan dicha violencia y pueden llegar a conseguir, con más o menos cicatrices, volver a reconstruir sus vidas. Para ello hemos partido de una concepción dialógica de la identidad, entendiendo que ésta se construye y desarrolla en las interacciones sociales que además tienen lugar en un medio social, caracterizado por discursos sociales que van ofreciendo pautas para dicha construcción. En estas interacciones, especialmente en las que se producen con el maltratador, la identidad de las mujeres es atacada, destruyendo los pilares que configuran la identidad de las mismas, y dejándolas en una situación de apatía, vulnerabilidad e indefensión de las que difícilmente podrán salir sin ayuda.

Aún así, muchas mujeres que han sufrido violencia de género, consiguen rehacer sus vidas. Es precisamente ese proceso de empoderamiento el foco principal de los análisis que hemos ido describiendo a lo largo de esta memoria. Consideramos de hecho necesario que se fragüe un cambio en el enfoque y conceptualización de este fenómeno. Concretamente creemos que puede ser más útil dejar de un lado la conceptualización de las mujeres como déficit (lo que no hacen, por ejemplo, porque no se alejan de los maltratadores antes de que su vida peligre) o aquellas concepciones previas que consideran que puede haber unas características de personalidad que pueden propiciar el instaurarse en una relación violenta, en lugar de considerar que dichas características (baja autoestima, por ejemplo) pueden ser consecuencia de la experiencia que han vivido más que características previas. En otras palabras, hemos considerado oportuno centrar nuestra atención en lo que las mujeres que han sobrevivido a la violencia de género han hecho, cuáles recursos han utilizado, que sentimientos han experimentado, que ideas o creencias han tenido que desechar para poder desprenderse de la culpa y seguir con su vida más allá de la experiencia de violencia. Con ello

conseguimos varias cosas: por un lado hacemos visibles a estas mujeres que consiguen sobrevivir y recuperarse. Por otro lado aprendemos de su experiencia partiendo de la concepción de que las *buenas prácticas* no es algo exclusivo de las/os profesionales que trabajan en la prevención y atención a mujeres que han sufrido violencia de género, sino que ellas son auténticas expertas y pueden ofrecernos conocimiento muy valioso para afrontar la violencia constituyendo auténticos modelos de superación. En definitiva, consideramos que es fundamental dar la palabra a estas mujeres, y hacer teoría a partir de su experiencia, sin imponer “desde arriba” nuestra interpretación del fenómeno.

Aún así las investigadoras y los investigadores que hemos participado en esta investigación partimos de precisos supuestos teóricos, que se han expuesto en el primer capítulo de esta memoria, acerca de las razones que originan la violencia de género. Más específicamente consideramos que no se puede entender este tipo específico de violencia, si no es inscribiéndolo dentro de la ideología de género que está a la base del sistema de organización social patriarcal. Esto es, no se puede entender el porqué de la instauración y del mantenimiento de este tipo de relaciones, sin tomar en consideración la ideología que a lo largo de la historia y de las culturas ha propiciado y justificado la subordinación de la mujer al varón (Cobo 200; Millet 1995; Bosch, Ferrer y Alzamora 2006). De la misma forma consideramos que no se puede entender el proceso de recuperación de la violencia de género, ni facilitarlo sin tomar en consideración el proceso de deconstrucción de los mandatos de género necesario para el empoderamiento de las mujeres.

Partiendo de estos supuestos teóricos, como se ha afirmado anteriormente, nos hemos acercado desde cuatro diferentes focos analíticos a las narraciones autobiográficas de las ocho mujeres que han participado en esta investigación.

En el segundo capítulo, relativo al método hemos ofrecido una breve descripción de las mujeres que han participado en la investigación, al mismo tiempo se han descrito los objetivos y el foco de interés principal a la hora de entrevistarlas, ó sea, qué experiencias, recursos, o ideas consideraban que las habían ayudado para superar la situación de abuso que habían vivido con su

pareja. Por otro lado nos interesó conocer qué acciones habían llevado a cabo para afrontar la situación de maltrato y qué factores protectores o bloqueadores habían contribuido o dificultado el proceso de afrontamiento y recuperación de la experiencia de violencia.

Consideramos oportuno ahora recapitular los principales enfoques de los análisis llevados a cabo y los principales resultados obtenidos.

En el tercer capítulo *Tácticas de resistencia y acciones para la recuperación en mujeres víctimas de violencia de género: de la adherencia al desprendimiento* se han querido analizar las acciones tácticas y estratégicas que emprenden a lo largo del proceso de recuperación mujeres que han superado una relación de maltrato por parte de la pareja.

Partimos de la consideración que, a pesar del enorme interés y el gran número de investigaciones realizadas en torno a la violencia de género en la pareja y el efecto negativo que tiene en las mujeres que pasan por esta situación, no son tantos los trabajos centrados en el proceso de recuperación de estas mujeres. También son insuficientes los dedicados a conocer las estrategias que las mujeres utilizan y en los que se resalte una visión de estas como agentes activas en el proceso de detener, prevenir o escapar de dicha relación de pareja con violencia (Gondolf y Fisher, 1988; Lempert, 1996).

Algunos de los trabajos que han intentado estudiar cómo las mujeres consiguen salir de esta situación han puesto el énfasis en la ruptura de la relación, analizando los factores que la favorecen u obstaculizan (Barnett, 2000; 2001; Kim y Gray, 2008). En este análisis, asumimos, junto con Anderson y Saunders (2003), que la ruptura de una relación de maltrato es un proceso más que una decisión puntual, donde las continuas idas y venidas a la relación forman parte de dicho proceso y, por ello, creemos que es necesario extender el análisis más allá de la ruptura de la relación para poder conocer cómo se produce el proceso de recuperación de estas mujeres, incluyendo el periodo tras el abandono de la relación con el maltratador.

De Certau (1974/96) propone distinguir dos tipos de acciones prácticas cotidianas en base al poder del agente: las estrategias y las tácticas. En este trabajo hemos utilizado el término de táctica para aludir a aquellas acciones

que se realizan en un terreno que no es propio (el arte de hacer jugadas en el terreno de otro que diría De Certau) y que están referidas a todo el periodo en el que la víctima sigue bajo el control del agresor. Por otro lado hemos utilizado el término de estrategias para aludir a aquellas acciones que la mujer lleva a cabo cuando va consiguiendo un terreno propio y consiguiendo cierto control sobre su vida. Este capítulo aporta evidencias de la diversidad de acciones que las mujeres despliegan. Tácticas, en los primeros momentos de la relación abusiva, y estratégicas, a medida que la mujer va escapando y distanciándose del control ejercido por el maltratador. Se han identificado diferentes tipos de acciones que van evolucionando a lo largo del proceso, desde tácticas de adherencia y supervivencia en los inicios a estrategias de desprendimiento y empoderamiento a medida que la mujer va recuperando el control de su vida.

Las tácticas de adherencia irían encaminadas a salvar la relación mejorando la relación con el agresor y/o cambiar la conducta de este. Entre ellas aparecen acciones de minimizar y negar el maltrato, justificar y/o comprender su conducta, ocultarlo, y ayudar o intentar que el agresor cambie. Los factores que más parecen condicionar estas acciones son los bloqueadores sociales e individuales. Entre ellos las creencias y los mandatos sociales, especialmente sobre la maternidad y la relación de pareja. Estas creencias pueden contribuir a la aparición de sentimientos de culpa y vergüenza.

Simultáneamente a otras acciones se han identificado tácticas de resistencia orientadas a la supervivencia. Entre ellas: seguir el juego al agresor, estar alertas y/o tener miedo, inventar historias u ocultar información, esconderse de él, simular pasividad, anesthesiarse emocionalmente y evitar ciertos momentos y situaciones. Estas acciones aparecen estrechamente relacionadas a factores protectores de carácter individual como la fuerza, el miedo, la convicción interior, las ganas de vivir y la necesidad de proteger a los hijos e hijas.

Las estrategias de desprendimiento identificadas en este estudio son empleadas por las mujeres para desprenderse de ideas, sentimientos y contextos que las unen al agresor a la vez que les permite ganar en poder y autonomía. Entre ellas se observan: enfrentarse al agresor-plantarle cara,

reflexionar-cuestionar lo que les está pasando, solicitar ayuda, escuchar y tener en cuenta otras perspectivas, dejar de creer al agresor, planificar la huida, separarse o distanciarse del agresor e iniciar acciones legales. Tanto los recursos protectores sociales e individuales como los factores bloqueadores sociales van a jugar un importante papel en la puesta en práctica de esas estrategias.

Finalmente, en los momentos de abandono y ruptura de la relación se han identificado acciones de empoderamiento en las que las mujeres desarrollan estrategias encaminadas a ser y vivir para ellas. Esto les va a permitir incrementar su autoestima y bienestar psicológico. Incluyen: mantenerse activas, autoafirmarse por oposición al agresor, descubrir y llenar el vacío, recomponer redes sociales y recuperar relaciones, escucharse a sí mismas y quererse.

A pesar de lo difícil y complejo que puede resultar afrontar una experiencia de maltrato dentro de la relación de pareja, muchas mujeres consiguen salir de esta situación y vuelven a recuperar el control de sus vidas. Conocer las acciones que estas mujeres activamente emprenden, los obstáculos encontrados y los recursos que han utilizado, no solo las visibiliza sino que puede repercutir de forma positiva ayudando a otras mujeres que se enfrenten a situaciones similares.

El cuarto capítulo "*El laberinto del espejo: metáforas emocionales en la recuperación de mujeres víctimas de violencia de género*", supone una profundización y focalización en la dimensión afectiva del proceso de recuperación de mujeres víctimas de violencia de género con el fin de conocer los recursos que movilizan en este plano para recuperar el control de sus vidas así como desvelar el papel que las emociones juegan en este proceso. En concreto, nos hemos planteado conocer y comprender el papel de las emociones en el proceso de recuperación de mujeres que han sido víctimas de violencia de género, estudiando las metáforas discursivas que utilizan para afrontar y regular sus emociones y en la reconstrucción de sus vidas.

Para ello, nos hemos basado, por un lado, en contribuciones del postestructuralismo acerca del papel del lenguaje en la constitución de la experiencia afectiva (Abu-Lughod & Lutz, 1990; Zembylas, 2005) y, por otro, en

investigaciones procedentes de la psicología cultural (Edwards, 1999; Fivush y Nelson, 2004; Fivush, 2007; Hong, 2004; Turski, 1991; Rebollo, 2006) que estudian el discurso emocional como indicador de la posición, actitud y relación de la persona en los contextos sociales. En concreto, nos apoyamos en investigaciones que estudian el discurso emocional a través del uso de metáforas (Edwards, 1999; Gibbs, 1994), centrándonos de forma particular en el análisis e interpretación de las metáforas emocionales que actúan como bloqueadoras de la recuperación y las metáforas emocionales que promueven el empoderamiento de las mujeres.

Este capítulo aporta evidencias sobre el cambio en el uso de metáforas emocionales a lo largo del proceso de recuperación. Los resultados muestran una gran variedad y riqueza de metáforas emocionales en la narración del proceso de recuperación (el burka, la bolsa de basura, los escaparates, el espejo, las alas, etc.). De este modo, se muestra cómo al inicio las metáforas emocionales que usan las mujeres muestran un cuestionamiento de sí mismas en base a los mandatos sociales de género (vinculadas a emociones como la pena, la vergüenza y la culpa como emociones bloqueadoras), revelando así una falta de agencia y un sentimiento de vulnerabilidad, fragilidad e impotencia, mientras que hacia la salida de la relación se produce un cuestionamiento de los mandatos sociales y una autoafirmación de sí mismas (vinculadas a emociones como alivio, orgullo, la esperanza o la fortaleza), mostrando una mayor autonomía y control sobre la propia vida a lo largo del proceso.

El discurso emocional y en concreto la metáfora emocional parece mostrarse una herramienta conceptual de gran valor para detectar precozmente ciertos discursos y prácticas sociales de riesgo aportando claves para la intervención terapéutica con estas mujeres, así como para la prevención y sensibilización temprana.

En el quinto capítulo "*Posicionamientos y voces en la reconstrucción de las identidades de mujeres que han sufrido violencia de género*" hemos analizado en profundidad las entrevistas de cuatro mujeres para examinar el modo en que se han ido empoderando y cuáles han sido las estrategias y herramientas (discursivas y/o narrativas) que han puesto en juego a lo largo de las entrevistas y que han facilitado y hecho posible esa reconstrucción

identitaria. Para ello nos hemos centrado en las nociones de *posicionamiento*, y *voces*, situándolas en la perspectiva de la construcción de identidades a través de las narrativas de las mujeres entrevistadas.

La teoría del posicionamiento se refiere al modo en el que las personas “toman” posiciones en relación con el discurso en el momento en el que profieren enunciados en una situación comunicativa, en este caso la entrevista. Como “posición” entendemos el lugar dentro de un espacio social que en relación con otras personas reclamamos para nosotros/as (Davies y Harré 1990; Harré y Langenhove, 1999). Desde esta perspectiva, consideramos que la teoría del posicionamiento constituye un aparato conceptual y metodológico especialmente adecuado para estudiar la construcción y reconstrucción de identidades en el marco de narrativas personales que se generan a lo largo de una entrevista (auto) biográfica como las analizadas en nuestro estudio (Korobov 2001; Bamberg, 2004). En pocas palabras, se trata de una forma de análisis narrativo que incorpora elementos de la psicología social del discurso (Davies y Harré 2001), el análisis de la conversación y el análisis crítico del discurso (Korobov 2001).

En este capítulo hemos analizado el discurso proferido en cuatro entrevistas autobiográficas para identificar tanto los auto-posicionamientos como los hetero-posicionamientos. Este análisis de posicionamientos se ha integrado con el de las voces a través de las cuales se articulan los distintos posicionamientos. El concepto de voz se refiere a la “personalidad hablante”, la “conciencia hablante” (Bajtín, 1986; Werstch, 1991). Para este autor, no existen enunciados “libres” de voz. Cualquier enunciado se produce desde una perspectiva, es algo dicho por alguien, desde una visión del mundo y de la vida humana. Pero, al mismo tiempo, cualquier enunciado incorpora más de una voz. Nuestro discurso está siempre poblado, de una manera dinámica y compleja, por los discursos de otras personas. A veces para estar de acuerdo y apoyar en ellos el nuestro. A veces para contestarlos, de modo que nuestra palabra se convierte en “contrapalabra”. En este capítulo hemos empleado ambas nociones, posicionamientos y voces, para dar cuenta del modo en que las mujeres relatan el proceso por el cuál han ido reconstruyendo sus identidades, desde posicionamientos (con frecuencia hechos por otras

personas, como el propio maltratador) que las sitúan como víctimas y las desvalorizan, hasta otros (normalmente auto-posicionamientos) como mujeres fuertes, capaces de ir sobreponiéndose a la violencia sufrida y de reconstruirse a sí mismas. La noción de voces, por su parte, nos ha permitido profundizar en el modo en que esos posicionamientos se articulan en la (re)construcción identitaria de estas mujeres.

En las cuatro entrevistas analizadas se relata un conflicto, que hemos llamado nuclear, entre posicionamientos de carácter negativo y otros que podríamos llamar positivos. Los primeros suelen ser hetero-posicionamientos, casi siempre realizados por la ex pareja y a veces por personas del entorno, cuyas voces están presentes en el relato y sirven para articular dichos posicionamientos. A ellos pueden ir asociados a veces auto-posicionamientos como víctima o mujer asustada. Frente a estos y como reacción a ellos, surgen los auto-posicionamientos de mujer fuerte, buena y honrada, capaz en su trabajo, madre responsable e incluso, esposa que ha cumplido con su deber. Estos posicionamientos parecen servir de base para la reconstrucción de las identidades, más allá de la violencia. Están poblados por las voces de las personas que les han ayudado. Y también aparecen las voces contestadas del ex marido o la madre. La capacidad de resistir y responder a esas voces con una contrapalabra parece fundamental para que estas mujeres que han sufrido violencia se sobrepongan a ella y sean capaces de reconstruirse a sí mismas.

Por otra parte, hemos visto que los posicionamientos y las voces que los articulan están cargados de emociones. Frustración, culpa o el sentimiento de sufrir una gran injusticia van siendo sustituidas por la seguridad y una todavía pequeña dosis de felicidad que surge una vez que han roto con el maltratador.

Por otra parte, en los relatos autobiográficos de las mujeres hemos observado puntos de inflexión, (McAdams, 1999, 2002; McAdams & Olson, 2010), que marcan cambios en la trayectoria vital de las mujeres. En este caso no sólo se refieren a momentos particulares, (normalmente asociados a una violencia y sufrimiento). También hablan de un estado interno por el que las mujeres se sienten más fuertes y de una situación externa de apoyo que les ha permitido dar el paso.

En el sexto capítulo “*Re-construcciones identitarias tras salir de la violencia de género. Un análisis narrativo utilizando los indicadores del Self de Bruner*” se propone un análisis narrativo de los relatos de las mujeres entrevistadas. Para ello nos hemos basado en una visión narrativa y dialógica (Bruner 1997; Hermans y Kempen, 1993) de la identidad como composición de distintas voces, que se encarnan en una narración autobiográfica. Al mismo tiempo, desde esta perspectiva teórica, no se puede separar el concepto de identidad del de narración en la medida en que, la misma identidad es una construcción y reconstrucción narrativa del self para que éste encaje con las necesidades de las situaciones en las que las personas se encuentran (Bruner 1995). El conceptualizar la identidad como una construcción narrativa nos lleva a considerar las construcciones identitarias como historias de vida (McAdams, 1993, 1999, 2003) que se construyen en un contexto socio-histórico-cultural concreto que ofrece las normas culturales y modelos a seguir para la elaboración de la misma. Al mismo tiempo como criatura narrativa, la identidad se nutre de los discursos culturales que circulan en una determinada sociedad y que se configuran como una base a partir de la cual se va construyendo la identidad personal.

Partiendo de estas consideraciones teóricas se ha querido analizar las narraciones autobiográficas de las mujeres entrevistadas utilizando lo que Bruner (1997) define “indicadores del self”. Según el autor estos indicadores permiten poner de manifiesto el nivel de construcción del self narrado. Este análisis que se ha llevado a cabo con una versión modificada de los indicadores del self elaborada por Sala (2008), permite detectar elementos de agencialidad, compromiso, recursos, apoyo social, reflexión, evaluación, estados emocionales y sentimientos entre otros.

El objetivo principal de este análisis ha sido el de estudiar las diferentes formas de organización narrativa y la evolución de la distribución de los distintos indicadores en las diferentes fases de las experiencias vividas por mujeres que han conseguido salir de una relación caracterizada por violencia de género. Concretamente se ha asignado el texto a una primera fase en la que se vive la situación de violencia, a una segunda fase que corresponde al

proceso que termina con el abandono de la relación y a una tercera fase posterior al abandono definitivo de la relación.

El análisis llevado a cabo a través de una estadística descriptiva ha permitido evidenciar cambios notables entre las narraciones de las distintas fases. Concretamente la fase anterior al abandono de la relación se caracteriza por una elevada consonancia con los discursos culturales tradicionales acerca del rol de las mujeres y del amor romántico. Esta consonancia con el discurso tradicional se vehicula no solo a través de las reflexiones sobre las motivaciones que las llevaban a conducirse de una determinada manera, sino también en una entrega activa del propio tiempo, recursos, cuidados a las necesidades de los demás, que las deja a ellas prácticamente insensibles a sus propias necesidades. Otro dato llamativo relativo a la primera fase es la elevada referencia a la agencialidad: las mujeres entrevistadas relatan que es en esta fase cuando ponen en marcha el mayor número de actos intencionales, en un primer momento destinados a mantener y mejorar la relación con el agresor y seguidamente a limitar y prevenir los posibles daños derivados de estar inmersas en una situación de violencia tanto física como psicológica. Finalmente en la fase anterior al abandono de la relación se encuentran numerosas referencias a la falta de recursos concretos y morales que les dificulta el abandono de la relación.

Por otro lado, durante la fase en la que se describe el proceso que las lleva a abandonar la relación con el agresor, se empieza a poner en discusión el modelo tradicional de mujer y se relatan un mayor número de acciones dedicadas al auto cuidado. En este sentido se invierte la situación que se describía en la parte de la narración relativa al momento anterior. Consideramos que estos son cambios muy significativos y necesarios en el proceso de reconstrucción de la identidad tras haber vivido una relación caracterizada por violencia de género. Otro dato a destacar es que en este momento se disparan las referencias a estados emocionales negativos como angustia, sentimientos de culpabilidad, vergüenza e ira. Consideramos que, de cara a la intervención, es importante saber que en el transcurso del proceso que conduce al abandono de la relación con el agresor se asiste a este aumento de la emotividad negativa.

Finalmente en la fase posterior al abandono de la relación se termina de fraguar y consolidar una nueva concepción de la identidad, en tanto que mujer, menos ligada a la idea del cuidado a los demás y más centrada en la propia autonomía y en la atención a las necesidades personales. Paralelamente se asiste a un aumento de las referencias a emociones positivas, a la felicidad y serenidad que experimentan, así como a evaluaciones positivas sobre su situación actual.

En conclusión, en este capítulo asistimos a la evolución en las narraciones desde un primer momento en el que todavía las mujeres adolecen de recursos discursivos y modelos alternativos a los tradicionales a los que acogerse para desprenderse de la relación con el agresor, hasta un momento final en que se consigue acceder y apropiarse de un modo diferente de ser y pensarse en tanto que mujer. Es evidente que no es un proceso fácil ni indoloro ya que son muchas las referencias a sensaciones de soledad, ansiedad y desamparo, aún así las historias narradas por mujeres que han conseguido sobreponerse a la experiencia de la violencia y re-construir su identidad parecen indicar que uno de los nudos neurálgicos que hay que superar es el relativo a la socialización e identidad de género tradicional.

REFLEXIÓN FINAL

Una vez se han presentado los distintos análisis realizados y las principales conclusiones obtenidas, vamos a intentar realizar una reflexión que aúne los resultados obtenidos.

Para estructurar esta reflexión vamos a referirnos a las distintas fases del proceso de salida de la relación violenta y recuperación.

Vamos a empezar esta reflexión por describir la fase anterior al abandono de la relación violenta, esto es, los primeros momentos en los que ellas empiezan a notar que algo no va bien, aunque puede que todavía no hayan tomado conciencia de que se encuentran en una relación de pareja con violencia.

En primer lugar emerge de los análisis de las narraciones de las mujeres entrevistadas, que estas tienen, en esos primeros momentos, elevados niveles de consonancia con el mandato de género. En otras palabras el discurso y por lo tanto los horizontes, las expectativas, las evaluaciones de sí mismas están estructuradas en base a la ideología de género. De manera particularmente fuerte se hace sentir la ideología del amor romántico que lleva a estas mujeres a tener una gran fe en la “fuerza del amor que todo lo puede”. Este optimismo romántico y el sentimiento de responsabilidad hacia el buen funcionamiento de la pareja, claro efecto de la socialización de género (Saenz,1995; Távora,2008; Coria 2005), las lleva a poner en marcha las que se han definido como “tácticas de adherencia”, toda una serie de acciones intencionales, y que por lo tanto revelan agencialidad, como justificar al agresor, comprender su conducta, intentar cambiarlo y ocultar hasta a sus propios ojos la realidad de la relación caracterizada por violencia. Es particularmente evidente en esta fase que la ideología patriarcal ha “colonizado” (Sala 2008) el discurso de estas mujeres ya que estas consideran su obligación (en tanto que mujeres, esposas y madres) la entrega total de sí a favor de las personas que componen el núcleo familiar (Coria, 2001). Esta entrega se sostiene sobre la idealización de la pareja, el ideal del amor como sufrimiento y de la complementariedad en la pareja. El discurso en esta fase es caracterizado por metáforas emocionales bloqueadoras, en las que estas mujeres se cuestionan a sí mismas en vez de cuestionar la pareja o el ideario que las lleva a quedarse en la situación de violencia. Concretamente esto quiere decir que las mujeres intentan cambiar ellas mismas para adaptarse, encajar y empatizar con el agresor. En las narraciones además se hacen presentes otras voces, principalmente las de las parejas agresoras que las culpabilizan de la situación y producen una fuerte disminución de la autoestima. Esta situación propicia lo que Jacobson (1993) define “dinamismo paradójico de los vínculos traumáticos” en los que la víctima cuando no tiene recursos internos para rebelarse al victimario, trata de hacer méritos para no ser agredida, anhelando los momentos de calma intermitente en el ciclo de la violencia (Harlow 1971; Walker, 1980). Desafortunadamente todos estos esfuerzos son baladíes, ya que no son las conductas en sí las que desencadenan las reacciones del victimario, sino la interpretación subjetiva y arbitraria de éste. Esta sensación de imprevisibilidad, de no conseguir

establecer un nexo entre causa y efecto deja a las mujeres sumidas en una sensación de arbitrariedad e imprevisibilidad que merma su sensación de eficacia y de control y por lo tanto su autoestima. En esta fase las mujeres se describen como faltas de poder y de recursos que les facilitarían abandonar la relación, además relatan un gran número de juicios negativos que desde el exterior, esencialmente el agresor, pronuncian sobre ellas.

Aún estando en consonancia con el discurso acerca del rol de la mujer en la conservación de la pareja, se empiezan a dar varios puntos de inflexión originados y propiciados por factores de protección como el miedo, las ganas de vivir, la necesidad de proteger a los hijos e hijas del agresor, que hacen que se empiece a resquebrajar el sueño de poder cambiar la situación o que el agresor cambie, y empieza a tomar vida la idea de abandonar la relación. Relativamente a los hijos y a las hijas es importante señalar que éstos y éstas parecen desencadenar una doble reacción. En un primer momento son una razón para quedarse con la pareja agresora, en muchos casos por no producir una disminución de su nivel de vida y sobre todo para que hijos e hijas crezcan con el padre. Por otro lado, una vez se avance en la relación de malos tratos, son un elemento que facilita (incluso de alguna manera parece forzar) la salida de la relación en la medida en que las madres sienten la necesidad y la obligación de defenderlos y defenderlas del agresor, y al mismo tiempo, de procurarles un entorno de vida sereno en el caso de que sean menores.

Como decíamos, se van produciendo puntos de inflexión, de los que las mujeres entrevistadas dan una descripción muy viva, una de ellas se refiere a “chispitas que se encienden” y a “pellizquitos” que le hacen ver otra posible realidad, y otra posible interpretación de los hechos. Concretamente algunas relatan que empiezan a abandonar la idea de cambiar al agresor o de mejorar la relación de pareja, y empiezan a barajar la idea de abandonar la relación.

Entramos así en la segunda fase, la que se termina con el abandono del agresor. Quisiéramos aquí subrayar que no se trata de una decisión que se toma de una vez por todas, sino de un proceso de idas y venidas, en el que solemos encontrar primeros intentos de separación, seguidos de una vuelta a la relación. Consideramos que es muy importante destacar que en estos momentos se empieza a cuestionar seriamente el mandato de género, ya que

las mujeres van sintiendo con fuerza la necesidad de mirar por sí mismas y por los hijos y las hijas, más allá del sacrificio de “sí” que ideológicamente se les pide. Esto hace que vayan poniendo en marcha las que hemos definido como tácticas de resistencia orientadas a la supervivencia, como estar alerta, seguirle el juego al agresor, simular pasividad e ir planificando la salida de la relación. En este momento, en las narraciones adquiere especial relevancia la importancia del apoyo social, de lo que hemos definido otras veces, no sólo de personas concreta que las apoyan y las ayudan, sino también de las campañas institucionales de sensibilización que les hacen ver que lo que están viviendo no es normal ni tolerable. Estos atisbos de nueva conciencia, hacen que las mujeres puedan empezar a poner en marcha las que hemos llamado estrategias de desprendimiento. Concretamente se observa en este momento un desprendimiento de las ideas y mandatos sociales que las atan a la relación, las mujeres reflexionan y cuestionan lo que les está ocurriendo, empiezan a pedir ayuda, a tener en cuenta otras perspectivas, a enfrentarse al agresor y a dejar de creerle en las “lunas de miel”, en definitiva a distanciarse de él y a planificar la huida.

No quisiéramos dar aquí la sensación de que el proceso de separación sea algo lineal en donde la conciencia y la decisión de romper la relación va de un menos a un más progresivamente. No queremos dejar de evidenciar que es en este momento cuando relatan un mayor número de emociones negativas que son claramente un factor bloqueante en el proceso de separación. Concretamente empiezan a aparecer sentimientos de culpa por haber confiado en el agresor, miedo a la soledad y al fracaso del proyecto vital (una vez más sentimos la fuerza del mandato de género que las empujaría a preservar la relación por encima de sus propias vidas (Lagarde, 2000), vergüenza frente a lo que dirán los demás, una vez se enteren del tipo de relación en la que han estado envueltas. Además relatan elevados niveles de ansiedad y pánico al agresor ya que en este se toman decisiones que, como decimos, incrementan el riesgo que estas mujeres corren. Por ello, las mujeres suelen realizar las estrategias de desprendimiento acompañadas de tácticas de supervivencia, donde muchas éstas últimas tienen que ver con la planificación y la decisión de en qué momento poner en juego las estrategias de desprendimiento sin que su

vida corra peligro. Y es que el momento de la ruptura y los meses posteriores a la misma es reconocido como un periodo en el que el riesgo aumenta, de manera que el periodo posterior al abandono de la relación puede ser el periodo más intenso psicológicamente y de mayor vulnerabilidad (Lerner y Kennedy, 2000). Al mismo tiempo se dejan aflorar los sentimientos negativos que en la anterior fase quedaban como anestesiados.

Muy ligada a la salida definitiva de la relación vamos entrando finalmente en la tercera y última fase que se caracteriza especialmente por el uso de lo que hemos denominado estrategias de empoderamiento. Las mujeres en estos momentos se mantienen activas, se autoafirman por oposición al agresor, empiezan a hacer todas las cosas que éste les impedía, y se “autoposicionan” como mujeres fuertes que han conseguido sobrevivir a una situación en las que han visto peligrar su integridad psicológica y física. En estos momentos relatan todos los esfuerzos para descubrir y aceptar el vacío que les ha dejado la relación, aunque al mismo tiempo describen los esfuerzos para escucharse a sí mismas y generar pensamientos dirigidos a mantener la autoafirmación y la autoestima. Sus narraciones se pueblan de metáforas emocionales positivas, encaminadas a ganar poder de decisión y autonomía, encaminadas en definitiva a fortalecer su nuevo yo. Entre estas metáforas cabe destacar el deseo de volar (“*me empezaron a salir las alas, hija mía*”) en una reivindicación de la propia autonomía para decidir y actuar, hasta para equivocarse por sí mismas, o el de mirarse al espejo y de quererse por como una es, más allá de todas las voces que las “heteroposicionaban” en una posición de minoridad, desamparo e incapacidad de valerse por sí mismas. Es importante señalar que aunque en esta fase despuntan las emociones positivas que estaban prácticamente ausentes en las fases anteriores, las mujeres entrevistadas siguen manifestando el miedo al agresor, junto con el dolor y la rabia por lo vivido.

Concluyendo, quisiéramos destacar la diversidad y pluralidad de las vivencias en el proceso de recuperación, como este se articula en distintas formas de vivirlo y afrontarlo, dependiendo de los factores y características personales de las personas que lo experimentan. Así mismo quisiéramos subrayar la importancia que tiene el darles la palabra a las protagonistas para

construir el conocimiento de cómo se articula el proceso de superación de una relación de maltrato desde abajo, fundamentado en las vivencias y reflexiones de quienes lo han vivido.

Otro elemento que consideramos necesario destacar es la agencialidad de estas mujeres, que lejos de ser víctimas pasivas de la violencia despliegan toda una serie de acciones que contribuyen a que finalmente pongan fin a la relación de malos tratos y a su recuperación.

Además, queremos subrayar la importancia de los recursos del entorno, y muy especialmente el papel que tanto las redes informales de apoyo (amistades, familiares, etc.) como la ayuda terapéutica puede jugar al propiciar una relectura de lo vivido y un cuestionamiento de los mandatos de género establecidos. Así mismo es necesario destacar la importancia de que estas mujeres puedan contar con recursos económicos y por supuesto laborales que contribuyen a su autonomía y empoderamiento (Alberdi, 2005).

En último lugar no queremos dejar de subrayar el papel terrible que los mandatos de género propiciados por la ideología patriarcal juegan al favorecer primeramente la instauración y mantenimiento de relaciones de pareja desiguales en las que se ejerce violencia de género, y bloquear posteriormente el proceso de recuperación de las mujeres que intentan salir de ella. Por eso mismo consideramos extremadamente necesario redoblar los esfuerzos en coeducación, y en campañas y políticas a favor de la igualdad entre sexos, para propiciar esa revolución cultural que protegerá a las nuevas generaciones de hombres y mujeres de la entrada en el laberinto patriarcal.

Capítulo 8. BIBLIOGRAFÍA

- A.C.A.N.A. Asocc. (1997). Familias diversas, familias felices. *Papeles de Trabajo*, (Nº 6). Sevilla: Consejería de la Presidencia. I.A.M.
- Abu-Lughod, Lila & Lutz, Catherine A. (1990). *Language and the politics of emotion*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Alberdi, Inés (2005). *Cómo reconocer y cómo erradicar la violencia contra las mujeres. Violencia: tolerancia cero*. Barcelona: Programa de Prevención de la Obra Social Fundación la Caixa.
- Alberdi, Inés (2005). *Violencia: Tolerancia Cero. Cómo reconocer y cómo erradicar la violencia contra las mujeres*. Barcelona: Fundación la Caixa.
- Alberdi, Inés y Natalia Matas (2002). *La violencia doméstica: Informe sobre los malos tratos a mujeres en España*. Barcelona: Fundación la Caixa.
- Altable Vicario, Charo (1998). *Penélope o las trampas del amor*. Valencia. Ed. Nau Llibres.
- Anderson, Deborah K. and Saunders, Daniel G. (2003). Leaving An Abusive Partner: An Empirical Review of Predictors, the Process of Leaving, and Psychological Well-Being. *Trauma Violence Abuse*; 4; 163-191.
- Anderson, Deborah K., Saunders, Daniel G., Yoshihama, Mieko, Bybee, Deborah I. and Sullivan, Cris M. (2003). Long-term Trends in Depression among Women Separated from Abusive Partners. *Violence Against Women*, 9 (7), 807-838
- Anderson, Kristin L. (2005). Theorizing Gender in Intimate Partner Violence Research. *Sex Roles*, 52, 11/12, 853-865
- Andrés Domingo, Paloma (2007). *Violencia contra las mujeres, violencia de género*. En Ruiz-Jarabo y Blanco Prieto (eds.) *La violencia contra las mujeres*. Madrid: Ed. Díaz de Santos.

- Arango Calad, C. (2002). *Los vínculos afectivos y la estructura social: una reflexión sobre la conveniencia desde la red de promoción del buen trato de Cali*. Cali-Colombia: Universidad del Valle.
- Barberá Heredia, Ester y Martínez-Benlloch, Isabel. (2004). *Psicología y género*. Madrid: Pearson Prentice Hall.
- Barberá, Ester y Cala, M^a Jesús. (2008). *Perspectiva de género en la psicología académica española*. *Psicothema*, 20, 233-242.
- Barberá, Ester. (2007). *Gènere, Diversitat i igualtat*. *Futura*, 10, 11-12.
Barcelona: Herder Editorial.
- Barnett, O. W. (2000). Why Battered Women Do Not Leave, Part 1: External Inhibiting Factors, Social Support and Internal Inhibiting Factors. *Trauma Violence & Abuse*, 1, 343- 372.
- Barnett, O. W. (2001). Why Battered Women Do Not Leave, Part 2: External Inhibiting Factors Within Society. *Trauma Violence & Abuse*, 2, 3- 35.
- Bohan, Janis. (1993). Regarding Gender: Essentialism, Constructionism and Feminist Psychology. *Psychology of Women Quarterly*, 17, 5-22.
- Boonzaier, F. y de la Rey, C. (2003). Women abuse: the construction of gender in women and men's narratives of violence. *South African Journal of Psychology*, 34(3), 443-463.
- Boonzaier, Fioretta (2008). If the man says you must sit, the you must sit: the relational construction of woman abuse: gender, subjectivity and violence. *Feminism & Psychology*, 18(2), 183-306.
- Bosch, Esperanza, Ferrer, Victoria y Alzamora, A. (2006). *El laberinto patriarcal. Reflexiones teórico-prácticas sobre la violencia contra las mujeres*. Barcelona: Anthropos.
- Bosch Fiol, Esperanza y cols. (2004-2007) *Del mito del amor romántico a la violencia contra las mujeres en la pareja*. Estudios e Investigaciones. Secretaría general de políticas de igualdad. Instituto de la Mujer. Ministerio de Igualdad.

- Bosch, Esperanza; Ferrer, Victoria; Navarro, Capilla y Ferreiro Virginia. (2010). *Intervención con perspectiva de Género en mujeres víctimas de violencia machista*. Consejo General de Colegios Oficiales de Psicología. FOCAD (Formación continuada a distancia)
- Bruner, Jerome.S. (1991a). The Narrative Construction of Reality. *Critical Inquiry*, 18:1, 1-21.
- Bruner, Jerome S. (1991b). *Actos de significado. Más allá de la revolución cognitiva*. Madrid: Alianza.
- Bruner, Jerome S. (1995). Meaning and Self in Cultural Perspective. En Bakhurst D.,Spinowich C. (Eds.), *The social self*. (pp.18-29). Londres: Sage Publications.
- Bruner, Jerome S. (1997). A narrative model of self-construction, In J.G. Snodgrass y R.L. Thompson (eds.), *The self across psychology: self-recognition, sel-awareness, and the self concept*, pp. 145-161. Annals of the New York Academy of Sciences Vol. 818.
- Bruner, Jerome S. (2003a). Self-making narratives. En R. Fivush y C.A. Haden (eds.), *Autobiographical memory and the construction of a narrative self. Developmental and cultural perspectives*. (pp. 209-225) Mahwah, N.J.: Lawrence Erlbaum Associates.
- Bruner, Jerome S. (2003b). *Making stories. Life, literature, law*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Burke, K. (1945). *The grammar of motives*. N. York: Prentice-Hall
- Cala, M^a Jesús. y Barberá, Ester (2009). Evolución de la perspectiva de género en psicología. *Revista Mexicana de Psicología*, 26, 91-101.
- Cala, M^a Jesús, Godoy, Salud y Rebollo, M^a Ángeles (2009). Mujeres que recuperan el control de sus vidas: estrategias y recursos que utilizan para superar una relación de maltrato. En I. Vázquez (Coord.). *Investigación y Género: Avances en las distintas áreas de conocimiento* (191-209). Sevilla: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

- Cala, M^a Jesús, y Trigo, Eva (2004). Metodología y procedimientos de análisis. En E. Barberá e I. Martínez (Coords.). (81-105), *Psicología y género Madrid*. Pearson.
- Carlson, M.J.Harris, S.D. & Holden, G.W. (1999). Protective orders and domestic violence: Risk factors for re-abuse. *Journal of Family Violence*, 14, 205-226.
- Cavanagh, K. (2003). Understanding women's responses to domestic violence. *Qualitative Social Work*, 2(3), 229-249.
- Cazorla Prieto, Soledad (2010). *Aplicación de la Ley 1/2004 en materia penal*. Congreso para el estudio de la violencia contra las mujeres. La intervención multidisciplinar. Consejería para la igualdad y bienestar de la Junta de Andalucía.
- Chodorow, Nancy. J. (1978). *The reproduction of mothering: Psychoanalysis and the socialization of gender*. Berkeley: University of California Press.
- Clandinin, J. y Connelly, M. (2000). *Narrative inquiry: experience and story in qualitative research*. San Francisco, CA: Jossey Bass.
- Cobo Bedia, Rosa (2001). Socialización e identidad de género: entre el consenso y la coacción. En *Jornadas de Comunicación y Género*. Málaga: Diputación Provincial.
- Cohen, D.J., & Crabtree, F. (2008). Evaluative Criteria for Qualitative Research in Health Care: Controversies and Recommendations. *Annals of Family Medicine*, 6, 4: 331-339.
- Consejería para la Igualdad y Bienestar Social. Dirección General de Violencia de Género (2009). *Informe anual en materia de Violencia de Género 2008*. Junta de Andalucía
- Coria, Clara (2001). *El amor no es como nos contaron*. Buenos Aires: Paidós.
- Coria, Clara (2005). Otra vida es posible en la edad media de la vida. En Coria, Clara, Freixas, Anna, y Covas, Susana . (2005). *Los cambios en la vida de las mujeres: temores, mitos y estrategias*. Barcelona: Ed. Paidós.

- Coria, Clara, Freixas Anna y Cova, Susana (2005). Los cambios en la vida de las mujeres: temores, mitos y estrategias. Barcelona: Paidós.
- Corsi, Jorge (2001). *La violencia hacia las mujeres como problema social: Formación de profesionales*. Fundación Mujeres.
- Crawford, Mary, y Chaffin, Roger (1997). The Meanings of Difference: Cognition in Social and Cultural Context. In P.J. Caplan, M. Crawford, J.S. Hyde and J.T.E. Richardson (eds.) *Gender differences in human cognition* (pp. 81
- Crawford, Mary. (1995). *Talking Difference: On Gender and Language*. London: Sage.
- Crawford, Mary (2006). Transformation. Women, gender and psychology. Nueva York: McGraw-Hill Crawford, Mary. y Unger, Rhoda. (2000). Women and Gender. A Feminist Psychology. (Tercera edición). Boston: McGraw-Hill Higher Education.
- De Certau, Michel. (1974/1996). *La invención de lo cotidiano 1. Artes de Hacer*. México, Universidad Iberoamericana.
- Dutton, Daniel G. (2001). *En la violencia de género y la salud: Manual y Unidades Didácticas para la Sensibilización y la Prevención*. Gobierno de Canarias.
- Dutton, Daniel G. y Painter, S. (1998). *Unión o lazo traumático*. Granada: Comares.
- Dutton, Daniel G; Painter, SL (1981). Traumatic bonding: the development of emotional attachments in battered women and other relationships of intermittent abuse. *Victimology: an International Journal*, 6:139-155.
- Echeburúa, Enrique, y Amor, Pedro J. (1999). Hombres violentos en el hogar: perfil psicopatológico y programas de intervención. En C. Rechea (Ed.) *Criminología Aplicada* (pp. 99-128). Madrid: Consejo General del Poder Judicial.
- Echeburúa, Enrique, y Del Corral, Paz (1998). *Manual de violencia familiar*. Madrid: Siglo XXI, editores S.A.

- Edwards, Derek (1999). Emotion Discourse. *Culture and Psychology*, 5 (3), 271-291.
- Erikson, E. H. (1992). *Identidad: juventud y crisis*. Madrid: Taurus.
- Fernández-Montalvo, Javier, y Echeburúa, Enrique (1997). Variables psicopatológicas y distorsiones cognitivas de los maltratadores en el hogar: un análisis descriptivo. *Análisis y Modificación de Conducta*, (31),451-475.
- Ferreira, Graciela B. (1989). *La Mujer Maltratada: Un Estudio Sobre las Mujeres Víctimas de la Violencia Doméstica*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Ferreira, Graciela B. (1995). *Hombres violentos Mujeres Maltratadas: Aportes a la Investigación y Tratamiento de un Problema Social*. Buenos Aires.
- Fivush, Robin (2007). Remembering and reminiscing: How individual lives are constructed in family narratives. *Memory Studies*, 1(1), 45-54.
- Fivush, Robin y Nelson, Katherine (2004). Culture and language in the emergence of autobiographical memory. *American Psychological Society*, 15 (9), 573-577.
- Franz, C., Stewart, A.J. (Eds.) (1994). *Women creating lives: Identities, resilience, and resistance*. Boulder, CO: Westview Press.
- Freixas Farré, Anna (2005). *La edad escrita en el cuerpo y en el carné de identidad*. En C. Coria, A. Freixas y S. Covas (Eds.), *Los cambios en la vida de las mujeres* (pp. 67-130). Barcelona: Paidós.
- Freixas, Anna. (2001). *Entre el mandato y el deseo: la adquisición de la identidad sexual y de género*. En C. Flecha y M. Núñez (Eds.). *La educación de las mujeres: nuevas perspectivas* (23-31). Sevilla: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.
- Gállico Estévez, Fernando (2009). *SOS... Mi chico me pega pero yo le quiero*. Madrid. Ed. Paidós
- Gergen, M.M., Gergen, K.J. (1993). Narrative of the gendered body in popular autobiography. En R. Josselson & A. Lieblich (Eds.), *The narrative study of lives*. (Vol.1, pp 191-218). Thousand Oaks, CA: Sage.

- Gibbs, W. Raymond (1994). *The poetics of mind: figurative thought, language and understanding*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gilligan, C. (1982). *In a Different Voice: Psychological Theory and Women's Development*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Glaser, B.G. y Strauss, A.L. (1967). *The Discovery of Grounded Theory*. Chicago, IL: Aldine.
- Gomes Costa, R. (1999). Cuerpo Género, Sexualidades: Encrucijadas teóricas y políticas. Méndez, Lourdes y Mozo, Carmen (eds.). En *Actas del VII Congreso de Antropología (págs. 93-100)*. Santiago de Compostela.
- Gondolf, E.W., & Fisher, E. R. (1988). *Battered women as survivors: An alternative to treating learned helplessness*. Lexington, MA: Lexington Books.
- Goodman, Lisa, Dutton, Mary, Weinfurt, Kevin y Cook, Sarah (2003). The Intimate Partner Violence Strategies Index: Development and Application. *Violence Against Women*, 9; 163-186.
- Habermas, T. Bluck, S. (2000). Getting a life: the emergence of the life story in adolescence. *Psychological Bulletin*, 119, 31-50.
- Hatch, J.A. y Wisniewski, R. (1995). *Life History and narrative*. New York: Falmer Press.
- Hermans, H. J. M. (2004). The dialogical self: Between exchange and power. En H. J. M. Hermans, & G. Dimaggio (Eds.), *The dialogical self in psychotherapy: An introduction* (pp. 13-28). N. York: Brunner-Routledge.
- Hermans, H.J.M. (2003). The construction and reconstruction of a dialogical self. *Journal of Constructivist Psychology*, 16: 89-130.
- Hermans, H.J.M., y Kempen, H.J.G. (1993). *The dialogical self: Meaning as movement*. San Diego: Academic Press
- Hirigoyen, Marie-France (2006). *Mujeres maltratadas. Los mecanismos de la violencia en la pareja*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Hong, Ghi-Young (2004). Emotions in Culturally-Constituted Relational Worlds. *Culture & Psychology*, 10(1), 53-63.

- Hydén, Margareta (1999). The world of the fearful: battered women's narratives of leaving abusive husbands. *Feminism & Psychology*, 9(4), 449-469.
- Instituto de la Mujer (2006). III Macroencuesta sobre la violencia contra las mujeres. Estudio realizado por SIGMA DOS, S.A. para el Instituto de la Mujer.
- Instituto de la Mujer (2006). *La violencia contra las mujeres. Resultados de la macroencuesta*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Instituto de la Mujer de Canarias (2001). *La Violencia de Género y la Salud: Manual y Unidades Didácticas para la Sensibilización y la Prevención*. Gobierno de Canarias
- Jack, D.C. (1991). *Silencing the Self: Women and Depression*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- James, W. (1890). *The principles of psychology* (Vol. 1). New York: Henry Holt.
- Jiménez García-Bóveda, Rosa (2008). Roles de género y salud mental (Conferencia). (2008). En *III Jornadas Andaluzas Mujeres y Salud*. Córdoba.
- Jordan, Jan (2005). What Would MacGyver Do? The Meaning(s) of Resistance and Survival. *Violence Against Women*, 11, 531-559.
- Kasturirangan, Aarati (2008). Empowerment and Programs Designed to Address Domestic Violence. *Violence Against Women*, 14, 1465-1475.
- Kim, Jinseok y Gray, Karen A. (2008). Leave or Stay? Battered Women's Decision After Intimate Partner Violence. *Journal of Interpersonal Violence*; 23; 1465- 1482.
- Labrador, Francisco Javier, Paz Rincón, Paulina, De Luis, Pilar, Fernández-Velasco, Rocío. (2007). *Mujeres víctimas de la violencia doméstica: Programa de actuación*. Madrid: Pirámide
- Lagarde de los Ríos, Marcela. (2000). *Claves feministas para la autoestima de las mujeres*. Horas y Horas.
- Lempert, L. B. (1996). Women's Strategies for Survival: Developing Agency in Abusive Relationships. *Journal of Family violence*, 11 (3), 269-289.

- Lerner, Christine Fiore y Kennedy, Linda Thomas (2000). Stay–Leave Decision Making in Battered Women: Trauma, Coping and Self-Efficacy. *Cognitive Therapy and Research*, 24(2), 215-232.
- Lorente Acosta, Miguel (1998). *Agresión a la mujer: maltrato, violación y acoso*. Granada: Comares.
- Lorente Acosta, Miguel (2003). *Mi marido me pega lo normal*. Barcelona: Ares y Mares.
- Lorente Acosta, Miguel (2004). *El rompecabezas*. Barcelona: Ares y Mares.
- Lorente Acosta, Miguel (2006). Derivadas e integrales de la violencia de género. La recuperación de las mujeres víctimas (357- 377). En *II Congreso sobre violencia doméstica y de género*. Madrid: Consejo General del Poder Judicial
- Lorente Acosta, Miguel (2010). *La construcción social de la violencia. La perdurabilidad del fenómeno*. I Congreso para el estudio de la violencia contra las mujeres. La intervención disciplinar. Consejería para la Igualdad y Bienestar Social de la Junta de Andalucía.
- Lucius-Hoene G, Deppermann A (2002). *Rekonstruktion narrativer Identität*. Opladen: Leske+Budrich.
- Macy, Rebecca J., Giattina, Mary C., Montijo, Natalie Johns and Ermentrout, Dania M. (2010). Domestic Violence and Sexual Assault Agency Directors' Perspectives on Services That Help Survivors. *Violence Against Women* 16(10), 1138-1161
- Martínez Ten, C. (2007). La situación en España. En Ockrent, C. *El libro negro de la condición de la mujer*. Madrid: Aguilar
- Martínez, Isabel y Bonilla, Amparo (2000). *Sistemas sexo/género, identidades y construcción de la subjetividad*. Valencia: Publicacions de la Universitat de Valencia.
- Matud, Pilar; Aguilera, Laura; Espinosa, Inmaculada; Fortes Dhémelas y Rosales, Magalines (2009). *Violencia de género en el entorno familiar*. Canarias: Excmo. Ayto. de Santa Cruz de Tenerife. Concejalía de Mujer

- McAdams, D.P. & Olson, B.D. (2010). Personality development: Continuity and change over the life course. *Annual Review of Psychology*, 61, 517-542
- McAdams, D.P. (1993). *The stories we live by: Personal myths and the making of the self*. New York: Morrow.
- McAdams, D.P. (1996). Personality, modernity and the storied self: A contemporary framework for studying person. *Psychological Inquiry*, 7, 295-321.
- McAdams, D.P. (1999). Personal Narrative and the life Story. En L. Pervin & O. John (Eds.), *Handbook of personality: Theory and research* (2nd ed., pp. 478-500). New York: Guilford Press.
- McAdams, D.P. (2001). The psychology of life stories. *Review of General Psychology*, 5, 2, 100-122.
- McAdams, D.P. (2003). Identity and the life story. En R. Fivush y C.A. Haden (eds.), *Autobiographical memory and the construction of a narrative self. Developmental and cultural perspectives*. (pp. 187-207) Mahwah, N.J.: Lawrence Erlbaum Associates.
- McAdams, D.P.; Hoffman, B.J.; Day, R. & Mansfield, E.D. (1996). Themes of agency and communion in significant autobiographical scenes. *Journal of Personality*, 64, 2, 339-377.
- Millet, Kate (1969/1995). *Política Sexual*. Madrid: Ed. Cátedra. Col. Feminismos.
- Morgan, Karen J. (2006). Cheating wives and vice girls: the construction of a culture of resignation. *Women's Studies International Forum*, 29, 489-498.
- Naciones Unidas (1993). Declaración sobre la eliminación de la violencia contra la Mujer (A/ RES/48/104)
- Naciones Unidas (2006). Estudio a fondo sobre todas las formas de violencia contra las mujeres. Informe del Secretario General. A/61/122/Add.1

- Nogueira García, Belén (2007). La violencia en pareja. *En Ruiz-Jarabo y Blanco Prieto (eds.) La violencia contra las mujeres*. Madrid: Ed. Díaz de Santos.
- Oke, Marion (2008). The value of narrative in understanding Mongolian and Australian women's journeys of survival recovery and remaking of self, through and beyond domestic violence. *Women's Studies International Forum*, 31, 415–423
- Organización Mundial de la Salud (2002) Resumen del informe “*Organización Panamericana de la Salud para la O.M.S.*”. Washinton, D.C.
- Organización Mundial de la Salud (2005). Resumen del informe “*Estudio Multipaís de la OSM sobre salud de la mujer y violencia doméstica*” Ginebra:
- Palacios, Jesús y Moreno, Carmen. (1994). *Contexto familiar y desarrollo social: Psicología evolutiva y de la educación*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Pals, J. L. y McAdams, D.P. (2004). The transformed self: A narrative understanding of posttraumatic growth. *Psychological Inquiry*, 15, 65-69.
- Patzel, Brenda (2001). Women’s use of resources in leaving abusive relationships: a naturalistic inquiry. *Issues in Mental Health Nursing*, 22, 729–747.
- Paz Rodríguez, J.I. (2007). *La Violencia basada en el género, orígenes, mecanismos y consecuencias*. Cuadernos del derecho judicial. I 2007. Aspectos procesales y sustantivos de la ley Orgánica O 1/ 2004. Ed. Poder Judicial-2007 (Págs. 259-282
- Propp, V. (1985). *Morfología del cuento*. Madrid: Akal.
- Pujadas, J.J. (1992). *El método biográfico. El uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Madrid: Centro de Investigaciones sociológicas.
- Ravinowitz, V. C. y Matín, D. (2001) Choices and consequences: Methodological issues in the study of gender. En R. K, Unger (Ed.), *Handbook of the psychology of women and gender* (29-52). New York: John Wiley & Sons.

- Rebollo Catalán, M^a Angeles. (2007). Educar para una ciudadanía paritaria: Género, emociones y medios de comunicación. En *II Congreso Internacional de Educación Intercultural*. Almería: Universidad de Sevilla.
- Rebollo, M^a Ángeles (2006): Emociones, género e identidad: la educación sentimental. En Rebollo, M.A. (Coord.). *Género e Interculturalidad: educar para la igualdad* (pp. 217-244). Madrid: La Muralla.
- Reinhartz, S. (1992). *Feminism methods in social research*. New York: Oxford University Press.
- Roca Cortés, Neus y Masip Serra Julia (2011). Intervención grupal en Violencia Sexista. Barcelona: Ed. Herder.
- Rodríguez Martínez, Dolores (2006). El derecho a la asistencia social integral y la intervención de las Comunidades Autónomas. Recursos a favor de las víctimas. En II
- Rojas Marcos, L. (2010). Superar la adversidad. El poder de la resiliencia. Madrid: Espasa
- Rojas Marcos, Luis (2005). Violencia:Tolerancia Cero.Semillas y antídotos de la violencia en la intimidad. Barcelona: Fundación la Caixa.
- Rojas Marcos, Luís (2007). *En Guía para mujeres en situación de violencia de género*. Sevilla: Consejería para la Igualdad y bienestar social. Junta de Andalucía.
- Ruiz Fernández Josefa (2010). *Proyectos innovadores de Andalucía en materia de violencia de género*. I Congreso para el estudio de la violencia contra las mujeres. La intervención disciplinar. Consejería para la Igualdad y Bienestar Social de la Junta de Andalucía.
- Saavedra, Javier (2009). *Narrativas de vida en contextos socio-culturales: Explorando narrativas de vida de personas con esquizofrenia que viven en Casas Hogares*. Universidad de Sevilla. [Tesis doctoral publicada en: <http://fondosdigitales.us.es/tesis/tesis/1128/narrativas-de-vida-en-contextos-socio-culturales-explorando-narrativas-de-vida-de-personas-con-esquizofrenia-que-viven-en-casas-hogares/>]

- Saavedra, Javier, Cubero, Mercedes, y Crawford, Paul (2009). Incomprehensibility in the Narratives of Individuals with a Diagnosis of Schizophrenia. *Qualitative health Research* 19(11), 1548–1558.
- Sala, Arianna & de la Mata, Manuel L. (2009a). Developing Lesbian Identity. a Socio-Historical Approach. *Journal of Homosexuality*, 56, 7, 819-838.
- Sala, Arianna (2008). *Construcciones identitarias en el contexto histórico-cultural: Identidades lésbicas, historias de vida y discursos sociales*. Universidad de Sevilla Tesis Doctoral publicada en: <http://blad14.us.es/tesis/tesis/1206/construcciones-identitarias-en-el-contexto-historico-cultural-identidades-lesbicas-historias-de-vida-y-discursos-sociales/>
- Sala, Arianna; de la Mata, Manuel L. & Smorti, Andrea (2009b). De la deconstrucción de la identidad de género a la deconstrucción de la identidad sexual (pp. 1247-1265). *Investigación y Género. Avances en las Distintas Áreas del Conocimiento*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Sanchis Caudet, Rosa. (2006) *¿Todo por amor? : una experiencia educativa contra la violencia a la mujer*. Barcelona: Ed. Octaedro.
- Sanz Ramón, Fina. (1995). *Los vínculos amorosos: Amar desde la identidad en la terapia de reencuentro*. Barcelona: Ed. Kairos.
- Sanz Ramón, Fina. (1997). *Psicoerotismo femenino y masculino: para unas relaciones placenteras, autónomas y justas*. Barcelona: Ed. Kairos.
- Sanz Ramón, Fina. (2007). Del mal trato al buen trato. *En Ruiz-Jarabo y Blanco Prieto (eds.) La violencia contra las mujeres*. Madrid: Ed. Díaz de Santos.
- Shotter, J. y Gergen, K. J. (1989) (Eds). *Text of identity*. London: Sage.
- Smorti, A. (2001). *El pensamiento narrativo: construcción de historias y desarrollo del conocimiento social*. Sevilla: Mergablum.
- Stewart, Abigail J. y McDermott, Christa (2004). Gender in Psychology. *Annual Review of Psychology*. 55, 519-544

- Stith, Sandra M. and Mcmonigle, Catherine L. (2009). Risk factors associated with intimate partner violence. En Whitaker, D. y Lutzker, J. R. (Eds). Preventing partner violence: Research and evidence-based intervention strategies. Washington, DC, US: American Psychological Association.
- Strauss, A. y Corbin, J. (1998). *Basic of Qualitative Research*. Thousand Oaks, CA: Sage
- Távora, Ana (2008) Amor en la pareja y salud mental. En III Jornadas Andaluzas Mujeres y Salud. *Bienestar psicológico desde la perspectiva de género*. Córdoba
- Tedeschi, R.G. y Calhoun, L.G. (2004). Posttraumatic growth: Conceptual foundations and empirical evidence. *Psychological Inquiry*, 15, 1-18.
- Thapar-Björkert, Suruchi y Morgan, Karen J. (2010). But sometimes I think...They put themselves in the situation: exploring blame and responsibility in interpersonal violence. *Violence against women*, 16(1), 32-59.
- Towns, A. y Adams, P. (2000). "If I really loved him enough, he would be okay": women's account of male partner violence. *Violence against women*, 6(6), 558-585.
- Turski, George (1991). Experience and expression: the moral linguistic constitution of emotions. *Journal for the theory of social behaviour*, 21(4), 373-389.
- University Press.
- Ussher, JM., Hunter, M. y Browne, S.J. (2000). "Good, bad or Dangerous to know: representations of femininity in narrative accounts of PMS". In C. Squire (ed.). *Culture in Psychology* (pp.87-99). London: Routledge.
- Velasco, Rocío. (2007). *Mujeres víctimas de la violencia doméstica*:
- Villavicencio P. y Sebastian, Julia (1999). *Violencia doméstica: su impacto en la salud física y mental de las mujeres*. Madrid: Instituto de la Mujer
- Vogel, L., Marshall, L. (2001). PTSD symptoms and partner abuse: Low income women at risk. *Journal of Traumatic Stress*, 14(3), 569-584.

- Walker, Leonore (1980). *Battered Woman Syndrome*. Nueva York: Spriger.
- Wertsch, James V. (1999). *La mente en acción*. Buenos Aires: Aiqué.
- West, Candance y Zimmerman, Don. H. (1987). Doing Gender. *Gender and Society*, 1(2), 125-151.
- Wilkinson, Sue (1999). Focus Groups. A Feminist Method. *Psychology of Women Quarterly*, 23, 221-244
- Wood, J.T. (2001). The normalization of violence in heterosexual romantic relationships: women's narratives of love and violence. *Journal of Social & Personal Relationships*, 18(2), 239-262.
- Zembylas, Michalinos (2005). Discursive practices, genealogies, and emocional rules: A poststructuralist view on emotion and identity in teaching. *Teacher Education* 21, 935-948.